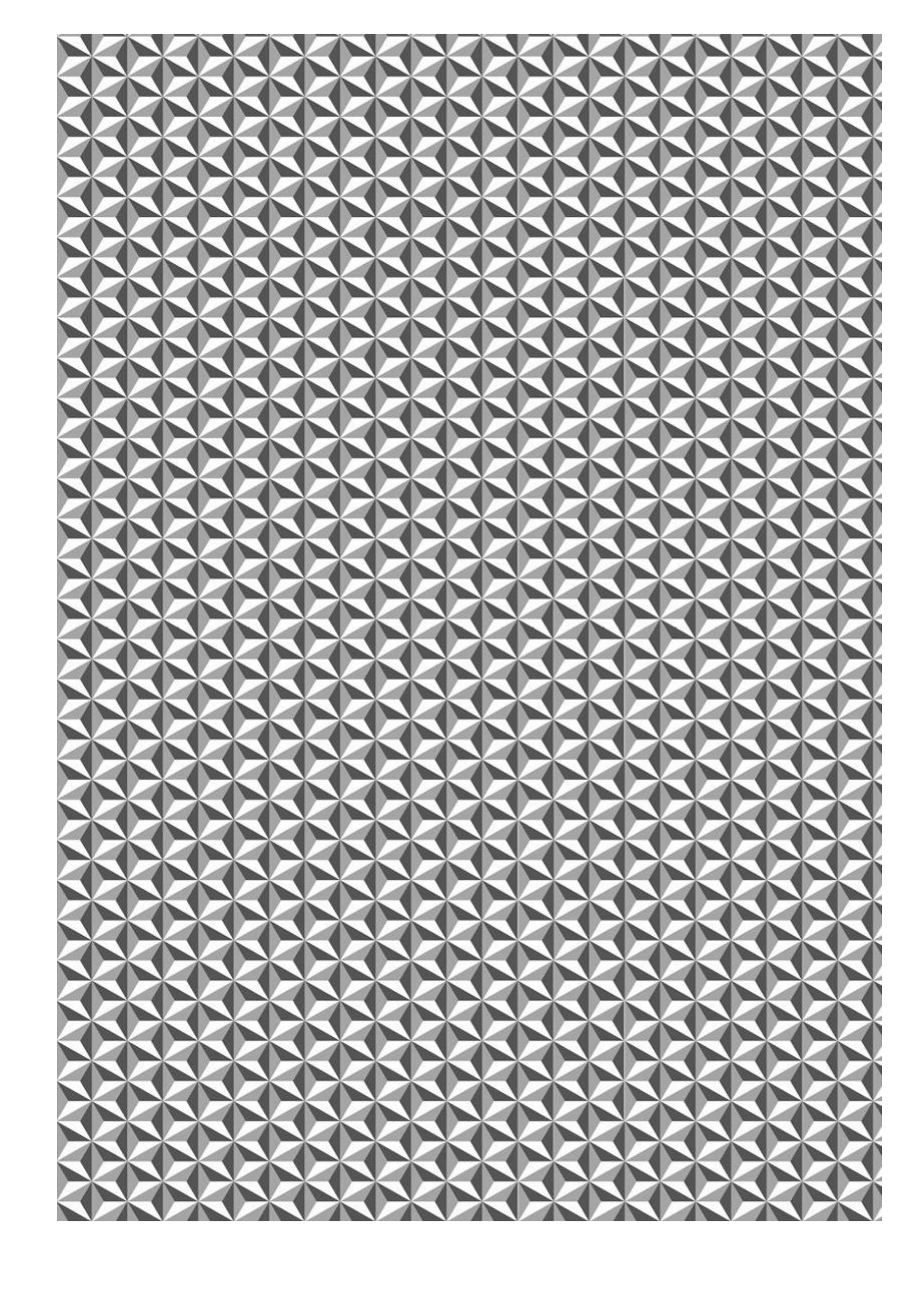
El verano que nos queda

Giulia Baldelli

Traducción de Melina Márquez





El verano que nos queda

Editorial Dos Bigotes

El verano que nos queda

Giulia Baldelli

Traducción de Melina Márquez



Primera edición: mayo de 2023

L'estate che resta © 2022, Giulia Baldelli

First published in Italy by Guanda

Published by arrangement with Walkabout Literary Agency

© de la traducción: Melina Márquez

© de esta edición: Editorial Dos Bigotes, s.l.

Publicado por Editorial Dos Bigotes, s.l.

www.dosbigotes.es

isbn: 978-84-126535-5-7

Depósito legal: M-16177-2023

Impreso por Ulzama

www.ulzama.com

Diseño de colección:

Raúl Lázaro

www.escueladecebras.com

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano.

Este libro ha sido traducido gracias a la Ayuda a la traducción del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano.

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

El papel utilizado para la impresión de El verano que nos queda es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable.

Impreso en España — Printed in Spain

A dos niñas.

Prólogo

Llevo dos horas esperándote y ya sé que no vendrás. Tengo frío. Nadie sabe que estoy aquí, sola, sentada sobre una piedra helada. En el claro del bosque, tan solo la luz pálida de la noche. En el centro, una poza cubierta por la condensación. Las cañas murmuran en el agua, entre las hojas, pero el bosque de alrededor permanece inmóvil, solidario con la oscuridad.

Las noches se han vuelto peligrosas incluso en el pequeño pueblo de nuestros veranos de hace tantos años. El bosque es una madriguera de vagabundos e indigentes, más imprevisibles que los animales salvajes. No les tengo miedo. Y aunque fuera una locura estar esperándote a los sesenta años en la oscuridad entre los árboles, sé que es el único lugar donde podré hablarte.

En el bolso tengo el teléfono, apagado. Monedas, pocas. Papeles, muchos, demasiados. Los leí hace tiempo y me los sé de memoria. Palabras largas y complicadas como me gustan a mí, como te molestan a ti. Frases densas para decir que tengo la sangre enferma y que me quedan tres meses. Esto sí me da miedo. ¿Qué se hace, doctor, cuando te queda tan poco tiempo? Se intenta alargar los días, reducir el dolor. Sí, pero yo, doctor, yo, ¿qué puedo hacer? Me ha sonreído y apretado la mano con delicadeza: «Señora, intente arreglar las cosas».

Tu nombre me ha subido hasta los labios. Lo he mandado hacia abajo. Ella, he susurrado, y el médico, claramente, no ha entendido nada.

Soy abogada, sé lo que se hace en estos casos. Legados, seguros, testamentos. Del hospital he ido corriendo al bufete, he mandado fuera a la secretaria y me he pasado el resto de la mañana leyendo mi expediente personal; después, me he mirado en el espejo. Qué hago aquí, me he preguntado. Todo el dinero, las cuentas, las propiedades, todo está arreglado. Solo hay una cosa que tengo que organizar y, para hacerlo, no necesito ni cartas ni firmas.

Entonces, he vuelto a casa. He metido ropa elegante en la maleta y le he explicado a Pierluigi que tenía un compromiso de trabajo

fuera de la ciudad. Me ha creído. De los mareos, de la consulta, no sospecha nada y la idea de un amante, después de treinta años de matrimonio, ni se le pasa por la cabeza.

Con Arianna ha sido más difícil. Papá qué dice de este viaje, me ha preguntado perpleja. He intentado sonreír. Tiene un miedo visceral a los abandonos. Cuando llegue el momento, aunque ya es una mujer, sufrirá sin remedio. Y ya no estará mi mano para darle ánimos como cuando era una niña, para decirle que confíe, que yo me quedo contigo sin importar lo que ocurra. Ante su rostro de preocupación, me he tragado las lágrimas. Un par de días y vuelvo, le he dicho.

En la consigna de la estación he dejado la maleta llena de ropa inútil. En la niebla, el cartel de Bolonia Central casi había desaparecido. Dos horas de tren, un taxi hasta el pueblo, después a pie, por las calles más tortuosas en subida hasta la ciudad vieja.

He evitado la casa donde crecí; de todas formas, está cerrada desde hace años y mi albaricoquero ya no está en el jardín. Ante la casa de Ida, tu abuela, he agachado la cabeza. De esta forma, no he visto ni siquiera las hileras de cipreses donde conocimos a Mattia. La he vuelto a levantar solo al llegar a la torre del reloj. Desde allí arriba, he buscado la línea negra del río de nuestros juegos. Aún está, como grabada en piedra por los golpes de luz de la luna.

También al río le he dicho: vuelvo. Después, me he adentrado en el bosque. He atajado entre los arbustos y cuando he llegado al claro, frente a la poza donde de pequeña te mojabas el pelo sin mí, he pronunciado tu nombre. No lo hacía desde hacía años y la voz se me ha roto. Cristi, he repetido más fuerte. Me han respondido el murmullo de las cañas, el crujido de la tierra y quizá un pájaro nocturno. Tú, no. Entonces me he sentado y he entendido que mi espera no había terminado.

Sé lo que me dirías si estuvieras aquí. Ya soy una experta en tus ausencias y rápida en intuir tus pensamientos. Me dirías que sería mejor que llamara a Pierluigi, que corriera a su lado y al de Arianna, antes de estar aquí sentada en el frío de la noche. Me dirías que ya lo sabes todo.

No es así, Cristi, te equivocas. Tengo una conversación pendiente contigo, está dentro de mí desde los tiempos de las mañanas sin escuela, desde las noches en la universidad abrazadas en el piso alquilado. Podría decir que se trata de una confesión, pero no sería la palabra adecuada.

A ti nunca te interesaron las definiciones; a mí, sí. No puedo evitarlo, son mi único camino para la supervivencia. Y lo que te tengo que decir no es ni una confesión ni una admisión. Es solo la verdad, la mía. Esa que he callado desde que un día de junio de hace cincuenta años, en una vieja casa cerca de este bosque, te entregaron a mí. La verdad que no existirá hasta que tú, con tu singular modo de sentir, no te decidas a sacarla del silencio.

Y puesto que sé que esta noche y en las pocas que me quedan tú nunca llegarás, lo haré a mi manera. Hablaré al límite de la oscuridad, me arrodillaré sobre la tierra más oscura rogándole que recoja nuestra historia y, cuando termine, le pediré a las cañas mojadas que diseminen mis palabras por el bosque. Por las calles del pueblo, por el fondo del agua, por el cielo. Para que lleguen hasta ti, Cristi, dondequiera que estés.

Primera parte

1991-1994

1

La primera vez que veo a Cristi estamos en la cocina de su abuela Ida. Es verano, y no puede ser de otra manera, ya que durante muchos años nos veremos solamente durante los meses de calor. Estamos en penumbra, la examino y, por instinto, busco diferencias. A los diez años, en un pueblo pequeño, es fácil saber lo que no se es. Lo que no se tiene. Además, la niña, lo veo enseguida, no se parece en nada a mí. Es delgada, tiene una mata de pelo rubio hasta los hombros y parece taciturna.

—Hola —farfullo—. Me llamo Giulia.

No responde. Se está comiendo un melocotón, con la mano libre me hace una especie de saludo.

Yo no como fruta con hueso. Y ella, en realidad, no se parece a nadie, pienso mientras respondo con el mismo gesto y miro a mi madre con mala cara. Pero ella me da la espalda y se apresura a hablar con Ida.

—No es ningún problema para Giulia —repite.

—¿Estáis seguras? —insiste Ida.

Mi madre está segura, yo no. Y debería ser yo la que responda puesto que seré yo la que este verano deberá ayudar a la niña más pequeña. Echarle una mano a Cristi, dijo mi madre anoche. Un ojo a Cristi, mi padre. Yo gruñí. Ojo. Mano. Quién sabe si hay otra parte de mí que también tendré que darle a la niña de Bolonia.

Ida nos enseña una cesta llena de huevos frescos y de pan recién salido del horno.

—Lo que haga falta —suspira mi madre. Después, le hace un gesto a la mujer para que la siga a otra habitación. Abro bien las orejas, las escucho susurrar. Cuchichean sobre las prisas de Lilli, la madre de Cristi, por irse otra vez. Del terrible expediente escolar de la niña. De una fotografía que Ida se ha visto obligada a poner en la mesilla de noche al lado de la cama.

—Si fuera por mí la tiraría a la chimenea —dice Ida.

La respuesta de mi madre, a pesar de mis esfuerzos, no consigo escucharla.

Mientras tanto, Cristi se ha terminado el melocotón y se ha guardado el hueso en el bolsillo. La miro con desagrado y ella ni siquiera se da cuenta. Ida y mi madre siguen hablando, se explayan sobre la delgadez de la niña, sobre sus ojeras moradas. Sobre mis brazos regordetes y mi cara redonda no dicen nada.

Miro a mi alrededor impaciente. Nunca había estado en aquella casa. El enlucido de las paredes está agrietado, solo hay dos sillas en la mesa, una verde y una blanca.

En el fregadero se puede vislumbrar un conejo despellejado. Doy algunos pasos hacia la pila. Cristi también se mueve. Pasos ligeros. La noto a mi lado, tan alta casi como yo. Observamos durante un momento a la bestia amoratada, después nos miramos. Debo de tener una cara de terror, como la describirá Cristi años después, porque ella se acerca aún más y me coloca los dedos en el hombro. Un roce delicado. Me llega un olor muy agradable, no es el del pan caliente y no parece haber salido de un frasquito. Debe de ser su piel.

Que la piel pueda tener su propio olor, su identidad, es lo primero que aprendo de Cristi. Estoy a punto de sonreírle, pero ella lo hace antes que yo y solo en ese instante me doy cuenta de que, a pesar de la camiseta descolorida, del pelo enredado y de los omóplatos marcados, es guapísima.

En ese momento solo deseo irme. Cerrar a mi espalda la puerta sin barniz de Ida y caer enferma con una fiebre muy alta que me impida cuidar de la pequeña.

—¡Mamá! —grito.

Cristi levanta los dedos de golpe. Mi madre vuelve a la cocina y me fulmina con una mirada.

—Ahora tenemos que irnos —dice acariciando a la niña, que

permanece impasible.

Por el contrario, yo suspiro aliviada. Tregua. No tengo que seguir a la niña a la habitación, que, además, es la de su abuela, y no tengo que fingir que me interesan sus juguetes, si es que tiene.

Ida nos acompaña al patio, con la luz me quedo impresionada por la trama de arrugas y el gris apagado de sus cabellos. Permanecemos en silencio, dos vencejos cantan insistentemente con un chillido agudo sobre el techo de la vieja casa. Cuando se calman mi madre decide hablar:

—Todo irá bien —dice, después le aprieta las manos a la vieja y finalmente nos ponemos en camino.

La abuela de Cristi vive en la punta del pueblo, en la ciudad vieja, un puñado de casas que están en pie de milagro en torno a la torre del reloj. Mientras bajamos la escalinata hacia nuestra casa, mi madre se detiene.

—Lo hacemos por Ida, es una buena mujer —me dice.

Asiento.

—Y por la niña —añade.

¿Por Lilli no hacemos nada?, querría preguntarle. Pero le pongo freno a mi lengua. Mi madre no se mueve, me mira fijamente. Siempre intuyo lo que se espera de mí. Y ahora tengo que manifestar mi interés por la abuela y la nieta, de lo contrario, no se moverá ni un milímetro.

—¿Necesitan nuestra ayuda? —le pregunto con aire de gravedad.

—Sí, mucha —suspira mi madre.

No me sorprende. En la punta derruida del pueblo solo se han quedado a vivir familias raras. Durante el invierno, mi madre, junto a otras señoras, les llevan ropa aún en buen estado. A veces, en la oscuridad, también alguna caja de comida. No son familias extrañas, tienen problemas, me explicó una vez mi padre.

—¿Ida y Cristi tienen problemas? —insisto para conseguir que se mueva.

Por fin, mi madre da un paso.

—Muchos —responde.

Cuáles, querría preguntarle, pero me arriesgaría a que se quedara parada allí hasta muy entrada la noche. Y, además, de Ida ya sé lo que se dice en el pueblo. Sé que es viuda. Que tiene poco dinero y el corazón débil desde que su hija Lilli dio a luz a los dieciocho años. Y desde hace unos minutos sé con seguridad que tiene una nieta extraña.

—Jugarás, pero intentarás no perder de vista a la niña, ayudarla si se siente sola.

No respondo.

—Una especie de hermana —continúa mi madre.

Es la primera vez que siento la palabra hermana salir de sus labios y me parece que su rostro está rojo.

—¿Todo el día?

—Solo por la mañana.

El tono exigente de mi madre es el mismo de cuando quiere que la siga a misa. No tengo opción, prometo que lo haré.

—Lo sabía —me dice más tranquila.

—¿Y la fotografía? —susurro rápidamente—. ¿Qué es esa historia de quemar una fotografía en la chimenea en junio?

Pero mi madre ya ha empezado a caminar. Delante de la iglesia de Santa Lucía se hace la señal de la cruz, yo intento subirme al muro. Ten cuidado, me dice, y me da la mano. Saltar, trepar, correr no son mi fuerte. Con poca confianza, me pongo de puntillas. Desde allí puedo ver mi casa. Mi padre está en el huerto, está apoyando la escalera sobre el albaricoquero.

—¡Papá! —grito. Él bracea para saludarme—. Ya vamos.

Adoro a mi padre. Conduce camiones durante días enteros y nunca se enfada. Adoro mi casa. Tiene paredes lisas, dos baños, un jardín grande sin hierbajos ni columpios oxidados. Es la última casa del pueblo antes de la ciudad vieja y, a pesar de que mi madre con su manía de las buenas notas y de ayudar a los demás a veces es realmente pesada, es la única casa del pueblo con una familia normal.

2

Durante cuatro años seguidos, Lilli, en verano, deja a Cristi en el pueblo. Baja del taxi en plena noche gritando el nombre de Ida, mientras Elmo, el único taxista del lugar, lleva un macuto rasgado y a la niña, tan delgada que da miedo, dentro de la vieja casa. Siempre es Ida la que abraza a Lilli, nunca ocurre lo contrario. Lo que le susurra mientras la agarra, Elmo no lo logra entender porque la voz de Lilli hace mucho ruido. Vocifera a todo volumen sobre la escuela y las malas notas. Sobre el dinero que le falta y sobre las cosas importantes que no puede hacer con Cristi siempre alrededor. Y en cuanto Ida sacude la cabeza, Lilli se calla, da media vuelta sobre sus tacones y le dice al taxista que parta enseguida en dirección a la estación de los autocares de línea. Sin ni siquiera despedirse de la pequeña, jura el taxista en el bar de la avenida, y quien conoce a la hija de Ida sabe que está diciendo la verdad.

El primer verano que Lilli deja a Cristi y escapa, la niña solo tiene siete años, tres menos que yo. Ha terminado primero de primaria y ha visto a Ida el día de su nacimiento y una Navidad en la cafetería de la estación de Bolonia. Los vecinos nunca las escuchan hablar, pero, le aseguran a mi madre, tampoco discutir. Ella, al igual que yo, siente una curiosidad infinita.

Conmigo Cristi es prácticamente muda y todo lo que en los días anteriores a su llegada sé de ella, se lo debo a alguna explicación de mi padre y a la capacidad desmesurada que tengo de espiar las conversaciones de mi madre.

—Ida no es la persona adecuada para tener a la niña —murmura nuestra vecina una tarde.

—Claro que lo es —responde mi madre molesta.

—¿Alguien que vive en una chabola y como trabajo da de comer a los presos?

Permanezco a la escucha. Normalmente mi madre se horroriza ante la visión de la vieja cárcel a la orilla del río. Por el contrario:

—Se dice cocinera y es un trabajo como cualquier otro —contesta con tranquilidad.

—Además, sabes que es prácticamente analfabeta —sigue la otra.

Pero mi madre aquella tarde y las tardes siguientes no cambia de idea. Para ella, Ida es una buena mujer, una panacea para Cristi. Aunque esté enferma del corazón, aunque no sepa ni leer ni escribir. Es más, es una bendición, se empeña mi madre, porque no ha escuchado los arrebatos de Lilli cuando descarga del taxi hija y macuto.

—¿Qué son los arrebatos de Lilli? —le pregunto a mi padre una tarde que nos quedamos a solas. Él sonríe y me explica que Lilli está preocupada por las malas notas de Cristi. Lo miro perpleja. También mi madre espera siempre notas altas de mí, por eso, pienso, tiene razón Lilli. Mi padre me entiende al vuelo, sonríe de nuevo. Digamos que se preocupa solo de eso, me explica. Sin embargo, Ida no piensa en la escuela, eso lo intuyo hasta yo. Ella solo piensa en lo delgada que está la nieta. En los círculos morados en torno a sus ojos, grises o verdes según su estado de ánimo. Y, así, trabaja todas las mañanas para comprarle carne fresca y va para arriba y para abajo por las colinas del campo para encontrar las hierbas que le quiten las ojeras.

Las semanas después del primer encuentro con Cristi discurren como entumecidas. Todas las mañanas, Ida deja a la niña con mi madre, que prepara el desayuno para las dos. Yo farfullo un saludo a Cristi, doy un beso a mi madre y la miro salir toda maquillada y bien vestida para ir al trabajo. Mi padre, por el contrario, aquel verano está muy a menudo fuera durante semanas enteras, por eso, por la mañana, Cristi y yo nos quedamos completamente a solas. Ella bebe un sorbo de leche, toca a duras penas el pan con mermelada y yo peleo conmigo misma para no terminarme su porción. Después, vemos un poco la televisión en el salón. De vez en cuando me sorprendo observándola mientras está con las piernas cruzadas sobre la alfombra. La espalda recta, los pies puntiagudos, la mirada nunca sobre la pantalla. Entonces me pongo nerviosa, apago la televisión y la obligo a peinarse. O a ayudarme a recoger la mesa. Ella murmura siempre que sí y obedece al instante. Está acostumbrada a no protestar, a seguir órdenes. Ahora salimos, le

digo todas las mañanas a las diez en punto, y a paso rápido alcanzo a mis amigas que están delante de la iglesia. Ella me sigue sin rechistar.

Cristi es la pequeña del grupo y la más guapa. Y si sobre su edad y su ropa cuchicheamos en voz baja, sobre su belleza no decimos ni una palabra. La vemos y eso es suficiente para no soportarla. Así, aprovechamos su silencio y la mantenemos a distancia. Ella, por su parte, nunca se queja, siempre saluda a todas y después se sienta con sus largas y pálidas piernas a mirarnos jugar. Yo solo vigilo que no se quite la gorra, una visera de béisbol horrible. Mi madre me lo ha repetido miles de veces: «No tiene tu piel, no resiste el sol». Es leche, cuchichean mis amigas. A mí me recuerda más a la luna, esa dibujada en el manual escolar o la que cuando está llena arroja luz blanca sobre todo el pueblo. Pero me cuido bien de no decirlo.

En el bochorno estival me concentro en el Monopoly, en los habituales juegos con tizas y, si alguna se ríe ruidosamente de Cristi, que se levanta y se sienta constantemente, yo finjo que no lo oigo. Si ella lo oye o no, no es mi problema. Me han pedido que la vigile y es lo que hago, me repito todos los días para acallar mi conciencia. No es suficiente, sé que podría hacer más y en aquel mes de junio estoy inquieta, ardo por llevar de vuelta a Cristi a casa de su abuela a la hora de comer. Ida nos suele esperar en el patio, sobre el hornillo de gas chisporrotea siempre comida apetitosa. Pero yo rechazo todas las invitaciones a comer y por la tarde no subo nunca a saludar a la niña.

Espero a que mi madre vuelva a casa, después busco a Genny, la jefa de la banda, la más dura de todas mis amigas. Somos las mejores de la clase y normalmente charlamos sobre la escuela. Sin embargo, aquellos días hablamos solo de Cristi. Ella desahoga su curiosidad y yo aireo todo lo que sé.

Le describo la casa de Ida, las paredes agrietadas, el baño que parece un sótano, el depósito para la ducha colgado en el patio. ¿Es verdad que Cristi solo tiene un par de pantalones? Sí, su abuela se los lava todas las tardes.

De Ida, que busca en el bosque los remedios para Cristi, que le sonríe con dulzura y que trabaja como una loca solo para ella, no

digo ni una palabra. A veces, por la noche, cuando estoy a punto de cerrar los ojos, me arrepiento. Me prometo una y otra vez mandar a Genny a la mierda. Sin embargo, a la primera ocasión caigo otra vez. Hago de espía. Cuando pasa el cartero, Ida firma con una x, llego a decir con una maldad que me hace temblar la voz.

Un domingo por la mañana mi padre entra silbando alegremente en mi habitación. Abre las persianas, se sienta en la cama.

—¿Sabes qué día es hoy?

—No —mascullo.

—Dos de julio.

—La fiesta en el río —farfullo adormilada—. ¿Vamos juntos?

—Me voy dentro de poco —me responde con dulzura. Hace una pausa—. He pensado que tú y tus amigas podríais llevaros también a Cristi.

—Es domingo, papá —protesto. Es mi día libre sin la forastera, como la llamamos las más benévolas; sin la muda, como dicen las más malas.

—Piénsalo —me dice solamente.

Y no sé con exactitud en qué debo pensar o quizá me ablando cuando me despido de mi padre, que estará fuera diez días; sea lo que sea, soy yo la que le pide a mi madre que añada dos bocadillos para Cristi.

—Es muy amable por tu parte —me dice antes de empezar con una retahíla de consejos. No te bañes después de comer, no te alejes con tus amigas, no te acerques al agua. Y no la pierdas de vista—: Seguramente ni siquiera sabe nadar.

—¿Por qué ni siquiera? —le pregunto enseguida.

—Oh —resopla mi madre—, date prisa o se os hará tarde.

Seguramente no sabe nadar, pienso subiendo las escaleras de la

ciudad vieja. Y quién sabe qué más no sabe hacer. El sol pica la piel, tengo los brazos negros. Para mí significa pecas y más pecas. En el pecho, en las piernas y, después, en la cara, infinitas pecas. Tengo envidia de la piel de Cristi, que huele bien y no coge color. Se enrojece, después se vuelve clara. Pero quizá no aguante el frío del agua del río. ¿He decidido invitar a la niña de Bolonia al río para ver cómo se ahoga? No, eso no, me digo estremeciéndome.

Pensaré a menudo, con los años, en aquella invitación y cada vez me convenceré de una versión diferente. Paso a recogerla porque me da pena. Porque quiero quedar bien con mi padre, porque quiero que su piel se vuelva fea y azul en el agua helada. Cada vez que voy con la memoria al día del cambio, al día del inicio, cada explicación es verdadera, ninguna es suficiente para describir todo lo que vino después.

A Cristi, aquel domingo, ante la palabra «río» se le saltan los ojos. Ve, le dice Ida con una sonrisa. No la amenaza ni le da sermones, no me ruega que le impida saltar. Mientras la niña se prepara en la habitación, la abuela me da las gracias con profusión y me carga de jamón y de pepinillos.

Cuando Cristi vuelve a la cocina, veo enseguida el bañador debajo de la camiseta blanca. Por un momento, me maldigo. Me veo cogiéndola de la mano en las pozas más profundas, llamando a alguien para que me ayude a llevarla hasta la orilla. Debería preguntarle enseguida si sabe nadar y, si responde que no, prohibirle que se meta. Sin embargo, me despido de su abuela y bajo a toda velocidad la escalinata hacia el pueblo. Cristi mantiene el ritmo.

—¿Has empezado los deberes? —le pregunto.

Sacude la cabeza, mirada al suelo. Sigo cómo sus ojos se dirigen al asfalto, en aquel momento están grises.

—¿Prefieres hacerlos en el último momento? —insisto.

Cristi se encoge de hombros. El gesto me molesta, no soporto más sus respuestas mudas. Estoy furiosa y estoy a punto de dar una patada a una piedra, pero es ella la que lo hace primero golpeando

el lateral de un coche aparcado.

—¡Cuidado, podrías haber roto la ventanilla! —grito.

—Perdona.

Miro la abolladura en la puerta, echo un vistazo alrededor. Desierto.

—Chiflada —susurro con los dientes apretados y empiezo a correr. No me doy la vuelta, pero siento el murmullo ligero de Cristi y sé que me está siguiendo con la cabeza agachada.

Cuando llegamos al río, aminoro. La banda del pueblo ya está tocando, las orillas están abarrotadas. Cristi tropieza, encaja un par de codazos. Entonces, tiro de ella de un brazo y avanzamos y retrocedemos hasta que encontramos a mis amigas. Están impacientes por irse al agua.

—Nosotras nos vamos a nadar —le explico a Cristi—. Prométeme que te quedarás aquí.

Ni siquiera espero a que responda, durante este mes nunca se ha alejado. No tengo ningún motivo para dudar de ella. Busco un escollo liso, una poza no muy profunda, me tapo la nariz y me lanzo. Con los pies toco enseguida el fondo, saco la cabeza. Sé nadar, pero no me consideraría una sirena, aunque me gustaría mucho serlo.

Mis amigas prefieren donde no cubre y pasamos el rato salpicándonos. Aquella tarde nos quedamos más tiempo de lo habitual, quizá porque me divierte pensar que la niña espera. En cierto momento, siento que ya es demasiado, a fin de cuentas, ella está conmigo. Una tarea es un deber, es el lema de mi madre, y propongo la retirada.

—No, quedémonos —se quejan las otras. Pero yo no cedo—. Tengo frío, salgamos.

—Si tienes tanta prisa por tu amiga, no vale la pena —susurra Genny.

No tengo tiempo para rebatir que no es mi amiga porque la otra ya

me está señalando un punto. Un puntito dorado en el cauce encrespado del río. Lejos de los chicos, de los escollos altos, de la confusión y también de la orilla. No pienso en lo peor ni en pedir ayuda. Aunque debería, no advierto ningún peligro. Hay una niña de siete años, de carne y hueso, en la corriente, viene de la ciudad, pero es una con el agua de nuestro río.

Con la inconsciencia de mis diez años, me limito a mirar a un señor que se lanza para traerla de vuelta, los sigo mientras nadan codo con codo. Cuando consigo moverme, me acerco a ella en la orilla.

No jadea, no está enrojecida, ni siquiera azul. Debería darle con jabón. Quizá, si realmente fuera una especie de hermana, como ha dicho mi madre, también estaría autorizada a darle una bofetada. Sin embargo, miro sus piernas, que gotean sobre la hierba, no me entretengo y le digo:

—Si te gusta el río, de ahora en adelante vendremos.

3

Le gusta nadar. Como andar por los caminos menos conocidos de la parte de arriba del pueblo. Como colgarse de las higueras, con más seguridad que las hojas enganchadas a las ramas más ligeras. Como descubrir frutas en los huertos abandonados, hacer agujeros en el barro y correr sobre los puentes de madera tambaleantes.

Después del episodio del río, sigo llevándola conmigo a todas partes. Desayuno, televisión y, después, fuera. Hablamos poco, pero algo ha cambiado. Cada mañana me invento mil excusas con tal de convencer a las demás para ir al río o al campo y Cristi ya no se queda sentada esperándome. Se quita los zapatos, se balancea agarrada a las ramas, se llena los bolsillos de fruta que después se come sin lavarla. Yo la sigo constantemente con el rabillo del ojo. A las Cuatro en Raya pierdo, al Monopoly me aburro. Mi diario, que leo ante las demás, languidece, porque el verdadero secreto es que no puedo dejar de mirar a Cristi mientras curiosea y elige las ramas más robustas de la higuera para tumbarse, o mientras mete los pies del color de la leche donde el río está más frío. Una mañana tras otra, el círculo que dibuja a mi alrededor con sus diversiones solitarias se amplía y yo, con la excusa de comprobar si lleva la gorra, si se hace daño, si tiene sed, acabo dentro de él.

A veces intento resistirme, la llamo desde lejos, me hago la indiferente; sin embargo, sus carreras por la orilla o sus escaladas a muros incandescentes siempre obtienen la mirada de una espectadora. De una guarda. De una admiradora. Incluso hoy, después de cincuenta años, no sabría decir qué era, qué quería ser para ella.

Solo sé que, en aquellos días de nuestro primer verano juntas, Cristi salta descalza y yo la sigo. Lucha contra las zarzas de mora y yo ruego por que no se arañe demasiado. Me sonríe y yo alzo la mano para saludarla. Las demás observan, lanzan miradas siniestras, patalean. Sé lo que están pensando, en el fondo, yo soy como ellas. ¿Qué es todo ese movimiento sin sentido? La niña no es una de nosotras, es una forastera mal vestida, un desecho que yo también debería ignorar.

Pero las mañanas de verano pasan y yo no consigo echar el freno. La tensión sube, los murmullos retumban a mis espaldas. El bochorno de agosto cumple su papel, sudamos mucho, berrinches y discusiones se desatan por una nimiedad. Por ahora nadie nombra a Cristi, pero siento la desaprobación general mientras ella, y esto me deja pasmada, es la primera en responder que todo está bien cuando Ida nos pregunta cómo va todo.

Pero una mañana llega el pretexto. Estamos en el río, el cielo está insoportable con su carga de humedad y el agua está densa como la creta. La idea es refrescarse con un baño, solo uno, le digo en voz baja a Cristi. En plan, no te pongas a nadar, de lo contrario estas hoy nos abandonan. Y además te arriesgas a ahogarte. Ella asiente y levanta un dedo. Uno, confirmo yo, pero no me quedo tranquila. Dejo que se suba a un escollo vertiginoso, mientras las otras y yo elegimos uno más bajo. Cuando saco la cabeza fuera del agua, Cristi ya está lejos braceando entre los residuos y las pequeñas olas marrones.

—¡Vuelve aquí! —le grito—. Tenemos prisa. —Y, además, vale que los remolinos no le den miedo, pero en agosto el agua está llena de tierra y ella pesará más o menos veinte kilos—. ¡Cristi! —grito más fuerte.

—¡Mi camiseta! —grita ella ondeando a contracorriente un trapo blanco.

Me giro hacia las demás. Todas están con la cabeza agachada. No ha sido una broma graciosa, mascullo, y para no ver el efecto de mi reproche en sus caras me lanzo hacia donde está Cristi, que acaba de llegar a la orilla. Tiene los hombros salpicados de arena, palitos y hojas enredados en el pelo, cualquiera estaría ridículo. Ella no, me sorprendo pensando molesta. Agarro la camiseta y la estrujo. Vámonos, le digo tajante. Ella asiente, parece un poco cansada, para nada enfadada. En aquel momento solo tengo ganas de estar en casa. Quiero estar pegada al teléfono y esperar la llamada de mi padre. Porque necesito entender si es normal querer mandar a todas mis amigas de siempre a la mierda, si es normal que una niña tres años más pequeña que yo se haya convertido de repente en lo único sensato para mí.

Me dirijo a casa lentamente, Cristi viene detrás de mí, después de una decena de pasos siento que también las demás nos siguen para volver a sus casas. Tengo el rostro en llamas y la respiración jadeante. Estoy segura de que Genny tiene sus ojos puestos en mí.

—¿Va todo bien? —le pregunto a Cristi intentando permanecer neutra.

—Sí —me responde en voz baja.

Estoy cansada, me balanceo, querría dar un empujón a la miserable que ha tirado la camiseta de Cristi al barro del río y querría que Bolonia o quien fuera en su lugar se llevara a la niña.

Ante el ayuntamiento, Genny me da un codazo.

—Dile a la salvaje que se ponga la camiseta.

Me doy la vuelta. Cristi está caminando con el pecho al descubierto por la avenida principal.

—Está empapada, no puede —balbuceo.

—Siempre la defiendes.

—Sí, es así —se unen las demás.

—Me la han encasquetado, qué debería hacer —replico.

Ante esas palabras Cristi emboca una callejuela lateral.

—Se ha escapado —digo entre dientes.

—Como si nos importara —me desafía Genny.

Yo no respondo a la provocación, estoy ocupada preguntándome si la niña sabe cómo volver a casa de su abuela. Solo tengo diez años, pero ya he entendido que Ida, con su casa sin ducha, es la única en el mundo que la espera.

—Todos saben de quién es hija —se ríen las demás.

Genny las amenaza para que se callen y me dirige una mirada

gélida.

—La verdad es que tú nos estás dejando de lado por una que es medio tonta.

La verdad verdadera es que desde que he conocido a Cristi las reglas del grupo me aburren. Es más, me molestan.

—Me voy a casa —digo con un hilo de voz.

Ninguna de ellas me detiene, entonces me alejo y en cuanto sé que ya no pueden verme empiezo a correr.

Subo con el corazón en la garganta las escaleras hacia la ciudad vieja. La casa de su abuela está aún en pie, pienso con alivio. La puerta está entreabierta, cojo aliento y empujo. Ida está sentada en la cocina.

—Está en la habitación —susurra, y yo, cabizbaja, voy a su cuarto.

Cristi está tumbada en la cama. Tiene las plantas de los pies negras y riachuelos de barro entre los pelos rubios de los muslos. Está durmiendo en ropa interior, panza arriba, con las piernas ligeramente separadas. Sobre la mesilla hay una maceta de flores, sobre la otra, la fotografía de un hombre. La fotografía que Ida quemaría. La sujeto entre las manos, la observo. Parece que alguien haya pegado los ojos de Cristi sobre una cara con bigote que produce tristeza con solo mirarla.

Me inclino sobre ella. Soy yo, susurro, y ella, como yo esperaba, no se mueve. Nunca hemos estado tan cerca. Con la punta de la nariz le acaricio la mejilla porque quiero estar segura y lo estoy al instante. No son suficientes el agua pesada de agosto, los residuos, la pequeña maldad de quien se siente amenazado, ni mi estúpida indecisión para eliminar de la piel de Cristi el perfume de Cristi.

4

Por la tarde evito a Genny. Lo hago con desenvoltura, como si la broma de la camiseta nunca hubiera ocurrido.

—Me gustaría quedarme contigo, pero tengo algo que hacer —le digo sonriendo.

—¿El qué? —me pregunta con cautela.

—Recojo ofrendas para los pobres.

Es una media mentira, porque sí es verdad que voy de casa en casa a pedir monedas con las parroquianas, pero es falso que lo haga para los pobres.

Lo hago porque ya ardo en deseos de conocer la historia de Cristi. Y entre las mujeres pías de la iglesia hay una, Licia, que del pueblo lo sabe todo. Y no solo eso, también le gusta hablar.

Ante la iglesia nos dividimos en parejas. Mi madre distribuye las cestas de las ofrendas. Con un poco de astucia consigo alejarme de ella, me agarro del brazo de Licia y ya no la suelto. Frena la lengua, pienso, si quieres llegar a Lilli, tienes que jugar bien tus cartas. Entonces me muevo con cautela, me ofrezco para llevar la ofrenda, le cuento a Licia sobre mi escuela, sobre cuánto me gusta el catecismo. Y si alguien me da alguna moneda solo a mí, la dejo caer, ante sus ojos complacidos, en la cesta de los pobres.

Cuando nos paramos unos minutos para descansar en los jardines, empiezo a divagar.

—Tengo una amiga a la que este dinero le vendría bien.

—¿Ah, sí? —me responde Licia. Asiento con aire de gravedad—. ¿Yo la conozco? —continúa.

Ya casi estoy, lo siento.

—Oh, no, no lo creo. Es de Bolonia.

Licia ríe socarronamente, tiene una pelusa asquerosa sobre el labio superior.

—La nieta de Ida, ¿no? —me dice con aire de quien lo sabe todo.

—Sí —respondo fingiendo sorpresa. Miro a mi alrededor, mi madre está lejos. No le gusta mi curiosidad porque es idéntica a la suya. No le gusta mi cháchara porque es mejor que la suya. Sin embargo, ahora no me presta atención, está intentando comprobar la lista de las calles que faltan para terminar el tour de las ofrendas.

Aguzo la voz, me acerco a Licia.

—Estoy preocupada por ella porque está angustiada por su madre.

—Por esa, nada bueno —responde Licia fulminantemente. Mantengo la mirada de sus ojos hundidos. Serías capaz de hacer hablar incluso a un pajarillo, me dice siempre mi padre. No se equivoca. Después de un largo suspiro que me llega directamente a la cara, la historia de Lilli sale de los labios peludos de Licia a la velocidad de un rosario.

De esta forma, aquel primer verano, sentada en los jardines del ayuntamiento, gracias a mi capacidad para sacarle información incluso a las paredes, descubro que Lilli nace cuando Ida ya es vieja, después de muchos hijos perdidos.

Llega Lilli y muere el marido de Ida. Dios da y quita, subraya Licia, a quien le gusta cotillear aún más si hay moraleja. Pero Lilli es extraña. Es rubita, mona, sí, pero con demasiados pájaros en la cabeza. De acuerdo, hasta aquí puedo entenderlo, estudia poco. Le gusta el dinero que Ida no tiene y con tal de vestirse de rica está dispuesta a divertirse. Aquí la miro estupefacta. Le gusta hacer el amor con quien, al terminar, le alarga un bonito billete, me explica entonces sin medios términos.

Ida la busca por el pueblo, todas las tardes en los bares, todas las mañanas en los jardines y, cuando la encuentra, no le grita, sino que con una paciencia de santa se la lleva a casa. La casa desvencijada de la ciudad vieja que a Lilli le quema los pies.

A los dieciocho años, durante la fiesta del patrón, la chica no da señales de vida durante dos días enteros. Ida no llama a la policía, en el pueblo eso no se hace, se espera en la iglesia. Reza sentada mientras la fiesta sigue fuera, y el olor a ajo fresco, vendido en ristras, la mantiene despierta. La tercera mañana, la hija vuelve; el primer ruego ha sido escuchado. El segundo, no. Porque Lilli está embarazada. De un tipo de Emilia Romaña, un cuarentón, un representante de no sé qué. Instrumentos musicales, licores, coches. En cualquier caso, está embarazada de uno que ya ha dado muchos billetes a muchas mujeres, más de los que realmente tiene. Ida lo ve solo una vez, no en casa, sino en un bar, porque Lilli dice que su cocina no está hecha para él. Tampoco los hijos están hechos para él, esto Ida lo entiende incluso antes de haberse bebido el café. Ten al niño, pero quédate aquí conmigo, le dice a Lilli. Pero la chica no quiere quedarse en el pueblo, no ahora que espera un hijo del hombre adecuado. Uno que sabe hacer regalos, que lleva sus iniciales en las camisas y que las chabolas apartadas como las de la ciudad vieja no las ha visto nunca en su vida. Uno que le hará estar bien. Yo no estaría tan segura de ello, comenta Ida. Entonces discuten, Ida alza la voz y Lilli no se lo piensa dos veces y se sube al tejado de la casa. A cogerla corre Gino, el jorobado, que vive en la calle de abajo y que nunca ha escuchado a Ida gritar así.

Al día siguiente, Lilli parte para Bolonia, donde está su hombre, donde el olor del frigorífico gris de la casa no le dará más náuseas. Sin embargo, quien la hace vomitar cada mañana es la niña que crece, al igual que la barriga bajo la ropa. La niña que espera y que no desea. Que ha decidido tener solo para enganchar al padre. Para que la lleve a las fiestas de villas tan grandes como medio pueblo y a restaurantes con vistas sobre la ciudad. Tres o cuatro meses de juerga, nada más. Porque una noche de superluna la panza se desinfla y la cuna se llena. Desde aquel momento hay biberones que calentar, mientras los chupetes esparcidos por todas partes no se encuentran y los llantos no cesan. Y, además, está él, que de repente empieza a aceptar cualquier trabajo y está siempre fuera de casa hasta tarde, a veces, incluso hasta altas horas de la madrugada. Si Lilli se atreve a montar una escena, hasta la mañana siguiente.

En Bolonia ya no hay trabajo para mí, le dice una tarde. Tampoco hay ya fiestas en las terrazas de las colinas de Bolonia, mientras que

los viajes de trabajo aumentan y el dinero para la leche en polvo disminuye. Al cabo de tres meses es él el que ya no está, Lilli está sola.

—Completamente sola —dice Licia—. Justo como había previsto Ida —añade, y el bigote sobre los labios se alza en un gesto de satisfacción.

—Pero no es verdad —balbuceo desconcertada—, no está sola.

Licia me mira perpleja. Acabo de incumplir una regla del pueblo: nunca contradigas a quien te hace el favor de contarte lo que no sabes. Intento arreglarlo:

—Quiero decir que la niña estaría con ella.

—Oh, claro que está —se regodea Licia contenta de poder continuar—, pero Lilli no tiene muchas ganas de criarla.

No le apetece cocinar, ni comprar, ni vestir a su hija como debe. Ni comprarle lapiceros y cuadernos. Solo piensa en hacer sonar los tacones de esos bonitos zapatos de noche que él le regaló cuando se conocieron. Me dirás tú qué interés tiene en dejarse ver por el pueblo o en invitar a su madre durante algunos días a Bolonia.

—Un corazón de piedra —murmuro.

Licia me lanza una mirada, después termina con las manos arrugadas sobre el pecho.

—El corazón de Ida, por suerte, está hecho de otra pasta —suspira y sigue contándome.

Y es justo por ese corazón tan grande que Ida, después de siete años, en plena noche, sin previo aviso, acoge consigo a la niña que Lilli le deja ante la puerta, y le jura a la hija que mantendrá la foto del lechuguino en la mesilla durante todo el tiempo. Una semana, un mes, un año, quién puede saber qué pasa por la cabeza de Lilli.

—¿Pero dónde ha ido? —pregunto impaciente por llegar al final.

La vieja alza los ojos al cielo.

—Eso solo lo sabe el padre eterno —responde.

Cómo hace Licia para saber lo de la foto, cómo hacen las lenguas bífidas del pueblo para meterse incluso en los dormitorios, es un misterio que no tengo tiempo de resolver porque mi madre hace el gesto de continuar el camino.

Más tarde, como sucede a menudo, cenamos a solas. En cuanto terminamos, le pido permiso para subir a casa de Ida y me llega un sonoro no.

—Allí arriba oscurece enseguida —me responde mi madre con sequedad. Lo piensa de nuevo y añade—: Pero me gusta que tú y la niña os llevéis bien.

Me esfuerzo por sonreír. Sé perfectamente que no le gustaría saber la historia de la camiseta y del paseo a pecho descubierto por toda la calle principal, y no tengo el valor de contársela. Si estuviera mi padre, quizá lo haría. Echo de menos a mi padre. También mi madre lo echa de menos. Sin embargo, ni este sentimiento común nos une, es más, los días sin él son desapacibles entre nosotras. Comemos rápido, nos vamos a dormir pronto, intentamos no discutir y hacemos todo lo posible para dejar que el tiempo pase sin impedimentos.

Para hacerla feliz, esa tarde lavo los platos. Escucho a mis amigas que juegan en la plaza de delante de la iglesia, pero no me uno a ellas. En mi habitación, bajo las persianas, es la primera tarde que me pregunto qué estarán haciendo abuela y nieta allí arriba, donde las farolas son inusuales y los pájaros nocturnos se creen los dueños de todo.

—Ida no va a misa, ¿no? —pregunto a mi madre cuando me da las buenas noches.

—En realidad, no.

Su tono tiene un aire de vergüenza y yo insisto:

—Entonces, se equivoca.

—Digamos que la vida le ha hecho sufrir demasiado.

También mi madre sufrió mucho cuando yo nací. Me lo ha contado mi padre. Una desgracia, un parto difícil, le quitaron todo. No sé qué le han quitado en concreto, pero sé de seguro que no tendré hermanos o hermanas y que yo seré su única hija. Y, sin embargo, ella nunca ha dejado de ir a la iglesia.

—No lo entiendo —protesto.

—Ya lo entenderás —me dice mi madre—. Ya lo entenderás.

Me emboza la sábana y me da un beso de los suyos. Seco, rápido y difícil de recordar. Si no hubiera caminado para arriba y para abajo por el pueblo toda la tarde, quizá seguiría con el interrogatorio, intentaría entender mejor a qué parte del mundo pertenece Cristi. A la parte de Lilli o a la de Ida, que a decir de mi madre no va a la iglesia, pero aun así es una buena persona.

Pero estoy cansada y empiezo a pensar que quizá criaturas tan bellas no consigan pertenecer a ninguna parte. De esta forma, enmudezco y cierro los ojos mientras los labios peludos de Licia me susurran en mi interior: «Ten cuidado con la niña, porque ya se sabe, de tal palo, tal astilla».

5

A la mañana siguiente, Cristi no menciona la terrible historia del río. Mientras recogemos las tazas del desayuno de la mesa, empieza a llover. Una lluvia recta que no golpea los cristales. Abro las ventanas, el olor a tierra y a fruta recién mojada entra en el salón. No enciendo la televisión, me tumbo en el sofá y escucho el ruido de las gotas recogidas por las hojas. Cada árbol, cada arbusto de flores tiene su sonido. Cristi me imita. Le hago hueco, sus cabellos se esparcen a mi lado.

—¿Llueve mucho aquí? —me pregunta después de un rato.

—En agosto, sí.

—¿Por qué?

—Porque es el final del verano —digo mientras me estiro.

Cristi salta como un muelle. Se levanta, me mira sorprendida, después se pega a la ventana. No entiendo qué he hecho mal, pero daría lo que fuera por tragarme cada palabra.

Es el final del verano, está repitiendo ella con la mirada fija sobre el albaricoquero que brilla por la lluvia.

Siento que mi error tiene que ver con Lilli y con el señor de la fotografía. Corro a la habitación y vuelvo.

—Mira —le digo.

Nada.

Lo repito y ella se gira lentamente. Con la mano un poco temblorosa le ofrezco un papel. Es una poesía que he escrito para ella esta mañana. A la espera de que Cristi se decida a coger el trozo de papel, se la recito de memoria.

De una amiga especial he aprendido

Que el silencio hace ruido

Y que la piel tiene olor.

No sé cuándo ha ocurrido

Pero el resto del mundo he olvidado,

Porque sus cabellos son rayos de sol

Y nuestros juegos son dulces oasis y perfume de violetas.

—Cógelo, es para ti —susurro.

Cristi mira el papel sin moverse.

—Me he despertado pronto, no sabía qué hacer —le digo como para justificarme, con la mano que no deja de temblar.

Finalmente coge la poesía, también sus dedos tiemblan, la repasa muchas veces atónita.

Me vuelvo a tumbar.

—¿Te gusta? —le pregunto nerviosa.

Asiente.

—¿Te gusta de verdad?

Ella hace un gesto extraño, dobla el papel en cuatro y se lo mete en el bolsillo posterior de los pantalones. Después, vuelve a tumbarse y apoya la oreja sobre mi espalda. No añade nada más.

Durante los días siguientes sigue lloviendo a cántaros. A veces, por la noche, el agua se para y durante algunas horas solo se oye el gotear del agua que queda en los tejados y en las ramas. Yo no me doy cuenta de nada, me lo cuenta Cristi.

—¿No duermes por la noche? —le pregunto alterada.

—Sí duermo.

—Entonces, ¿cómo sabes que deja de llover?

—Lo siento.

No entiendo si quiere decir que lo escucha con las orejas o de cualquier otro modo secreto que yo seguramente no tengo. No le pido explicaciones. Sería inútil: cuando se la pone entre la espada y la pared, Cristi no responde y nunca lo hará.

Después de la primera semana de lluvias, mis amigas se dejan ver de nuevo. No han encontrado una alternativa a mi casa o me han perdonado, pienso sin demasiado interés, y les hago entrar. Vemos la televisión, jugamos a maquillarnos, una mañana en el culmen del aburrimiento saco incluso la caja de las muñecas. Mi madre nos ha pedido que dejemos jugar también a Cristi. Comprueba que no hace cosas raras, ha añadido con la cabeza en otra parte. Alguien debe de haberle contado lo que ocurrió en el río. E imagino cómo. La pequeña de Bolonia caminaba medio desnuda por el centro.

De cualquier manera, Cristi no hace cosas extrañas, no hace nada. Está pegada al cristal. Tan quieta y callada que las demás vuelven a tolerarla. Estoy preocupada por su apatía. ¿Cuánto más se queda la niña?, les pregunto a mis padres todas las tardes. Ellos suspiran. Eso no lo sabe nadie, me explica mi padre. Mucho menos Cristi, que durante las semanas de lluvia sigue mirando hacia fuera. Ni siquiera está interesada en el albaricoquero resplandeciente, la mirada está perdida siguiendo siempre la misma gota y, según Ida, ya nada le abre el apetito.

A veces me acerco:

—Ven a jugar con nosotras.

Ella niega con la cabeza, se queda inmóvil durante horas y cuando la acompaño a casa a la hora de comer hace lo imposible para no estar bajo el paraguas. Ida suspira, mi madre dice que hay que hacer algo, sobre todo en lo que respecta al colegio, a las malas notas, que a mí en aquel momento me parecen el menor de los problemas.

El veintinueve de agosto, recuerdo con exactitud la fecha porque

después pasé todo el invierno maldiciéndola, estamos todas sentadas jugando en el suelo. Cristi tiene la frente pegada a la ventana y el cabello húmedo por la condensación. Me acerco.

—Ven —le susurro—, echemos una partida.

Echa un vistazo sin interés el Paroliere[1], después sacude la cabeza.

Insisto:

—Solo unos minutos.

Ella baja la mirada, entonces yo la cojo por el brazo e intento arrastrarla.

—Déjame —suplica.

—¡Tú ahora te vienes con nosotras! —grito con rabia desmedida.

Cristi abre los ojos de par y par y se desase. Por la ira se golpea contra la ventana cerrada y por los pelos, al igual que el alma de la niña, no se rompe en pedazos.

No la sigo, no lo entiendo. Estoy a punto de echar a todas, pero Genny estalla en una risa escalofriante:

—¿Aún no te has dado cuenta de que no sabe leer?

Es la luz verde para la manada, que se regodea. Es una inadaptada, está chiflada, es asocial. Es disléxica, me explica mi padre por teléfono aquella tarde. Y entonces, en mis oraciones de antes de dormir, doy gracias porque está él, que me entiende y que me enseña las palabras adecuadas. Después, pido perdón por haber humillado a Cristi, por no haberme dado cuenta. Y, sobre todo, prometo arreglarlo.

Pero no cumplo esa promesa. Con lágrimas se lo explico a Dios la tarde siguiente. No es mi culpa, es culpa de Lilli, le digo. Que ha vuelto sin avisar y se la ha llevado al alba. En cuanto nos hemos despertado, en ayunas, nos lo ha explicado Ida con la voz rota.

1 El Paroliere es la versión italiana de un juego americano, el

Boggle. Se juega con dieciséis dados que contienen letras dispuestos sobre un tablero 4x4 y los jugadores se desafían a encontrar palabras en un tiempo limitado marcado por un reloj de arena. Un juego de mesa similar al tradicional pasatiempo de la sopa de letras. (Todas las notas son de la traductora)

6

Si hubiera sabido que Cristi volvería, no me habría recluido en casa hasta el inicio de la escuela. No habría pasado el invierno llenando cajas con cartas. Al fin y al cabo, Cristi no sabe leer. Y, además, Lilli, antes de irse, no dejó ni dirección ni teléfono. Lo prefiere así, nos explicó la abuela con los ojos empañados. Sin embargo, en Ida, durante todos aquellos meses, pienso poco. Así como tampoco pienso en mis notas excelentes y en las felicitaciones de mi madre, o en Genny, con la que me he reconciliado y cuyas disculpas he aceptado.

El tiempo, todo, en casa, en la escuela, en la iglesia, transcurre a trompicones. Me enfado, porque me parece sentir una nostalgia excesiva. Me asusto, porque no importa cuánto me esfuerce por encontrarle defectos, no me quito la imagen de Cristi de la cabeza. Me compadezco, porque estoy sufriendo de un mal extraño. No hay medicina, no hay doctor, pienso con diez años. No hay cura para ciertos anhelos, lo sé bien ahora que tengo sesenta.

Dónde estará mi amiga, me pregunto continuamente durante aquellos días. Creo que está en Bolonia, me dice de vez en cuando mi padre por propia iniciativa.

—¿Has estado alguna vez allí? —le pregunto.

—Sí.

—¿Es bonita?

—No te sabría decir —reflexiona—, hay mucha niebla.

Durante aquellos meses le hablo a menudo. No me había dado cuenta, puedo enseñarte yo. Deja que te ayude a leer, a escribir, repito ante el espejo hasta empañarlo. Cristi en la niebla, susurro entonces con los labios apoyados sobre el cristal.

Cuando Ida, un lunes de junio, llama a la puerta, yo abro la de nuestro segundo verano; Cristi en el umbral, en carne y hueso, se come mis palabras. Mi madre abraza a abuela y nieta. Yo no lo consigo. Entonces has vuelto, hago decir a mis ojos. No recuerdo en

concreto la expresión de los suyos ni lo que hacemos justo después, solo recuerdo que todo empieza de nuevo.

Ida me tranquiliza, la niña ha crecido, puede apañárselas sola. Pero yo la busco. Ya no estamos con las otras, no las necesito. Ser la mejor de la única escuela del pueblo me da el privilegio de elegir a salvo de las críticas y elijo a Cristi.

Caminamos juntas por los caminos sobre la ciudad vieja, llegamos más allá de la torre del reloj, incluso entramos en el bosque. En la oscuridad de los abetos sigo su cabellera rubia, cada vez más larga, cada vez más llena de nudos. Si me siento, ella me imita, si me pongo los cascos del walkman, ella se queda mirando el casete que gira.

Cuando la sombra de los espesos árboles nos aburre, bajamos otra vez a la ciudad vieja. La miro colgarse de los muros de piedra para arrancar las alcaparras, acercarse a las colmenas hasta rozarlas. Le enseño la diferencia entre las avispas y las abejas, cuál de ellas pica y después muere, y cuál solo pica.

Un día, después de su llegada, con nosotras está también mi madre. Estamos ayudando a Ida a hacer la mermelada. Una gran olla cuece en el patio de la vieja casa. Salpicaduras rojas saltan como flechas.

—Quedaos lejos —nos regaña Ida.

Entramos en la casa. Las mujeres hablan.

—Lilli solo piensa en eso —gruñe la abuela—. Solo piensa en las notas.

Miro a Cristi, los ojos son verde botella.

—La escuela es importante —susurra mi madre—. Saber escribir es fundamental, ¿es necesario que lo diga? —No puedo ver la cara de mi madre, pero puedo imaginarla sin esfuerzo: los labios apretados, la punta de la nariz hacia arriba, la misma expresión de cuando no le digo lo que se espera. Que además es la misma de cuando bostezo en misa o cuando me paso con un trozo de tarta. Sin embargo, la cara de Cristi no la veo. Está asustada.

Lilli piensa en las malas notas y Cristi piensa en Lilli disgustada, que sufre por los comentarios de las profesoras, pero no tiene problema en dejarla en casa de la abuela por no se sabe cuánto tiempo. El perfume dulzón de las fresas cocidas llega hasta nosotras. ¿Dónde está la vía de escape? Me pregunto mientras mi amiga mira el suelo agrietado de la casa de la abuela.

Una tarde a la semana veo a Genny. Hacemos cosas de adultos, como pedir una limonada en la terraza del bar Centrale. De Cristi no se debe hablar, es la condición que he puesto. Y como ella quiere ser mi compañera de mesa el próximo año en el instituto, solo para decir que está cerca de la más lista, se contiene. Excepto una vez.

—¿Cómo está la forastera? —me pincha.

—Bien.

—¿Y su problemilla?

Río.

—Todo resuelto. —Y pido enseguida otro vaso.

Su problemilla no se ha pasado en absoluto, pero con Cristi nunca hablo de ello. Evito los libros, los tebeos, el papel impreso. Vivimos sin letras, sin carteles, sin relojes. Por la tarde, antes de dormirme, aprovecho su ausencia y me lanzo sobre los libros. Pilas de novelas con portadas lustrosas que leo sedienta. Sus tramas ordenadas me hacen conciliar el sueño, me dan una tregua del caos entrelazado del pelo de Cristi que me espera todas las mañanas.

Durante los días más calurosos vamos al río, por el camino que rodea la vieja cárcel, hasta un recoveco escondido entre grandes eucaliptos. Ella, esquelética, en su bañador de una sola pieza; yo, apretada en el mío. Nadamos juntas, si la corriente está clara, avanzo hasta que lo único que toco, a metros y metros de la orilla, son las manos de Cristi.

Una mañana, después de una noche de lluvia, el río nos acoge caudaloso. Nos sentamos en bañador sobre la punta de un macizo, las piernas sumergidas. Hay viento, las hojas de eucalipto se doblan

por encima de nosotras hasta rozar la superficie agitada del agua.

—¿Echas de menos el río cuando estás en Bolonia? —le pregunto.

—No —responde.

Me ruborizo. Me quito una hoja de la cara, me esperaba un sí. No un banal sí, un sí desanimado. Cristi observa durante un segundo mis mejillas rojas.

—Pero a ti te echo mucho de menos —me dice.

Y es justo en ese instante, cuando escucho esas palabras, que siento sus labios mojados que rozan delicadamente los míos.

El ruido tumultuoso del río no es nada comparado con el que se produce de repente en mi pecho. Cristi se tumba sobre la hierba. La corriente susurra entre los dedos de mis pies, un palo se me engancha en las pantorrillas, lo empujo.

—¿Por qué lo has hecho? —balbuceo.

Cristi no responde.

La miro desde arriba. Tiene los ojos cerrados, el seno plano entumecido por la tierra húmeda. Por instinto, me visto. Lo ha hecho solo porque las palabras no son suficientes, pienso. Y nunca, como en aquel instante confuso, me acerqué tanto a la verdad.

Del beso, que no es un beso, aunque es el primer beso húmedo de mi vida, no volvemos a hablar. Lo hemos olvidado. No es verdad. Cristi lo ha olvidado, yo lo he puesto a un lado, lo he metido en un agujero profundo, a miles de metros de distancia de nuestros pasatiempos. Y si alguna tarde me entran ganas de volver a pensar en ello, me obligo a no hacerlo.

El dos de julio, mientras el pueblo entero se congrega en la fiesta del río, damos un largo paseo por el bosque. Llegamos hasta un pequeño altiplano, entre las ruinas del viejo peñón militar. Es el último día juntas solo las dos, pero aún no lo sabemos.

—¿Dónde ha ido tu madre? —le pregunto. Estamos tumbadas sobre la hierba quemada, lejos relinchan los caballos.

Ella lo piensa un momento, después responde:

—¿Están sueltos los caballos?

—No, hay establos. —Me yergo para indicarle las vallas a lo lejos, cerca de los campos de girasol. Las bestias no se ven.

—Mi madre persigue a un caballo libre —susurra Cristi y, de repente, ante mis ojos, sus piernas largas y sus pies puntiagudos tienen un significado. El cabello rubio es una crin. Tú eres un caballo, pienso, no ese idiota que también este año Lilli te obliga a tener sobre la mesilla.

La observo durante un tiempo sin decir nada. Después, miro las vallas, espero a que se evapore el escalofrío que no sé explicar. Tengo la boca seca. El sol, el pudor. Me coloco a su lado y con el rabillo del ojo veo la sonrisa perfecta de Cristi, la que me hace sentirme poco interesada en las carreras, llena de pecas y ligeramente gorda. Que me hace desearla a ella o desear ser ella. La sonrisa que aquella tarde aún puedo creer que es solo para mí.

7

Caballos libres, fotografías que quemar en la chimenea, besos falsos, zambullidas en el agua sin fondo. En el julio de nuestro segundo verano juntas, tengo la pretensión de creer que por Cristi podría enfrentarme a todo. Y, de hecho, podría. Si una estúpida pelota no se hubiera caído en una fosa profunda, si no hubiéramos tenido que cogerla de las manos de un niño impávido. Si no hubiera llegado Mattia a nuestras vidas.

La primera vez que nos lo encontramos estamos en la ciudad vieja. Por la tarde, no muy lejos de la casa de Ida. Estamos jugando a la pelota detrás de una hilera de cipreses, al borde de una fosa llena de agua pluvial. Él aparece justo en el momento en el que nuestra pelota se cae dentro. O quizá me distraigo cuando él aparece y la golpeo mal. En cualquier caso, el resultado es el mismo.

Poco importa si lo que desvía la trayectoria de mi amistad con Cristi es él o mi inseguridad. De todas formas, Mattia no es uno que dude. Y, de hecho, también en nuestro primer encuentro no se lo piensa dos veces: se quita la camiseta, se la pasa a Cristi, entra en la fosa y avanza con el agua sucia hasta la barbilla. Pienso en las lombrices, en los ratones, en la capa aceitosa que flota y en mi cara de terror. En qué ridícula debo de parecer en ese momento. Cierro los ojos y estoy segura de que mi amiga no lo hace porque cuando los vuelvo a abrir lo está observando con la boca abierta. Mattia se encarama y le tira la pelota. Tiene los pantalones llenos de fango y una etiqueta de plástico se le ha quedado enganchada a una cadenita de oro pesada que lleva en el cuello.

Esta es la imagen más nítida que conservo de él. Un niño rubio ya musculoso que se llena de barro hasta los labios con tal de devolverle algo a Cristi.

Que lo haya hecho por ella no me cabe duda, aunque él nos mire a las dos. No es del pueblo, enseguida me doy cuenta de ello. Se acerca a mí, sonríe. Tampoco él habla, pienso con un escalofrío. Me equivoco.

—Mattia —dice levantando los brazos como si tuviera que

rendirse—. ¿Puedo jugar? —sigue con seguridad.

Tiene un acento indescifrable, los hombros anchos. Me mira. Debe de haber entendido que soy la más grande de las dos, la que, por sentido común, debería decidir. Gano tiempo, querría al menos saber dónde vive. Sin embargo, Cristi le devuelve la camiseta, por increíble que parezca se acuerda de hacerlo y, después, por toda respuesta, le lanza la pelota.

—Es un desconocido —intento susurrarle a mi amiga, pero ella no escucha. Golpea con las manos, estira los brazos, salta ligera mientras en el trascurso de unos minutos la pelota para mí se ha transformado en una esfera de hierro. Una carga de la que me libero en cuanto puedo para verla rodar de las manos de Cristi a las manos de Mattia, de un imán a otro.

No puedo decir que me estén ignorando, pero cuando se lanzan la pelota hay una energía particular. Los celos deforman la realidad, me sugiere una voz dentro de mí que se parece a la de mi padre. Y quizá también distorsiona los campos magnéticos. Lo que está claro es que me emperro en cambiar de juego. Agujerearía la pelota delante de ellos si sirviera para hacer desaparecer a Mattia. Pero él no piensa hacerlo. Está plantado en el suelo, con las pantorrillas esculpidas, esperando a que yo decida qué hacemos.

—Podríamos recoger bayas de enebro. —Nunca lo hacemos, Cristi asiente—. O podríamos ir a ver el atardecer a la torre del reloj.

Otro sí, pero no me basta.

Estoy inquieta. En pocos segundos propongo una oleada de pasatiempos, de vías de escape del espectáculo de dos niños que juegan a la perfección sin conocerse. Cristi espera, no parece molesta. Miro los ojos del niño, azul celeste. Entonces, juego la carta de Ida, ya estoy a la defensiva.

—Vamos a casa de tu abuela a merendar.

—Vale —responde ella.

—Debo irme. Es tarde —Mattia la secunda.

He conseguido echarlo, pero no me exalto. Por el modo en el que se miran sin saludarse, me doy cuenta enseguida de que Cristi no renunciará a él.

Al cabo de diez días, sobre Mattia sé todo lo posible. Esta vez no debo interrogar a Licia o a otra cotilla del pueblo porque tengo una aliada infalible, mi madre, que está detrás de sus conocidas para saber quién es el niño que cada día sube a la ciudad vieja.

—¿No estás exagerando? —le dice una tarde mi padre.

Estamos en la mesa, miro a mi madre, que primero corta con calma el asado en lonchas, después, responde:

—Me parece lo mínimo que puedo hacer puesto que el muchacho ve a menudo a nuestra hija.

—No es un muchacho —contraataca mi padre—, es un niño.

Claro, es un niño, tiene mi edad. Y mi madre podría quedarse tranquila puesto que no está interesado en mí. Pero parece un muchacho, en eso ella tiene razón. Tiene un semblante decidido, y las líneas de los músculos ya se le empiezan a marcar bajo la piel.

—Niño o no, ¿no quieres saber lo que me han dicho? —El tono de mi madre suena un poco resentido.

Mi padre dice que sí, después me guiña un ojo.

—Es de Génova —empieza mi madre.

—Lo sabemos —murmuramos.

Mi madre zarandea un plato, pero continúa.

Su padre, un militar, se fue de un día para otro. Al extranjero, por otra mujer y, sobre todo, por otros dos hijos. Mattia vive con su madre en un barrio obrero. Bolzaneto, especifica mi madre. En la escuela va bien, pero de vez en cuando se le va la mano. Ante estas palabras agacho la cabeza, porque a decir verdad ya me lo ha dicho Genny con la excusa de ponerme en guardia.

Mientras mi madre habla, yo trago. Cuando unto el pan en el aceite del asado ella me hace un gesto brusco para que coma menos. Mi padre, mientras tanto, mastica lentamente.

—¿Pero qué hace en el pueblo? —pregunta en cierto momento.

Eso no lo sé ni siquiera yo. Mi madre señala las patatas con aire de listilla. Ella lo sabe.

—Las he comprado en la tienda de comida preparada donde trabaja su madre.

Tanto mi padre como yo la miramos desconcertados, dejamos de masticar, así ella nos explica con calma que la madre de Mattia está sin trabajo y pasa la temporada en el negocio de una pariente. Un poco a las afueras del pueblo, cerca del estadio.

—¿Solo la temporada? —le pregunto yo angustiada.

—Sí, hasta septiembre, solo el verano, durante el invierno hay muy pocos clientes.

—Pobrecilla —comenta mi padre.

—Menos mal —murmuro yo.

Mi madre no nos hace caso, y continúa.

—Su hijo hoy estaba en la caja.

—¿En la caja? —Mi padre se ha quedado de piedra, yo no tengo el coraje de levantar los ojos del plato.

—Créeme que es una maravilla —responde mi madre.

En ese momento comprendo que Mattia también ha calado en ella de alguna forma. Por un niño de once años que suma, resta y da las vueltas como un adulto está dispuesta a pasar por alto la cuestión de la mano larga.

El resto de información sobre él me lo da directamente Mattia mientras habla con Cristi. Adoro el mar, le dice, y juego bien al

fútbol. Y otras cosas que, a fuerza de estudiarlo, entiendo yo sola. Especialmente que tiene hoyuelos irresistibles en las mejillas y los ojos azul celeste como el cielo despejado del verano. Sabes todo de él, me digo. Todo excepto qué piensa de Cristi y por qué siempre la busca.

Tiene la fea costumbre de aparecer de repente, sin preferencia de hora, lugar o sin dificultades para sacarnos de nuestro escondite. El momento antes estamos mirando el paisaje desde la torre del reloj; el segundo después Cristi se ha girado y lo está saludando. Por la tarde, tras terminar el trabajo en la tienda, Mattia va bajo la casa de Ida. También cuando estoy con Genny o en la parroquia, Cristi no me lo oculta.

—¿Qué hicisteis ayer? —le pregunto a la mañana siguiente.

—Oh, nada —me responde diligentemente. Solo una vez me dice—: Hemos hablado del mar de Mattia.

Peces, conchas, arena hacen que me piten los oídos.

—¿Cómo se llama ese mar? —replico con la esperanza de hacer que se calle.

—Mar de Liguria —me responde Cristi con una sonrisa. Nada mal para una que saca malas notas y el mar no lo ha visto nunca, rumio con rencor.

Cuando estamos los tres hacemos las cosas de antes, aunque ya nada es lo mismo. Paseamos, Mattia y yo nos quedamos sentados con la espalda pegada a los troncos mientras Cristi se cuelga cabeza abajo de alguna rama. Recogemos piedras que yo pinto y ellos amontonan. Picoteamos la uva del vino. Nunca me dejan atrás, nunca se ríen entre ellos. Si ignoro el hecho de que los dos son rubios como el oro y que se mueven de la misma manera, como las dos caras de un espejo, puedo decir que no hacen nada para excluirme. Incluso evitan nadar en el agua más profunda con tal de no dejarme atrás. Y, sin embargo, me siento angustiada, en alerta, y cuando estamos en el río ya no me alejo de la orilla.

Durante un par de días acude en mi ayuda mi madre. Se ha cogido

horas de permiso para estar cerca de mi padre, que tiene unos días de descanso. Y, además, tiene en mente ayudar a Cristi a resolver su mayor problema. No Lilli, por ese no se puede hacer nada. Sin embargo, por la escuela, sí, mi madre está segura de ello. A mí me parece inútil, pero al menos nos quedamos en el jardín, donde sé que Mattia no se atreverá a entrar.

Cristi complace a mi madre, permanece sentada con las piernas cruzadas mientras ella le enseña el abecedario. Yo leo. E elefante, F fantasma, I isla, repite mi amiga obedientemente. Pero sus ojos, se ve enseguida, se balancean sobre las letras, escapan, en cuanto pasa la página no recuerda nada. El segundo día de ejercicios le busco la mano por debajo de la mesa y me encuentro entre los dedos una especie de cabeza de serpiente fría y húmeda.

Elefantes, fantasmas, islas. No tienen nada que ver con Cristi, pienso. Ella es fruta, insectos, el río fangoso de agosto. Estamos equivocándonos en todo.

Hago un gesto a mi padre, que está labrando cerca de nosotras; haz parar a mamá, te lo ruego. Él lo entiende enseguida.

—Quizá la niña no se siente libre —susurra a mi madre. Ella sacude la cabeza, está avergonzada. Después, se esfuerza por relajar los labios y cierra con delicadeza los libros. El experimento, nuestro intento por salvar a Cristi, termina así. Nunca lo volvemos a repetir.

Más tarde me tumbo en el jardín junto a mi padre. El huerto está bien regado, no inundado como cuando él está fuera. Las cenizas de la siega quemada reverberan en la oscuridad. Pienso en la dulzura con la que ha hecho entender a mi madre lo inoportuno de su cabezonería. Es de él de quien aprendí a deslizarme por las frases, a patinar sobre las palabras hasta encantar a los demás.

La niña no se siente libre, ha dicho mi padre. Y sin quererlo aflora en mí la respuesta a la pregunta que me acecha desde que vi a Mattia tirarse a la fosa: ¿qué tiene de especial? Quizá con él Cristi se siente libre.

8

El verano a tres cansa. Cuanto más busca Mattia a Cristi, más descuido yo todo. Las quedadas con las amigas de la escuela, los encuentros de la catequesis, el torneo de billar. En casa estoy de morros, me encierro en mi habitación durante horas. Estudio, leo, escucho música. Si no subo a la ciudad vieja, Cristi y Mattia vienen a buscarme. A veces estoy tumbada en el sofá y no respondo; a veces, me asomo por la ventana y me invento una tarea; a veces, estoy con ellos.

Algunas mañanas se desarrollan tranquilas cuando estamos los tres juntos. Otras, basta un gesto de ella, quizá una voltereta más arriesgada, o una frase amable de él, ten cuidado de no hacerte daño, Cristi, y todo se va a pique. En esas ocasiones me obceco en poner a prueba la fidelidad de mi amiga y le propongo pasatiempos aburridos. Quedémonos tumbadas a la sombra. O bien, quedémonos delante de la iglesia. Él lo entiende y nos deja a solas. Su intuición aumenta mi fastidio. Cristi no muestra señales de preferir otra cosa, se queda a mi lado. Después de algunas horas, vuelvo a casa asqueada por su obediencia, por mi acritud.

Aquellos tiempos en los que rozamos los labios en el río ya se ahogan en los celos.

—¿Qué pasa? —me pregunta siempre mi madre.

—Nada —le respondo.

En efecto, no pasa nada, solo se ha unido a nosotras un niño. Un muchacho. ¿Es antipático? Al contrario, se ríe a más no poder. ¿Es inmaduro? Ni siquiera un poco.

—Entonces, intenta sonreír de vez en cuando —me echa en cara mi madre, que, durante los últimos meses, está un poco nerviosa.

Por suerte, mi padre está a menudo en casa; por lo que he entendido, está usando días de descanso acumulados, se alterna con otros conductores. Mi madre está irritada, está empezando a encontrarle una serie de defectos ridículos: zapatos desordenados,

demasiado tiempo en el huerto. Yo resoplo cada vez que se inventa uno.

—Si te aburres con Cristi y Mattia, podrías buscar a tus compañeras de clase —me aconseja mi padre.

Mi madre ha ido a hacer la compra, estamos solos, tumbados en el sofá con un libro sobre la panza.

—No es una cuestión de aburrimiento —respondo enfadada. Espero más precisión de él.

—El asunto se pone serio. —Me mira con intensidad. No me abraza, no es su estilo. En esto se parece mucho a mi madre. Los abrazos y las caricias son raros entre los muros de nuestra casa—. No es aburrimiento, pero ni siquiera tú sabrías decir de qué se trata —me dice con una gran sonrisa.

Asiento, él sigue sonriendo. Estoy a punto de abrir la caja de Pandora, pero siento los pasos de mi madre en la cocina.

Adoro a mi padre, tiene un modo de escuchar completamente diferente al de mi madre, le podría contar todo. Incluso que no son los labios entreabiertos de Cristi cuando mira a Mattia los que me clavan un alfiler en el corazón. Ni el flato que me entra al intentar mantener su paso por las colinas. Es que a Cristi se le ha soltado la lengua. Eso sí me hace sangrar.

Desde que Mattia está, los enunciados de cinco palabras son un recuerdo. No es tanto lo que dice, sino cómo me hace temblar su voz. Es segura, constante, profunda. Ella habla, yo escucho, sigo, me enamoro.

A los once años, en aquel primer verano a tres, me enamoro perdidamente del sonido de Cristi y ella no ahorra en palabras. Nos cuenta sobre la ciudad grande, sobre los muros anaranjados, el tranvía que en Bolonia pasa cada cinco minutos. Va incluso más allá. Nos habla de una niña que no come, porque Lilli solo le da bocadillos de mortadela. De una niña que pierde el abono del autobús y con tal de no decírselo a su madre viaja clandestina hasta la escuela.

Mattia no la interrumpe, no hace preguntas. Mira a su alrededor, con los ojos azul celeste que revolotean por las ramas, las barandas, las nubes y las luciérnagas, para después volver a posarse en Cristi. Por cómo la observa fijamente en esos instantes intuyo que no se está perdiendo ni una palabra. Porque de ella, ya desde el primer encuentro, lo coge todo y durante aquellos días de finales de julio, con solo once años, Mattia si mira al cielo, lo hace sin distracciones. Escucha con los ojos, un poco como ella, que escucha sin orejas.

Sin embargo, yo soy diferente a ellos, mis banales cinco sentidos los debo usar a fondo para imaginarme la vida de mi amiga lejos de mí, de la cama de Ida, de nuestro río. Todo esto me cansa, me crea una inquietud que nunca antes había sentido, casi deseo que Lilli se la lleve, algo de lo que Ida está segura.

—Volver, vuelve —la escucho suspirar con mi madre—. Porque de todas maneras no puede conseguirlo.

El qué, Ida no lo dice, pero yo recuerdo las palabras de Licia en los jardines y entiendo que por medio está alguno de los caprichos de Lilli.

También Cristi piensa en ella.

—Hoy no vuelve —me dice de vez en cuando, de repente, si estamos a solas. Ante Mattia nunca la nombra, quiero creer que no sabe nada, que es nuestro secreto.

—¿Cómo sabes que no vuelve? —le pregunto.

Cristi no responde.

—¿Cómo haces para saberlo? —insisto.

—No lo sé, lo siento.

Cómo cansa todo ese sentir que a mí no me sale. Algunos días, con la intención de calmarme, me obligo a ir a la piscina con Genny y la mayor parte de las veces me paso las horas tan inmóvil que me gano una insolación. La fiebre del sol. La fiebre al pensar en Cristi con Mattia.

El día de Ferragosto[2] mi padre anuncia de repente que tiene vacaciones largas. Vacaciones obligadas. Debería ser una buena noticia y, sin embargo, mis padres se encierran en el salón, los dos están alterados. Acerco la oreja a la puerta, después, me lo pienso mejor. No me gusta espiar a mi padre. Pero el tono de voz de mi madre es fuerte y algo escucho de todas formas. La compañía donde trabaja mi padre tiene problemas. Me tapo las orejas, escapo al jardín, al lugar más lejano de sus voces airadas. Cuando me buscan estoy tumbada con los ojos cerrados en el balancín, me espero una perorata horrible, sin embargo, mi madre suspira:

—Nos vamos unos días al mar.

—¿Cuándo? —Abro los ojos y miro a mi padre. Está cansado, con el rostro enrojecido.

—Mañana —responde mi madre.

Por la tarde subo a avisar a mi amiga. Ida está tostando mazorcas en el patio. Un trozo negro se le ha quedado entre los dientes a Cristi. Se lo quito con el dedo índice, ella me coge la mano. Durante las últimas semanas los contactos entre nosotras se han distanciado.

—Vuelvo pronto —le digo con voz un poco temblorosa.

Me mira alarmada. Ninguna de las dos sabe si Cristi estará aún cuando yo vuelva. Además, yo sé que mientras yo esté fuera, con ella estará Mattia y podría serle suficiente.

Me aprieta los dedos.

—¿Segura?

—Lo juro —afirmo con un nudo en la garganta.

En el mar los días vuelan. Con mi padre jugamos a las palas y visitamos la ensenada nadando. También mi madre se relaja y durante las vacaciones no se inventa estupideces sobre mi padre. Por la tarde, en el hotel, tengo una habitación al lado de la suya, los escucho reír y me doy cuenta de que en los últimos tiempos es cada vez más raro. Agudizo el oído, pero no escucho más ruidos.

Durante una semana, gozo del agua salada y de los crucigramas con mi padre, y no pienso ni siquiera en Cristi con Mattia. Estoy curada, pienso durante el viaje de vuelta.

—Tu amiga aún está aquí —me dice mi madre en cuanto saluda a la vecina.

Me tomo la noticia con calma. Estoy curada, me repito mientras subo las escaleras de la ciudad vieja. Tengo a mis aburridas y fieles amigas, tengo a dos extraños amigos del alma, puedo estar en el mar sin que ese vórtice de ojos grises, verdes y celestes me revuelva los pensamientos.

Camino bajo el sol alto. Hace calor, las impostas de las casas antiguas están cerradas, la ciudad vieja está toda llena de cigarras. De repente, me siento sola. Cuanto más me acerco a la casa de Ida, más me parece terriblemente lejana de la mía. Tengo sed, pero la fuente está llena de avispas. Pican y después no mueren. Vuelvo atrás, pienso, sin embargo, sigo recto. En el momento en el que vislumbro la casa de Ida, la torre del reloj da las dos y los golpes retumban en el silencio. Ni siquiera un crujido, un paso, un maullido sin dueño. Nada. En el silencio absoluto también las cigarras se detienen a la hora exacta de la primera traición.

Cristi y Mattia no me escuchan llegar, no pueden. Están detrás de la hilera de cipreses y están durmiendo profundamente. A la sombra, a pecho desnudo. Él está tumbado bocabajo. Ella, sobre él, con la oreja apoyada en su espalda. Son maravillosos, inhumanos. Y en el mismo instante me viene a la mente Cristi tumbada a mi lado, en el río. Lilli, vuelve, te lo ruego.

2 Ferragosto es la fiesta laica nacional que se celebra en Italia el día 15 de agosto.

9

El verano siguiente es el primero del fondo de garantía salarial de mi padre. De mi primer traje de dos piezas. De una ola de sequía que quema nuestro huerto y amarillea el bosque. Pero, para mí, que me pego a la televisión para ver a mi padre mientras protesta junto a los compañeros de trabajo delante de las cámaras de la cadena local; para mí, que cumplo doce años y miro estupefacta cómo ha crecido mi pecho, ese fue y siempre será el verano de los albaricoques.

Durante el invierno, ninguna noticia de Cristi. Ni de su voz, ni de la de Ida. De Lilli, sin embargo, a fuerza de interrogar a los cotillas del pueblo he sabido muchas cosas: sé que en Bolonia trabaja como dependienta, nunca en la misma tienda y nunca durante más de una semana. Por qué deja constantemente el puesto de trabajo y no hace como mi madre, que va todos los días y no nos falta nunca un plato caliente, esto ya lo he comprendido yo sola: es por culpa de los famosos pájaros que Lilli tiene en la cabeza.

Cómo consigue ganar dinero cuando no trabaja en una tienda, nadie me lo dice directamente. Hace la noche, dice Gino, el vecino de casa de Ida. No lo entiendo.

Siempre tiene que ver con el sexo, farfulla Elmo, el taxista que lleva a Lilli a la estación de autocares de línea cuando huye de casa de Ida.

Él no larga mucho, pero yo enseguida pienso en el relato de Licia del primer verano. En la historia de Lilli niña que, para llevar una vida de rica, escudriña los bares del pueblo en busca de alguien dispuesto a pagar.

De Lilli sé que cuando tiene dinero en el bolsillo se lo gasta solo en sí misma, y si tengo dudas de que las malas lenguas exageran, solo tengo que pensar en la mochila rota y en las camisetas rasgadas de mi amiga. Sé que cuando descarga a Cristi, busca a su padre. Alemania, Francia, Marruecos, donde sea. Si lo encuentra, lo que hacen y cómo es que Lilli siempre vuelve, sigue siendo un misterio. Ida no dice nada. Los cotillas defienden que tiene una calabaza en

lugar de cabeza y que nunca cambiará. Yo pienso solo que cuando vuelve no lo hace por Cristi, ni mucho menos, y ella, que lo siente todo, lo sabe.

El tercer verano juntas, Cristi llega entrado ya junio, cuando yo, a pesar de las previsiones de Ida, he perdido la esperanza, y está tan alta que su abuela le deja toda la cama y para ella desenrolla cada noche un colchón en la cocina. Eso me dice enseguida Cristi, en cuanto nos vemos. Es más tarde del mediodía, los rayos oblicuos del sol le iluminan solo las piernas. Son finísimas. Yo no respondo. Me muevo, necesito más luz, necesito entender por qué durante todo el invierno nunca me ha llamado por teléfono. Y si me ha tratado así solamente a mí o si, por el contrario, su voz a Génova sí ha llegado.

—Tenías mi número —le digo seca. Y seguramente también el de Mattia, querría decirle. Pero me contengo—. Sabías que no te podía llamar —sigo.

Lilli no está en ninguna guía telefónica del mundo, Lilli no le da su número a nadie.

—Lo siento —murmura.

—¿Te han quitado el teléfono? —continúo con dureza.

—No.

—¿Entonces?

—No puedo.

El último verano, cuando nos despedimos mientras Lilli concedía el tiempo de un café a Ida, le enseñé a marcar mi número sin leer las cifras. Mattia ya se había ido.

—¿Te has olvidado de cómo se hace? —le pregunto con más dulzura.

Cristi sacude la cabeza.

—Debo dejar libre el teléfono.

—¿Siempre? —le pregunto estupefacta.

Sí, siempre. Cristi no debe usar el teléfono, porque el señor de la fotografía podría llamar y Lilli no puede permitirse perder la llamada.

—La enésima canallada —digo entre dientes. Cristi hace un gesto de sorpresa—. Canallada —repito en voz alta.

Me gusta esta palabra nueva. Canallada. Desde que mi padre, en marzo, recibió la carta de su empresa en la que le piden que entregue las llaves del camión, él la murmura continuamente. Y yo, detrás de él.

El día de la llegada de Cristi, nos quedamos a solas delante del jardín hasta que oscurece, mis padres están en casa, pero no se dejan ver. Hace semanas que no llueve en el pueblo y también nuestra huerta lo sufre. Las fresas están secas; la lechuga, polvorienta; los tomates, marchitos. Solo los albaricoques abundan en las ramas, a veces, sin embargo, estamos tan aturdidos por la cuestión de la carta de mi padre que nos olvidamos de recogerlos.

—¿Estás triste? —me pregunta ella con los ojos fijos en los frutos caídos.

—Sí.

Doy la espalda a la huerta, me siento sobre el cercado y ella hace lo mismo.

—¿Qué ha pasado?

Lo que ha pasado en los últimos meses no se lo he dicho a nadie. Ni siquiera al profesor, preocupado por mis silencios. Ni siquiera al cura, intrigado por mis apresuradas confesiones. Ni siquiera a Genny, que, trozo a trozo, ofrecería la desgracia de mi padre como pasto al pueblo.

—A mí puedes contármelo —susurra Cristi y se acerca.

Con las puntas de sus zapatillas de tenis desgastadas, de las que sobresalen los calcetines, roza mis pies. Alzo los ojos. La atención

que me dedican los suyos es un líquido gris solo para mí. Tiene razón, a ella se lo puedo decir. Solo tiene nueve años, no llama durante meses, pero entiende. Y si no entiende, escucha.

Entonces le cuento que mi padre, después de la carta, está obligado a permanecer en casa. Que cada noche baja al depósito a revisar si el camión con su matrícula aún está ahí. Sobre el bar de la avenida principal que mi madre y yo evitamos para no recibir preguntas. Sobre el dinero que le dan a mi padre sin trabajar y que él se obstina en llamar dinero sucio asustando a mi madre.

Cristi abre los ojos de par en par.

—Se llama fondo de garantía —le explico.

Otra palabra nueva. Ella intenta repetirla, pero se hace un lío.

—Déjalo —le digo con dulzura.

Me sonríe y después apoya la cabeza sobre mi hombro. Su frente está caliente, le late fuerte el corazón.

—No es justo —susurra.

No hay palabras mejores y es verdad. No es necesario entender para escuchar.

Cuando la torre del reloj da las ocho, Cristi se levanta. Ida la espera para cenar. Da algunos pasos hacia atrás, mientras me mira.

—En la escuela, ninguna novedad —me dice, luego se gira.

La sigo hasta que desaparece de mi vista, después empiezo a contar. Desde la conversación en el jardín, con el perfume a albaricoques y el de mi amiga que me llegan por separado a la nariz, empiezo a contar los segundos, los minutos, las horas.

A Cristi no se lo he dicho, pero he escuchado decir que Mattia ya está en el pueblo y la cuenta atrás, como preveo, es breve. Al día siguiente, él se deja ver. Es más, primero pasa por mi casa, después por casa de Ida.

Estoy leyendo El jardín secreto sobre el balancín. Permanecemos sentados uno frente al otro sin decirnos nada. Él mira rápidamente mi pecho; yo, su pelo, más largo que el verano anterior. Después rompe el silencio:

—Aún no he visto a Cristi.

Me levanto con indiferencia, quizá pretendía sorprenderme, pero no pretendo darle satisfacción alguna.

—Tienes un huerto muy grande —añade.

Y tú no lo puedes mirar, pienso encolerizada.

—Entra. —Me esfuerzo por parecer inexpresiva. Le abro el camino hasta la cocina, a desgana le sirvo zumo, le señalo una silla.

—Todo como el año pasado —farfulla. Su madre ayuda en la cocina del establecimiento de comida preparada, él está en la caja durante las horas punta. Hasta septiembre.

Se ha quedado de pie, parece molesto. Molesto por los muebles de cerezo, por las repisas ordenadas, incluso por mí.

Me enfrento a él con brusquedad.

—¿Has venido a decirme que no me quieres cerca?

Él apoya el vaso aún lleno, sonríe. Es más muchacho que el año pasado.

—Sabes que puedes estar con nosotros siempre.

Ha venido a decirme que este año seré yo la que estará con ellos. Lo sabía.

—Canalla —susurro cuando ya está fuera de mi casa.

Pero quiero la prueba y solo me bastan algunas mañanas para obtenerla. Para cansarme de estar detrás de él y de Cristi saltando, corriendo, nadando y recogiendo cualquier cosa que encuentran por el suelo. Gomas, piedras afiladas y montañas de tapones que

terminan en las bolsas que consiguen en casa de Ida. Quizá lo hacían también el verano pasado, no sabría decir. Estoy mintiendo, es una diversión increíblemente íntima. Y yo no lo aguanto.

Las bolsas llenas de cachivaches cambian mi verano. No me empeño en pasar todo el día con Cristi, ya no siento esa punzada aguda en la garganta cuando me cruzo con Mattia. Me retiro, mientras ellos me enseñan, por primera vez, qué forma sorda tiene el dolor cuando los sentimientos no se pueden cambiar.

Durante algunas semanas vienen a buscarme todas las mañanas con voces alegres y llamadas clamorosas, yo siempre me niego, me asomo a duras penas para responder. Tengo dolor de cabeza, estoy terminando los deberes, estoy limpiando la habitación.

Pero Cristi pasa a saludarme todas las tardes. No se salta ninguna. ¡Ey!, me grita desde el muro de delante de la iglesia, y yo salgo.

De aquellos encuentros solo recuerdo que siempre son al atardecer y que por un tácito acuerdo nunca nombramos a Mattia. Los pájaros hacen ruidos ensordecedores mientras vuelven a sus nidos y nosotras pasamos el tiempo, codo con codo, abriendo la cabeza de las amapolas cerradas. Yo juego en silencio. Pétalos rojos, mi padre se queda en casa; pétalos rosas, Mattia se va; pétalos blancos, mi padre puede volver a conducir. Ella está cerca de mí.

Seguramente ha entendido que las cosas en mi casa siguen mal. Si también ha entendido los motivos por los que por la mañana la evito, no sabría decirlo. No indago más allá, en el fondo, también a mí me cuesta entender por qué todas las tardes aún la espero solo para quedarnos mirando las bandadas de pájaros en el cielo. No. Solo para huir de mis padres mudos ante la pantalla de la televisión. No. La verdad es que la espero solo para ser escuchada. Si acepto desde entonces compartir a Cristi, si me conformo con las tardes, lo hago solo por su manera única de entender. Por cómo cambian de color sus ojos dependiendo del de las amapolas.

Por la noche, durante aquel periodo, tengo pesadillas. Ladrones que asaltan nuestra casa, delincuentes que queman el huerto y gritan sacando a la fuerza los cajones. Durante esos asaltos les doy carta blanca a los intrusos, nunca me despierto. Por la mañana, en cuanto

me levanto de la cama, recorro la casa. Reviso las ventanas, los muebles, la cartera de mi padre, mi hucha. Después comienzo la jornada, aunque la idea de lo larga e igual que es a la anterior, en el fondo, me da más miedo que los bandidos. Por el día como a todas horas, bocadillos, salsas, porciones grandes y frías. Las amapolas de las tardes con Cristi me las ahorro, por lo demás, lo rumio todo. Hablo poco, huyo de los puntos de encuentro del pueblo, respondo con monosílabos a mi madre. No hablo ni siquiera con mi padre, que revisa el buzón dos veces al día.

—Podrían cambiar de idea en el trabajo —me explica cuando lo sorprendo por la tarde con los ojos rodeados de azul rascando el fondo del buzón de correos. Es una de las últimas explicaciones que me dirige, y es la primera equivocada.

Porque él y otros conductores del pueblo permanecen en el fondo de garantía. No hay suficiente trabajo, afirman los titulares de la empresa. Una mentira. Una estratagema para declarar la bancarrota y fusionarse con otra sociedad. Eso dice mi padre en la entrevista concedida al telediario regional que la cadena pone cuando no tiene otras noticias.

A escondidas de mi madre recorto los artículos que hablan de la empresa de mi padre. Los subrayo, intento entender por qué ha ocurrido, cuánto tiempo tendrá él aún que esperar al cartero, arriba, en la calle.

A principios de agosto, mis padres vuelven de una visita médica con un extraño tratamiento. Quince, quizá veinte días de montaña. Partir enseguida.

—¿Por qué no al mar? —pregunto. No me gustan las curvas, las alturas, las montañas. Me espero una explicación convincente por parte de mi padre, sin embargo, llega la respuesta de mi madre.

—Por cambiar de aires.

Tiene los ojos velados y es la primera vez que nos damos prisa en salir sin que esté agobiada por las cosas de su oficina. Se pone enseguida a preparar el equipaje y en cada paso que da le pide confirmación a mi padre: «¿Te parece bien si meto los jerséis de

lana? ¿Y las botas de montaña?». Él tarda una vida en responder. Durante los últimos tiempos sus respuestas llegan siempre tarde y las conversaciones de mis padres suenan ridículas.

Salgo con lágrimas en los ojos. Falta poco para la hora de comer.

Me encamino a la ciudad vieja. Quizá pueda ver a Cristi a solas, pienso. Sin embargo, la vislumbro junto a Mattia en el lugar habitual, detrás de la hilera de cipreses, donde hasta el año pasado Cristi y yo jugábamos a la pelota y donde, sospecho, duermen por las tardes.

Al principio me parece que son tres. Mattia, Cristi y un niño más pequeño en el medio. Una banda de perros callejeros, pienso con rencor. Después, me doy cuenta de que se trata de Mattia, Cristi y una bolsa gigante entre ellos.

La costumbre habitual de acumular cachivaches. Cambio de calle, acorto por un caminito con ortigas que me fustigan las pantorrillas y llego a casa de Ida sin saludarles.

Ella se está dando una ducha en el patio, detrás de la cortina de plástico. Sobre la mesa de piedra hay comida extraña que normalmente ella no cocina: croquetas y pizza.

—Coge algo. Son de la tienda de comida, lo trae el muchacho —me dice aún bajo el agua. También Ida lo llama así, me abandono a un gesto de decepción. Pero tiene razón, no es un niño. Un niño nunca trataría de impresionar a Cristi, no se preocuparía por darle de comer.

Es Ida la que, mientras se enjabona y yo como una pizza con olor a gel, me desvela el misterio de su bolsa.

—Están recogiendo pipos de albaricoque de todos los huertos —me dice divertida. Una montaña de pipos. Huesos, se diría, pero no la corrijo.

De vuelta a casa me cruzo justo con Mattia. Baja las escaleras de la ciudad vieja con la camiseta atada a la cintura. Lo saludo y él devuelve el saludo con una sonrisa.

—¿Qué hacéis con todo eso? —le pregunto con desprecio.

Lo entiende enseguida:

—¿Los huesos?

—Sí —gruño.

—Nos los comemos.

Se me escapa una risa nerviosa.

—Me voy esta tarde —le digo de golpe. No sé por qué no se lo he dicho a Ida.

Mattia asiente. La cadenita de oro me deslumbra. Bajo un escalón.

—Voy a la montaña.

—¿Te gusta?

Niego con la cabeza, él sonríe.

—Te entiendo. —No me teme, no está celoso de mí.

—Podría estar fuera mucho tiempo —sigo. Otro escalón, aún más abajo, aclaro la voz—. Si Lilli volviera…

El nombre lo aguijonea de inmediato. Me interrumpe enseguida, ahora tengo la certeza de que ella le ha hablado de ello, quizá antes de quedarse dormidos a la sombra de los cipreses.

—De Cristi me ocupo yo —dice con aire solemne, y aquel día casi me creo yo también que un muchacho lo pueda hacer todo. Incluso salvar a Cristi de los caprichos de Lilli.

De Cristi me ocupo yo, murmullo mientras paso como una bala por delante de la iglesia. Una niña, un muchacho y una montaña de huesos. Huesos sucios y anaranjados. Esto es lo último que veo antes de quedarme dormida, cuando la luz de la habitación de mis padres ya está apagada desde hace un rato.

A la montaña vamos en tren. Mi padre está cansado por culpa de ciertas gotas que se toma por las tardes. No le apetece conducir, cubre su Alfa con una lona y un vecino nos lleva a la estación. La novedad no me disgusta, si no fuera porque mi padre quiere que me guste a la fuerza. Mientras viajamos se puede leer, me dice, podemos levantarnos, comer en el vagón restaurante. Claro está que él no abre un libro, permanece pegado al asiento y al bar voy con mi madre. Incluso le doy la mano, lo necesita, a ella siempre le ha gustado estar sentada cerca de mi padre mientras conduce rápido. Mucho más que beberse un café a sorbos con el temblor de las vías.

Aquel año paso quince largos días en un hotel delante de un lago, donde comprendo que, si mi padre no pone las manos sobre el volante del camión pronto, no lo volverá a hacer nunca. Cada vez habla menos del trabajo. Duerme hasta el mediodía, viene a comer sin afeitarse. Por la tarde damos paseos alrededor del espejo inmutable del agua. Siempre el mismo camino. Un día, por un lado; otro día, por el otro. Para dejar a mis padres un poco a solas, finjo recoger arándanos y, cuando no me ven, tiro con fuerza las piedras para que se hundan en el lago como nosotros. Por la tarde, somos los primeros en cenar en el gran restaurante. A veces los camareros ni siquiera han encendido las luces. Yo me atiborro sin ver bien de qué. Mi madre no toca la comida. Por la noche, la escucho llorar en el baño, me quedo inmóvil rezando para que vuelva a la habitación. Cuando se decide a hacerlo, me levanto a cerrar la puerta. No es necesario, me susurra una vez. No es necesario porque no hay nada que esconder, lo entiendo incluso yo. Desde aquel momento, durante toda mi vida, ante la visión de una colina o de un lago de montaña, se abre un abismo en mi interior.

Al volver de las vacaciones, parece que un poco de la tierra de aquel maldito monte se nos haya caído encima. En el tren los tres tenemos dolor de estómago, masticamos caramelos ácidos y fingimos descansar. En la estación, mi madre se niega a llamar a un amigo. Necesitamos un taxi, dice exhausta, y mi padre no pone objeción.

No nos da tiempo a abrir la reja de casa cuando la vecina viene corriendo a contarnos sobre Cristi. Y sobre ese otro niño, el rubito de Génova. Ingresados de urgencias. Incluso mi padre se estremece.

—Pero ahora están bien —lo tranquiliza la vecina.

—¿Están en el hospital?

—Ella sí, el niño ya está en casa.

—¿Qué han hecho? —pregunta mi madre. La vecina le hace el gesto de seguirla afuera.

—Peritonitis —suspira mi madre cuando vuelve a entrar. Está aturdida, nos cuenta todo con pelos y señales.

Después de recoger los huesos de albaricoque, llegaron los días del secado. Después, los abrieron con el martillo, lejos de Ida porque se lo habría impedido. Gracias a Dios eligieron las almendras dulces, sin veneno, pero se comieron demasiadas. Los dos fueron operados de urgencia. Solo una cicatriz fea.

Al día siguiente voy al hospital. Ida me deja en la habitación de la nieta y se une a mi madre en el pasillo. Miro a Cristi, está durmiendo. Tiene los párpados enrojecidos, las mejillas hundidas y el pelo recogido en una coleta torcida. En el silencio escucho a Ida susurrar fuera de la habitación.

—Me las he visto crudas —dice.

—Cómo puede no dejar un número, un contacto —responde mi madre. Está hablando de Lilli, me aclaro la garganta muy fuerte con la esperanza de que pare.

En ese momento Cristi se despierta, echa un vistazo a la puerta abierta, después me hace un gesto para que me acerque. Desde el pasillo solo llegan los cuchicheos. En cuanto estoy a su lado, extiende la mano fuera de la cama y agarra mi muñeca.

—¿Has tenido miedo? —le pregunto.

—No.

—¿En serio?

Está a punto de decirme que, al fin y al cabo, estaba con él, pero no

lo hace. No porque se contenga, no es capaz. Se detiene solo porque entra la enfermera y me echa de malos modos. En la puerta prometo a Cristi que volveré a verla otra vez. Levanta el brazo pálido para despedirse y, en aquel momento, de debajo de la sábana se resbala un libro. Veinte mil leguas de viaje submarino, La historia interminable, Mujercitas. No lo sé, es un libro. Está hecho con letras. Y eso es suficiente porque después de la montaña también el mundo entero empieza a desmoronarse sobre mí.

10

Antes de que nuestro tercer verano juntos termine, antes de que Cristi se vaya y desaparezca en la niebla, necesito saber. Desde que dejé el hospital no pienso en otra cosa. Que intente Lilli, con sus llegadas repentinas, meterse en medio. Que lo intente el rubito de Génova, con su manía de estar siempre presente. Mañana, tarde, me da igual. Necesito saber la verdad sobre los libros y pretendo escucharla de la voz de mi amiga.

Me dirijo, pues, al establecimiento de comida, a las afueras del pueblo. Él no está en la caja, está sentado sobre una banqueta. No parece sorprendido al verme.

—Voy a recoger a Cristi al hospital con Ida —le digo a quemarropa. No responde. Está más bien pálido—. Yo sola —especifico.

—Vale —me dice, después levanta las manos, con el gesto habitual, en señal de rendición. Cómo está, si me sonríe, si añade algo más, no lo sé, porque salgo corriendo dando un portazo.

En el hospital, Ida se entretiene con los doctores, Cristi y yo la esperamos sentadas frente al ambulatorio mientras ella pone sobre el escritorio jamón y setas secas. Después, con la cabeza agachada, les da las gracias. Le han hecho el favor de no llamar a la guardia civil, aunque no han podido localizar a la madre. Cosa de locos, graznan las dos enfermeras, que se llevan el paquete de Ida. La mirada de Cristi las sigue a lo largo de todo el pasillo.

Cuando nos levantamos está tan débil que se ve obligada a apoyarse en la pared. Por el contrario, yo, durante los últimos meses, a fuerza de comer sin parar, he cogido kilos. Dudo un instante y después le ofrezco el brazo.

Fuera del hospital nos espera el taxista del pueblo. Ida no puede permitírselo, pero mi madre sí, y tengo su dinero en el bolsillo. Desde que mi padre no puede conducir, mamá ha encontrado un modo práctico de echar una mano.

En casa, Ida nos deja un poco a solas. En la penumbra de la cocina,

abro mi bolso y saco El jardín secreto.

—Ahora lees —le digo con brusquedad. Ella sigue con el libro cerrado. Lo aferro con rudeza y se lo abro delante de los ojos. Cristi tiembla, duda: tiene miedo de hacerme daño. Después, me coge de la mano y empieza lentamente.

—Cuando Mary Lennox llegó al castillo de Misselthwaite para vivir con su tío todos le dijeron que se trataba de la niña menos atractiva que habían visto jamás.

Su voz no tiene entusiasmo, se salta las comas, confunde los nombres extranjeros, se come los puntos, pero lee.

—¿Te ha enseñado él?

La pregunta me cuesta, ella no habla.

—Responde —le ordeno con dureza.

Gracias a esa orden, desde entonces, guardo una historia increíble hecha con palos, piedras y barro. Sobre una niña asustada que piensa que ha sido abandonada por su madre solo porque no consigue ni leer ni escribir. Sobre un niño que es ya un muchacho y sabe enseñarle el camino, sin miedo, porque las palabras son libres, le dice, como tú y como yo. Como Cristi y Mattia. Los libros no tienen nada que ver, no sirven. Las letras están por todas partes, en los palos de madera cruzados de los puentes, en las copas de los cipreses de debajo de casa de Ida, en las zonas de tierra de la ribera del río. El campo sin horarios y sin límites es el alfabeto de su amor. Mattia las lee en el entorno, ella escucha. Y cuando los extraños signos sobre la torre del reloj coinciden con el ritmo del sol, por primera vez ella entiende qué es el tiempo. También el de la espera.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —me dice en cierto momento.

Le hago un gesto de que no lo sé. Estoy aturdida, querría no creer una palabra de lo que he escuchado. Sé que nadie más lo haría, pero sé que yo no tengo otra opción. Esta es la verdad de Cristi sobre los libros.

—Lo más extraño —sigue ella después de unos segundos— es que

solo se necesitan dos letras para tener una madre. L, i, Lilli.

Se queda parada, pero yo sé qué añadir. Solo dos letras para tener una madre y el tiempo de una vida para esperarla.

11

El último verano de nuestra infancia no tiene nombre en mi memoria. Podría ser el verano de la salvación de Lilli. Del naufragio de mi padre. De la declaración de Cristi. O quizá el verano de la poza. Aunque esto último no lo veo, lo escucho de la voz tranquila de mi amiga. Porque aquel verano, de hecho, no es el mío. No lleva mi nombre. Es el tiempo de Cristi y Mattia, sin riberas, sin vallas, sin definiciones.

Pasan muchas horas juntos, incluso por la noche, cada vez más lejos del pueblo y de la ciudad vieja. Cristi tiene diez años, él trece, y el pueblo empieza a pensar mal. Los dos son bastante guapos, lo que no ayuda con las habladurías. Todos la tienen tomada con Ida. Que no se queje si la nieta acaba como Lilli.

El hecho de que Mattia ayude todas las noches a su madre a descargar las cajas más pesadas y que trabaje en la caja por las mañanas, no le interesa a nadie. No se deja a una niña hasta tarde revolcándose por los campos con uno que viene de los barrios obreros de una gran ciudad.

Ida, cada vez con el rostro más blanco y con el pelo más gris, es sorda a las habladurías. Ella ha criado a Lilli y a la nieta. Ella sabe que Cristi no es Lilli.

Nuestra vecina también intenta hablar mal de los dos.

—Ida se la juega, ya le ha pasado una vez.

—Ya —murmura mi madre.

—¿Te acuerdas qué agradable era Lilli?

Mi madre no responde, ni siquiera le preocupa la mala educación. Está cortando el seto, ya que mi padre no lo ha hecho. A cada fajina, se aclara la garganta, cuando termina entra en casa y se sienta en el escritorio.

Desde que nuestro médico de familia habla de grave depresión, mi madre se trae el trabajo a casa porque lo último que necesitamos es

que también ella se juegue su puesto. Todas las tardes enciende la luz del estudio y cierra las persianas para que no la vean. La casa ya es una cueva. Mi padre vive en letargo, nosotras nos atrincheramos con él. El único momento que pasamos fuera es en nuestro jardín. Aunque ya el huerto es solo de calabazas, los setos están torcidos y ni siquiera la hierba tiene el color de los veranos anteriores.

De añadir veneno se encarga Genny. Estamos en la avenida principal. Yo he bajado a comprar algo a la tienda de comestibles con la esperanza de no encontrarme con nadie. Ella está esperando a su padre fuera de su oficina, una gran compañía de seguros.

—Después se nos une mi madre —me informa. Su madre, según dice la mía, es una de las mejores doctoras del hospital—. Los dos están muy ocupados, pero todos los jueves comemos juntos en el restaurante. Siempre vamos al Baccanale.

Que, fíjate qué coincidencia, es el lugar más lujoso de todo el pueblo.

—Una bonita idea —comento esforzándome por sonreír.

Ella sigue:

—Finalmente te has quitado de encima a la tipa de Bolonia. —Se refiere a las horas que Cristi pasa con Mattia. Me ofusco enseguida—. Imagino que te disgusta no verla mucho —añade rastrera.

En realidad, la veo todas las tardes, después de cenar. Se queda conmigo hasta bien entrada la noche, pero no tengo ningún motivo para contárselo a ella.

—No demasiado —contesto seca.

—¿Sabes que en Génova va por ahí tirando piedras? —me dice con aire sabelotodo. Cristi ya le interesa poco. Es Mattia el que está en el centro de su diana.

—Sí —contesto cortante. Me ha llegado ese rumor, más o menos el mismo día en que una cliente de la tienda de comida me dijo que un profesor le cogió cariño y lo salvó del suspenso por mala

conducta.

Genny ríe nerviosa.

—Contra las ventanas del cuartel —susurra.

La observo. Seguramente sabe que el padre de Mattia es militar. Inténtalo tú, Genny, intenta no tirar piedras si tu padre te ha abandonado de un día para otro por otra familia.

—No lo sabía — refunfuño.

Ella finge sonreír, no me cree. Está molesta por mis monosílabos mientras yo estoy impaciente por irme antes de recibir la invitación para comer con la bella familia. En cuanto doy un paso, Genny dispara el golpe perfecto.

—¿Y tu padre cómo está? —Ahora sonríe enseñando todos los dientes.

—Bien. —Tengo la garganta seca. No es verdad, también él se está yendo a toda velocidad. No tienen nada que ver las mujeres y, mucho menos, otros hijos. Se está yendo a toda vela a causa de un mal que rompe los huesos sin dejarse ver.

—Si necesitas algo, aquí estoy —me dice con una expresión tan falsa que tengo que recurrir con todas mis fuerzas a las buenas maneras que mi madre me ha enseñado para no mandarla a la mierda.

En los meses siguientes, no necesito a Genny. No necesito las postales que me mandan de sus vacaciones otras amigas de clase. No necesito las llamadas de los compañeros de mi padre, que me obligan a inventarme excusas: está fuera, está durmiendo, está en casa de un familiar. Podría ignorar el teléfono, el buzón de correos. Todo. También a Cristi, me digo. Pero ella continúa pasando todas las tardes en mi casa. Que se revuelque o no con Mattia, a mi madre no le interesa. Para ella las puertas de casa siempre están abiertas.

A menudo nos quedamos en la habitación, hojeamos el cuaderno en el que, a escondidas, copio todos los partes médicos de mi padre. Le enseño una veintena de hojas sueltas, de recortes de periódicos

sobre el asunto de la empresa. Aunque ya sabe leer, se lo leo en voz alta. «Excedencia de cincuenta empleados». «Probable cambio de propietario». «Quizá luz verde para la multinacional y reducción de la flota». Siempre los mismos, me los sé de memoria. Cristi, con la cabeza en la cama y los pies sobre la pared, escucha siempre como si fuera la primera vez. A menudo me pide incluso que repita una frase, se tumba sobre la alfombra, cierra los ojos, abre las piernas y después dice: «Sí, ahora lo he entendido».

La tarde siguiente después del encuentro con Genny, Cristi me descubre tumbada bocabajo. Son las nueve, ya llevo puesto el pijama y a los pies de la cama hay una montaña de papeles rotos. Cuadernos, recortes, todo hecho trizas por mí. Con la luz difusa de la lámpara veo que coloca los fragmentos de papel en el cajón.

—¿Puedes vestirte? —me pregunta con voz insegura.

Normalmente soy yo la que propone, elijo, decido cómo pasar el tiempo. No respondo, no me apetece. Ella se sienta a mi lado, toca el cojín húmedo.

— ¿Quieres venir a un lugar? —insiste.

Me resigno con perplejidad y en cuanto me he vestido ella me coge de la mano. Intento desasirme, pero ella me aprieta. Pasamos junto a mi padre sentado ante el televisor, nos despedimos de mi madre inclinada sobre los papeles, bajamos a la plaza y siempre con las manos entrelazadas cruzamos el puente sobre el río. Cristi que se abre paso es una novedad. La sigo, se salta todos los bares, los restaurantes, los puntos de encuentro. Se mueve con agilidad en los cruces; si tiene opción, elige las calles más iluminadas. Se conoce el pueblo al dedillo y no puedo evitar sentir un pinchazo de celos al pensar en sus peregrinaciones diurnas.

Cuando llegamos al depósito de camiones, en la zona industrial a las afueras del pueblo, no tengo aliento. El camión de mi padre es el último de la fila, lejos de la alambrada. Está oscuro, pero una nueva pintada en inglés resplandece en uno de los laterales. Miro los demás camiones, son idénticos. En el aire hay un olor intenso a disolvente. Deben de haberlos pintado hace poco. Entonces, es verdad que los viejos propietarios, con gran secretismo, han

vendido. Cómo lo sabía Cristi, es un misterio.

La miro con curiosidad, pero ella ya está más allá de toda explicación.

—No te rindas —me susurra.

¿Qué significa? La rabia me entra por el estómago y los brazos actúan solos. De un empujón tiro a Cristi contra la alambrada.

—¿Por qué sigues viniendo cada tarde a mi casa? —le grito.

—Porque tú eres mi única amiga —me dice y permanece tirada en el suelo.

Cualquier otra persona me diría: estás loca, no es culpa mía si tu padre no vuelve a ver su camión nunca más. Pero esto Cristi ni siquiera lo piensa.

Ahora me toca a mí, si me queda un mínimo de educación, me toca darle la mano, levantarla, pedirle perdón. Y lo hago.

—Ven, venga, perdóname, he sido una tonta, levántate.

Pero no me quedo ahí. Con el brazo que tiembla le rodeo la cintura. Dios mío, qué delgada está. Y la beso.

Todo esto es demasiado para mí. Los camiones pintados, los grafitis en inglés, la punta de la lengua sobre los labios de Cristi. Los finos huesos que no tiemblan. Su tranquilidad cuando nos separamos. Ella sabe besar, yo no, y en ese momento temo no ser del todo capaz. Si el beso es el epicentro de un terremoto que no estalla esa tarde, es solo porque lo empujo hacia abajo, hacia el agujero profundo donde he sepultado con la arena de la vergüenza el de hace dos años a la orilla del río.

—Vamos —le digo con frialdad, y esta vez soy yo la que elige el camino de vuelta. Yo, quien la acompaña hasta la casa de Ida. Yo, quien necesita dejarle claro—: Todo queda como antes.

Ella no responde, cruza rápidamente el patio oscuro de su abuela, se da la vuelta y me sonríe.

—Como antes —repite, después desaparece dentro de la casa.

Miro a mi alrededor. Sin ella, la noche en la ciudad vieja parece aún más oscura. No debería estar allí tan tarde, mi madre no quiere. Busco la torre del reloj, pero no la veo. Bajo con miedo las escaleras. A cada escalón, la luna se esconde más detrás de los tejados del pueblo. Un ratón cruza la calle y, cuando se detiene, mi temblor se convierte en terror. Déjame volver a casa, murmuro. Él tiene tanto miedo como yo y se cuela, húmedo, por una alcantarilla.

Cuando llego corriendo, la puerta de casa está abierta. La luz del salón, encendida, mi madre me está esperando tumbada en el sofá.

—Buenas noches —susurro acelerada. Pero ella se sienta.

—¿Dónde habéis estado?

—En la plaza —miento. Porque decir que hemos estado pegadas a la alambrada del depósito de camiones para ver que no hay esperanza para papá sería intolerable.

—Giulia —me dice con dulzura—, ¿me estás mintiendo?

—No, mamá —respondo sin levantar la mirada.

Parece bastarle y subo a mi habitación.

El pijama está aún sobre la almohada bañada en lágrimas. No te rindas, me ha dicho Cristi delante de los camiones. ¿Cómo hace esa niña para saber siempre exactamente lo que necesito? ¿Cómo hace para ofrecerme los labios sin temblar? Abro el cajón, saco los trozos de papel y trabajo toda la noche con la cinta adhesiva y la rabia para pegarlo todo. Si quiero entender a dónde nos llevarán las velas enfermas y oscuras de mi padre, debo saber en qué mar la mala suerte, así la llamaba en aquellos años, nos obliga a navegar. Cuando hasta el último trozo de papel está en su sitio, fuera ya amanece. Me meto bajo la manta y me levanto a la hora de comer, cuando también mi padre se decide a salir de la cama.

Después de aquella noche tan intensa, después del beso, del ratón, de las mentiras a mi madre y de la cinta adhesiva, las cosas con mi amiga no cambian. Nos vemos durante un mes, todas las tardes, siempre encerradas en mi habitación. Todo permanece como antes, no nos volvemos a besar.

Solo el día en el que Mimmo, sindicalista y amigo de la familia, nos informa por teléfono de que mi padre está en la lista de los excedentes, desde la ventana hago un gesto a Cristi para que se vaya. Yo me quedo. Y ni siquiera a años de distancia consigo decir qué sucedió inmediatamente después dentro de nuestra casa. Recuerdo muchos sonidos. Puedo escucharlos aún con el mismo miedo mortal de mis trece años. Las puertas cerradas de golpe, los puñetazos contra la pared, los gritos de todos, mi llanto, el de mi padre. Y en el centro de ese jaleo de ruidos vuelvo a ver la imagen mía y de mi madre, plantadas ante la ventana más alta de toda la casa.

En cualquier caso, desde la ventana nos cae el carné de conducir de mi padre. Y con él, parte de la felicidad de nuestra vida juntos, un poco de la fe de mi madre y toda mi confianza en los demás.

Mi padre, esa tarde, no se tira.

Y Cristi no viene tampoco a la tarde siguiente. Estoy tan aturdida

que no presto atención a su ausencia. Se deja ver tres días después, un poco antes de lo normal. Es Ferragosto, el día es corto y el sol ya se ha puesto desde hace un rato. El cielo desde la ventana de mi habitación es violeta, el mismo color que el de los cercos que rodean los ojos de Cristi. Siento un ligero temblor de miedo en el pecho. Es la primera emoción después de la tarde del desastre. Significa que aún estoy viva. La observo. Tiene el pelo mojado, la camiseta pegada a los hombros. Está descalza.

Es la extraña criatura que vi por primera vez en la penumbra de la casa de Ida, que alimenté durante todo un verano a base de pan y mermelada. Es la recogedora de cachivaches, el caballo que piensa en los caballos libres, la niña que me siente y que no tiene problemas en besarme. Pero no solo eso. También a ella durante estos días le ha ocurrido algo.

En aquel momento hay una parte de ella que ya no veo y, si es así, debe de haberla cogido él.

Todas las gotas de agua que se deslizan por mi amiga, por su nariz, por su pelo, aguijonean mis celos.

—Has estado en el río —comento.

—No.

—Entonces, ¿dónde?

Maldita mi curiosidad que me llevaría hasta el infierno si allí hubiera algo que no sé. Cristi la secunda, se tumba sobre la alfombra de lana y me menciona por primera vez una poza.

—¿Una poza? —le pregunto incrédula.

—Sí —responde enseguida—. Me he bañado en una poza mágica.

—Nada menos —enfatizo con una sonrisa irónica. Cristi no le presta atención—. ¿Y dónde está ese lugar?

—Bajo las caballerizas hay un bosque sin caminos, si acortas bien entre los arbustos la encuentras.

—Nunca lo había escuchado.

No creo en la magia y, sin embargo, espero que Cristi añada algún otro detalle. Ella lo intuye.

—Es pequeña, pero profunda. Alrededor del agua hay montañas de piñones. —Con la punta de los dedos acaricia los hilos de la alfombra—. Después, en cuanto el cielo oscurece, se ven llamitas.

—¿De qué color?

—Azul.

—Se llaman fuegos fatuos —explico. Asiente, pero estoy segura de que no ha entendido la explicación—. Fuegos fatuos —repito lentamente.

Después, con mi cara de horror, le enumero los peligros. Sanguijuelas, serpientes, las del agua y las que están en el pueblo cotilleando en las mesas del bar. Cristi no se preocupa ni de unas ni de otras.

Se preocupa solo de contarme lo que ya me puedo imaginar. Que en la poza no se puede nadar a solas y que, si yo encontré la valentía para besarla, cómo no la va a haber encontrado él.

Aquella noche, cuando ella se va, no sueño ni con ladrones ni con bandidos. Sueño con la poza. Es más, veo un agujero lleno de líquido amarillo y Cristi agarrada al pelo de Mattia.

A la mañana siguiente me levanto la primera, voy a la peluquera de mi madre y le pido que me corte el pelo. ¿Cuánto? Todo lo que se pueda. ¿Lo sabe tu madre? Claro, miento. Mi madre, en cuanto me ve aparecer por la calle, baja al pueblo a discutir con la peluquera. Después, se enfada conmigo. Dos semanas más tarde del peor rapapolvo que yo haya recibido jamás, empiezan las lluvias y Cristi se va.

El último verano de nuestra infancia termina con Mattia que da vueltas con aire siniestro por el pueblo y que patalea por volverse a Génova. Con mi madre que se resigna a llamar a un jardinero. Con Lilli que, por alguna razón, se queda a cenar en casa de Ida porque

tiene novedades importantes. Está a salvo, dicen las malas lenguas.

Para mí es el último verano antes de una larga, de una larguísima distancia con Cristi. Para Ida es realmente el último verano. Se la encuentra el cartero unos días después de la partida de la nieta. Tumbada en el suelo, tendida en la puerta de la casa, con solo una toalla encima, por culpa de aquella maldita ducha en el patio al aire libre.

Segunda parte

1994-2000

1

La única noticia de verdad es que Cristi se ha ido a vivir a una villa cerca de Piacenza. Me lo dice mi madre cuando vuelve del funeral de Ida. Se lo ha dicho Licia o el cura, no lo recuerda. Desde luego, no Lilli, porque ella a enterrar a Ida no ha venido. Deja que el pueblo llene de murmullos su sitio vacío en la iglesia. Se ha casado, se ha colocado. Pagaría por ver cómo se las da de señora, susurra Licia. A mí, Lilli no me interesa, ni siquiera la he visto nunca. Para mí sería suficiente una calle, una dirección para disipar la niebla. Al menos la de la llanura padana que se ha tragado a Cristi, porque la niebla que se ha condensado en mi casa no se va nunca.

En aquel periodo no somos los únicos que sufrimos el cambio, los grandes supermercados que se comen a las tiendas, las fusiones de las empresas que devoran las reglas. Y, gracias al sueldo de mi madre, ni siquiera somos los más desgraciados. Pero mi padre en su cabeza no piensa ni en similitudes ni en comparaciones, se hunde en el sofá, y renuncia a la palabra para cubrirse la lengua a base de pastillas.

Mi madre, al principio, lucha. Se saca su propio carné de conducir, se pega al volante y conduce de un especialista a otro. Depresión crónica. ¿Cómo ha podido ocurrir? Escucho cómo se lo pregunta a los doctores cuando yo también voy con ellos. Más tarde, en casa, en mi cuaderno escribo las respuestas de los médicos. Se enferma a consecuencia de eventos traumáticos, lutos, predisposición. A consecuencia de una injusticia inmerecida, añado yo.

Tras cada visita, mi padre vuelve con un frasco de gotas nuevo. Estas me hacen bien, me dice los primeros dos días. Al tercero vacila, después de la primera semana ya ha aumentado a escondidas el número de gotas.

—¡Cuantos más medicamentos tomes, menos posibilidades tienes de volver a ponerte al volante! —grita mi madre una tarde, desesperada—. Nos quieres en tu tumba —añade llorando. Él no responde.

No soy la única que piensa que su despido sea injusto. También está

Mimmo, el sindicalista que no está en la lista de los excedentes. Y un tal Spallacci, el abogado más anciano del país. Cuando va a su estudio, mi madre me lleva siempre con ella. He estudiado, pero no tanto, me dice la primera vez que nos sentamos en la sala de espera. Yo aún tengo que terminar la secundaria. Pero las intenciones de Spallacci las comprendo enseguida. Del puesto en el camión tenemos que olvidarnos, una buena indemnización es el único camino.

Mi madre y yo no estamos de acuerdo. Mi padre ni siquiera escucha. Mimmo, entre la espada y la pared, da la razón al abogado. El sindicato hace lo que puede, dice una tarde, afligido.

Estamos en nuestro salón. Mi madre me dice con un gesto que suba a la planta de arriba.

—Mimmo, ambos sabemos que a ti te ha ido mejor. Por favor, no vuelvas nunca más a esta casa —la escucho decir mientras subo las escaleras.

A la reunión decisiva con el abogado mi madre va sola y cuando vuelve nos informa de que ha aceptado la indemnización. Mi padre firma en silencio los documentos.

No lo entiendo, estoy enfadada.

—¿Por qué? —pregunto fuera de mí.

—Los compañeros de tu padre harán lo mismo.

—¡Eres una mentirosa! —grito.

Ella se sienta, respira profundamente.

—Te gusta estudiar, ¿no?

Estoy llorando.

—Quiero hacer bachillerato e ir a la universidad.

—Entonces, digamos que papá te regala la universidad.

No sé si le debo la idea de ser abogado a la respuesta excéntrica de mi madre, o a las esperas vividas en la oficina de Spallacci, o a la expresión avergonzada de Mimmo cuando me lo encuentro por la calle principal. Lo que está claro es que a los catorce años ya he decidido y a la pregunta sobre qué quiero hacer después del instituto a todos les respondo: «Derecho». ¿Es la opción correcta? Le pregunto a Cristi antes de dormirme. Ella no está, no puede responder.

Durante aquel periodo, todos los domingos después de la misa subo hasta la ciudad vieja. Me quedo un rato sentada en los ladrillos de la ducha en el patio de Ida. Alguien ha tirado abajo la puerta de la casa. Nunca entro, tengo miedo de las jeringuillas que, según mis padres, están por todas partes. Tengo miedo de encontrarme al fantasma de Ida que me dice: «Recuerda, Lilli no quiere a la niña y ella lo entiende». A veces, hurgo en el buzón de correos en busca de un indicio, algo que me sugiera la dirección de mi amiga. Nada. Escríbeme, Cristi, le suplico las noches que sueño con ella.

El día que descubro que ha escuchado mis oraciones es una aburrida tarde de junio de 1995. Es la vigilia de mis exámenes del último año del Liceo. El sobre que me pasa mi padre es de color ocre. Cristi, pone en el recuadro del remitente. Nada más. Tardo un minuto en leer la carta, por lo demás, se trata solo de una lista a lápiz de las cosas que echa de menos: río, cama de Ida, mermelada de fresa, amapolas. Ninguna novedad sobre la escuela, su casa o quizá sobre Lilli. Y si no fuera por el sello, Vigoleno, ni siquiera podría responderle.

En mi sobre de respuesta escribo solo Cristi, pongo el apellido de Ida y el pueblo, Vigoleno di Piacenza.

—¿Crees que le llegará? —le pregunto a mi madre.

Ella no está segura.

—¿Le has escrito cosas importantes?

Asiento. Sí, esenciales: «Dame tu número de teléfono».

El cartero de Vigoleno hace su trabajo; Cristi, no. Hace oídos sordos. Me da las gracias por mi carta, me dice que he usado un papel estupendo, pero no incluye números.

Echo de menos el sonido de su voz, le escribo entonces. Pero ella no cede. No sobre su teléfono. Sobre las noticias, sí. Poco a poco, con una lentitud exasperante, añade detalles. Lilli ha hecho su sueño realidad: tiene un marido, Fausto, que trabaja mucho. La casa es grande. Cada uno de ellos dispone de una habitación propia. Hay una piscina. A fuerza de nadar allí su cabello está aún más rubio. ¿Noticias sobre Mattia?, le escribo con mano temblorosa. Su respuesta se hace esperar tres meses y tiene solo una palabra. Ninguna. Debería tranquilizarme, sin embargo, el breve escrito me deja una sensación de tristeza.

Cristi, en su gran casa, se me antoja más sola que nunca, por eso, en las cartas que le envío no me guardo nada. Lo escribo todo. Le cuento acerca de la tienda de los parientes de Mattia, ya cerrada. Sobre el cansancio de mi madre, que va a trabajar incluso con gripe. Sobre los paseos a los que obligo a ir a mi padre. La palabra «papá» en las cartas de Cristi no aparece nunca.

—¿Noticias sobre la niña? —me pregunta mi madre cada vez que llega una carta para mí.

—Pocas —respondo a menudo.

Un día, tras pasar ya un tiempo desde la primera carta, añado:

—Aunque haya encontrado a su padre, no creo que sea feliz.

Mi madre me mira sorprendida:

—Pensaba que lo habías comprendido.

—¿El qué?

—La cuestión sobre el marido de Lilli.

—¿De qué hablas? —le pregunto inquieta, y finalmente se decide a contarme la historia de Lilli, que al enésimo rechazo del padre de su hija, a solas, en el metro de Milán, atrae la atención de otro

hombre. Fausto. Un elegante jefe de finanzas. Un cincuentón en forma que en menos de un mes se casa con ella.

Miro a mi madre. Estoy sobrecogida por mi ingenuidad y por sus fuentes inagotables.

—¿Quién te lo ha dicho?

Mi madre me acaricia. Su tacto delicado sobre mi mejilla me deja de piedra.

—Abogada, me acojo a la quinta enmienda.

2

El apellido de Fausto ni siquiera mi madre lo sabe y el número de teléfono de Cristi sigue siendo un misterio, tanto como su obstinación por no llamarme. Puedo ir a verte, le escribo en septiembre de mi tercer año de Liceo, y ella no vuelve a coger el lápiz. A un compañero de clase, uno de los más listos, le hago algunas preguntas.

—¿Cómo puedo encontrar a alguien si no sé su dirección?

—Con internet. —Me mira de arriba abajo como si me viera por primera vez—. ¿Tienes?

—No.

—Entonces ven a mi casa.

En una tarde en su casa consultamos todos los anuarios de las escuelas de Piacenza y los listines telefónicos. De Fausto y Lilli, ni rastro. Cristi camina en la niebla.

Para la vuelta, el chico insiste en acompañarme. Con los años he olvidado su nombre, he olvidado si andaba a mi lado o delante de mí, he olvidado su altura. Sin embargo, recuerdo los instantes delante de la iglesia de Santa Lucía, y él que me pregunta:

—¿Has besado a alguien alguna vez?

Es diciembre, hace frío, escondo los labios en el cuello del anorak.

—Sí —respondo, después le hago un gesto para que me siga. La parte de atrás de la iglesia está más resguardada. Me apoyo en la pared y dejo que, detrás de la chaqueta, encuentre mis labios.

—¿Ha sido mejor que los demás? —pregunta.

—Ha sido diferente.

Cómo de diferente, cómo de lejos está de la noche de los camiones pintados, de la disponibilidad segura de Cristi, del miedo mortal del

ratón que se metió por la alcantarilla, no se lo puedo decir. No lo entendería.

Después de aquella tarde no le vuelvo a besar. Beso a otros chicos. A chicas, nunca. Algunas lo hacen en los baños de la escuela. Pruébalo, es un juego, me dice Genny. Yo la ignoro, realmente no me interesa. Pasar algunas horas con un chico, por el contrario, me relaja. No soy la más guapa de la clase y tampoco la más atrevida, soy torpe cuando rechazo un cigarrillo, me azoro cuando no estoy agarrada a una botella de cerveza, me pongo de mal humor si las conversaciones sobre besos se vuelven aburridas. Y, sin embargo, un poco de compañía sin demasiadas pretensiones siempre la consigo. Chicos feíllos, banalidades de las que en aquel momento tengo una necesidad insaciable.

—Giulia, ten cuidado —me dice una tarde mi madre. Levanto los ojos del libro de latín y ella se para justo debajo de la lámpara. Durante los últimos años va rara vez a la peluquería y el pelo de la frente está casi blanco.

—Está bien, mamá.

Cuidado con los exámenes o cuidado con los que se hacen porros, o bien cuidado de no volverme una chica fácil como dicen en el pueblo. No le pido explicaciones, no cierro el libro y ni siquiera bajo la mirada. No hago nada de lo que haría una joven de mi edad. Porque no soy una verdadera adolescente. Rechazo las fiestas donde se emborrachan, el maquillaje denso del sábado por la noche y, sobre todo, rechazo la idea de discutir con mamá. He comprendido que es una mujer que está sola. La escucho todas las noches hojeando las revistas en la habitación mientras mi padre está roncando. Sé que, con tal de comprarme ropa bonita, finge que ella no la necesita. Y si está preocupada porque me gusta pasar el tiempo libre besuqueándome en los bancos, lo entiendo.

Pero en esto no tengo intención de cambiar. Es el único modo que conozco para distraerme. Por lo demás, en la escuela mis notas son impecables y siempre vuelvo a casa puntual.

Después de aquella petición de mi madre intento ser aún más discreta. Quito el barro de los zapatos si he ido a los jardines en

invierno, los restos de hojas en mi pelo si he ido al campo en verano. Y la primera vez que tengo sexo, unos meses después, elijo a un chico extranjero, durante unas vacaciones de estudio en Roma en un convento de monjas.

Al volver del viaje estoy avergonzada. En la estación también está mi padre. Casi sin mirarme coge la maleta del autobús. También mi madre rehúye mi mirada. No es posible que lo sepan. Tengo sudores fríos. Estoy casi tentada a decirles que no estoy embarazada, que lo sé todo, que he leído decenas de libros que he comprado a escondidas y he tomado todas las precauciones posibles. Pero su modo de caminar es más rígido de lo normal y el de mi padre, más encorvado que nunca.

Tras llegar a casa, siento un frío que hiela, enciendo la chimenea.

—Es abril, no hace falta —dice mi madre, después rompe a llorar. Mi padre intenta abrazarla, pero ella lo aleja.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—La casa —masculla él.

No es posible. Durante unos segundos aún consigo agarrarme a las risas bajo las sábanas grises de las monjas, a las caderas desnudas del chico, a la expresión de disgusto por mis gemidos de dolor. Después, el chisporroteo del fuego sube y la voz de mi madre no deja lugar a dudas. No se podía hacer otra cosa, dice. Demasiados gastos, demasiadas deudas.

Como una furia subo a mi habitación, tiro todos los libros al suelo, cojo un folio y un lápiz: «Cristi, hemos vendido la casa».

3

La respuesta de Cristi llega de manera fulminante y supera cualquier expectativa. ¿El albaricoquero?, escribe solamente. Me estremezco.

Cómo consigue ella, que está atrincherada al otro lado del río Po y cada día más descolorida por el cloro de la piscina de Fausto, saber cuál ha sido el momento más duro es la enésima rareza que me da la fuerza para contarle todo.

La venta definitiva llega tres días después de mi regreso de Roma. Una transacción relámpago, la define el notario. Pero es solo una muerte rápida. También el comprador, un holandés que habla italiano a trompicones, se percata de ello. Se mueve de su silla solo para ofrecerme un bombón de chocolate. Lo rechazo educadamente, aunque querría gritarle que con su bombón debería ahogarse. Y también contra el notario lanzo injurias en mi interior.

Mi madre se ha vestido de forma elegante para la ocasión, un traje ligeramente pasado de moda que, sin embargo, realza su figura. También mi padre se ha puesto la corbata, el cuello oprimido por un nudo muy apretado. Permanece todo el tiempo en silencio, con las manos inmóviles sobre el escritorio donde están apoyados los documentos con los que nos separaremos para siempre de nuestra casa. Solo habla mi madre. Dice que sí cuando el notario indica el año de construcción correcto, asiente sobre los metros cuadrados y confirma el régimen de comunidad de bienes.

En el momento de la firma mi padre se mueve en la silla. Soy la única que se da cuenta.

—Papá, ¿quieres decir algo?

—Sí.

—¿El qué? —dicen mi madre y el notario a la vez. El último ya está molesto.

—Hay un albaricoquero —balbucea mi padre.

Una llamarada me enciende las mejillas, puedo escuchar los comentarios al día siguiente en el bar de la avenida: «Desde que ha perdido el trabajo ya no tiene la cabeza en su sitio». Miro al holandés, lanzo una mirada a mi padre, él sigue:

—Lo planté en el jardín cuando nació mi hija. Da albaricoques muy buenos.

El notario tose, busca la mirada de mi madre, clavada en las baldosas del suelo. Yo tengo la cabeza alta, pero rezo para que mi padre deje de ponerse en evidencia.

—Del árbol podéis hablar después con un café —dice el notario con desprecio.

Mi madre ya está morada y mi padre otra vez mudo. El holandés se ha puesto de pie. Quizá se va, pienso. Sin embargo, pide hablar con el notario en privado.

Se encierran en el estudio de al lado. Media hora que nosotros pasamos en silencio. Seguramente mi madre ya está con la mente en el nuevo apartamento, en el barrio entre el estadio y la cárcel, sobre un bar lleno de máquinas tragaperras. Mi padre está perdido en tiempos pasados. Yo estoy hundida hasta el cuello en la escena que acabamos de dar.

Cuando el holandés y el notario vuelven con nosotros, somos tres personas extenuadas.

—El señor está muy disgustado —empieza el ampuloso notario, pero el otro lo interrumpe. Busca la mano de mi padre y se la aprieta.

—Me encantan los albaricoques. Y yo también tengo una hija de la edad de la suya.

Y esta es su manera de decirnos que, al son de florecillas holandesas, ha convencido al notario para que incluya en el contrato una excentricidad. Una cortesía. El comprador se compromete a no cortar dicho árbol, etc.

Una rareza, como te gustan a ti, Cristi, escribo al final.

4

También Lilli intenta vender la casa de Ida. Pero nadie está dispuesto a desembolsar dinero por una chabola en lo alto de la ciudad vieja. Es un caso imposible, dice el agente inmobiliario del pueblo. Entonces, Lilli hace lo que mejor sabe hacer: olvida la casa de su madre, la abandona. Deja que los carteles de SE VENDE se caigan de las ventanas y que las pocas habitaciones se conviertan en refugio para los toxicómanos del pueblo.

Yo subo a verla muy raramente. No es una cuestión de miedo. Ya no tengo miedo a las jeringuillas ni a los indigentes que duermen allí y que consumen en el suelo. Es solo que para llegar desde el nuevo apartamento hasta la casa de Ida se necesitan decenas de desvíos, si no quiero correr el riesgo de cruzar la mirada con los ladrillos rojos de mi antigua casa.

Desde la mudanza no la he vuelto a ver. Las voces dicen que sigue siendo una joyita, la última vivienda antes de la decadencia. El holandés pasa allí los veranos. De mayo a septiembre. Llega y parte siempre solo. Está divorciado, nos informa mi madre, y bebe bastante. Pero durante el invierno se apremia por tapiar las ventanas, cubrir los limoneros, atrancar la puerta. Si le pido que no pase por allí siempre para vigilar, ella lo niega. Me lo ha dicho un compañero, se justifica con ambigüedad.

Una tarde, durante el primer invierno después de la venta, regresa a casa muy tarde después del trabajo. Tiene la respiración acelerada y los ojos rojos.

—¿Has ido allí? —le pregunto.

—¿A dónde?

—A casa.

—Sí.

Suspiro.

—Mañana quizá nieva —murmura.

Nos miramos. Ha ido a echar sal sobre el escalón de la entrada, aunque la casa está cerrada y ya no es suya. No necesito que me lo diga, lo entiendo yo sola.

—Allí abajo está todo en orden, nada que ver con lo demás —comenta.

Todo lo demás es la ciudad vieja. Porque la casa de Ida, durante aquellos tiempos, no es la única que se desmorona. E Ida no ha sido la única en morirse. En los últimos años, la cima del pueblo ha perdido habitantes, los canalones se separan definitivamente de las paredes, las pocas farolas se funden. La casa de Gino, el jorobado que años atrás rescató a Lilli embarazada del tejado, es el refugio de todos los ratones del pueblo. Los únicos que permanecen inmutables son los cipreses, que ya no crecen, y el olor limpio del aire, que respiro siempre con los pulmones encogidos por los recuerdos. De vez en cuando establecen prohibiciones, cintas rojas y blancas que las lluvias y el sol reducen a harapos. Durante la primavera de mi quinto año de Liceo también la torre del reloj empieza a perder minutos.

El tiempo aquí va demasiado deprisa para los viejos relojes, le escribo a Cristi. No añado nada más. Ha pasado casi un año desde la última vez que nos escribimos. Cuando meto el sobre, pienso que en este punto podríamos enviarnos correos electrónicos o incluso dejar de escribirnos. Dos posibilidades tan vacías y tristes como mi carta.

Mi padre me pasa la respuesta de Cristi mientras estoy en pleno estudio para el examen de acceso a la universidad. Es mayo. Pero podría ser marzo, o enero, o noviembre. De todas formas, el olor que entra por la ventana de mi habitación es siempre el de los bollos recalentados del bar de abajo. Y él lleva los pantalones de pana habituales que se pone para estar por casa.

Dejo la carta en la repisa. Termino griego, escucho música, después la abro. Una frase. «Voy a la escuela privada». La rompo. Estoy harta de sus noticias pobres. De su prohibición de visitas, teléfono y fotografías. Estoy cansada de las horas de estudio, ansiosa por irme a la universidad lo antes posible. No estoy de humor para entender que su respuesta no es solo una frase en el aire. Es su manera de decirme que también su reloj, en la villa de Fausto, ya no consigue

dar la hora.

Aquella tarde no salgo de la habitación. Me salto la cena, desde que nos mudamos me pasa a menudo. La excusa normalmente es el estudio; la verdad es que odio la mesita minúscula unida a la cocina. Y a menudo tengo la tripa llena de snacks. Dulces, salados, engullidos en el Liceo, mientras vuelvo a casa, o en la habitación.

Tiro los trozos de la frase de Cristi junto al envoltorio de un bollo. Cierro los libros, cojo papel y bolígrafo, después intento resumir mi vida como lo haría ella. Ningún novio. Algún polvo el sábado por la noche. Amigas de verdad, cero. Deporte, solo si me obligan. Paseos con mi padre, cuando lo convenzo. Droga dura, como la llaman en el Liceo, nada. Dos porros de viaje no cuentan. Patatas fritas, chocolate, cacahuetes, en abundancia. Aburrimiento, sin límite. Nostalgia de mi verdadera casa, infinita.

Dos meses después, también mis padres quieren venir al examen oral. Es de bichos raros, me dicen mis compañeros de clase. Los ignoro. Desde que mi madre me dijo que con el dinero de la indemnización de mi padre puedo irme a estudiar lejos, veo a los demás como si fueran estatuas. Sobre todo a Genny, que, con su manía de los cafés en la avenida, es un arsenal inútil de cotilleos.

—Podéis venir con una condición —les digo a mis padres la mañana del examen. Mi madre sonríe, yo también. Pero estoy muy seria y quiero hacerlo rápido, ya vamos tarde—: La residencia en la universidad me la elijo yo sola.

—Ni hablar.

Mi padre, sorprendentemente, interviene.

—Me parece razonable.

Gracias a uno de sus pocos destellos de lucidez, me quito de encima a Genny y, sobre todo, a su madre, que desde hace meses está intentando convencer a mis padres para que estemos en la misma casa en la universidad.

Durante un día puedo fingir que no veo los pantalones de pana de

mi padre, aunque estemos en pleno julio y todos se abaniquen, incluido el presidente del tribunal examinador.

—Enhorabuena, señorita —me dice al final sin parar de abanicarse—. ¿Qué hará después?

—Derecho —responde mi madre en el silencio. Todos se ríen, yo querría desaparecer.

—No le dé importancia —dice el profesor—, llegará su momento.

Murmuro un gracias y después le echo un vistazo a mi clase. Las sillas y los bancos son pequeñas piezas de un juego. Ahora me toca a mí jugar en serio, me digo, probar el camino de la redención: la universidad. Doy rápidamente la mano a la bedel sin ni siquiera detenerme a escuchar sus cumplidos. Soy feliz. Bolonia, allá voy, pienso entusiasmada. Aunque aún no le haya dicho nada a nadie sobre mi elección.

Salgo corriendo.

—¡Ten cuidado! —grita mi madre.

—¿De qué?

En el último escalón me tropiezo y habría volado por encima de todos si no hubiera sido por un chico que me agarra con fuerza y me para. ¿Quién es?, murmura mi madre.

Él aún me está sujetando. No encuentro el aliento para responder. Ella no lo ha reconocido, yo sí.

5

El primer pensamiento, cuando me suelta el brazo, es una satisfacción estúpida. No es muy alto. Como yo. Y el pelo rapado no le favorece. Pero los ojos son los mismos de hace seis años, celestes, puros, nunca quietos. Ante el nombre de Mattia, mis padres se van rápido, con la excusa de que es justo celebrar el examen con los amigos.

Empezamos a caminar. Aún lleva la cadenita de oro pesado de cuando era un niño bonito con la camiseta negra.

—¿Tu examen de acceso? —le pregunto.

—Pospuesto.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta el próximo año.

Un suspenso, entonces. Seguramente por uno de sus cabreos. No le pregunto y él no da explicaciones. Le hago un gesto para que se siente en la mesa del primer bar que encontramos al dejar la avenida principal, él me señala un sitio dentro. Entre los espejos y el perlado hará mucho calor. Insiste. Nos sentamos lejos de la barra, cerca del baño. Huele fatal y la mesa está llena de migas secas. Un bonito lugar para celebrar el examen.

—¿Por qué estás en el pueblo?

—El funeral de una pariente.

—¿De quién?

—La del establecimiento de comida.

No le pregunto por qué ha venido a verme. Se levanta y vuelve a la mesa con dos cervezas. Me levanto y vuelvo con un helado de chocolate.

—No me gusta la cerveza por la mañana —farfullo. Él sonríe. La

vista de los hoyuelos que recuerdo bien me crispa. Voy al grano—. Habla.

—Dentro de unos días me voy de Italia.

Asiento, tengo las piernas pegajosas por el sudor.

—Mi madre se va a vivir a Alemania a casa de una tía.

—Eres mayor de edad, te puedes quedar —comento lacónica.

—No está bien, prefiero ir con ella.

Me encojo de hombros. Todavía ninguno de los dos ha pronunciado la única palabra dotada de significado recíproco. Él se termina la cerveza, después saca de la mochila folios escritos que pone sobre la mesa.

—Son seis —dice solamente.

Seis como los años separada de Cristi, pienso. Y al mismo tiempo Mattia los empuja hacia mí. Aún estoy a tiempo de salir corriendo y regodearme en el placer de mi examen oral perfecto. Pero la grafía es magnética y en un segundo me ahogo por el sello que conozco bien.

—¿Qué quieres? —consigo preguntarle.

—Son cartas de Cristi.

—¿Y qué? —Respiro con dificultad. El helado ya es una papilla marrón, la mesa del bar está sucia. La mañana de la graduación es un asco, Cristi es un asco—. No son para mí —digo a regañadientes. Después, me levanto.

Mattia se queda sentado. Insiste:

—Por favor, cógelas.

No solo ella le ha escrito seis cartas largas, sino que ahora él tiene la cara dura de dármelas. Se me escapa una risa estridente.

—¿Por qué no las metes en la maleta?

Sigo riéndome. Él no responde. El ácido de la risa me está ahogando. Intento irme, pero él se pone de pie y me agarra del brazo.

—Espera. —Por segunda vez durante la mañana siento su mano firme—. Debes leerlas. Es importante.

—¿Ah, sí? —Miro atentamente su mirada limpia. El funeral de la pariente era una trola, ha venido a propósito para darme las cartas—. Dame un motivo para hacerlo.

—Porque también tú debes saber cómo le han ido las cosas a Cristi durante estos años. —Miro su mano en mi brazo y él lo suelta con una extraña caricia—. No hay nada escrito contra ti, nada que te pueda hacer daño.

Qué sabrá él sobre lo que me puede hacer daño. Tengo las mejillas en llamas.

—No me has convencido —respondo con dureza.

Mattia se rasca la frente.

—Te estoy pidiendo que lo hagas por ella, no por mí. —Sacudo la cabeza—. Por si en Alemania encuentro a otra —dice en voz baja.

Parece realmente preocupado. Por un instante logro hacer callar mi humillación. Consigo entender que tiene miedo. Teme irse demasiado lejos, abandonar a Cristi en la nada y todo lo que ella le ha confesado solo a él.

Pero, después, mi mirada vuelve a caer sobre la grafía densa de mi amiga.

—Encontrar a otra —repito con desprecio mientras pongo sobre la mesa suficiente dinero para las cervezas y el helado.

—Podría suceder —responde él con gravedad.

Después se da la vuelta, coge las cartas de la mesa y me las ofrece:

—Son también tuyas.

La punta de los folios en los que Cristi no se ha ahorrado nada toca mi vestido de flores de recién graduada. Querría no haber nacido curiosa y querría que Mattia desapareciera al instante por el precipicio de mis celos. Por el contrario, él está plantado delante de mí y está intentado incluso sonreírme.

—Que te jodan —le grito a la cara. Después, cojo las cartas y salgo corriendo.

6

En casa empiezo a leerlas enseguida y durante toda la tarde me quedo en la habitación pegada al escritorio. No bebo, no respondo al teléfono, no como. Ya no soy Giulia, soy Cristi. No tengo dieciocho años, tengo quince, tengo una cabellera rubia hasta los hombros y voy a un Liceo privado. Estoy delgada, demasiado, según todos, y en la escuela a duras penas sobrevivo. Vivo en una villa con piscina, que da a una calle ciega de la llanura, con una madre que permanece lejos de mí y un hombre desconocido pero generoso.

Todas las cartas dirigidas a Mattia están escritas rigurosamente el uno de enero. No arrancan con un querido, nunca hablan del corazón, ni de amor, ni de esperas, ni de besos. Solamente son una descripción agramatical y densa del tiempo que pasa en la vida de Cristi. Las leo todas sin aliento, con voracidad, sin respetar las fechas, sin ni siquiera la tentación de corregir los errores que año tras año aumentan, como si la gramática de Cristi se agotara.

Para ella sigo siendo su única amiga. Eso escribe. Explica que me echa de menos, como echa de menos a Ida, aunque, algo inexplicable desde su punto de vista, yo estoy viva y su abuela no. De Lilli dice que no es feliz y que se aburre pasando las tardes en la habitación, o bien, organizando fiestas. Party, para citar literalmente, donde camareros sirven comida exquisita y su marido se entretiene en el piano. Cristi puede quedarse hasta tarde, sin reglas. Fausto, para ganar tanto dinero, trabaja siempre hasta la noche. Sin embargo, Lilli no trabaja, pero juega al tenis. Cristi no hace comentarios y esa tarde yo tampoco.

Solo con la primera carta, la escrita pocos meses después de la muerte de Ida, se me escapa un bufido. Es la primera después del traslado a la villa y la más asombrosa. Porque es la historia del apellido de Cristi, que descubro que he confundido durante seis años.

En esa carta mi amiga se extiende especialmente. Usa un folio completo para contarle a Mattia que Fausto por poco no ha mandado al traste el matrimonio. Es por la tarde, él y Lilli están discutiendo, escribe Cristi. Fausto grita tan fuerte que ella, dos

plantas más arriba y con los cascos puestos, los escucha sin problemas. No insistas, repite él continuamente, pero Lilli llora y lo arrastra hasta la habitación. Cristi no los ve durante la cena, ni después en el salón. De todas formas, la villa tiene una gobernanta que puede ocuparse de ella, día y noche. De la habitación salen a la tarde siguiente. Con la lista de los invitados a la boda y una gran novedad. Lilli tiene los ojos brillantes, el maquillaje a punto, la expresión un poco cansada, pero está guapísima. Se esfuerza por explicárselo a su hija, mientras Fausto tamborilea con los dedos sobre la mesa. Explica largo y tendido sobre cambiar algunos documentos. Es el mejor modo para permitir a Fausto ser tu papá, dice radiante. Cristi, al principio, se resiste un poco: le gusta Bucci, el apellido de la abuela Ida. Lilli se impacienta, Fausto toma la palabra. También Vitali, como se llama él, suena bien. Cristi no está convencida. A mamá le gusta, añade él. Y al poco tiempo Cristi tiene un nuevo apellido. Porque Lilli siempre gana, gruño yo con la frente apoyada sobre el folio.

La tarde de las cartas no duermo nada. Desde el bar de abajo llegan gritos, alguno reclama al son de blasfemias una partida ganada en la máquina tragaperras. Mi padre entra en la habitación, cierra la ventana.

—¿No sales a celebrarlo?

—No tengo ganas.

Mi madre asoma la cabeza, con un movimiento rápido me apoya la mano sobre la frente.

—Tienes fiebre. ¿Dónde te duele?

Señalo el pecho.

—Aquí.

Para mi madre es el cansancio, para mi padre, debería ir al médico. No le escuchamos. A estas alturas, doctor es su palabra preferida.

Cuando me quedo a solas, abro la ventana. Ya no más palabrotas, del bar ahora llega una música disco. Yo debería estar en una

discoteca de verdad. Aunque fuera solo para decir a todos que he terminado, que también me darán una matrícula además de la nota más alta.

Me tapo con la sábana. En ninguna carta una verdadera declaración de amor. Tengo escalofríos. Y nunca una referencia a las respuestas de Mattia. ¿Habrá respondido? Claro, no me cabe duda.

Las cartas no pueden hacerte daño, ha dicho él esta mañana. Sin embargo, como mínimo, tengo treinta y ocho de fiebre. Porque a él, no a mí, le ha escrito que tiene aún el pelo largo, que le gusta correr, pero que es malísima al tenis. A Mattia le ha explicado que escucha siempre música con los cascos porque Fausto solo quiere música clásica en casa. A él, solo a él, le ha confesado su apellido. El termómetro ya marcará cuarenta. Siento que podría explotar. Cristi Vitali, susurro como una cantinela. Ahora sé en quién te has convertido, dónde estás. Ahora podría levantarme, buscar el maldito número y escuchar el tono de tu voz. Pero no quiero. Y escúchame bien porque no estoy delirando, no quiero escribirte nunca más.

Tercera parte

2000-2004

1

La promesa es bíblica. Es de las que no se rompen en toda la vida. Y realmente desde la noche de mi graduación, desde la noche de ansiedad bajo las mantas mojadas, no vuelvo a escribir a Cristi. Ella, por su parte, no da señales de vida. Se ha ido. Sepultada por la niebla de Piacenza. Pegada al banco de una de esas clases de diez alumnos, ricos y mimados. O huida a Alemania. O quizá prometida al hijo de un compañero de tenis de Lilli. Mil hipótesis me surgen como eventuales finales de película con los que me entreno para permanecer indiferente. A mi madre no le vuelvo a preguntar nada sobre ella, si alguien habla de Lilli me giro hacia otro lado. En Bolonia, donde he conseguido también una beca de estudios, si veo niños en el tranvía me niego a recordar la historia de una niña que vaga sin abono con miedo a que la regañen.

El olvido se puede aprender, me digo durante los primeros días en el departamento de Derecho. Y, de hecho, cuanto más me empeño, más fácil se vuelve el ejercicio de prescindir de Cristi. Durante el segundo año de universidad ni siquiera sueño con ella.

Lo único que me permito es alguna que otra noticia sobre Mattia. Es la vía indirecta para tener la certeza de que ella no está con él, pero durante aquel tiempo me convenzo de que es solo curiosidad. Algún cotilleo en medio del incesante estudio, un poco de distracción de las clases en las que no suspendo ni un examen.

—Se ha graduado en Alemania a pesar de las gilipolleces —me dice Genny en el tren que nos lleva de Bolonia al pueblo.

—Sé que se ha puesto a trabajar —añade su novio y se ríe. Lleva un abrigo de loden de segunda mano y tiene la misma mirada de lerdo que tenía en el Liceo.

Me río fuerte. Eso le complace. Es el tipo de bobalicón hecho a posta para Genny, pienso. De hecho, él, ante mi complacencia, continúa:

—Es camarero de cruceros. Es el trabajo perfecto para quien solo tiene cabeza para esto —me dice haciendo un gesto obsceno.

Vuelvo a reír. Genny me lanza una mirada de complicidad, está orgullosa de tener un novio que no usa la palabra coño.

—Un buen tío —le susurro cuando él se duerme. Soy sarcástica y ella no se da cuenta.

—Futuro ingeniero como yo —me responde orgullosa.

Qué hace un camarero de cruceros lo aprendo con una búsqueda en internet. Se tira a una cada noche, escribe algún cretino. Aparte de eso, trabaja todo el día, tiene la comida asegurada y gana bien. Se aísla, reflexiono. Se mantiene lejos de los problemas, que seguramente debe de haber creado. Se prepara, como yo. Aquí me detengo. Esta intuición no me gusta, la idea de que aún podamos tener un punto en común me inquieta. También sobre él dejo de buscar noticias.

Debo pensar en mis objetivos. Graduarme enseguida con la mejor nota y encontrar trabajo. Reparar las ofensas sufridas.

Vuelvo muy poco a casa, se quejan mis padres. No puedo no darles la razón. Es que me dais pena, tanta pena, querría responder. Tú, mamá, con tus trajes chaqueta de tweed anticuados. Tú, papá, con tu cara de niño que está pendiente de las palabras de una niña que llena el expediente de matrículas de honor. Me gusta Bolonia, respondo, venid a verme. De todas formas, ya sé que no se moverán.

Sin embargo, una vez lo hacen. Nos ponemos de acuerdo después de una semana de llamadas extenuantes. Queda por resolver la cuestión de mi padre, que tiene miedo de los trenes demasiado rápidos. Y la de mi madre, que querría traerme unos cincuenta tarros de mermelada, pero que no se ve capaz de conducir por la autovía.

—Si tu padre se pusiera otra vez al volante… —se queja cuando nos vemos en la estación. Le cojo la bolsa, me ha traído por lo menos veinte tarros, y también dos kilos de manzanas del campo.

Es mayo. Pasamos por delante de los escaparates de Via Indipendenza con los tarros que tintinean en la bolsa; sin pararnos,

admiramos desde abajo las Due Torri[3]. A paso ligero me dirijo hacia los jardines Margherita. Mis padres se sientan, sin aliento por el paseo. Los prados de alrededor del banco están cubiertos de flores; el estanque, cubierto de tortugas. En el aire hay un olor a agua estancada y pétalos de jaramago.

—¿Tu casa está cerca? —me pregunta mi padre.

—Bastante —respondo con vaguedad.

—¿Por qué no nos llevas? —interviene mi madre.

Sabía que llegaríamos a esto. Dudo, cojo una manzana y le doy un bocado.

—¿Cuál es el problema? —insiste mi madre.

—Ninguno —murmuro con la boca llena.

No vivo con un sedicente profesor de derecho, no acumulo basura. Lavo siempre los platos, tengo en orden los libros y limpio el suelo. El váter brilla y tengo una compañera de piso tranquila. Pia, una chica de Rímini, que estudia Medicina, que está un poco obsesionada con el sexo, pero al día con los exámenes. Todo va bien, excepto por el hecho de que vivo en un apartamento minúsculo. Un viejo trastero. Dos habitaciones tan estrechas como una cama, una pequeña entrada donde hemos puesto un hornillo y una repisa con caballetes que hace de mesa. El baño tiene desagües horribles, las tuberías están a la vista y los techos son claustrofóbicos. Es lo máximo que me puedo permitir con la paga de mis padres. Con el dinero tan codiciado de la indemnización, con la limosna de la multinacional.

Cuando abrimos la puerta y por poco no nos caemos sobre un plato de pasta humeante, mis padres palidecen. Pia nos salva de la vergüenza: se presenta, habla sobre el parecido entre mi madre y yo, y comprende enseguida la desidia de mi padre, aunque yo nunca le haya dicho ni una palabra sobre su enfermedad. También yo estoy ralentizada, a disgusto.

—¿Por qué no llevas a tu padre a ver el paisaje? —me susurra Pia.

El paisaje es la vista desde la ventana de mi habitación. Un escorzo sesgado de Piazza Santo Stefano. Con un ápice de orgullo, muevo la cortina roja de mi ventana. La vista de las Siete Iglesias, los ladrillos rojos y los cipreses estremecen a mi padre y animan a mi madre.

—Es muy bonito.

—Se parece a la ciudad vieja —comenta mi padre.

—Un poco.

Muchísimo. Y es el motivo por el que, entre las varias ratoneras que visité durante los primeros días de universidad, decidí alquilar esa junto a Pia, a la que conocí por casualidad en una cafetería de Via Zamboni.

—Tu amiga es simpática —me dice mi madre cuando bajamos a solas a la pastelería de debajo de casa.

—Mucho.

—Por un momento, en los jardines, creí que vivías con un chico.

Sonrío.

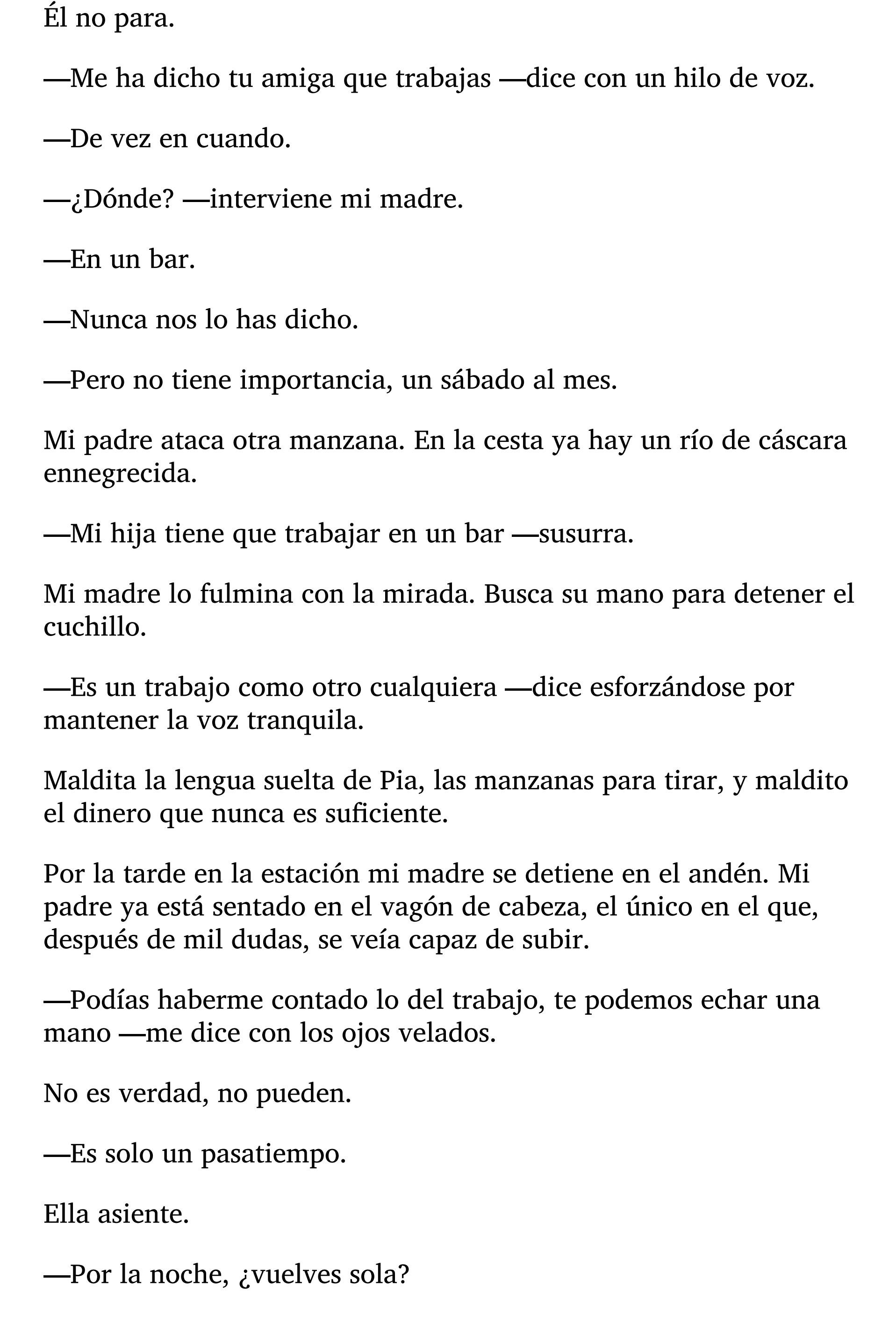
—¿Tienes novio? —sigue.

—No.

—Qué pena —me responde. No sé si eso le reconforta o si habría preferido encontrar una cama matrimonial deshecha en un apartamento decoroso antes de saberme en un trastero.

Para la ocasión, en la pastelería, mi madre no se preocupa por el precio. Si tenemos que tomar el café en una repisa, al menos deberíamos poder elegir entre una veintena de pastas diferentes: cannoli, hojaldres, tartaletas de fruta. Pia come con gusto, después se va. Mi padre no toca los dulces, permanece todo el tiempo de pie pelando las manzanas que me han traído del pueblo.

—Después, ¿quién se las come? —dice mi madre con cierta molestia.



Él no para.

—Me ha dicho tu amiga que trabajas —dice con un hilo de voz.

—De vez en cuando.

—¿Dónde? —interviene mi madre.

—En un bar.

—Nunca nos lo has dicho.

—Pero no tiene importancia, un sábado al mes.

Mi padre ataca otra manzana. En la cesta ya hay un río de cáscara ennegrecida.

—Mi hija tiene que trabajar en un bar —susurra.

Mi madre lo fulmina con la mirada. Busca su mano para detener el cuchillo.

—Es un trabajo como otro cualquiera —dice esforzándose por mantener la voz tranquila.

Maldita la lengua suelta de Pia, las manzanas para tirar, y maldito el dinero que nunca es suficiente.

Por la tarde en la estación mi madre se detiene en el andén. Mi padre ya está sentado en el vagón de cabeza, el único en el que, después de mil dudas, se veía capaz de subir.

—Podías haberme contado lo del trabajo, te podemos echar una mano —me dice con los ojos velados.

No es verdad, no pueden.

—Es solo un pasatiempo.

Ella asiente.

—Por la noche, ¿vuelves sola?

Tiene miedo, lo sé. Todos los días lee la crónica de Bolonia, me cuenta por teléfono sobre acuchillamientos, atracos, estudiantes agredidas.

—Me acompaña un amigo.

—¿De verdad?

Sonrío.

—Mamá, vas a perder el tren —le digo. Después le aprieto las manos. Siempre están suaves, cuidadas. Pero tiemblan ligeramente. El bar, un marido que pela manzanas hasta el infinito, una hija obligada a vivir en un tugurio.

—No debería de haber sido así —me dice.

3 Las Due Torri de Bolonia son uno de los monumentos más importantes de la ciudad. Se trata de dos torres inclinadas: la más grande, conocida como Torre degli Asinelli; y la más pequeña y más inclinada, que recibe el nombre de Garisenda.

2

Al pueblo vuelvo rara vez. Incluso convenzo a mis padres de que transformen mi habitación en un estudio. Principalmente, para sacar a mi madre del salón, donde su marido permanece siempre y la televisión nunca se apaga. Para las noches que paso en casa, compramos un sofá cama y lo encajamos entre el sillón y el mueble de la televisión. En esas ocasiones, mi padre se esfuerza por no encenderla; yo, por satisfacer la curiosidad de mi madre sobre la vida que llevo lejos de ellos. Derecho Internacional es más difícil que Derecho Romano. El profesor de Derecho Privado está loco, pone las notas al azar. Pia está bien, también le van bien los exámenes. No solo pensamos en estudiar, también salimos. A cenar fuera, a alguna fiesta. Si no hay autobuses nocturnos, compartimos un taxi. A la iglesia no voy nunca, le confieso, aunque tengo una prácticamente debajo de casa.

Una tarde de verano estamos sentadas en la terraza. Delante del bar, un corrillo de chicos se divierte haciendo rugir las scooters.

—¿Y el trabajillo en el bar? —me pregunta.

—Lo dejaré pronto —digo zanjando el tema.

Podría decirle que, de vez en cuando, cuando termino voy a casa de un chico que trabaja conmigo. Me aburre muchísimo y, más que hablar, hacemos el amor una y otra vez en su cama. Entregarme me cuesta menos que el esfuerzo por mantener una conversación. Él coge al vuelo mi disponibilidad, se quita todas las ganas y yo siento placer. Por la mañana, me subo a un autobús y me vuelvo a casa. Si Pia está sola, hago café también para ella y le cuento algún que otro detalle solo si me lo implora. Si está con un chico, algo que en su caso es más bien habitual, vuelo a la ducha y bajo a coger un café de la pastelería. Un bollo no me es suficiente. Dos me producen más o menos la misma emoción que el chico del bar.

Si tuviera ganas, podría tejer para mi madre una versión un poco alterada, por el contrario, no le digo nada porque en el fondo siento que ahí anida mi fracaso. La acumulación de experiencias para las que no encuentro palabras y, por tanto, significado.

Más tarde, salgo. Para llegar a la avenida principal debo rodear el nuevo centro comercial iluminado de día. Cruzar el puente sobre el río. PROHIBIDO EL BAÑO, recita un viejo cartel. Y otro más, PROHIBIDO PESCAR. Está completamente descolorido. Lleva allí por lo menos quince años. Desde los tiempos en los que junto a Genny y a las demás saltábamos en las pozas. Solo que ahora está de verdad prohibido pescar y bañarse en aquel lugar por culpa de ciertos vertidos. Para nadar ahora hay que subir hasta la montaña más cercana, donde el agua aún está helada y baja en cascadas. Prohibido pensar en la que nadaría allí sin pensárselo dos veces, me digo, prohibido pensar en ella, y continúo el paseo. Cuando llego a la avenida principal, veo enseguida el motivo de mis peregrinaciones nocturnas.

Está sentado, en el único café que durante el verano permanece abierto hasta tarde por la noche, con una señora llamativa, muy maquillada, que parece extranjera. También él, el holandés, me reconoce enseguida, se levanta para darme la mano. Sobre la mesa, dos botellas de vino tinto vacías. Han pasado seis años desde la última vez que nos vimos. A pesar de los sesenta años y los litros de vino, aún tiene un físico sobrio y una expresión vivaz.

La señora sonríe con amabilidad.

—¿Por qué no se sienta? —me pregunta.

Nada de extranjera, italiano perfecto, Roma o alrededores. El holandés insiste. Acepto, nada mal después de haber confiado el encuentro a la casualidad, eso era lo que esperaba. Un camarero nos trae la enésima botella de vino Amarone. Catorce grados, en pleno verano. Bebo un sorbo.

Durante más de media hora hablamos de mis estudios, de los hijos del holandés que están a punto de graduarse, del día caluroso que la señora ha pasado en el mar.

—¿A qué playa vas normalmente? —le pregunta él.

—Cambio a menudo —responde ella. Después, nos describe todos sus gustos en materia de bronceado y sus lugares favoritos en el mar. La señora es una amante ocasional, pienso con alivio, ningún

matrimonio italiano a la vista para el holandés.

En cuanto la botella se termina, me levanto. El holandés está un poco lento por el alcohol, yo estoy muy lúcida. Cojo un bolígrafo y sobre una servilleta escribo mi nombre.

—Venga a verme a Bolonia. —Me mira sorprendido—. Es una ciudad estupenda —añado con una sonrisa que también le convence a él.

Ríe complacido y se hurga en los bolsillos. Una tarjeta de visita: Yannick, etc., etc. La meto en la cartera. Bien, murmuro mientras me alejo. El primer nudo con Yannick se ha entablado; el primer escalón, subido.

Cuando vuelvo a casa, mis padres están durmiendo. No sé cómo lo hacen, el calor es asfixiante y el aire no se mueve. Las sábanas del sofá cama están hirviendo. Salgo a la terraza, el bar está cerrado, finalmente hay silencio. Alzo la mirada hacia el cielo, azul con estrellas lejanas y muy pequeñas. Intento contarlas, pero la cabeza me da vueltas. Me abato sobre una silla de plástico. ¿Qué es toda esa historia de darle tu número a un hombre que tiene más del doble de tu edad?, me dice una voz dentro de mí. Parece la de mi padre, aguda y comprensiva, para nada empastada por los antidepresivos.

Cierro los ojos. ¿A dónde quieres llegar?, sigue la voz con la cadencia segura y serena de los tiempos en los que mi padre conducía doce horas al día y me llenaba de souvenirs de los bares de carretera.

Por instinto me levanto y husmeo en la habitación de mis padres. Sus siluetas están cerca la una de la otra, perfectamente paralelas. Me vuelvo a sentar.

¿A dónde quieres llegar? Hacia atrás, papá, mucho más atrás, respondo en voz alta. Estoy hablando sola en la terraza estrecha de un apartamento tórrido, pienso con una sensación de vergüenza. Después, apoyo la cabeza contra la pared caliente y me quedo dormida hasta el día siguiente.

3

Lilli en persona que se decide a llamar a mi madre para pedirle un favor es tremendo, y ella que le da mi número de teléfono sin consultarme es intolerable.

—Conmigo ha sido muy amable —insiste mi madre por teléfono.

—¿Le has dicho que vivo en un apartamento muy pequeño?

—Claro. Cuántas veces te lo tengo que repetir.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudarla?

Ella resopla, en efecto, ya me lo ha explicado un par de veces por lo menos.

—Me ha dicho que estaría dispuesta a pagar los gastos de un apartamento más grande.

—Ni hablar.

—Le importa mucho la universidad.

—Imagino —respondo sarcástica.

Mi madre se irrita.

—Necesita ayuda.

—¿Quién? —le respondo con una carcajada—. ¿Lilli? ¿La señora que desaparece y que aparece millonaria?

—Oh, Giulia, me estás cansando.

Me quedo en silencio.

—Sabes que es Cristi la que te necesita —me dice casi como en un reproche y, algo inaudito para sus modales, me cuelga.

Miro estupefacta el teléfono, tengo la oreja hirviendo. Cristi viene a estudiar a Bolonia y Lilli quiere que viva conmigo. Como si no fuera

suficiente, mi madre está de acuerdo.

Vuelvo a marcar el número de mis padres.

—Pero a Lilli, la llamas tú. Dile que la espero mañana, en Via Zamboni 25, a las diecisiete horas. De cambiar de casa ni se habla, pero puedo ayudarla a encontrar una habitación.

—De acuerdo —responde molesta.

—Ah, lo olvidaba, dile a Lilli que venga sola.

Mi madre vuelve a colgarme. Al hacerlo se queja con mi padre de mi mala educación. Como si pedirme de repente que trate con Lilli equivaliese a encargarme una tarea, una carta que recoger de correos o una compra en el supermercado.

Más tarde, para no pensar en la llamada, voy al cine con Pia y sigo cada diálogo de la película. No me preparo para el encuentro con Lilli, no sirve de nada. No vendrá.

La primera vez que vuelvo a ver a Cristi, en septiembre de 2004, después de diez años separadas, estamos donde yo he dicho. En el naranja otoñal de los pórticos de Bolonia. En Via Zamboni, faltan diez minutos para las diecisiete horas. Ella tiene una maleta elegante en una mano y un rollo de celo en la otra. No me escucha llegar, está pegando un papel sobre una columna, BUSCO HABITACIÓN. Lilli no está.

Quito el anuncio.

—No se pueden pegar papeles en las paredes —le digo con brusquedad.

Se da la vuelta, me sonríe. Lleva vaqueros ajustados y un polo azul con el cuello abotonado. Yo llevo una falda y una blusa de lino de calidad, como toda la ropa usada que encuentro en los mercadillos de los barrios ricos. Tengo tres años más que ella, estoy mucho mejor vestida y, sin embargo, su figura inclinada sobre la mía me cohíbe.

—¿Lilli? —mascullo.

—Está bien —me responde rápidamente.

Quería decir: «Lilli, si estaba tan preocupada, por qué no ha venido», pero explicárselo me parece mucho trabajo. Cristi se apoya en la columna de los pórticos, baja la mirada sobre sus zapatillas de marca y añade:

—Me he matriculado en Historia.

—¿Por qué Historia?

Ella se encoge de hombros.

—Ven —le digo, y me encamino hacia la sala de estudio. Le señalo un muro lleno de anuncios—: Busquemos habitación.

Yo llamo. Diez, quince, quizá veinte números, después de dos horas no hemos conseguido nada.

—¿A qué hora tienes el tren de vuelta?

—¿Qué tren? —me responde sorprendida.

Empiezo a entender. Las prisas, la urgencia de llamar a mi madre, el dinero para un apartamento más grande. Es la garra de Lilli, esa que desde siempre se deshace de su hija sin pensárselo dos veces. Cojo un café de la máquina y le doy otro a ella. El cielo al otro lado del cristal aún está claro, pero son casi las ocho.

—Hay un hotel aquí cerca —digo.

Cristi asiente, saca del bolso una cartera llena de billetes. Dos chicos cerca de nosotras dejan de hablar y nos miran raro.

—Guárdalos —susurro molesta, después nos dirigimos hacia el hotelito de detrás de Piazza Maggiore.

Cristi, con la cucharilla de café aún en la boca, camina ligera. Por lo que parece, recuerda la ciudad de los años con Lilli. Yo estoy atenta a no quedarme atrás, a no adelantarla. Durante todo el trayecto

vigilo su bolso, que oscila y le golpea el muslo. Tendría dinero suficiente para unas vacaciones en el Hotel Baglioni, el más prestigioso de la ciudad. En el umbral del hotelito, un portero coge la maleta de Cristi. Ella le da las gracias, me sonríe y desaparece por la puerta giratoria sin darme su número. Sin pedirme que nos volvamos a ver. Sin explicarme qué hará mañana.

—¡Espera! —grito, en dos pasos ya estoy en el vestíbulo—. No puedes hacer siempre lo mismo.

Ella se para, yo desvío la mirada e intercepto la de un encargado de la recepción irritado con la escena. Por Dios, qué torpe y ridícula soy, estoy gritando en un hotel por razones muertas y sepultadas de cuando éramos niñas.

—Tienes razón —me dice Cristi—. Sé que estás enfadada conmigo y haces bien —añade seria.

—Entonces, señorita, ¿coge la habitación o no? —farfulla el tío de la recepción.

—La cojo —responde ella.

—Esta noche te puedes quedar en mi casa —lo digo todo sin respirar.

Al instante siguiente imagino la maleta de Cristi a los pies de mi cama y no puedo creer que la haya invitado realmente a mi habitación. Ella, a un paso de mí, murmura algo que no comprendo.

—¿Qué has dicho? —pregunto.

Enseguida siento sobre la espalda una presión delicada, dos manos abiertas sobre los hombros. Me doy la vuelta. Nadie detrás de mí. Incluso hoy me cuesta creerlo, pero Cristi, como me explicará años después, también sintió el mismo roce ligero y decidido. Son las manos de Ida, las manos de la simplicidad, de la naturaleza que decide sin consultar. La inmediatez de lo justo.

—Niñas mimadas —dice alguien cerca de nosotras.

Que se vaya al infierno. Desconcertadas, nos dejamos llevar y nos

abrazamos.

4

En casa estamos solas. Pia ha salido. Duermo en casa de uno, me ha escrito sobre la pizarra del frigorífico. Cristi mira durante mucho tiempo el mensaje.

—Comparto el apartamento con una chica —le explico rápidamente.

Ella asiente. No ha parpadeado ante el hornillo encajado en la entrada, ni lo hace cuando se percata de que, aparte de esa noche, para ella no hay espacio. Para cenar pedimos dos pizzas. Mientras esperamos, Cristi saca del bolso un paquete de cigarrillos.

—No —le digo. Ella se sobresalta, después lo hace desaparecer—. No fumamos aquí dentro —añado más suave—, si no, nos ahumamos.

Ni Pia ni yo tocamos el tabaco. Es más, yo detesto el humo, sobre todo si sale de los labios de una mujer.

Cristi insiste en pagar las pizzas, cenamos casi en silencio, abriendo un par de cervezas. Ella come con bocados pequeños, pero bebe tan rápido como yo. Después, nos damos una ducha por turnos, primero ella, un aroma a gel refinado. Después yo, con el habitual bote de oferta. Cuando vuelvo a entrar en la habitación, la encuentro aún envuelta en la toalla. Es de lino, morada. Otro lujo que choca con su ropa ordinaria, en cada esquina están grabadas sus iniciales. Miramos las dos a la vez la V de Vitali y después nos observamos.

—Fausto es muy generoso —dice Cristi.

Tengo delante de mí la primera ocasión para nombrar a Mattia.

Para decirle: «Ya sé que ya no te llamas Bucci y esta vez las serpientes del pueblo no tienen nada que ver. Ha sido él, el muchacho testarudo, el que se ha propuesto que yo supiera todo y el que me ha dado tus cartas». Ella espera un poco y, en el mismo momento en el que he decidido guardármelo todo dentro, continúa:

—Fausto se casó con mi madre y después me reconoció.

La palabra «reconocer» cae a mis pies como una roca. ¿Y todo eso que había antes de la generosidad de Fausto? ¿Antes del momento en el que el hombre se dio cuenta de que podías ser una hija? Me quedo callada, Cristi deja caer la toalla, tengo el tiempo justo para ver la cicatriz con forma de gancho del verano de los albaricoques, de la indigestión que acabó en peritonitis. Después se pone enseguida un par de bragas, nada más.

Con la camiseta para dormir me tumbo y espero lo inevitable. Por otro lado, vivo en un trastero, en la habitación hay a duras penas espacio para un armario, no tengo colchones ni catres. Cristi solo puede hacerse un hueco y tumbarse a mi lado. Lo hace con delicadeza, sin tocarme. Está acostumbrada a tumbarse al lado de alguien, lo intuyo enseguida sin que la idea me altere. Pero no estoy preparada para el pecho plano, para los huesos prominentes que imagino muy cerca. Para no perder la calma, me aferro al olor a cigarrillo de su pelo. No soporto el rastro del tabaco, incluso entre los mechones rubios de Cristi, pienso aliviada. Ya no soy la chiquilla inexperta de la noche de los camiones pintados, la adolescente de las hojas con poesías ni de los besos repentinos.

Ella me coge la mano.

—Siento no haberte vuelto a escribir.

—Oh, no es nada —respondo forzando un tono despegado.

—¿Crees en los sueños? —continúa.

Ya no percibo el olor a cigarrillo, más bien percibo el terreno de debajo de mis pies que se quiere separar, la historia habitual de alejarme de la tierra firme.

—Depende —respondo imprecisa.

—Yo sí. Y en mis sueños nunca te he perdido de vista.

En ese punto levanta mi mano sobre nuestras cabezas. Acaricia las líneas de la palma.

—Veamos. —Cierra los ojos. Su voz viaja profunda como en los tiempos de nuestros juegos—. Tienes notas excelentes. Estás a punto

de graduarte.

—Pensaba que las manos se leían para adivinar el destino.

Intento reírme, pero la risa se me queda en la garganta. Ella sigue pasando su dedo índice por mi piel.

—Piensas mucho en el pasado. Demasiado en el futuro. Para nada en el presente.

—¿Y tú? —balbuceo.

Ella vuelve a dejar lentamente mi mano sobre la sábana. Se levanta. La ventana de la habitación está abierta sobre Piazza Santo Stefano. Durante unos segundos, el vocerío de los estudiantes distrae a Cristi, que, sin vestirse, se acerca a la ventana. Su manía de mirar hacia fuera. Apago la luz, así desde la plaza no ven su cuerpo.

—De pequeña, con mi madre, vivía aquí cerca. —Está mirando un punto en concreto. Más allá de las Siete Iglesias y veinte años atrás en el pasado—. A menudo, durante las tardes de invierno, me dejaba sola en casa. Antes de salir se maquillaba canturreando y cuando volvía, ya de noche cerrada, yo fingía dormir con la luz encendida. En mayo, si estaba trabajando en alguna tienda, lo dejaba todo y empezaba a preparar las maletas para partir. Solo necesitamos tiempo para prepararnos, decía. Tardaba un mes. Las llenaba y las vaciaba, mientras esperaba a que mi escuela terminara. Cada mala nota era una escena. La ocasión para decirme que solo estábamos perdiendo el tiempo. Recuerdo mi ropa volando por la habitación. Algunas cosas permanecían en el suelo hasta las notas finales o hasta el otoño siguiente. En junio subíamos al tren. Para ella, normalmente, dos grandes maletas; para mí, una mochila.

—La mochila —repito.

—En casa de mi abuela la preparaba cada noche.

—Y la metías debajo de la cama.

—Sí, era el modo para convencerme de que volvería a Bolonia. Que mamá volvería.

Se detiene. Permanece en silencio durante unos minutos. Entonces, busco su brazo y tiro de ella despacio hacia la cama. Primero se resiste un poco, después me sigue.

—No pares —susurro. Y ella se tumba, se estira, después continúa contándome sobre Lilli, que cada verano la deja en casa de Ida para correr a casa del señor con bigotes y ojos grises que, al fin y al cabo, le ha dado una hija.

—Lilli me quería sin saberlo —murmura.

La historia de la joven madre que ama sin darse cuenta no me convence. Permanezco en silencio, ella sigue.

—Pero debo agradecerle a mi padre si he podido vivir con ella.

—¿A Fausto? —pregunto con timidez y ella me hace callar con una sonrisa que se hace ver incluso en la oscuridad.

—Mi verdadero padre —repite un par de veces, como diciendo que no es posible confundirse—. Si no hubiera sido por él, yo nunca habría existido. Y mi madre no habría vuelto nunca a buscarme, ni siquiera el primer verano.

—No entiendo.

—Él no quería estar con nosotras, eso está claro. —Cristi hace una pausa. Suspira—. Pero en cierto sentido no quería que Lilli me abandonara.

Ante esas palabras siento frío. El cabrón del retrato sobre la cómoda de Ida que, a su modo, pone freno al egoísmo de Lilli.

—¿Cómo lo sabes?

Ella sacude la cabeza. La almohada ondea. Me muerdo la lengua. No lo sabe, lo siente.

Antes de dormirnos, después de todo lo que nos hemos dicho, necesitamos otra cerveza. Nos la bebemos en la cama. Ya nos hemos bebido dos por cabeza durante la cena.

—¿Cuándo empezaste a beber? —le pregunto.

Ella rehúye.

—¿Y tú? —rebate.

—En la universidad. Trabajo en un pub y de vez en cuando me paso —le respondo. Es verdad, a veces cruzo el límite y vuelvo a casa borracha como una cuba. Ella no se abre.

—¿Y lo demás? —insisto con un ataque directo.

Esta vez, por raro que parezca, no se escabulle.

—Fiesta de fin de curso de segundo año del Liceo lingüístico.

No le pregunto quién fue, un compañero de clase, un bachiller, un amigo rico de la familia. No le pregunto cómo fue.

Durante un par de horas permanezco despierta en el murmullo ligero de su respiración dormida. Tengo miedo de que, de un momento a otro, en la libertad del sueño, se le escape el nombre de Mattia. Sobre las dos de la madrugada, Cristi de repente se sienta.

—Mañana vamos a buscar una habitación —masculla empastada por el alcohol sin abrir los ojos. Después, se apoya cerca de mí.

Esa noche sueño con mi madre. Estamos a la orilla de un pequeño lago, pescando a la sombra de los eucaliptos. La superficie es oscura, peces con piel extraña y colores poco comunes pican. De repente, me giro hacia ella y le susurro que la quiero, que la habría querido también si mi padre no hubiera enfermado.

Al despertarme ya no hay peces, ni árboles que me protejan del sol. Está la cortina roja y el enlucido tosco de mi habitación de estudiante. Y Lilli, esta vez, no se ha llevado a Cristi, que duerme a mi lado.

5

A las diez de la mañana ya he encontrado una casa para Cristi. Una habitación muy amplia en un apartamento señorial con otras fumadoras empedernidas. Y también muy codiciosas, si consideramos los quinientos euros de fianza que le han pedido enseguida. Cristi no ha abierto la boca.

—Me parece un buen apaño —digo cuando nos encerramos en la habitación. Hay un escritorio, una cama grande y un armario con tres puertas.

Cristi asiente.

—También las chicas parecen tranquilas —añado.

—Sí.

—Pero, quizá, mejor guarda el dinero bajo llave.

Sobre el hecho de que Fausto no le haya dado una tarjeta en lugar de llenarle la cartera de billetes, ella no ha dado explicaciones. ¿Dinero negro?

En dos minutos la ayudo a meter un par de polos y de vaqueros en el armario. Dos trapos descoloridos, perfectamente planchados.

—¿Ya está? —le pregunto asombrada.

Ella no me hace caso, está concentrada en pasar la aspiradora por la moqueta azul que tapiza la habitación. Después, es el turno del alcohol sobre las ventanas y los muebles de madera falsa. Cuando ha limpiado hasta la última mota de polvo, salimos a la terraza. Cristi se enciende un cigarrillo, las yemas algo amarillas se apoyan continuamente sobre sus labios.

—Fumo mucho últimamente —comenta interceptando mi mirada.

Está nerviosa. Finjo no oírla, me asomo a la baranda.

—¿Ves? —le señalo los techos de las Siete Iglesias—, estamos cerca.



Sonríe, apaga la colilla en el fondo de un vaso, después se lo mete en el bolsillo.

—Te llamo esta tarde —le digo rozándole la mejilla con los labios.

—Así te digo cómo me han ido las clases —me responde en voz baja.

Pocos minutos después ya estoy en la calle. Es la primera mañana fresca desde el inicio de la universidad, el cielo está azul, gris por encima de las colinas que envían viento frío. Tengo la punta de las orejas congeladas, me encojo en el impermeable, pienso un poco y vuelvo sobre mis pasos.

—¡Cristi! —grito desde la calle.

Ella corre a la terraza. Tiene el pelo recogido en un moño y gafas de montura negra. Son horribles, le quedan fatal, como un garabato en plena cara.

—¿Llevas gafas? —le pregunto sorprendida.

—Para leer, si no, no veo nada. —Piensa un poco, después añade—: ¿Por qué has vuelto?

Si hay un indicio de esperanza en su tono, me esfuerzo por no escucharlo.

—Ve a comprarte una chaqueta.

—¿Qué? —me grita.

—¡Una chaqueta! —repito.

Una de las chicas del apartamento se asoma a la ventana.

—¡Existen los porteros automáticos! —grita.

—Perdón —le respondo molesta.

Cristi huye dentro y yo vuelvo rápidamente a la parada del autobús.

A la hora de comer llama mi madre. Por el tono con el que me saluda entiendo que se muere de curiosidad. Estaba preocupada por tu amiga, se justifica. Le respondo sin tapujos que Lilli es la imbécil de siempre, ella se ríe, aunque no apruebe mi lenguaje. Después, le aseguro que le he encontrado un buen sitio a Cristi.

—¿Y a clase ha ido sola?

—No es una niña, tiene diecinueve años —protesto.

Esta vez mi madre pide perdón enseguida, ni siquiera tengo tiempo para confesarle que la habría acompañado con gusto. Es más, que me he tenido que prohibir ir a husmear a su departamento.

—¿Piensas que lo conseguirá? —aventura mi madre.

—No lo sé. —A juzgar por su agenda, a la que he echado un vistazo nada más despertarme, yo diría que no. Solo y únicamente mayúsculas, aún temblorosas, y errores banales de ortografía incluso en los horarios. La universidad no es la escuela privada, aquí, el dinero de Fausto no sirve.

Antes de colgar, mi madre baja la voz hasta un susurro.

—Me he encontrado con el holandés. —La lengua se me bloquea—. Se va, me ha pedido que te salude.

—Ah —balbuceo.

—Mira que es amable, se acordaba de ti desde los tiempos de la escritura de la casa.

—Muy amable —le digo con un suspiro de alivio. Y astuto, añado para mí. De la charla en el bar al final del verano, del intercambio de números de teléfono, no ha dejado escapar ni una palabra.

Por la tarde empieza a llover fuerte. A las cinco, el cielo está tan negro y lleno de agua que nuestra casa-trastero está prácticamente sumida en la oscuridad. Pia y yo estamos tomando un té con canela sentadas cerca de la estufa. Ella espera a un compañero de universidad, el mismo con el que ha pasado la noche. Cuando suena el timbre, se lanza sobre el portero automático.

—Es para ti —me dice desilusionada.

En dos segundos Cristi está en nuestra puerta. Sin gafas. Ha comprado un K-way de un amarillo horrible, el pelo está completamente fuera de la capucha y mojado. De la nariz le cae una gota, las zapatillas inundadas de agua.

—Entra —le digo cortante.

No espera a que se lo repita, con dos pasos moja todo el suelo. Pia, que nunca la ha visto, me mira pasmada. Cristi no presta atención a su mirada.

—¿Puedo quedarme contigo? —me dice.

—Si no estás bien, podemos buscar otra casa —respondo.

Ella exagera la situación. Se acerca aún más a mí, se quita la capucha, con la manga llena de agua intenta cubrirse la cara.

—¿Puedo quedarme contigo para siempre?

En ese momento mi compañera de casa me da un ligero codazo.

—A solas —me susurra.

Me conmuevo.

—Ve a comprar pastas a la tienda de abajo —le pido a Cristi.

Ella mira a Pia como si hubiera aparecido en aquel instante, después obedece.

Mi compañera de casa cierra la puerta, yo sigo inmóvil.

—Puedo explicártelo —farfullo.

A ella nunca le he hablado de Cristi y tras ver la escena tendría derecho a hacerme mil preguntas.

—Pero paga —dice solamente.

—Claro.

—Y limpia.

—Por supuesto.

Pagar es el último de los problemas de Cristi. Y tampoco lo es la limpieza, parece increíble para alguien que tiene gobernanta; por lo que he visto esta mañana, no la necesita. Le aprieto la mano, ella estalla en una carcajada.

—¿Dónde la vas a meter? —me pregunta.

—Compraremos una cama plegable.

Pia ríe aún más fuerte, dudo, después me uno a ella.

—Es bastante guapa —me dice en cuanto se pone seria.

—Sí.

—¿Y con respecto a los hombres? —La obsesión de mi compañera, me río—. ¿Cómo haréis? —continúa.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, lo suyo —me dice Pia con aire enigmático—, se entiende enseguida.

6

Cristi es inamovible. No quiere volver al apartamento de las fumadoras ni para recuperar la maleta ni la fianza. Es irracional y su testarudez me pone de los nervios. Entiendo los polos descoloridos y los vaqueros de corte anónimo, pero el dinero no.

—¿Habéis discutido?

Niega con la cabeza.

—¿Saben que te has ido?

—Creo que sí.

—Tienen quinientos euros tuyos —subrayo irritada. Cristi se encoge de hombros, Pia no quita los ojos de las pastas.

Me encierro en el baño durante media hora y cuando salgo aún no me he calmado. Cojo el paraguas y el bolso.

—Voy afuera —digo entre dientes.

Cristi hace el gesto de seguirme.

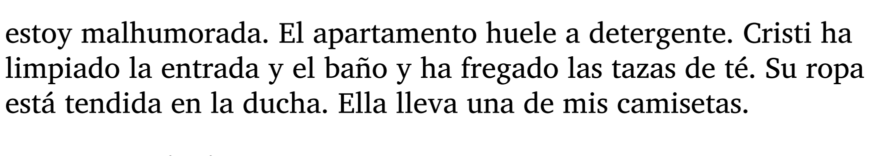
—Sola —suspiro.

Pia baja las escaleras conmigo, un chico al que nunca he visto la espera bajo el pórtico.

—Te lo hace pasar mal la chica —me dice riendo.

Por su expresión benévola entiendo que ya ha aceptado a Cristi y sus rarezas. Su poder inexplicable, pienso aún irritada.

En la biblioteca vuelvo a encontrar la calma. Me concentro en los capítulos, cojo apuntes, levanto la cabeza solo para mirar mal a quien está hablando. Más tarde, mientras hago la compra, la discusión con Cristi resurge en mis pensamientos. Quinientos euros son la mitad del sueldo de un camionero. Dos de mis alquileres. Tres meses de trabajo en el bar. Cuando vuelvo a casa, todavía


estoy malhumorada. El apartamento huele a detergente. Cristi ha limpiado la entrada y el baño y ha fregado las tazas de té. Su ropa está tendida en la ducha. Ella lleva una de mis camisetas.

—¿Has estudiado? —pregunto.

—Un poco.

—¿Cómo ha ido?

—Bien —me responde lacónica.

—¿Mañana vas a comprarte ropa? —le digo con intención polémica.

Ella no responde. Se mete en la habitación y después vuelve.

—Te buscaba un tal Yannick.

—¿Ha dejado algún mensaje? —digo con cierta ansiedad.

Niega con la cabeza.

—Solo que volverá a llamar.

Para la cena hago un guiso de carne, devoro mi porción y un poco de la de Cristi. Bebemos vino tinto algo ácido. Aún no ha dejado de llover, la casa está húmeda y las dos estamos heladas. En la habitación, ella extiende una manta en el suelo.

—¿Qué haces? —le pregunto con dureza.

—No quiero molestarte.

Le lanzo una mirada despectiva y después pongo la manta sobre la cama.

—Esta la necesitamos aquí. Mañana pensamos en comprar una cama plegable.

En la cama, bajo la manta, tiritamos. La lluvia sigue golpeando las ventanas y durante unos instantes la luz se va.

—¿Yannick es tu hombre? —me pregunta Cristi en un momento de

oscuridad absoluta.

—Aún no.

—¿Dónde lo has conocido?

Dudo, los hilos de la manta me raspan la cara. Saco la cabeza. Aún está muy oscuro en casa y fuera el cielo sobre la plaza se ha tragado incluso el hierro de las farolas.

—Yannick es el holandés —le digo con un esfuerzo sobrehumano.

Ese que tiene sesenta años, que podría ser mi padre, que me da el número en secreto y me manda saludos con mi madre.

—¿El del albaricoquero? —se limita a preguntarme.

Suspiro.

—Sí.

—¿Aún hay albaricoques?

—Los has comido esta mañana.

Yannick es tan amable que le lleva kilos a mi madre. Así mi padre se pasa el tiempo quitándoles el hueso y ella hace mermelada para el desayuno.

Cristi sale de la manta, me pasa el brazo por encima de la cabeza.

—¿Por qué? —me pregunta.

—Quiero mi casa.

Al final lo he dicho. A una novata, a una chica solamente, a una hijastra con la cartera llena. A una persona que en el mismo instante en el que se lo he dicho ha temblado a mi lado.

—Quieres tu casa —dice Cristi. Aún está temblando, pero su voz tiene la profundidad abismal de la verdad.

Sí, la quiero. Por eso estoy dispuesta a trabajar todos los fines de

semana en el bar. A estudiar diez horas al día. Y estoy dispuesta a irme a la cama con el propietario. Me lo estoy trabajando lentamente. Tengo su número, pero no tengo intención de llamarlo enseguida.

—¿Te doy asco? —le pregunto con una risilla.

—Para nada.

Una chica de veinte años debería horrorizarse ante la idea de que una amiga se vaya a la cama con un viejo. Pero acaba de volver la luz y Cristi me está mirando con una especie de veneración.

—Te convertirás en una abogada famosa y tendrás todo lo que te mereces —me dice muy seria. Después, empieza a contar mis pecas. Una sobre la punta de la nariz. Diez hasta las mejillas. Veinte, entre las mejillas y la frente. Treinta, con las orejas.

—Cincuenta —dice. Su dedo índice se detiene en la base de mi cuello, donde la sangre fluye rápidamente.

Ahora tengo calor. Quito la manta.

—¿No sabes contar más? —le pregunto con la voz rota.

El habitual problema con los números, pienso ofuscada. Sin embargo, esta vez lo que viene después de cincuenta ella lo sabe muy bien. Con un movimiento ligero está encima de mí y sigue contando y bajando. Siento su frente que roza mi piel, mientras su pelo me quita la respiración del pecho.

—Espera.

Los dedos de Cristi no se detienen.

—Espera —repito aún más fuerte.

Ella se frena de un sobresalto.

—Pueden vernos —susurro.

Alargo el brazo, apago la luz, me desnudo. Cristi asiente, en la

oscuridad intuyo una sonrisa, después se desliza segura hasta el fondo y yo con ella.

7

El año siguiente no es uno de nuestros veranos. Es el largo otoño de mi existencia como mujer joven. Es la estación de las lluvias débiles al abrigo de los grandes temporales, de las bellísimas hojas doradas que caen ligeras de vez en cuando. Cuanto más vuelvo con la memoria a ese periodo, más me persuado de que es la ventaja que la historia me concedió inútilmente. El tiempo de mi vida que dedico a las criaturas especiales aun sin entenderlas del todo.

La mañana después de nuestra primera noche juntas me encierro en el baño. Estoy aterrorizada. Miro mi cara abochornada en el espejo y juro: «Si mañana llegan Lilli o Mattia o toda la gente del río y Cristi desaparece, tú sigues estudiando. Tú sigues trabajando. Tú sigues viviendo». Mientras ella duerme, yo juro alterada. Y en los años que están por venir nunca rompo el pacto terminante que a los veintitrés años establezco con mi reflejo aterrorizado.

Después de la primera noche, le siguen otras. Frágiles y llenas de sudor y excitación para mí; fluidas y en un solo aliento para ella. Pia no le da importancia y nosotras para amarnos elegimos las tardes en las que ella no está. Esas en las que podemos gemir y gozar sin preocuparnos por nadie. En esas horas, con el gris de los ojos de Cristi que transpira sobre mí, no pienso en los exámenes ni en la graduación, que, si todo va como está previsto, será en julio. No pienso en las arrugas de Yannick, ni en los pantalones de pana de mi padre, ni en la soledad de mi madre, que espera mis historias con ansia. Ni siquiera pienso en Mattia.

Sin embargo, en él pienso el resto del día, en cuanto saco la cabeza de los libros, cuando cada chico rubio y rapado, cada timbrazo inesperado, cada llamada al móvil de Cristi es un escalofrío.

En el mes de octubre hago dos exámenes. En el segundo, obtengo matrícula de honor. Para celebrarlo, Cristi me regala una chaqueta de seda que tengo fichada desde hace semanas en una boutique de Via Farini.

Me la pruebo delante de ella, que levanta el pulgar.

—Eres la mejor —me dice con una especie de adoración—. Lo conseguirás.

Me faltan cuatro exámenes y ya he empezado la tesis en derecho penal procesal. Mi padre y mi madre por teléfono ya no se contienen.

—¡Vamos a verte! —gritan a la vez.

Me aparto el teléfono del tímpano. Echo un vistazo a nuestra cama.

—Estamos un poco apretadas aquí —respondo con vergüenza.

—Entonces, venid vosotras unos días aquí.

La imagen del sofá cama encajado en su salón se me viene a la cabeza.

—Cristi tiene mucho que estudiar. El primer año es siempre intenso.

Están informados de que ella vive conmigo. De que compartimos la cama en todos los sentidos, no.

Cuando vuelvo a la cocina, Cristi se está bebiendo un café. No puede haber escuchado, pero me mira perpleja.

—Mis padres nos han invitado —le digo.

—Podríamos ir.

—Quizá —respondo poco convencida.

Ella golpea la cucharilla contra sus dientes, después se rasca la barbilla. El mismo movimiento que hace cuando intenta rozarme los labios delante de Pia y yo me alejo. Por ahora, ese es el único desacuerdo entre las dos. En la cama podemos hacer de todo, pero fuera de nuestro cuchitril es distinto y yo mantengo las distancias. Para Cristi no existe diferencia.

—Y tú —ataco a la defensiva—, ¿no vuelves a casa?

—Por Navidad —me responde enseguida.

Ya lo sabía. Aunque se encerrara en la habitación, la he escuchado hablar con Fausto. Es él su contacto telefónico. Y es él quien le manda un giro o efectivo envuelto en paquetitos de hojas de periódico. Lilli, por lo que parece, nunca llama y ella ni siquiera la nombra.

La tarde de la llamada de mis padres, Cristi va a una fiesta con Pia. Salen a menudo juntas cuando yo estudio o trabajo en el bar o prefiero quedarme tranquila. Me ha quedado claro que Pia se ha encariñado de ella. Aunque Cristi, que da vueltas por la casa con el cabello suelto, camisas abiertas y en bragas, deje sin aliento a los diversos novios que Pia trae a casa.

Al quedarme sola, pido una pizza y trabajo un poco en la tesis. Llamo a Yannick, no responde, pero me devuelve la llamada enseguida. Su número guardado con un nombre de mujer relampaguea sobre la pantalla. Lo ignoro. Hace dos meses que avanzamos así. Trabajármelo despacio, hacerle pasar hambre, eso es lo que debo hacer si quiero conseguir mi objetivo. Elimino la llamada del registro, aunque Cristi es la única que mira mi teléfono y la única que sabe de él.

Ella vuelve primero, yo estoy viendo la televisión en la habitación de Pia. Por cómo va de un lado para otro entre la entrada y la habitación colocando objetos y cacerolas, entiendo que aún está un poco molesta por la discusión de antes.

—¿Fiesta aburrida? —le pregunto.

—Bastante. Y mañana quiero ir a la facultad a estudiar.

—Bien hecho.

Lo pienso realmente, durante las últimas semanas no se ha saltado una tarde en la sala de estudio. Cristi echa un vistazo de reojo a la pantalla, detesta la televisión.

—¿La apagas? —me pregunta.

—Dentro de poco —le respondo inexpresiva.

La escucho ducharse, sabe que odio el humo de las fiestas, después se afana con la fregona y la bayeta. El ruido no me deja oír la película, apago la televisión. Lo de limpiar es una manía, sobre todo cuando está nerviosa. Entro descalza en el baño. No hay ni un pelo por el suelo y el espejo brilla, ella está agachada de espaldas sobre el suelo.

—¿Cuándo aprendiste a limpiar?

—En casa de Ida.

—¿Tu abuela te obligaba a limpiar?

Se da la vuelta y me fulmina.

—No —responde con resentimiento.

—¿Entonces?

—Sabía que Lilli no lo hacía. Así, en invierno, podía encargarme yo.

—Bien —le digo con dulzura—, no estás obligada a hacerlo siempre.

Ella se afloja, los ojos se le abren relajados. Pongo a un lado el producto de limpieza y las esponjas, le tiendo una mano para que se levante.

—¿Has conocido a alguien en la fiesta?

—A nadie —me dice presionando sus labios contra mi hombro.

Sobre este asunto nos hemos entendido a la perfección. Un hombre de vez en cuando está permitido, ya un par de noches ella se ha quedado en casa de un amigo de Pia y yo un sábado por la tarde en casa de Gianni, mi amigo del pub. Tan borracha que me desperté sin recordar nada de nada.

—¿Sabes qué día es hoy? —me pregunta.

—No.

—Hoy hace un mes exacto que me mudé aquí.

Me separo, le sonrío con ironía.

—No pensaba que fueras una chica de aniversarios.

—Pues sí —responde seria vistiéndose.

En poco más de una hora, sentadas en nuestra cama, suelta decenas y decenas de fechas. El 3 de junio de 1991 nos conocimos. El 30 de agosto del mismo año Lilli volvió a recogerme. El 10 de julio de 1992 nos besamos en la orilla del río. Y así, meses, días, años relacionados con nuestras vivencias. En 1993, una tarde, te fuiste dos semanas a la montaña. El 12 de agosto de 1994 despidieron a tu padre.

Escucho con incredulidad, me cuesta seguirla mientras su voz cuelga sobre las paredes de nuestra habitación el instante exacto de todo lo que nos hemos dicho, no dicho, o gritado.

—2000. Julio. Hice una tontería.

—¿Cuál?

Lo piensa un momento.

—Tu graduación.

—¿Y bien?

Vuelve a dudar, esta vez durante más tiempo.

—Pensé en escribirte y después nunca lo hice.

—Te quiero —balbuceo.

Apoya sus labios sobre los míos.

—Yo también —suspira con delicadeza.

Más tarde, Pia, que vuelve a casa con los tacones, me despierta. La cortina de la ventana está ligeramente levantada, las farolas de la plaza lanzan un haz de luz sobre nuestra ropa desparramada por el suelo.

—Cristi —susurro—, nunca le he dicho a nadie te quiero.

—Entonces, es un día especial —farfulla en el sueño.

—¿Tú? —Me acerco. Tiene los párpados cerrados, la respiración profunda—. ¿Tú? —repito, pero no responde.

Dos horas después aún estoy despierta. Esta vez soy yo la que está marcando el tiempo, una fecha en mi mente para siempre. 31 de octubre de 2004. Noche, Bolonia. Por primera vez en mi vida he sido capaz de decirle te quiero. Y, por primera vez, maldita sea mi curiosidad, he tenido la certeza de que Cristi se lo ha dicho ya a alguien más. A él.

8

Un día después, el día de Santa Lucía, tengo mi primera cita con Yannick. Organizada en poco menos de un puñado de minutos con una llamada vergonzosa, cuando después de tres meses de tira y afloja me he decidido a responderle al teléfono.

—¿Vas a recogerlo al aeropuerto? —me pregunta Pia.

—No.

Acabo de volver de la universidad, le estoy enseñando en su habitación un par de vestidos para la cita. Solo le he dicho que espero a un amigo de mis padres. Mira con perplejidad los escotes.

—Demasiado elegantes —sentencia—. ¿Dónde os veis?

—Aperitivo en el hotel delante de la estación y, después, no lo sé.

Señala el vestido negro, el más largo.

—Para una copa en el hall de un cinco estrellas con un amigo de la familia puede funcionar.

Indico que sí; después me acerco, enciendo la tele para hacer ruido.

—¿Cristi? —susurro.

Ella sube el volumen.

—Está en la habitación desde esta mañana. No ha comido. Cuando he entrado a llamarla, estaba en la ventana. Por poco no se cae del susto.

Suspiro.

—Giulia, sé que no es asunto mío. ¿Con quién te ves esta tarde?

—Con una persona importante. —No es como ir a casa de Gianni, o intercambiar un beso con alguien que baila—. Importante —repito.

Pia asiente, no añado nada más y entro despacio en la habitación.

Cristi ya no está en la ventana. Está sentada con las piernas abiertas a los pies de mi cama, con el pelo encrespado, la música está apagada. Me acurruco detrás de ella, cojo un cepillo y ella se dobla con docilidad. En cada asalto me topo con un nudo que deshago con los dedos.

—¿Quieres venir tú también esta tarde?

Sacude la cabeza. El cepillo se resbala por su pelo, agarro fuerte el mango para no perderlo.

—Puedes hacernos compañía durante un tiempo —insisto—. E irte cuando él empiece a ser más explícito.

—No —dice ella.

—¿Vas a cenar con Pia?

—Me quedo a estudiar.

Amontono todo su pelo en mi mano y tiro con dulzura.

—Estudias muchísimo. Muy bien —susurro.

Y es verdad. No se salta una clase y por las tardes siempre está en la biblioteca. Aún estoy a tiempo de ponerme un par de vaqueros, un jersey de punto y organizar una ruta turística para un señor holandés que no incluya sus sábanas.

—Es justo —murmura Cristi.

—¿Qué quieres decir?

—Es lo justo, ve. —Se bloquea—. Es solo que… —Vuelve a dudar.

—¿Solo que…? —insisto.

Cristi suelta su pelo de mi mano, se da la vuelta, me mira directamente a los ojos.

—No será fácil —dice lentamente.

No será fácil, repito mientras camino bajo los pórticos. Hace frío, tiemblo dentro de la chaqueta negra que he preferido al anorak deportivo de plumas. También el vestido es ligero, de esos que te quitas o que dejas que te quiten rápidamente. No estoy yendo a casa de un Gianni cualquiera, sé lo que está en juego. También lo sabe Cristi. Necesito creer que esta vez no será indoloro para ella esperarme en nuestra habitación.

A la altura del Portico dei Servi me doy de bruces con el mercadillo de la feria de Santa Lucía. Un cartel anuncia una rifa para la beneficencia dentro de la iglesia. Alrededor brillan bolas navideñas, dulces de caramelo, pulseritas de plata. Normalidad. Podría entrar, confesarme después de diez años y aturdir a un cura con la que he liado. Nada grave, un Ave María. Y después confesarle lo que tengo intención de hacer esta tarde. Sobre este asunto tengo más miedo al juicio de mis padres que al divino. Avanzo. Nada de celosías, ni de ristras de oraciones como en los tiempos en los que seguía obediente a mi madre. A paso lento dejo atrás el olor a algodón de azúcar, después entro en un estanco. Un cura no resuelve nada, un rasca y gana quizá me pueda salvar de la piel mustia de un sexagenario. Froto una moneda. Una mujer a mis espaldas escruta el resultado, noto su fuerte aliento a alcohol. Nada que hacer, masculla mientras yo salgo con diez euros menos y una cajita de bombones que me como fuera mientras camino.

Yannick me espera delante de la puerta automática del hotel. También él lleva una chaqueta ligera, tiene la piel de la cara enrojecida, las gafas empañadas, pero las manos están calientes cuando las estrecha calurosamente con las mías.

Pide dos Campari, hablamos del viaje y de la mañana que ha pasado en los museos.

—Muy bonita Bolonia —repite muchas veces.

—Y aún te falta San Petronio.

Enumero lentamente los monumentos, sus historias. Las palabras que profiero con seguridad me relajan, y a él lo cautivan. Ante el dolor del Cristo muerto, mientras describo el suplicio de María, sus ojos brillan detrás de las gafas gruesas. Ahora, me digo, es el

momento de empezar.

—Mis padres no saben nada de este encuentro —digo con rapidez.

Él se aclara la garganta.

—Lo imaginaba —responde en inglés.

—Mejor que no se nos escape —insisto.

—De ningún modo.

Cuando no se esfuerza por hablar italiano está más desenvuelto. Lanzo una mirada larga a su barba gris, las arrugas de la barbilla, los ojos vivos detrás de la montura. Puedo hacerlo, pienso, y le sonrío.

Para mi gran sorpresa él ya ha reservado la cena en un restaurante del centro. Yo apenas toco el bistec mientras él se quita las gafas y come con gusto. Bebe bastante y con una extraña aprensión controla que yo no me pase. Por lo que parece, no soy la única que lo ha planeado todo.

—¿Estás bien? —me dice cuando salimos del restaurante.

Estoy temblando. Además, caen algunos copos de nieve. Levanto los ojos, los edificios de Via Indipendenza cierran el cielo despejado por la nevisca.

—¿Volvemos a tu hotel? —le pregunto decidida.

Él asiente. Me abro paso por las calles laterales, en pocos minutos estamos en el bar del hotel.

—Demasiado frío —ríe detrás de las gafas empañadas—. Ningún paseo por la historia —chapurrea en italiano.

Me la juego.

—¿Por qué no hablas en inglés? —pregunto directamente.

Él deja de reír y actúa enseguida.

—Giulia, desde hace un tiempo te quiero hablar de algo serio.
—Serious business. Por fin el holandés está sacando un poco de valor—. La casa de tus padres es importante para mí. Me ocupo de ella —continúa.

—También para mí es importante.

—Lo sé. —Hace una pausa—. No he cambiado nada. Ni una pared, ni un escalón.

—Gracias.

Se encoge de hombros y sonríe avergonzado.

—¿Cómo van los estudios?

Le explico que, si los exámenes van bien y el profesor me aprueba el trabajo final, debería graduarme en julio.

—Una crack —comenta—. Y después, ¿qué harás?

—Debo encontrar un buen despacho, hacer las prácticas y, mientras tanto, conseguir una beca en la universidad.

Él se ríe ruidosamente. Está bebiendo un China Martini, el licor negro le oscurece los labios.

—¿Por qué tanta prisa?

—Quiero trabajar.

—Quizá para una buena causa. Como en alguna asociación que defienda a los desfavorecidos.

—Quizá —respondo.

Estoy mintiendo. Solo tengo una buena causa en mente. Por esa quiero trabajar lo antes posible, ahorrar. Y antes, entrar en tu cama, hacerte entender que si redujeras a una ridiculez el precio de la casa estoy dispuesta a ser una chica cuarenta años más joven que tú que puede alegrarte las vacaciones en el extranjero.

—¿Tienes novio?

—No.

—Mal —masculla—. Una chica guapa como tú también debería divertirse.

—Si es por eso —respondo segura—, lo sé hacer bien.

En aquel punto me inclino un poco sobre Yannick. El vestido que ha elegido Pia no deja ver nada. Mejor así.

Él aún se está riendo.

—No lo dudo —dice entre dientes.

Después, se bebe el vaso y se levanta. De repente, está otra vez serio. Se quita las gafas y de una mirada me deja pegada al sillón.

—Es necesario creer en nuestros propios proyectos. Y, sobre todo —dice lentamente en un susurro—, tener paciencia.

Se da por hecho que cinco minutos más tarde Yannick llama a un taxi y lo paga para que me lleve hasta la puerta de casa. Have patience. También él quiere liderar las negociaciones, hacerme entender que no está cegado por las necesidades sexuales y que no está dispuesto a malvender por una noche en un hotel.

En casa, cuando vuelvo a entrar, todas las luces están encendidas. Pia y Cristi están comiendo patatas fritas sumergidas en mayonesa.

—Nieva —me dice Cristi.

—Poco.

Me pasan el cuenco de las patatas, les digo que no con la cabeza. Pia desaparece rápidamente en la habitación.

—Me lo he tirado —le digo a Cristi con un hilo de voz.

Ella asiente.

—¿No dices nada al respecto?

Silencio.

—Joder, ¿nunca dices nada? —gimo.

Ella se levanta, gira alrededor de la mesa y quita algún copo de nieve de mi chaqueta. Con un gesto brusco le limpio un resto de mayonesa de la mejilla. Miro desconcertada la marca de mis dedos sobre su piel del color de la leche. Ella no se inmuta, se acerca aún más.

—Intenta calmarte —susurra.

Para no golpear la cabeza contra la pared, la aprieto contra su pelo, debe haberse fumado por lo menos un paquete de cigarrillos mientras yo estaba fuera.

En la habitación, aunque Pia aún está despierta, jadeo buscando el perfume de su piel. Cristi en la oscuridad se aprieta contra mí.

—No me he acostado con él —le susurro jadeante.

—Lo sabía.

—¿Cuándo sucederá?

—Si sucede, todo irá bien.

—¿De verdad no estás celosa?

—Lo juro.

Quito su mano de mi pecho y enciendo la lámpara de noche. Para saber la verdad de Cristi no hay que pensar ni escuchar. Hay que ver cómo se mueve, preguntarles directamente a sus ojos que me miran sin vacilar.

—Nada de celos —dice, y yo sé al instante que es sincera.

Perdidamente sincera.

9

Por la mañana apago la alarma y sigo durmiendo dos horas más. Cuando me levanto de la cama Cristi no está a mi lado y yo tengo en mente las gafas de Yannick. He soñado con ellas ininterrumpidamente toda la noche. La montura gruesa, las patillas temblorosas por la risa, las lentes salpicadas de sangre y China Martini. Las lentes en mil pedazos bajo mis pies. Sin darme una ducha, me arrastro hasta la cocina. Pia sale de la habitación.

—¿No estás en la facultad? —le pregunto con brusquedad.

—Si es por eso, tú tampoco —me responde molesta.

—Perdona.

Ella se ríe, me sirve un café caliente. Lo bebo amargo, todo de golpe.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Creo que no.

Termina su taza, se acerca, me apoya el índice y el corazón en las muñecas.

—Tienes fiebre. —Y al instante siguiente ya ha disuelto un comprimido en un vaso de agua—. Cristi está en clase.

—Ya —murmuro. El líquido salado y efervescente me da náuseas.

—Se esfuerza mucho —sigue, mientras con la ayuda de una linterna me mira la garganta.

—Muchísimo —secundo. Un pinchazo agudo me atraviesa la tripa, aprieto los labios hasta que se me pasa y no le digo nada a Pia.

—Estás demasiado estresada —diagnostica ella—. Por un día, haz como yo, quédate en la habitación y descansa.

Por qué ella, que no está enferma, tiene que descansar no me queda

claro. Seguramente se estará preparando para una cita importante o para un examen difícil, en su caso, no hay diferencia. Abro la ventana de la habitación de par en par, el sol ha derretido la nieve. De las tejas gotea agua continuamente, un niño corre detrás de las palomas de Piazza Santo Stefano bajo las gotas heladas. Su madre lo sigue con lentitud, nunca lo llama, no lo pierde de vista. Es un martes cualquiera de diciembre. El niño debería estar en la escuela, pienso. Quizá está enfermo. Quizá no tenía ganas de ir. Quizá no había hecho los deberes y ha convencido a su madre para que se quedara con él.

Con las manos temblorosas me doy la vuelta y abro el único cajón que he dejado a Cristi. Es una descortesía. No meto las narices en sus cosas desde la mañana en la que curioseé su agenda. La mañana de la mudanza relámpago de Cristi a la casa de las fumadoras. Vestidos, folios blancos y bolígrafos están mezclados a la buena de Dios, solo la ropa interior está colocada con delicadeza en una esquina. De nuevo, el dolor agudo en el bajo vientre. Respiro hondo. En pocos segundos encuentro el calendario de sus clases, veinte minutos después salgo de casa sin hacer ruido y camino con la respiración entrecortada hasta el aula tres de Via delle Belle Arti. Allí, escondida entre los novatos, escucho confundida media lección de antropología y allí, como me imaginaba, no hay ni rastro de Cristi.

Cuando me decido a levantarme de la silla, estoy empapada en sudor. Es solo una clase, me digo a mí misma. Un despiste, un cambio imprevisto del programa. La lista de las justificaciones que encuentro para la ausencia de Cristi es infinita. Pero no convencen a mi cabeza que explota, ni a mi tripa ni a mis pies que ruedan derechos hasta el apartamento de las fumadoras.

La chica que abre me reconoce al instante y corre enseguida a ver a la más mayor. Lleva una sudadera llena de manchas y el pelo negro sucio. Susurran agitadas al fondo del pasillo, después avanzan.

—¿Problemas? —me pregunta la que lleva la sudadera sucia.

—Quizá —respondo.

—Escuchemos —balbucea la chica más joven.

—Necesitaría echar un vistazo a la habitación —digo con sequedad.

—Ya la hemos alquilado.

—Algo rápido.

—No es posible.

Lanzo a las chicas una mirada desafiante.

—Intentemos entendernos. Vosotras tenéis los quinientos euros de mi amiga.

—No es así —mascullan.

—Los quiero de vuelta.

—No es posible.

Ya se los habrán gastado.

—Bien, bien. —Suspiro teatralmente—. Vosotras subarrendáis sin poder hacerlo. —Hago otra pausa—. Y no queréis devolver la fianza.

Las dos chicas bajan la mirada, dejo que se asusten un poco, después decido hablar.

—Yo no necesito el dinero —digo con una sonrisa gélida.

—¿Ah, no? —murmura la más joven.

—Yo solo quiero saber si mi amiga se dejó aquí un par de gafas.

Las gafas que, si lo pienso bien, no le he vuelto a ver puestas. Las mismas que debería tener consigo si en realidad leyera. Estudiara. Si dijera la verdad sobre cómo pasa el tiempo.

—Las gafas —silabeo en voz alta.

La mirada que las dos se intercambian por poco no me hace vacilar. La más mayor desaparece, me agarro a la puerta y espero a que me ponga en la mano una funda.

—Así ¿estamos en paz? —pregunta con un tono falso.

Abro y le echo un vistazo a la montura negra de Cristi.

—En paz —respondo.

Me meto las gafas en el bolsillo y también dejo dentro la mano que no para de temblar.

En el último tramo de escaleras estoy tentada de volver arriba a casa de las imbéciles para amenazarlas con una denuncia y que me devuelvan un poco del dinero. No ahora, no así, con el corazón que salta por debajo de la chaqueta y las mejillas surcadas por las lágrimas.

En Piazza Santo Stefano me siento en el banco delante de la puerta de nuestro edificio. Tras el sol de la mañana ha caído un velo húmedo de niebla. Tengo el pelo mojado y la respiración se congela sobre mi bufanda. Pero no debo subir, tiene un pase que Pia nos haya escuchado esta noche, pero no que me vea ahora. No en estas condiciones.

Cristi llega a la una, la plaza está desierta, alza un brazo para llamarme, pero yo no me muevo. Espero a que se acerque, siento cómo se inclina sobre mí.

—¿Te puedes sentar? —le pregunto.

En silencio se acomoda a mi lado.

—No vas a clase —murmuro.

—No.

—Y no has abierto un libro desde que estás en mi casa.

Baja la cabeza.

—Verdad.

—Porque no tienes estas.

Con una mano le pongo las gafas sobre el pecho, con la otra le levanto la cara. Sus ojos están aterrorizados.

—¿Eres una mentirosa? —susurro.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

Desde el día en que nos conocimos, desde las tardes en la poza en la parte alta del pueblo sin mí. Desde cuando me escribías solo con monosílabos.

Cristi intenta coger las gafas, pero yo no las suelto. Tengo la cara ardiendo, los ojos me queman.

—¿Has llorado? —me pregunta.

Callo, ella insiste.

—Bastante —respondo a regañadientes.

Aprieto las gafas en la mano. Dos meses de clases, dos meses de tardes fuera de casa sin abrir un libro. Y qué más.

—¿Ayer por la tarde solo estabas preocupada por mí? —le pregunto a quemarropa.

Cristi esconde la cabeza entre las rodillas. El humo, las horas pasadas en la habitación mientras yo estaba con Yannick, las prisas a mi vuelta. Nada de celos.

—Tenía miedo de que sufrieras —me responde. Está tan doblada sobre sí misma que podría romperse.

—Eres una imbécil.

Un momento después sus gafas vuelan ante nosotras. Cristi se cubre los ojos, yo no. También tengo fuerzas para pensar en su ropa, que Lilli lanzaba por la habitación. En las criaturas especiales que sufren y, a su vez, hacen sufrir a otros. Abro los ojos de par en par y sigo la trayectoria de mi lanzamiento. Veo las gafas pasar por encima de la

cabeza de dos paseantes, abro bien las orejas para escuchar cómo se golpean contra los guijarros de la plaza y permanezco inmóvil cuando las ruedas del camión de la basura las hacen trizas.

—En realidad, no, ¡solo eres una niña mimada! —grito, pero ella ya se ha ido.

10

Sus disculpas llegan esa misma tarde. Sin mesura, sin pudor. Delante de Pia, que está cenando conmigo, que ya lo sabe todo y hace el amago de irse.

—Quédate.

—Sí, quédate —insiste Cristi.

Tiene la cara hinchada, los labios secos y el gris de los ojos está surcado por dos capilares rotos. Bajo la mirada y miro a la mesa.

—He hecho una gilipollez.

Su voz llena la estrecha cocina. No profiero palabra, mastico lentamente la tortilla que Pia, por el contrario, ha troceado en mil cuadraditos.

—No soy capaz de estudiar. He conseguido el diploma porque Fausto es el presidente de la fundación que da el dinero a la escuela.

Financiación, paquetes de dinero negro, chalet con piscina. Un recinto perfecto donde encerrar a una adolescente rara.

—Nos lo podías haber dicho —se atreve a decir Pia.

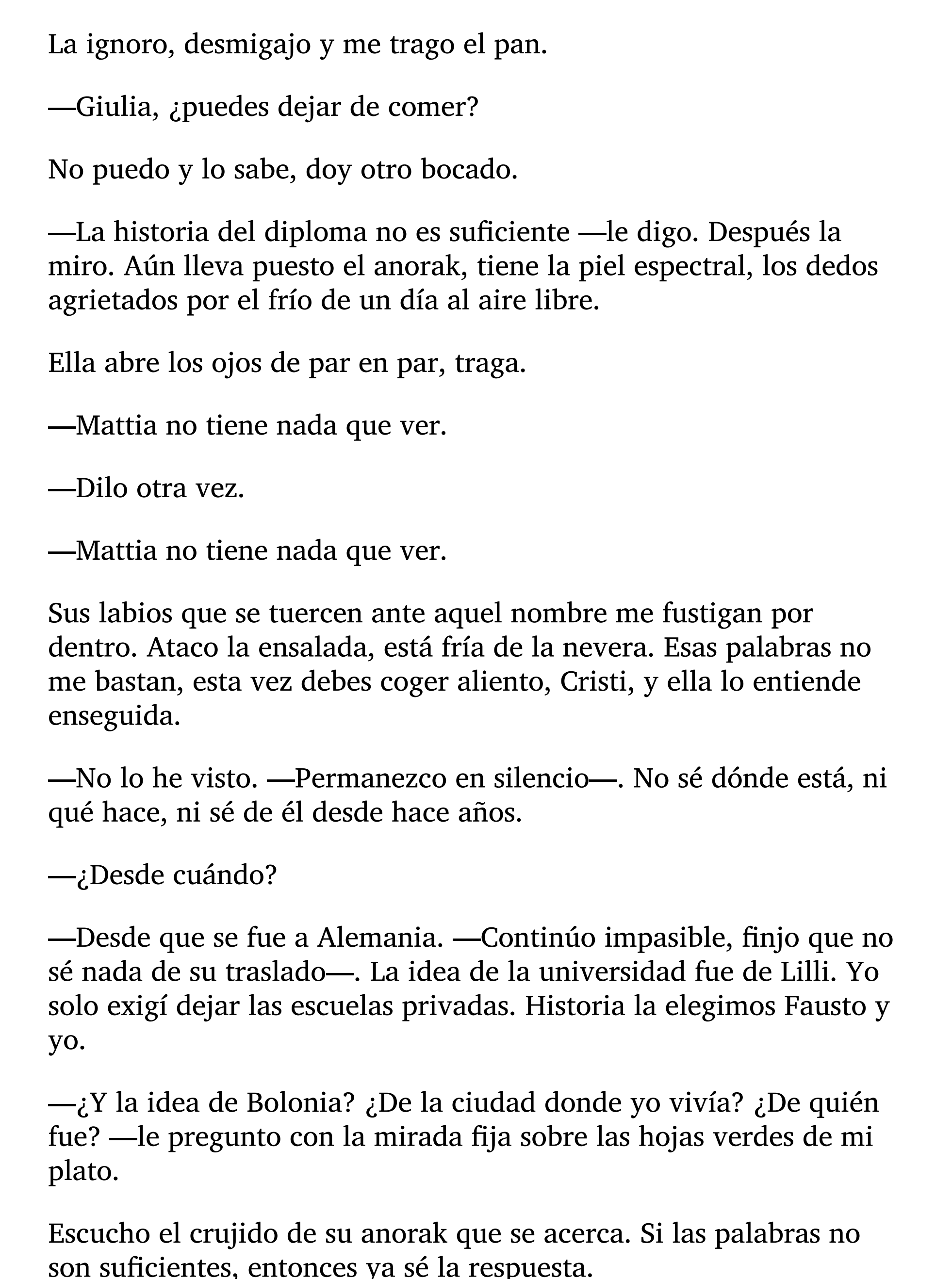
Yo sigo comiendo, Cristi asiente.

—¿Tengo que irme?

Nuestra compañera de piso levanta las manos, tira su tortilla y se pone la chaqueta.

—Tengo una fiesta de graduación. Vuelvo mañana —dice a la velocidad de la luz. El momento antes de salir me da un codazo que Cristi no ve.

—¿Tengo que irme? —vuelve a preguntarme en cuanto nos quedamos solas.



La ignoro, desmigajo y me trago el pan.

—Giulia, ¿puedes dejar de comer?

No puedo y lo sabe, doy otro bocado.

—La historia del diploma no es suficiente —le digo. Después la miro. Aún lleva puesto el anorak, tiene la piel espectral, los dedos agrietados por el frío de un día al aire libre.

Ella abre los ojos de par en par, traga.

—Mattia no tiene nada que ver.

—Dilo otra vez.

—Mattia no tiene nada que ver.

Sus labios que se tuercen ante aquel nombre me fustigan por dentro. Ataco la ensalada, está fría de la nevera. Esas palabras no me bastan, esta vez debes coger aliento, Cristi, y ella lo entiende enseguida.

—No lo he visto. —Permanezco en silencio—. No sé dónde está, ni qué hace, ni sé de él desde hace años.

—¿Desde cuándo?

—Desde que se fue a Alemania. —Continúo impasible, finjo que no sé nada de su traslado—. La idea de la universidad fue de Lilli. Yo solo exigí dejar las escuelas privadas. Historia la elegimos Fausto y yo.

—¿Y la idea de Bolonia? ¿De la ciudad donde yo vivía? ¿De quién fue? —le pregunto con la mirada fija sobre las hojas verdes de mi plato.

Escucho el crujido de su anorak que se acerca. Si las palabras no son suficientes, entonces ya sé la respuesta.

—De Lilli —me adelanto.

—Sí.

La idea de la niña con problemas que piensa necesitarme se hace trizas.

—Nada de celos, nada de nostalgia —ironizo.

Se hace hueco entre las sillas que nos separan y una de ellas vuelca.

—¿Por qué no piensas en el presente?

—¿Y cuál sería el presente?

Cristi suspira.

—He pasado todas las mañanas y todas las tardes de estos dos meses en los jardines de al lado de la facultad americana.

El parque más desolado del centro. Entre los toxicómanos y las jeringuillas, las cacas de los perros y las parejas descarriadas que se besuquean.

—¿Sola?

—Sola.

Gano tiempo. Bebo un poco de agua. Ella continúa.

—Me sentaba en los bancos y pensaba en cómo decirte que no tengo ni la más remota idea de cómo se estudia.

—¿Es la verdad?

En este punto me da tanta pena que preferiría que me dijera que es una mentira. Que tiene amigas holgazanas como ella, incluso más divertidas y guais, por las que iría al fin del mundo. Sin embargo, ella me lo promete otra vez.

—No me eches, te lo ruego.

Me levanto, le quito el anorak, le meto en la boca un trozo de tortilla. Siento sus dientes congelados, la piel de las mejillas heladas, le cuesta masticar.

—Ven —le señalo la habitación.

Sentadas en la cama, ella empieza a desnudarse, yo le indico que no.

—Tenemos otras cosas que hacer.

Enciendo la estufa eléctrica, saco un cuaderno, un bolígrafo y se los paso.

—Coge el libro del examen de finales de diciembre.

Cristi obedece.

—Una hora al día, todos los días. Tú estudias, yo te pregunto. ¿Prometido?

—Sí.

—Hoy, que no tienes las gafas, leo yo, mañana ya veremos.

Cristi se lanza sobre mí y me abraza fuerte.

—No vuelvas a tirar mis cosas —dice con seriedad.

Lo pienso por un segundo. Quién sabe en cuántos trozos se habrán roto sus gafas.

—Nunca más —prometo solemne.

—Perdóname.

—Ya lo he hecho.

Ella no se separa, el libro ya está en el suelo, el bolígrafo rueda a nuestros pies.

—Promete perdonarme por todo.

Debería liberarme de su abrazo, pedirle explicaciones, sin embargo, le doy la razón.

—Por todo —repito. Demasiado deprisa, sin entender, sin pensar. Y

las promesas del corazón, por desgracia, no valen. No para mí, no en nuestra historia.

11

Un óptico ha aceptado, por un moderado extra, hacerle enseguida otras gafas. Pero incluso con las dioptrías corregidas, Cristi es un desastre, confunde los párrafos, se salta trozos, se olvida de los títulos. Entonces, repetimos las mismas páginas hasta que es noche cerrada, yo le pregunto, ella se afana por contestar, yo le explico, ella toma apuntes. De vez en cuando nos despertamos de golpe nombrando a Numa Pompilio, a los tribunos, o a los Graco. En poco más de diez días me convierto en una experta en historia romana; ella, al menos, distingue a los reyes de los emperadores, a los etruscos de los griegos, y las leyendas de los hechos realmente ocurridos.

Pocos días antes de Navidad aprueba su primer examen. Mérito de la fortuna, de la camisa semitransparente que le ha regalado Pia o de nuestros esfuerzos nocturnos de memorización. De un enamoramiento del profesor, sentencio riendo cuando me llama.

Ella no lo niega. Pero pone las notas para que se vean bien sobre mi escritorio y pretende celebrar el suficiente a lo grande. Una mesa en un local, garrafa de ron y cola. Pia lo organiza todo, también a los invitados, puesto que Cristi, nos explica ella misma con indiferencia, no tiene amigos en la facultad. Pero los invita a todos a una copa. A nosotras, a nuestros compañeros de curso, a Gianni mi compañero del pub, prácticamente a cualquiera que se acerque a nuestra mesa. Al fin y al cabo, Fausto nunca deja de enviar sobres que ella olvida incluso durante días sobre la mesita de la entrada.

Mientras bailamos me mete una mano por debajo de la camisa y me aprieta un pezón. Le doy un pellizco.

—Perdona —masculla, después se inclina sobre mí y me susurra al oído—: Para mí, la historia de la loba, de los niños enganchados a sus tetas, es verdadera.

Rómulo y Remo. Está completamente borracha, sudada y descontrolada.

—¡Todos los niños necesitan una loba! —grita con los brazos

levantados y un par de chicos se acercan como tiburones.

Le indico a Pia que se dé prisa, tengo miedo de que esté a punto de desmayarse. Ella la coge del brazo y hace que se siente ante una jarra de agua. Después, viene hacia mí para hablarme. Lilli, me parece escuchar, pero la música está muy alta.

—¿El qué? —intento decir.

Pia grita.

—¡Ha hablado con su madre!

—¿Cuándo? —grito yo.

—¡Hoy!

Normalmente es Fausto el que llama y es el único nombre que hay en el registro de las llamadas realizadas de Cristi.

—¿Estás segura? —insisto.

Mi amiga gesticula y grita como puede. En el bullicio logro entender que han hablado por teléfono después del examen. Si ha sido Lilli o la hija la que ha llamado, no lo consigo entender.

En torno a las tres, con la ayuda de Gianni, separo a Cristi de los brazos de un chico apuesto con el pelo largo que querría llevársela a la cama.

—No es la noche adecuada.

Y es verdad, no tengo nada en contra de las aventuras ocasionales. Pero no esta noche con el fantasma de Lilli que acecha y Cristi que corre el riesgo de caerse al suelo desvariando sobre tetas y lobos.

Dejamos a Pia en el local abrazada a Gianni y volvemos a casa a pie. Una llovizna difusa nos moja la cara y las manos. Cristi insiste en pararse en los jardines Margherita y sentarnos sobre las rocas de alrededor del estanque. Después de treinta minutos de frío polar, el alcohol empieza a evaporarse y su cabeza deja de balancearse.

—Prefiero pasar aquí las mañanas cuando las escuelas de alrededor están abiertas —farfullo.

Me gusta el sonido que los niños sueltos propagan durante los recreos, cuando cualquier voz adulta sucumbe al desorden de los gritos.

—Esa es mi escuela —señala ella con la punta anaranjada del cigarrillo.

—¿Por qué Lilli no viene nunca a verte?

Cristi se asoma al estanque: la lluvia es tan sutil que las gotas no rompen la superficie negra.

—No puede.

La miro con perplejidad, ella apaga la colilla contra la piedra.

—Demasiados recuerdos feos. La idea de haber pasado tantos inviernos trabajando aquí y allá como dependienta la entristece mucho.

Quién sabe si también las noches de pago la entristecen. Pero Cristi no menciona eso, es más, solo le falta añadir un pobrecilla. Para Lilli siempre hay una justificación. Aunque sienta terror ante el pensamiento de haber sido durante algunas semanas dependienta. Aunque se haya deshecho una vez más de su hija enviándola a Bolonia como un paquete.

No hago comentarios. Cristi se enciende el segundo cigarrillo. Ha tirado la colilla del primero al agua, normalmente se las mete en el bolsillo. El filtro blanco es el único que hace añicos el espejo negro. Yo intento atraerlo hacia nosotras con un palo, por poco no me resbalo y me caigo al agua, mientras ella exhala humo y lo mira hipnotizada.

Puedo decir que es justo ahí, en una noche de lluvia molesta, en el silencio inquietante de los jardines cuando no hay nadie, mientras intento como una idiota pescar una colilla, que me doy cuenta realmente de la espera eterna de Cristi. Esa que no ha terminado y que no terminará, porque Lilli no vuelve, exámenes o no, es una

enfermedad de la que nunca se podrá curar.

En casa, nos metemos bajo la ducha hirviendo, nos secamos el pelo y nos vamos a la cama exhaustas.

Cuando poco después Pia me saca del sueño, por poco no le echo las manos al cuello. La luz de la habitación está encendida, Cristi ya no está a mi lado y nuestra compañera tiene el teléfono en la mano.

—¿Qué le ha pasado?

La imagen del pelo de Cristi que ondea como un alga gigante en el estanque me paraliza. Pia suda y yo insisto:

—¿Dónde está?

—Cristi está en la cocina —murmura.

—¿Entonces?

Ella cierra los ojos, después habla.

—Tu madre.

12

Pia recupera su lucidez de aspirante a médico y me lo explica todo. Ha sido Cristi la que ha escuchado las vibraciones de mi teléfono mientras dormíamos y también ella ha corrido como una furia para dárselo a Pia.

—Cristi no ha respondido. Solo yo he hablado con tu madre —sigue Pia con calma.

Cristi, que siente cuándo es necesario, incluso en plena noche, incluso sin responder.

—Tu padre se ha intoxicado con ansiolíticos.

—¿Es grave?

—Bueno, es joven. Pero no está claro cuántos se ha tomado.

—Pocos —digo al tuntún.

Pia pone las manos sobre mis mejillas.

—Ha sufrido una sobredosis de medicamentos. Ahora está en coma.

—En coma —balbuceo.

Cristi ya ha hecho café, metido ropa en mi mochila y no sé qué más en la suya. Ahora está sentada a mi lado, mientras Pia, después de haber revisado los horarios del tren, se ha metido corriendo en la habitación. Se trata del papá de Giulia, la escuchamos repetir un par de veces. Media hora después estamos en el coche de Gianni, que ha dejado de mala gana la cama de Pia para llevarnos al pueblo a Cristi y a mí al amanecer.

No tengo memoria de aquel viaje, si no fuera por lo que me cuenta Cristi muchos años después. Pocas cosas. No lloraste, intentaste mandar un mensaje a Yannick, pero yo te lo impedí. Juraste que nunca te sacarías el carné de conducir. De este último juramento conservo un recuerdo débil y la prueba. En mi vida he ido a un

curso de autoescuela y no he tenido un volante entre las manos ni siquiera de broma.

En el mostrador de información, una vieja conocida me lleva hasta la sección donde está mi padre, me señala la habitación con ventanas.

—¿Puedo entrar? —le pregunto a una enfermera.

Ella me dice que sí con un gesto.

—Está despierto. Pero no le canses.

Mi padre está solo. Tiene los ojos cerrados, la nariz y los labios están morados. El pelo pegado a la frente, las mejillas hinchadas. Despierto no me parece el adjetivo adecuado.

Le aprieto la mano congelada, querría llorar, pero tengo los ojos secos. Debajo de la sábana, su tripa baja y se alza llamativamente. Dónde está mi padre, querría gritar. No quiero que sea un globo maltratado, un globo que vaga por el cielo de su salón desde hace años y que corre el riesgo de explotar de un momento a otro.

—Giulia —dice.

Intento sonreír.

—¿Qué has hecho?

—Me he equivocado —susurra.

Querría decirle que no se canse, pero no puedo contenerme. Aún tengo una esperanza.

—¿Te has confundido con el número de gotas?

Él sacude la cabeza.

—Me he equivocado —insiste con los ojos cerrados.

—No hables, papá.

—Le dije a tu madre que debía buscarse a otro y volver a casarse.

Escucho una respiración ahogada. Estoy tan alterada que no comprendo si es la suya o la mía. Entonces, dejo que mi mano toque la campanilla, en pocos segundos una doctora me salva pidiéndome que me vaya.

Miro el teléfono, envío el mensaje que en el coche he preparado para Yannick. Por lo demás, hay solo un mensaje de Cristi, que dice que está en el bar de enfrente. Lo apago, bajo a los sótano, entro en la capilla. Mi madre está de rodillas junto al pequeño altar iluminado con una luz neón. Su vieja chaqueta color camello arrastra por el suelo.

—Lo ha hecho a propósito —me dice en cuanto me acerco.

Asiento. Si solo estuviésemos acostumbradas a tocarnos, le cogería una mano y me arrodillaría con ella.

—Mientras estaba haciendo un trabajo de contabilidad en casa de una compañera. Siempre le preparo yo las gotas. Ayer por la tarde, como una estúpida, me olvidé de cerrar con llave el armarito de las medicinas.

Intento apoyarle dos dedos sobre el hombro, ella se sobresalta. La idea de que mi madre pueda casarse de nuevo, de que alguien pueda aliviar la soledad de su pecho cada vez más rígido, es absurda. Es el fruto de una mente que sufre y delira.

—Los médicos han sugerido una clínica que está cerca del pueblo donde ingresan a gente como él —dice.

Gente como mi padre, gente por la que hay que hacer la genuflexión en los semisótanos, aunque no se haya hecho nada malo. El olor de las flores secas me da náuseas.

—Mamá, te lo ruego, ¿podemos ir a hablar a otra parte?

Ella me indica que no, pero al menos se levanta. Finalmente, las dos estamos de pie.

—Al menos podrás salir un poco. Hacerte el tinte en la peluquería. —Sonrío, pero ella no me sigue—. Podrás ir a verlo todos los días —insisto.

Ella echa un vistazo a Jesús, se suena la nariz y después me traspasa con la mirada.

—Tu padre vuelve a casa. A la clínica no va.

—Así tú ya no vives.

Sacude la cabeza, se sienta y me señala para que haga lo mismo. Las sillas de plástico chirrían bajo nuestro cansancio.

—Cuando naciste, corrí el riesgo de irme al otro barrio.

La historia del parto desafortunado. Esta vez soy yo la que miro a Jesús. Es de los falsos. Rubio, delgado, con los ojos celestes y sonrientes como los de los niños.

—Una hemorragia —digo.

—Exacto. Te atravesaste unos instantes antes de salir. Un imprevisto de esos que ocurren de vez en cuando sin motivo. Me durmieron y me quitaron todo. —Con la mano limpia el aire ante nosotras—. Y mientras nuestros parientes traían bombones y ropita, yo solo pensaba que tenía veintidós años y que ya no podría tener más hijos.

Veintidós años, dos menos que yo, uno más que Cristi.

—Al principio no te quería —susurra con la cabeza agachada. —Si no hubiera sido por tu padre, por las atenciones que me daba tanto a mí como a ti, nunca te habría querido.

—No es verdad —digo en trance.

Ella suspira, levanta la cabeza.

—Los primeros meses, en cuanto volvía, te daba el biberón y después estaba contigo durante horas en brazos y me hablaba de los lugares que veía mientras conducía. De todo aquello que a mí me habría gustado si hubiera ido con él. La iglesia cerca de la autovía de Florencia, los campos de girasoles de la Maremma, el mar verde del Gargano. Y después me decía: «Por eso, prepárate, porque cuando nuestra niña sea grande, nosotros volveremos a viajar».

El volante gigantesco de mi padre se asoma en el lugar de la aureola de Jesús.

—Mamá —lloriqueo, pero ella quiere terminar.

—Poco a poco, impulsada por su dulzura, me acerqué a ti. Y todas las veces que exigía demasiado, catecismo, escuela, orden, me decía: «Verás cómo se las apañará con su cabeza».

De repente, mi madre se levanta, apoya una mano sobre mi espalda abandonada sobre la silla.

—Así que no hay más que decir, en cuanto los doctores lo pongan en pie, él vuelve conmigo.

—Sí —digo atontada.

Con un esfuerzo enorme me levanto de la silla y sigo el abrigo de mi madre que avanza a paso rápido hacia la salida. De repente se detiene y se da la vuelta.

—He visto a Cristi antes. Se ha convertido en una mujer.

—Sí.

—¿Cómo habéis hecho para llegar aquí tan pronto?

—Nos ha acompañado un amigo mío en coche.

—¿Tu novio?

—No.

Inútil explicarle que de vez en cuando terminamos juntos, pero que esta noche él estaba bajo las garras de Pia. En cuanto pone los pies fuera de la capilla, mi madre se vuelve a parar.

—Hace un tiempo que quiero hacerte una pregunta.

—Dime.

—¿Quieres mucho a tu amiga?

La miro directamente a los ojos, ella mantiene la mirada. Explícate mejor, podría decirle. Pero sería inútil. Me acaba de preguntar si Cristi comparte cama conmigo.

—Sí —hago una pausa—. Muchísimo —añado para disipar cualquier duda.

—Bien. —Hay un poco de vergüenza en los labios de mi madre, pero la voz es cálida—. Siempre es algo muy bonito.

Esa es la única vez que mi madre se atreve a preguntarme qué es Cristi para mí. Es la única vez que nos acercamos, aunque con cautela, a la verdad sobre mis asuntos de cama. Más bien, del corazón. Ni siquiera para mi boda, años después, volvemos a hablar de ello. Quizá porque ya, cuando me pongo el anillo, tengo más de treinta, quizá porque una pareja de novios es más alentadora que dos mujeres jóvenes que comparten un cuchitril como habitación. O quizá porque no importa demasiado. Y mi madre, a pesar de la vejez, las genuflexiones rígidas y los falsos Jesús, lo sabe.

13

Los meses que preceden a mi última primavera como estudiante traen consigo dos hechos inesperados, bueno, tres.

Primero, mi padre mejora levemente. A veces sucede tras haber estado muy cerca del final, explican los médicos. Más de lo que me esperaba, dice mi madre. Suficiente para mí, que vuelvo a casa al menos una vez al mes y llamo dos veces al día.

Segundo hecho no previsto, Cristi clava los exámenes. No se salta ninguna de nuestras clases y está prácticamente a la par con el plan de estudios. Nota media marcada por el suficiente, todos los exámenes con la misma camisa. No le queda otra, le da suerte. Un poco indecente, pero perfecta para el objetivo. Pia se ríe de ello porque fue ella quien se la regaló.

La tercera sorpresa tiene que ver precisamente con Pia, que tiene novio. Es amor, nos dice. Eso parece, ya que por primera vez desde que la conozco intenta incluso ser más discreta cuando se entretiene con él en la habitación.

Durante esos meses, de Yannick ni siquiera la sombra. La noche del desastre de mi padre, al salir del hospital le escribí: «Tenemos que vernos pronto». Estaba convencida de que le habría recriminado la muerte de mi padre. Él respondió con un banal: «Of course». En Navidad, con mi padre ya fuera de peligro, lo arreglé con un mensaje de felicitación. El holandés lo devolvió con: «¡Nos vemos al final del verano en Bolonia!». Seguido de otra decena de exclamaciones. Desde entonces no ha vuelto a decir nada.

Detesto las exclamaciones repetidas, son una agramaticalidad. Una abundancia inútil, como tener una casita a miles de kilómetros de distancia para dos meses de vacaciones solitarias.

En marzo, Cristi y yo, con la excusa de dar un poco de libertad a Pia, empezamos con las excursiones. La primera es al Santuario de San Luca por el camino de los Bregoli, desairando la subida de los pórticos. Mochila al hombro y cervezas. Tengo flato, ella está hecha

un palo como en los tiempos de los paseos por la parte alta del pueblo. A menudo los fines de semana nos montamos en el autocar para ir a la Marina Romea. Cuando pasamos por delante de la refinería giramos la cabeza e intentamos mirar solo a los canales salados, a los caballeros de Italia y a los cacharros de los pescadores. Si centellea el sol nos damos un baño y después, en el frío de abril, nos raspamos la sal hasta desollarnos. Somos de agua dulce, le explicamos un día a un viejecillo que nos mira desconcertado. Pasamos casi todas las tardes encerradas en la habitación, en la cama, que chirría cada vez más. Nos dejamos ver muy poco por los locales. Cuando trabajo en el bar, Cristi se sienta en la barra, hora tras hora, y por la noche, tarde, me ayuda a cerrar. Mi compañero dimitió hace meses.

—Gianni me ha preguntado por ti —me dice Pia.

Ha pasado por la facultad a verme y estamos comiendo juntas.

—¿Por mí? —me río.

Ella también se ríe.

—Sí.

—¿Echa de menos el trabajo?

—Quizá a ti. —Pia ya no se ríe, yo también paro—. ¿Por qué no lo llamas?

Pongo la hamburguesa quemada a un lado del plato.

—¿Qué quieres decir?

—Estás estudiando demasiado —dice ella.

Casi he terminado los exámenes, estoy en un buen punto con la tesis. Siempre he tenido estos ritmos.

—¿Por qué te preocupas? —le quito importancia—. También he adelgazado.

Es verdad, he conseguido volver a entrar en mis viejos Levi’s.

Pia está triturando con el tenedor la pésima carne del comedor de estudiantes. Estamos las dos dándole vueltas a la única ausente.

—Y si ella un día… —murmura.

Mi compañera, la persona más desinhibida que conozco, enrojece y pide perdón. Le indico que esté tranquila.

—Si ella un día… —sigo yo en su lugar sin especificar quién ni qué— yo me mantendré a flote…

No sé por qué, en un día tan bonito de finales de abril, con la silueta de Cristi dibujada ya en mi cama y el final de la universidad a pocos meses, elijo justamente esa expresión tan vieja y tan triste. Mantenerse a flote, tener la cabeza fuera del mar como del petróleo, sin dirección. Que es exactamente lo que haré durante mucho tiempo, ya siendo abogada de carrera, en los años que están por venir.

Ese día, las hamburguesas de la comida terminan directamente en la basura. Enterramos la preocupación de Pia a fuerza de mascarpone y chocolate en una de las mejores heladerías de la ciudad. Cuando me vuelvo a estudiar, después de comer, repaso rápidamente los últimos meses: ya no hay distracciones con hombres, los encuentros con las compañeras de clase se han relegado a la pausa para comer, si no pienso en la tesis, pienso en Cristi. Si no pienso en ella, pienso en mis padres, que están fibrilando por mi graduación.

Una mañana, durante los primeros días de mayo, Cristi me dice que quizá una noche llegará tarde.

—¿Mucho?

—No —responde cortante.

—¿Divagaciones? —me arriesgo. Es un poco nuestra palabra para decir que necesitamos meternos en la cama de un hombre.

—Me paso por un colectivo.

—¿Un nuevo ligue? —insisto.

En este punto ella sacude fuertemente la cabeza.

No es una cuestión de hombres, me explica. Tiene que ver con la globalización.

—¿Puedes repetir? —le pido dejando borbotear el café en la moka.

—Globalización.

Se inclina sobre la mochila que ha tirado al suelo y después agita una hoja de apuntes: la habitual mayúscula difícil de mirar donde aparece muchas veces esa palabra.

Estallo en una carcajada, es la primera vez que la veo empuñar con orgullo algo escrito de su puño y letra. Y quién sabe cuánto le ha costado escribir más de una vez una palabra tan larga.

—¿Y exactamente de qué hablaréis? —le pregunto esforzándome por ponerme seria.

—De lo injusto que es mantener la riqueza en manos de unos pocos.

De Fausto, querría decirle, pero por suerte me contengo en el momento adecuado. Mientras tanto, Cristi se ha lanzado a dar explicaciones sobre una teoría de cómo el capitalismo ha generado una espiración de pobreza.

—Espiral —la corrijo. De nuevo estoy riéndome y sé que otra persona me conminaría a que dejara de hacerlo, quizá recordándome que en los colectivos se habla también de cómo perdió el trabajo mi padre. Pero a ella ni siquiera se le pasa por la cabeza hacerme eso, nos sirve el café y cambia de tema.

Aquella tarde llega a cenar puntual; a decir verdad, en aquellos meses no renuncia a ninguno de nuestros encuentros por sus reuniones. Estudia lo necesario para aprobar otro examen, me escucha cuando por la noche me despierto de golpe para repetir los capítulos más peliagudos de mi último examen oral. Nunca menciona el nombre de las nuevas amigas. En el registro de sus llamadas, estamos solo Pia y yo. Y Fausto, decenas de llamadas del

amable marido de Lilli, más durante los primeros meses de universidad. Está solo simpatizando con un movimiento de protesta, me digo para tranquilizarme.

Pero una mañana, mientras está en el baño, examino la agenda para interceptar uno de sus compromisos. Quiero verla en acción, entender qué hace. Y con quién. Por eso me encuentro a las ocho de la tarde en un centro social al final de Via del Pratello, escuchando a un chico y a una chica desconocidos que despotrican contra el traslado de una fábrica de medias de mujer de Forlì a Rumanía. Los beneficios aumentan, dicen, mientras los trabajadores se quedan en casa.

Aún estoy en la puerta, me aprovecho de la oscuridad de la sala para localizar a Cristi. Está sentada en las primeras filas, las piernas estiradas, está tomando apuntes. Por instinto busco otra cabeza rubia, rapada y más baja junto a ella. No está. En la silla a su lado hay una chica que de vez en cuando la mira, ella ni siquiera se da cuenta.

Con dos pasos rápidos llego a la última fila. Las voces de los oradores son monocordes, soporíferas, miro la cabellera rubia inclinada sobre el cuaderno, el bolígrafo que no se detiene. Páginas de apuntes para dos pensamientos míseros repetidos hasta la saciedad desde hace media hora.

Al chico que está a mi lado le pido un par de octavillas.

—Difunde, difunde —me anima.

Asiento disimulando mi convencimiento. Lo pienso un poco, me inclino hacia él y susurro señalando a Cristi.

—¿Conoces a esa chica de la primera fila?

Él se estira.

—Quizá.

—Necesitaría su número.

Sacude la cabeza.

—No lo tengo. Es una chica esquiva. No falta a ninguna reunión, pero me transmite poca confianza.

Sonrío, hago una pausa donde finjo que escucho las invectivas contra el estado, después sigo:

—¿Tenéis contactos con los colectivos de Génova?

Él se encoge de hombros.

—No sabría decirte —me responde con perplejidad. Después observa mi traje de lino y se ensombrece—. ¿Por qué me lo preguntas?

Me voy por las ramas.

—Para saber qué red tenemos —respondo con vaguedad.

Él esta vez no pica. Con un movimiento rápido intenta recuperar las hojitas. Me ha confundido con una infiltrada, una de las que se lo cuentan a los profesores y a las fuerzas del orden si hay problemas.

—Cálmate —le quito importancia mientras le devuelvo los panfletos, después me levanto y me dirijo rápidamente a la salida.

Necesito entender con quién se ve Cristi, pero controlar su teléfono e infiltrarme en los comicios del aburrimiento no me sirve.

De hecho, ahora sé que si en aquellos años hubiera sido más lúcida, los detalles me hubieran bastado, como mirar la atención con la que metía sus apuntes dentro del cajón, el ardor con el que rellenaba los folios de frases o el rojo de sus mejillas cuando intentaba explicarme sus ideas, para entender que Mattia había vuelto.

14

El verano de mi graduación tengo otras cosas en las que pensar. Tengo a mi padre, que saca fotografías durante la defensa de la tesis, donde consigo no solo la matrícula de honor, sino incluso el beso académico[4]. Recibo la noticia oficial de una beca de estudios. Y la decisión de Cristi de seguir viviendo en el agujero de Santo Stefano, a pesar de la insistencia de Fausto de conseguirle un apartamento más grande.

Es ella la que inicia el discurso la noche de mi graduación. Lo festejamos con una cena junto a mis padres en una trattoria del centro, estamos sobrias.

—¿Crees que con la beca de estudios te cambiarás de casa?

—No lo creo.

Estoy metiendo la corona de laurel de mi graduación dentro de una caja. Ella está apoyada en la ventana de la habitación, a sus espaldas la noche es cálida y ruidosa como saben ser las noches estivales en las plazas.

—La beca de estudios es un trabajo, ¿no?

—Sí.

—¿Necesitarás más espacio ahora que trabajas? —En su voz hay un rastro de miedo.

—¿Qué quieres saber? —le pregunto sonriendo.

—¿Me quieres aún contigo?

Quito una hoja de la corona y se la coloco detrás de una oreja.

—Claro —susurro. Y tú por qué quieres quedarte aquí, estoy a punto de preguntarle, pero Pia llama fuerte a la puerta.

—¡Nuestra sorpresa! —aúlla.

Tres billetes para un barco. Un viaje a una isla de Croacia es su regalo para celebrar mi graduación como se merece, para gastar un poco el dinero de Fausto y para que Pia se divierta sin quitarle el sueño a su novio.

—Hvar —me dice Cristi con un ligero beso en la mejilla. Hvar. Las primeras y últimas vacaciones juntas. La ilusión a la que me agarro para no dejarla ir.

De los veinte días trascurridos en la isla conservo una película de recuerdos detallados que desenrollo y enrollo continuamente a lo largo de los años, y que en ningún momento de mi vida estoy dispuesta a compartir.

La casa en construcción en el puerto, con nuestras habitaciones apenas terminadas y los albañiles sobre nuestras cabezas; Pamela, la joven hija de los propietarios, que todas las mañanas nos lleva el café turco y mira desconcertada mi cama y la de Cristi unidas; Pia que, en la habitación de al lado, se quita todas las ganas del mundo. Mis atracones en la trattoria y Cristi que alimenta con su plato a todos los gatos de la isla. Después, los chapuzones. Pia que nos espera y sondea la playa, mientras nosotras hacemos metros y metros de brazadas maldiciendo la sal y el agua fría.

Una mañana un pescador nos lleva a una ensenada desierta por unas pocas monedas.

—Nadie aquí —jura con media sonrisa.

Al pensarlo después somos tres tontas, porque su barca permanece amarrada todo el día en la bahía de al lado, pero en aquel momento le creemos y nos desnudamos.

—Dios mío, ¿qué es esa atrocidad? —Pia observa pasmada la cicatriz de Cristi que yo conozco demasiado bien.

Ella exhibe su sonrisa. Será por el sol que cae a plomo, pero yo siento un escalofrío. Sin embargo, Pia no se corta y pasa un dedo sobre el garabato de carne rosa.

—Habría que buscar al cirujano y decirle que cambie de profesión

—balbucea. No sabe que de esa cicatriz hay una copia. Ignora la historia de los dos niños operados de peritonitis por el mismo médico en el verano de los albaricoques.

—¡Pero es un bonito tatuaje! —grita Cristi y corre a llenar un frasquito con agua del mar. Un souvenir para nosotras, nos explica orgullosa.

Después de la primera semana, la propietaria nos habla de la señora que alquila la habitación que está debajo de la nuestra. Una especie de tasca.

—Hace cosas extrañas, pero habla vuestra lengua —nos dice Pamela en un intento de italiano.

—¿Cosas raras? —repetimos Cristi y yo al unísono.

Pia está en la habitación descansando, la sacamos de la cama para obligarla a seguirnos. La señora de la habitación de abajo, con sus cien kilos y su bata de estar por casa, nos trata con indiferencia, como si nos conociera de toda la vida. Nos miramos pasmadas, yo me ando con rodeos.

—Hemos llegado hace poco —empiezo alegre—, Pamela nos ha dicho que usted habla italiano.

La otra me lanza una mirada de superioridad, Pia me da un codazo, como para decirme que es una chiflada.

—Es bonito hacer amistades en vacaciones —añado.

No responde. Permanecemos inmóviles. Cristi, por el contrario, tiembla, salta de un pie a otro, y de repente no se contiene:

—¿Qué hace en esta habitación completamente sola?

Pia y yo suavizamos su pregunta.

—¿Está de vacaciones?

La señora nos ignora, es evidente que solo tiene ojos para Cristi y le explica que lee los posos del café.

—Futuro —silabea.

Pia se ríe, pero ella continúa seria.

—Solo es necesario beberse el café, después se echan los posos sobre la mesa y se esparcen con los dedos.

—Interesante —digo para cubrir las carcajadas de Pia.

—Pero se necesitan veinte euros enseguida —explica con nitidez la hechicera.

Mira cómo sabe italiano. Mientras tanto Cristi ya está metiendo las manos en los bolsillos del peto, con desenvoltura saca un par de billetes.

—A solas —susurra la pitonisa, y antes de que podamos abrir la boca Cristi ya está sentada en una silla de paja revestida con una funda negra.

Reacias, las dejamos a solas.

Vuelve con nosotras dos horas después, sonriente, incluso tiene apetito. Precisamente por ese detalle yo debería darme cuenta de que está fingiendo. Y, de todas formas, debería percatarme por el hecho de que vuelve a ver a la pitonisa al día siguiente, y al siguiente también. A la enésima vez que la veo escabullirse hacia abajo, me decido a bajar a visitar a la adivina, por la noche, las dos solas.

Me abre con vacilación.

—Veinte euros para contarme lo que le ha dicho a mi amiga —le digo cortante.

—No puedo —me responde dándome la espalda.

Entro, me planto delante de ella y ondeo uno de cincuenta. Más de la paga diaria de mi madre. Ella vuelve a sacudir la cabeza.

Me estoy poniendo nerviosa.

—Entonces, hagámoslo así, no te doy nada y voy derecha a denunciarte.

Ella ni parpadea.

—Por veinte euros te leo los posos —me responde y ya tiene la cafetera moka en la mano.

Me siento con la esperanza de hacerle cambiar de idea. No me interesa mi futuro, quiero saber qué tiene de especial el de Cristi, saber si ella aún estará ligada a mí. Pero la pitonisa está concentrada en mi porvenir mucho más de lo que lo estoy yo. Me bebo el café, esparzo los posos con el índice sobre la mesa de formica y ella empieza a hablar. Un hombre a medias, mucho amor dado, mucho amor quitado.

—Y mucho dinero —añade.

—¿Segura?

—Mucho dinero —repite—. Al principio no tuyo. Después, todo tuyo —concluye con lentitud.

Parece incrédula. También lo estoy yo. Un hombre a medias. Y, además, dinero, lo único que me parece que nunca podrá ser mío. Le extiendo veinte euros que desaparecen dentro de su sujetador, junto a los cien que a ojo de buen cubero debe de haberle dado Cristi.

—Mi amiga te ha dado muchos billetes —digo con aspereza.

Ella niega con la cabeza. Estafadora ella y deficiente yo, pienso irritada.

Me acompaña hasta la puerta.

—A tu amiga no le he aceptado el dinero.

Resoplo, los falsos testimonios improvisados me ponen de los nervios.

—¿Y por qué no? Vamos a ver.

—Porque a ella no le he dicho nada.

—¿No se ha bebido el café? —le pregunto con una risilla nerviosa.

Ella vuelve a negar con la cabeza. Si no fuera porque es una timadora con una túnica negra, que vive enterrada en una isla, juraría que le doy pena.

—Su futuro no se deja ver —me dice solemne.

—¿Qué significa? —balbuceo.

—No está en sus manos —añade cerrando la puerta.

A la mañana siguiente, Pia nos presenta a un hombretón alemán. Es más alto que Cristi y mucho más viejo. Desayuna con nosotras, con alguna que otra frase intenta abordarla a ella, después a mí y, finalmente, vuelve a hablar con Pia, que se lo lleva de vuelta a su habitación.

Me meto en el baño. De la noche anterior me ha quedado un sabor ácido en la boca, la mujer es solo una pobretona que sigue adelante con la complicidad de Pamela, me repito mientras me lavo los dientes. Cristi entra y resopla.

—Esta mañana Pia está exagerando —farfulla.

De la habitación de nuestra amiga llegan grititos agudos.

—Su novio me da pena —insiste Cristi refrescándose la cara.

La interrumpo con una mirada irónica.

—¿Me vas a decir que no lo ves justo?

—Exacto. —Sonrío, pero ella permanece seria—. No es una cuestión de cama. Es que Pia no piensa nunca en él.

Es una extraña concepción de la traición. Es la visión peregrina de Cristi sobre la fidelidad. Y tú, Cristi, ¿a quién le eres fiel?, pienso. Aunque escucharla reprobar a Pia como haría una vieja de pueblo me hace reír. Ella me mira, se relaja y yo aprovecho para sacudirme

los granos de café pegados al dedo índice.

Durante tres días Pia se dedica a la lengua alemana. Y en los pocos momentos libres, a contarnos sus acrobacias. Nosotras aprovechamos para aventurarnos hacia el interior de la isla, con las indicaciones de Pamela encontramos un manantial. El río fluye con velocidad, lo seguimos durante kilómetros hasta un meandro seguro. Nos sumergimos lentamente, gozando de la ausencia de la cháchara obscena de Pia y de la sal.

—¿Hacen aún la fiesta del dos de julio en el pueblo? —me pregunta Cristi.

—Sí, pero nadie se baña ya. Está la banda y muchos puestos de comida.

Cristi se llena las mejillas de agua, se traga dos sorbos y el resto me lo escupe en la cara.

—Quizá no se puede beber —la recrimino.

Ella me dice que está buenísima.

—Es una verdadera pena para los pequeños pueblos que lo han perdido todo —añade.

No puedo contradecirla. Los viejos que festejaban en el río junto a los niños ahora permanecen encerrados en las residencias. O se arrastran por la calle principal del brazo de las cuidadoras. Para bañarse hay que subir el río unos cuantos kilómetros hasta la montaña más cercana y la ciudad vieja es un desierto de escombros. Pero no le doy comba. Temo que empiece con la cuestión de los mecanismos económicos, con los adoctrinamientos que recibe en las reuniones del colectivo estudiantil.

Pero Cristi ya tiene la cabeza en otro lugar, me cuenta que le ha prometido a Lilli pasar en casa algún día después de las vacaciones. Y quizá también hará un salto hasta Londres, donde Fausto a menudo debe quedarse por trabajo.

—Lilli no está contenta con esos traslados.

—¿Por qué?

—Se siente olvidada.

—¿Él se divierte allí? —le pregunto.

—¿Me estás preguntando si tiene una amante?

—Sí. ¿Piensas que la traiciona?

—No más de lo que lo hace ella.

Ahora estoy confundida, no sé a qué tipo de traición se refiere Cristi. La real o la del pensamiento.

—No puede evitarlo —añade—, está hecha así.

Para Lilli siempre hay una justificación, pienso mientras miro a Cristi, que está nadando otra vez.

Más tarde nos tumbamos en la orilla, los árboles seculares y la red de lianas nos protegen de la persistencia del sol.

—¿Dónde estuviste la otra noche? —me pregunta.

Fui a ver a la loca del café, para que me diga que tu futuro es impronunciable, mientras que yo me volveré rica. Y, sin embargo, improviso una respuesta.

—Fui a dar un paseo hasta el puerto, no conseguía dormir.

Cristi se tumba bocabajo, la mejilla contra la toalla.

—Creo que si un día el amor me traiciona, me cortaré el pelo —murmura. Es la enésima cosa extraña, pelo y traición. Permanezco a la espera, la piel de su espalda está tersa por el frío.

Ella no añade nada más, entonces, me arriesgo.

—Yo no —le digo con un tono de desafío.

Durante unos minutos ella se esconde contra la toalla, después se sienta de forma repentina. Sobre la cara tiene las marcas de las

piedras y de una tristeza nunca antes vista. Me acaricia la mano, la mira durante mucho tiempo sin cambiar de expresión.

—No es mi fidelidad la que buscas —le digo.

—Te equivocas —me responde con voz clara.

—No lo creo —balbuceo y ya estoy preparada para alzar la bandera de guerra. Preparada para desesperarme sin freno y agarrarme a las vallas del recinto para no verla irse corriendo. Porque la inseguridad es el peor enemigo. Espera paciente, crece en los vacíos, se alimenta de la duda, manipula la memoria y obstruye cada instante del presente con tal de confundir el futuro.

Hoy tengo la certeza de que en aquel momento yo pensaba en Mattia, ella no. Era yo, sentada a su lado ante el agua límpida, casi sin aliento y con la seguridad absoluta de que Cristi había vuelto a verlo, la que enturbiaba su voz. Me negaba a escucharla, a entender las traiciones y nuestro futuro.

4 El bacio accademico, en italiano, era una práctica que se realizaba en Italia hasta hace unos años por la que conferían al alumno o alumna que se graduaba una mención honorífica además de otorgarles la nota más alta, que en Italia es 110 e lode.

Cuarta parte

2004-2006

1

Dos días después de nuestro retorno de Hvar, un lunes por la mañana, Cristi desaparece. El único indicio que deja es la fotocopia de un billete de ida y vuelta a Génova que encuentro sobre la almohada cuando vuelvo para comer. Billete de ida para ese mismo día y con vuelta el lunes siguiente. Miro el horario de salida; después, mi reloj. Las catorce horas. En estos momentos ya estará en Milán, pienso, a kilómetros de distancia de la bofetada que querría darle. Abro su cajón, me es suficiente con ver que faltan los vaqueros para cerrarlo de una patada.

—Una semana —grito, y estrello la botellita de agua de Hvar contra la puerta de la habitación.

Pia sale corriendo de su cuarto, recoge los cristales, seca el suelo. Después, llama a su novio para explicarle que se saltará las clases.

—Ha surgido un imprevisto —la escucho murmurar.

—¡Estaba todo planeado! —grito fuera de mí un par de veces.

Pia me hace compañía durante todo el día, me deja solo al final de la tarde cuando le garantizo que no haré nada preocupante.

—Como mucho dos cervezas —le prometo.

Que se convierten en tres, que me bebo sin respirar, seguidas de una carrera para revelar los carretes de nuestras primeras vacaciones antes de que cierren las tiendas.

Miro las fotos. Pia abrazada al alemán larguirucho con Cristi al fondo termina enseguida en la papelera de un bar de Via Zamboni donde estoy completando mi borrachera. Yo, con la piel negra carbón al lado de una agave tan alta como yo.

Cristi dormida en la playa. También esa a la papelera, en pedazos. El mar que se mueve ante el puesto de un pescador. Seguramente idea suya. Ella y yo, desenfocadas por el salto, mientras nos tiramos al agua. Esparzo las fotos sobre la mesa, apoyo encima un vaso que gotea Montenegro[5]. Me bebo otros dos, después pago y salgo

corriendo. Dejo el toples de Pia, los ojos grises de Cristi y los primeros planos de mis pecas a disposición del camarero y de las chicas sentadas en la mesa de al lado, que intentan llamarme.

En casa me tumbo sobre la cama. Por la ventana se cuela el ruido de un coro que celebra una despedida de soltero. Por un momento, tengo la certeza sobrecogedora de que Cristi y Mattia se casarán. Miro la pantalla del móvil, nada. Se casarán con dos testigos que él conseguirá, solo porque lo quiere la ley, de lo contrario, prescindirían de ellos, como de mí. Cierro la ventana, quito la sábana llena de lágrimas y me tumbo sobre el colchón esperando que su olor no haya llegado hasta allí.

Qué están haciendo Cristi y Mattia esa primera tarde juntos realmente no consigo imaginármelo, aunque lo intente de todas las maneras posibles. Tumbados en la playa, inclinados sobre una moto. Pegados a los asientos de un coche haciendo el amor. O hablando en la barra del bar favorito de él. Pero son solo pensamientos, torturas; en realidad, no puedo verlos. Siempre la misma historia. Mis cinco banales sentidos no me lo permiten. No tengo ojos celestes para escuchar sin mirar, no escucho sin orejas. Como mucho puedo llorar hasta la extenuación pensando en las vacaciones y considerarme una imbécil. Cuando Pia vuelve en plena noche, me lo estoy repitiendo como en una cantilena.

—¿Has bebido?

No respondo.

Ella, que en realidad de Mattia sabe muy poco pero es una chica avispada, sigue:

—¿Podemos estar tranquilas con respecto a Cristi?

—Sí.

La idea de que él pueda hacerle daño, o cualquier otra cosa en contra de su voluntad, está fuera de discusión. Aunque no lo veo desde hace años, aunque como única prueba a su favor tengo los días de infancia que pasamos juntos.

—Entonces, esperemos —susurra Pia con delicadeza—. ¿De acuerdo?

Le doy mi palabra, sea cual sea el valor de la palabra de una mujer traicionada y borracha. Después, mascullando, le cuento sobre las fotografías, sobre las pruebas de su diversión terminadas en la papelera del primer bar de Via Zamboni.

—¿El primero a la derecha o a la izquierda? —me pregunta.

Durante dos días no salgo de la habitación, vegeto sobre el colchón y corro al baño cuando estoy segura de estar sola. No respondo ni siquiera a un mensaje que me envía Yannick con una invitación a comer para la semana siguiente. Bastardo calculador, rumio. Al tercer día me decido al menos a hacer un café. Pia está a punto de salir, tiene ya el bolso en la mano.

—Hace cuarenta y ocho horas que no enciendes la luz, me estás dando miedo —me dice.

—Perdona.

—Y la otra noche me hiciste correr como una loca por Via Zamboni.

Durante unos segundos la miro sin comprender nada. Después me acuerdo de la historia de las fotos abandonadas, las pruebas de la traición de Pia.

—Perdona —balbuceo. Lo pienso durante unos segundos—. ¿Aún tienes novio?

Asiente sonriendo y yo también me concedo una media sonrisa.

—A propósito de él —sigo.

—¿De quién?

—De tu novio. —Sé que además de ser un hombre totalmente traicionado es informático, diseña páginas web, un medio genio de los ordenadores. Me aclaro la voz—. Necesitaría hacer una búsqueda.

—¿Seguro? —responde ella, que ya ha entendido a dónde quiero llegar.

—Sí.

—Esta tarde, todo el tiempo que quieras —concluye poco convencida.

Aquella tarde, en el aula de estudio de informática reúno toda la información sobre Mattia que es posible encontrar en internet. Por lo que parece, milita en los mismos movimientos de protesta que Cristi, pero trabaja. Empleado en una fábrica de latas de atún. Incluso logramos saber que escribe para algunos periódicos políticos:

—De esos que no publican nada en internet —me explica el informático.

Ideas radicales del boca a boca, pienso.

—¿Y una foto? —me arriesgo.

—¿Para qué la necesitas? —se entromete Pia con el ceño fruncido.

—No hay —corta por lo sano su novio.

Poco después rechazo su invitación a cenar, me paro en un puesto de comida rápida y pido un menú doble. Al lado de mi mesa hay una chica, tiene una hilera de piercings en la oreja y los ojos negro carbón. Nos miramos durante mucho tiempo con las hamburguesas en el aire, ella sonríe, yo también. Me hace un gesto para acercar su bandeja, lo pienso un segundo y niego con la cabeza. Ella cambia de mesa, yo me lo termino todo. Patatas fritas, hamburguesa, salsas. No me hace falta una mujer, no quiero sus piercings ni todo lo demás. Sumerjo el postre en el caramelo, cojo el teléfono, marco el número de Cristi y lo borro.

Corro al baño, el gusto químico del postre me está dando náuseas. Con las manos mojadas me abofeteo las mejillas, algunas gotas salpican el espejo entre las luces y las huellas de dedos. Lo prometiste, me digo a mí misma, tú sigues estudiando, trabajando, viviendo.

El recuerdo de la primera noche con Cristi se me sube a la garganta, respiro y lo empujo hasta el fondo. Hacia esa profundidad cerrada para todos excepto para ella, junto a los besos de cuando éramos niñas y la voz que me dice lo conseguirás.

Dejo que el teléfono suene, el nombre de mi madre llena la pantalla, hace un tiempo que no hablo con ella con la excusa de un terrible dolor de garganta.

En cuanto cesa, escribo un mensaje: «Próximo lunes, a las trece horas». Yannick no se hace esperar. «Wonderful», leo en voz alta.

5 El Amaro Montenegro es la marca de un licor de hierbas tradicional italiano, el amaro, destilado en Bolonia, que comenzó a ser producido en 1885.

2

Cristi vuelve después de una semana, tal y como indicaba el billete, y sin haber dado noticias en este tiempo. Cuando entra en casa, Pia y yo estamos terminando el desayuno antes de ir a la facultad. Nos saluda con un beso a cada una. Lleva unas bermudas y una camisa sin mangas. La ropa para una excursión de la escuela primaria, pienso con rencor. Tiene el pelo suelto recién lavado y la cara pálida. Bajo los ojos, una línea morada que contemplo durante un tiempo antes de volver al marrón del café.

—¿Has visto qué ojeras? —murmura Pia en cuanto Cristi se da la vuelta para coger los cubiertos—. Pero también las tenía en Hvar —añade enseguida y me dice que esté tranquila.

A decir verdad, ni siquiera ella lo está por completo. Cristi, la fugitiva, parece la más desenvuelta. Me pregunta sobre la beca de estudios, si ya han confirmado oficialmente que es mía.

—He cruzado los dedos por ti —añade.

Y entonces Pia se lanza a responder en mi lugar con un gran rodeo de palabras. Para decir que me merezco esa beca de estudios tanto como me merezco el apoyo de las personas que me quieren.

Cristi no lo pilla, asiente como si estuviéramos hablando de un grupo de muchachas que aplauden por mí debajo de nuestra casa. No piensa que Pia, que habla mientras se mueve del frigorífico a los fogones para evitar que me levante y tire todo por los aires, la está criticando por haber desaparecido.

Cristi muerde una galleta que deja a la mitad.

—Ya he comido —nos dice con una sonrisa. El hecho de que no haya hecho ayuno es el único detalle que nos da de esos siete días.

—Háblale —me conmina Pia en cuanto ella va al baño—. Dile lo que te ha hecho pasar. Pídele explicaciones.

—No.

—¿Por qué? —me pregunta desesperada.

Me encojo de hombros. Porque Cristi sobrepasa toda estrategia. Toda regla de conversación civilizada. Le puedes poner las mejillas rojas a bofetadas, amenazarla: si no quiere responder, no lo hace. Y hoy, para mí, es evidente por cómo se mueve que no tiene ninguna intención de hablar. Sin despedirme, salgo del brazo de mi compañera de piso.

—No os entiendo —masculla.

—Yo tampoco —admito.

Sobre las nueve, mientras estoy leyendo un artículo sobre derecho de menores, llega la llamada de Yannick.

—Un imprevisto —dice. Ante esa palabra se me escapa un bufido profundo. La cita estaba fijada para dentro de cuatro horas. Él se esfuerza por darme explicaciones, una cuestión de tuberías rotas que han inundado el jardín.

—En realidad no puedo moverme hasta tarde. Pensé que podríamos vernos en el pueblo.

—¿Cuándo? —respondo desconcertada.

—Esta tarde.

No me parece una buena idea, pero no le quiero contradecir. Siento que está moviendo ficha.

—No antes de las diez —refunfuño. No antes de que el pueblo se haya retirado a sus casas y yo no corra el riesgo de encontrarme con algún conocido.

—No me parece bien que vengas en tren. Coge un taxi —vuelve a atacar.

—¿Dos horas y media de taxi?

—Sí —me dice con tranquilidad.

Una casa para él solo para dos meses de vacaciones, trescientos euros de viaje para un polvo nocturno.

A las seis de la tarde el taxista me espera delante del departamento de Derecho, a las nueve y media hago que me deje en el rincón más oscuro de la estación de autobuses, cerca de los baños públicos, más seguros que cualquier bar donde podría encontrarme a alguien.

Me tapo la nariz y entro para ponerme la ropa que traigo en la mochila desde esta mañana. Estilo sobrio, camisa, pantalones vaqueros, ropa interior de seda.

A las diez en punto me llama Yannick.

—Pensé que podríamos vernos aquí —me dice con alegría.

Aquí, tardo un par de minutos en entenderlo, es mi antigua casa.

Me aparto el teléfono de la oreja, el cielo está negro sobre el pueblo ya medio dormido. Un par de nubes cubren la luna, el resto está despejado para las constelaciones. Las estrellas dejan estelas luminosas también cuando caen, pienso, no puedo estar dispuesta a todo.

—Ni hablar —respondo cortante.

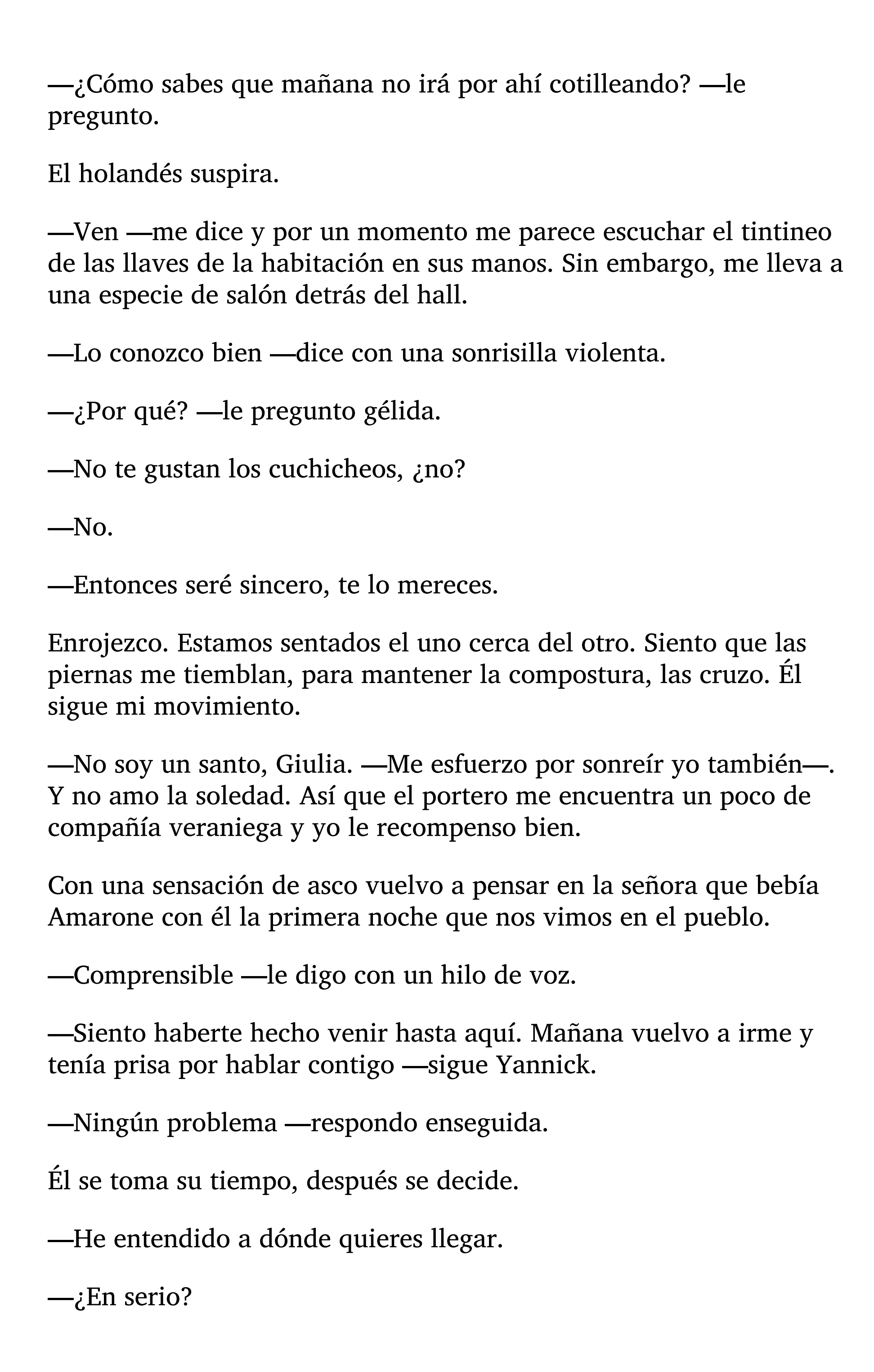
—Vale —me responde—. Dentro de diez minutos donde Giorgio.

El Hotel Giorgio está cerca del hospital. Demasiado peligro para mí, para él. Estoy a punto de protestar, pero él se me adelanta.

—Estate tranquila, deja que me ocupe yo.

Y estoy tan cansada que no tengo fuerzas para responderle.

Estoy tensa, por el hotel, por la idea de que haya podido incluso solo pensar en recibirme en la habitación que pertenecía a mis padres. En cuanto entramos en el hotel, Yannick me indica que espere. Se acerca a la recepción e intercambia unas palabras con el portero de noche, un hombre entrecano con la espalda encorvada que nunca he visto. Después, vuelve conmigo.



—¿Cómo sabes que mañana no irá por ahí cotilleando? —le pregunto.

El holandés suspira.

—Ven —me dice y por un momento me parece escuchar el tintineo de las llaves de la habitación en sus manos. Sin embargo, me lleva a una especie de salón detrás del hall.

—Lo conozco bien —dice con una sonrisilla violenta.

—¿Por qué? —le pregunto gélida.

—No te gustan los cuchicheos, ¿no?

—No.

—Entonces seré sincero, te lo mereces.

Enrojezco. Estamos sentados el uno cerca del otro. Siento que las piernas me tiemblan, para mantener la compostura, las cruzo. Él sigue mi movimiento.

—No soy un santo, Giulia. —Me esfuerzo por sonreír yo también—. Y no amo la soledad. Así que el portero me encuentra un poco de compañía veraniega y yo le recompenso bien.

Con una sensación de asco vuelvo a pensar en la señora que bebía Amarone con él la primera noche que nos vimos en el pueblo.

—Comprensible —le digo con un hilo de voz.

—Siento haberte hecho venir hasta aquí. Mañana vuelvo a irme y tenía prisa por hablar contigo —sigue Yannick.

—Ningún problema —respondo enseguida.

Él se toma su tiempo, después se decide.

—He entendido a dónde quieres llegar.

—¿En serio?

—Te digo mis condiciones.

—Escucho.

—Vendo, pero puedo esperar como mucho hasta la Navidad del año que viene. —Abro los ojos de par en par—. Mi exmujer está enferma. Aunque mis hijos ya son mayores, me necesitan. Venir a Italia es cada vez más difícil. —Se levanta, se aleja lo máximo posible del sofá—. Puedo concederte la exclusiva y una bajada en el precio.

—¿Y a cambio?

—Nada de lo que tenías en mente.

Estoy sin palabras, el polvo de la moqueta de la salita privada me seca la garganta.

—Yannick —murmuro.

—Entendí que habrías luchado por tu casa desde que nos conocimos ante el notario. Eras una muchacha valiente, un poco impertinente, pero increíblemente fuerte.

Siento una descarga por la espalda y los ojos se me llenan de lágrimas.

—En Bolonia, el año pasado, tuve la confirmación de esto.

—Have patience —farfullo.

—Exacto —comenta meditabundo—. Supe lo que le pasó a tu padre.

—Está mejor.

—Habéis sufrido mucho.

En aquel momento no puedo contener más el llanto. Vuelvo a ver el sofá del hotel de Bolonia y yo que me inclino hacia Yannick con la sonrisa segura de una que sabe divertirse. Recorro con la memoria todos los mensajes que le he escrito calculando el efecto que habría tenido cada sílaba. Vuelvo a percibir el mal olor del baño público

del pueblo donde hace una hora me he puesto las bragas y el sujetador de seda. Quién sabe si también Lilli de joven se encerraba allí antes de intercambiar sus servicios por un par de vaqueros vistos en el escaparate.

Los sollozos no terminan. Meto la cabeza en mi bolso para buscar pañuelos.

—Ya es tarde, vámonos —me dice Yannick tirando de mí despacio.

—¿A dónde?

Realmente no sabría dónde dormir, sin embargo, él no tiene dudas. En dos segundos estamos fuera, caminamos como ladrones pegados a los muros de las callejuelas más muertas. Llegamos a casa sin aliento. Mi vieja habitación se ha convertido en un campamento espartano para huéspedes pasajeros. Una cama de madera blanca, una mesita de noche, el póster de un faro ante las olas. La vista desde la ventana es siempre la misma. Con el dedo dibujo sobre el cristal la silueta de los árboles que la noche cubre, pero que yo nunca he olvidado.

—Wonderful —dice Yannick en la puerta.

—Gracias —susurro sin darme la vuelta. Escucho cómo gira el picaporte y sus pasos que se alejan por el pasillo.

Ahora vuelve a depender de mí. Trabajar, ahorrar y después intentar contraer una deuda enorme con los bancos. Pienso en el apartamento estrecho de mis padres, que seguramente ahora duermen y me creen en Bolonia. Habéis sufrido demasiado, ha dicho Yannick. Si ha sido la noticia sobre mi padre la que ha disuadido al holandés de llevarme a la cama, o si siempre ha tenido solo la intención de conocerme mejor, no lo entiendo ni durante aquella noche descabellada que paso como huésped en mi propia vieja casa, ni después.

3

Cuando a la mañana siguiente vuelvo a Bolonia, ella no está. Esta vez se ha molestado en dejar un mensaje sobre la cama: «Estoy estudiando. Te espero esta tarde en el irlandés».

La tan esperada aclaración. Paso toda la mañana ordenando mi escritorio en la facultad mientras el profesor con el que trabajaré me dicta una serie de fechas. A cualquier tarea respondo que sí, claro, y, de hecho, el trabajo no me da miedo, es más, la idea de mantener la cabeza entre los libros me alivia. A la hora de comer voy al hospital, donde Pia ya ha empezado la especialización.

En cuanto me ve, deja a sus compañeras.

—Déjame adivinar. —Intento sonreír—. Quieres cambiar de casa.

Bajo la cabeza.

—Sí.

—Demasiada prisa —me regaña.

—No tengo opción.

Lo piensa por un momento.

—¿Tienes planes para los próximos días?

—Nada especial. En la facultad empiezo el próximo lunes.

—Entonces, esta tarde te vienes conmigo a Rímini a casa de mis padres y te quedas unos días.

La miro con cara de interrogación.

—Me ocupo yo de avisar a Cristi. Y nos dejamos mimar un poco.

Me guiña un ojo y vuelve con sus compañeras, quitándome cualquier oportunidad para negarme. Cuando Pia habla de mimos no se sabe nunca dónde se va a terminar. Puede referirse a un hombre o a sus padres, dos ancianos jubilados con los que se refugia

cada vez que tiene algún problema o que tiene ganas de atiborrarse a pescado. No estoy preparada para ninguna de las dos hipótesis, pero la idea de verme con Cristi me da miedo, tanto como la de cambiar de casa. Partir me parece el mal menor.

Pia ha organizado todo muy bien. A la llegada dejamos las maletas en el vestíbulo de una vieja casita, el tiempo de un café con sus padres y a pasear por el paseo marítimo. Por la tarde, consigue incluso traer a un tipo interesante. Un querido amigo suyo, un joven médico que está terminando la especialización en ginecología en Bolonia.

—Alessio me pega para ti —me susurra el instante antes de presentármelo.

No puedo quitarle la razón. Seguro de sí mismo, físico esbelto, ojos atentos. Después de la cena en el restaurante con vistas al mar, le indico a mi amiga con un gesto que puede dejarnos a solas.

—Nos vemos a las dos en mi casa, Alessio sabe dónde es —me dice al oído. De esta forma, entiendo enseguida que Pia lo conoce íntimamente: un pasaje seguro, digamos. No me molesta, no es la primera vez que nos hacemos este tipo de favores y, de hecho, la tarde va viento en popa. Cuando me lleva a la cabina de un barco amarrado al puerto, al menos consigo distraerme durante unas horas.

A la una hago que me acompañe a casa, él insiste en esperar a Pia, pero con alguna que otra caricia consigo hacerle desistir. Tengo una hora entera para mí, para volver a la cuestión que ocupa mi pensamiento: Cristi y Mattia. Me siento en un banco. Es septiembre, hace un poco de frío, la tibieza de los abrazos en el barco ya se ha evaporado. Mi amiga, que llega con antelación a la cita, me sorprende con los ojos cerrados.

—Pensaba encontrarte en los brazos de Alessio.

—Lo he estado —le respondo con la voz rota.

Pia sonríe. Hasta ahora nunca habíamos hablado abiertamente de

mi historia con Cristi.

—Creo que ella a su manera también te quiere —me dice con delicadeza.

—Siempre he sabido que volvería con Mattia.

—¿En serio?

—Sí.

—Entonces, déjala ir.

La miro perpleja. No tengo el poder de retener a Cristi y los hechos de los últimos días son la prueba de ello.

—Bueno —sonrío sarcástica—, lo estoy haciendo.

—En mi opinión, tiene pánico a tu adiós.

Sonríe de nuevo, pero me surge la duda de si Cristi se ha confesado con ella. Mientras entramos en casa y subimos a la habitación, Pia me asegura que no han hablado.

—Solo había que mirarla la mañana que volvió para entender lo que siente —suspira—. Está agotada.

—¿Te pones de su lado?

Ella se pone nerviosa.

—¿Desde cuándo existen dos lados?

Para hacer las paces bebemos un ponche sentadas en la terraza. Envueltas en una manta, hablamos de su especialización en cirugía. Sobre las preocupaciones por los padres cada vez más mayores y con pensiones cada vez más bajas. No hablamos más de Cristi. Dejarla ir significa aceptarla, quería decir mi amiga con su forma de hablar sin rodeos. Significa darle libertad, abrir la valla, reflexiono mientras me tumbo en la cama al lado de la suya.

A la tarde siguiente, en el barco con Alessio, estoy rígida, las

piernas cerradas. No consigo quitarme la palabra «libertad» de la cabeza. Él bromea, no insiste. Subimos al muelle. Al otro lado del puerto, el mar se eleva en olas grandes; a nosotros, amarrados al abrigo de estas, solo nos llega un chapoteo y una brisa fresca.

—Ha terminado el verano —comento.

Él no lo entiende. Un tipo práctico, pienso indiferente.

—Hoy he hablado con un amigo —me dice—. Hay un abogado muy famoso, un tal Giannetti, que busca a un pasante.

—Giannetti —balbuceo sujetándome a bordo—. No lo conozco y, además, ya tendrá lista de espera.

Asiente.

—Claro. Pero es un sujeto extraño, tiene ideas un poco excéntricas. No quiere hijos de amigos ni recomendados por políticas ni chicas que piensen en atajos.

Esta última expresión, conmigo, que le acabo de salir rana y que ahora permanezco toda abrigada sobre el muelle, me hace sonreír.

—Se trata de una cuestión de méritos —sigue Alessio, serio—. Pia me ha dicho que eres muy buena. Deberías intentarlo.

De esta manera, el tiempo de desconexión en Rímini termina tres días antes. A la mañana siguiente, casi al alba, mi amiga me acompaña a la estación. Está más emocionada que yo y decidida a animarme.

—Llévale tu currículum en mano, habla con él.

—Prometido —le digo asomándome a la ventana.

—Piensa solo en eso.

No lo prometo.

—¡Es tu momento! —me grita mientras el vagón empieza a alejarse.

4

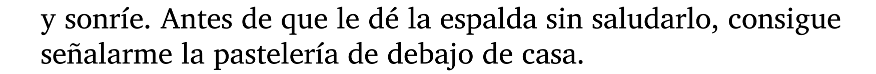
El tren desde Rímini llega a Bolonia antes de las ocho de la mañana. Si pudiese, no pasaría por casa, pero no tengo una copia del currículum conmigo. Me entretengo en un bar de Via Indipendenza, y cojo Via Santo Stefano temblando. Llego tres días antes de lo planeado y es muy temprano por la mañana. Una vuelta repentina que podría reservarme sorpresas. Me falta la respiración, pienso que en el fondo también podría volver a casa por la tarde e ir a ver al famoso abogado por la tarde-noche. Pero Alessio ha sido claro, no pierdas tiempo, si quieres presentarte, normalmente está en la oficina en torno al mediodía. Subo las escaleras corriendo, abro la puerta y la vuelvo a cerrar haciendo ruido. Soy la chica con las trenzas que hace más de diez años descubre a Cristi y Mattia dormidos como dos perros detrás de los cipreses. Llamo a la puerta de mi habitación. Entra, estamos aquí amándonos. Naturalmente la habitación está desierta. La única persona en todo el apartamento es una imbécil llena de pecas que llora a moco tendido, se mete en la ducha, se pone el traje más elegante que tiene y se mira en el espejo intentando concentrarse.

—Giulia, es tu momento —me repito pasando con atención el lápiz de ojos por los párpados.

Decido salir con demasiado tiempo, en tacones soy lenta, no quiero tardar mucho. En la peletería de debajo de casa compro un maletín de trabajo que pega con el vestido y meto dentro el contenido de mi viejo bolso un poco descosido que tiro en la papelera de la tienda. Chaqueta, falda, maletín de piel, doy el pego. Por la calle, un chico me lanza una mirada insistente. Le sonrío, pero sigo recto. También otro, de lejos, me mira. A él no le sonrío, pero me paro en seco.

Lo primero que pienso, mientras viene hacia mí, son las horas perdidas buscando por todas partes su cabeza rapada. Porque tiene otra vez el pelo largo hasta las orejas. Lo segundo es que encontrármelo siempre sin previo aviso debe de ser una maldición.

Intento dar un paso, pero mis tacones se han encajado entre los adoquines de Piazza Santo Stefano. Cuando de un tirón consigo liberarme del mordisco del empedrado, Mattia ya está delante de mí



y sonríe. Antes de que le dé la espalda sin saludarlo, consigue señalarme la pastelería de debajo de casa.

—Tengo prisa —digo con brusquedad.

—Por favor.

—Rápido —respondo, y entro erguida.

Lo más sensato sería preguntarle dónde está Cristi. Durante unos minutos decido no pensar en ello y estudio la mirada que tengo delante: aún está limpia.

Pide un botellín de cerveza a las diez de la mañana y yo un café que no me apresuro a terminar: todavía tengo más de una hora para llegar al bufete. También pido dos vasos de agua con la esperanza de levantarme solo cuando haya entendido realmente lo que quiere.

Durante un puñado de minutos no hablamos. El camarero zumba en torno a la botella y a mi taza vacías, yo hago que me traiga la cuenta, él la ignora. Aún tiene la manía de mirar todo lo que le rodea, de esquivar a las personas para concentrarse en las cosas. El portón de la Corte degli Isolani, las palomas inclinadas sobre los adoquines, la fila de cipreses en torno al atrio. Sigo sus divagaciones, permanezco en silencio, le toca a él explicar, no tengo ninguna intención de ayudarle.

—Ella te necesita —me dice finalmente a regañadientes.

—¿A ti no? —respondo con dureza.

—Es diferente.

Es diferente porque tú eres un hombre, porque tú eres el que a los once años le enseñó a escribir, mientras yo solo he sido la amiga constante que le ha dejado media cama y echado una mano para aprobar algún que otro examen. Querría llenarle de preguntas, tantas que termino por no elegir ninguna de ellas.

—Si no estás cerca de ella, no puede —sigue él.

—¿Hacer qué? —respondo con sarcasmo.

—Finges no entenderme.

—No es verdad. —Y, sin embargo, sí, sin mí no consigue elegir, ser libre, pero en aquel momento no lo quiero admitir.

—No la excluyas —continúa él.

—Es ella la que se ha ido.

Mattia se pone nervioso. Rasca la mesa con las uñas mordidas y se mueve sobre la silla haciendo ruido, yo ataco:

—¿Me estás pidiendo que la compartamos?

—Puedes decirlo así, si quieres.

Aplaudo, una pareja junto a nosotros se da la vuelta.

—Di la verdad —grazno guiñando un ojo—, sabe cómo agotarte por la noche.

Por un segundo suplico no haberlo dicho, pero los ojos abiertos de par en par de la clienta sentada a nuestro lado no dejan lugar a dudas.

Mattia permanece impasible. Sigo hablando para no sentir vergüenza.

—Compartirla es una idea maravillosa para no tenerla siempre en Génova. Además, si ella se quedara también un poco aquí, no molestaríais demasiado a Fausto y a Lilli.

Él se encoge de hombros, tiene una sombra de barba que antes no le había notado.

—Ellos no son el problema —se decide a responder.

—Tenerla siempre en Génova, ¿sí?

—Si no te tiene de su parte, está perdida —insiste intentando recuperar la calma—. Eres su tierra firme. —Una frase de navegante, una metáfora de estudiante.

—No sé desde hace cuánto tiempo no abres un libro, pero la tierra no es firme para nadie —rebato.

—Giulia, no puedes hacer esto.

Se levanta de golpe y yo, con una sonrisa recuperada del fondo de la desesperación, tiro sobre la mesa el billete para pagar la cuenta.

Él lo mira durante mucho tiempo, lo dobla y con un movimiento lento pero preciso me lo mete en el bolso. Después, se vuelve a sentar, no se rinde.

—La tierra no se para, pero tampoco vuelve hacia atrás, piénsalo.

—Piensa tú en no meterla en líos con esas gilipolleces de protestas que organizas —replico encolerizada.

—¿Yo? —me responde prorrumpiendo en una carcajada.

Ante mi expresión contrariada, más que alterarse, levanta las manos en señal de rendición, los hoyuelos le agujerean las mejillas atravesadas por venas rojas y sutiles. Aún es él, me doy cuenta con un escalofrío, el muchacho que nunca fue un niño. Por un momento vuelvo a ver la montaña de huesos de albaricoque y mis carreras de enamorada torpe que se esfuerza por seguirles en sus juegos.

—Bueno —continúo con la voz llena de la maldad de los recuerdos—, sé que tendrías razones bastante antiguas para detestar a quien hace respetar las reglas.

Estoy arrastrándome como un gusano en torno a la historia de su padre, el militar que plantó a mujer e hijo de un día para otro. Él deja de reír.

—Es verdad, las tendría —admite con calma—. Pero ya no me interesan. Podrá parecerte extraño, pero del pasado puedes elegir con qué quedarte y yo lo he hecho.

Tú no, tú lo quieres todo: la casa, la salud de tu padre, a Cristi. Es lo suficientemente inteligente como para decirme todo esto, pero no lo hace. No hay sombra de superioridad en su tono, ningún dedo que señale mis bajezas.

—Es tarde —murmuro confusa, pero no me levanto.

En aquel momento se acerca un mendigo, los dos nos hurgamos en los bolsillos, nuestras monedas ruedan por el plato vacío. Casi un euro, cuento rápidamente, poco, quizá, porque el mendigo blasfema mientras nos mira mal. Sorprendo a Mattia rozando su cartera.

—¿Tienes miedo del mal de ojo? —le pregunto sin contenerme una risilla de burla.

—No —responde con gravedad—. Tengo miedo de la maldad de quien no entiende.

Es él el que ha tenido la idea de buscarme, no ella, pienso estupefacta.

Cuando estoy a punto de levantarme, Mattia me detiene con la mano.

—La amo —me dice a quemarropa.

Nada de metáforas, nada de expresiones de hombre de experiencia, nada de rodeos sobre la paz en el mundo que funciona solo si todos la quieren. La amo y punto.

Para soportar el golpe seco evito su cara. Deslizo mi mirada por su cuello y después sobre el triángulo de piel con algún pelo rubio que sobresale de la camisa. La cadenita de oro, esa que se llenó de barro hace tantos años para rescatar la pelota del foso, ya no está.

Aprieto los reposabrazos de la silla. Desde cuándo, me pregunto agotada.

—Ella tiene tu cadenita.

No es una pregunta, pero él responde que sí.

—¿Desde cuándo?

No escucho la respuesta. En el fondo la conozco desde la primera tarde que acogí a Cristi en mi cama. Julio de 2000, su primera vez, después de la fiesta del segundo año del Liceo lingüístico. Ningún

compañero de clase, ningún hijo de amigos de Fausto consiguió a la más guapa. Solo un chico de Génova, que partía para Alemania, que quizá se coló a hurtadillas en la fiesta de la escuela.

—Antes de ir a ver a Cristi, viniste al pueblo, el día de mi graduación, y me diste las cartas.

—Fue así.

Ahora realmente tengo que moverme, pero mis piernas dudan. Él no intenta detenerme ni ayudarme. La cabeza me da vueltas. Malditos tacones. Maldita tierra que gira siempre, pero que nunca vuelve atrás. Malditas las primeras noches de amor y las pruebas de fidelidad que nunca he recibido. A tomar por el culo Mattia, que tiene el poder de hacerme huir, incluso sin pagar la cuenta. Y malditas para siempre las deudas.

5

Los granos de café de la charlatana de Hvar aún deben de seguir en su lugar y todo ese dinero está aún lejos. Pero después de la entrevista con Giannetti tengo dos escritorios, uno en la universidad y otro en el bufete donde el abogado me ha reservado una oficina con frescos toda para mí. Y también un discreto reembolso por los gastos que, sumados al salario mínimo de la universidad, me garantiza todos los meses una buena cifra.

El día del encuentro con Mattia y de la contratación en el bufete de Giannetti, al volver a casa me encuentro a Cristi. Me está esperando sentada en la cocina. Fuera, el cielo ya está oscuro y ella es una línea curva en la sombra. Enciendo la luz y la observo. Lleva una camisa vaquera descolorida, está tensa, apesta a tabaco y tiene los ojos hundidos, dos círculos morados.

—¿Has hecho las maletas? —le pregunto.

—No.

—Entonces, las hago yo.

—¿Qué quieres decir?

Saco del bolso un par de anuncios de habitaciones y se los muestro delante de la cara, con la esquina de un folio le araño la mejilla. Ella no se mueve y yo no pido perdón. De la línea roja no sale sangre.

—No puedes irte —me implora.

—¿Necesitas una coartada?

Ella me mira con la expresión de quien realmente no ha entendido nada.

—¿Quieres fingir que vives conmigo para que tu papá Fausto sea bueno?

—Él no es mi padre y, de todas formas, no tiene nada que ver.

Me río a carcajadas, después corro a la habitación porque de golpe sé que la prueba de su amor por Mattia siempre ha estado cerca de nuestra cama. Estoy tan fuera de mí que podría hacer que se la tragara. De un tirón lanzo su cajón contra el suelo, me inclino y meto las manos entre las bragas y los sujetadores de Cristi. La cadenita está justo ahí, en medio de su ropa interior, el único lugar que en mis investigaciones nunca había tocado. La aferro y la tiro sobre la mesa cerca de sus manos abandonadas.

—Ahora puedes dejar de esconderla. Venga, póntela.

Ella, en lugar de dar explicaciones, obedece como una autómata y se la pone al cuello.

—Chiflada —resoplo. Es un golpe bajo y ella se sobresalta—. ¡Vete! —grito.

—¿A dónde? —responde con un hilo de voz.

Al Hotel Baglioni, de vacaciones al mar, derecha a casa de Lilli o a casa de Mattia.

—A la mierda.

Cristi se agacha y con una lentitud exasperante vuelve a guardar su ropa, los folios y la ropa interior en el cajón que deja en el suelo. Después, se deja caer de nuevo en una silla de la cocina.

Miro el reloj, las siete, las tiendas aún están abiertas.

—Dame cien euros —le ordeno.

Cualquiera me habría dicho que estoy loca, que qué vas a hacer con eso. Ella abre la mochila, saca el dinero y no respira mientras lo cojo y salgo cerrando la puerta de casa con tanta fuerza que hago temblar las paredes.

Una hora después estoy de vuelta y ella aún sigue sentada en la misma posición. Con un gesto torpe tiro a sus pies la cama plegable que acabo de comprar junto a un par de monedas del cambio.

—Esta debería haberla comprado hace mucho tiempo —le digo con

desprecio—. E intenta irte pronto —añado mientras me encierro en la habitación.

Cristi abre la puerta, arrastra la cama contra la pared opuesta a donde está nuestra cama, con el rabillo del ojo sé que se tumba vestida.

—Dame solo unos meses —susurra más tarde.

Unos meses es la petición sin pies ni cabeza de una niña que no sabe qué hacer. Ya estoy en la cama, con el estómago cerrado, los ojos abiertos de par en par. ¿Unos meses para qué? Para entender qué siente, para decidir, para explicárselo todo a Fausto.

—No sé si puedo —respondo con la voz entrecortada por la rabia.

A las tres de la mañana aún no he cogido el sueño, por eso el ruido que hace Cristi cuando se levanta lo escucho al instante.

—No —me adelanto con brusquedad.

Ella permanece de pie durante un momento, después se tumba de todas formas a mi lado.

—No me has vuelto a hablar de tu casa.

—Con Yannick ha ido como tenía que ir —digo con un tono indiferente. No estoy dispuesta a contarle que ha demostrado ser un hombre mucho más bueno de lo previsto.

—¿Lo has convencido?

—Digamos que tengo esperanzas si encuentro el dinero. —Y si me endeudo para toda la vida.

—¿Y el abogado?

Maldita sea la metomentodo de Pia que todo lo tiene que largar.

—Va bien —me limito a responder.

La aspereza de su camisa vaquera me rasca la mejilla.

—¿Te ha contratado?

Sí, después de una entrevista de diez minutos en el atrio. Señorita, me gustan las personas que se esfuerzan y me parece que usted no se echa para atrás, me ha dicho serio. Y yo, con la misma franqueza, le he respondido que esa era la única certeza que podía darle. Bien dicho, ha exclamado mi madre por teléfono.

—Empiezo mañana —respondo entre dientes.

—Muy bien —susurra.

—¿Por qué me haces todas estas preguntas? ¿Estás aquí porque te doy pena? —le pregunto con frialdad.

Cristi niega con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué?

Porque no puede, ha dicho Mattia. Ella no usa esas palabras ni otras, me besa sin freno. Querría gritarle que no es normal, que yo soy una persona ordinaria, que no puede pasar de mí a él, pero mis labios son cuerpo y no responden a mi mente. Siguen a la chiflada, a la chica que no sabe qué espera, que sin la cama de su amiga no tiene la fuerza para decidir.

Entonces, compartámosla, pienso aquella noche. Y con ella encima de mí incluso me lo creo.

6

Cristi estudia sola y se examina. Ya no me abandona durante siete días seguidos. Nunca pronuncia el nombre de Mattia delante de mí, no se vuelve a quitar la cadenita.

Todos los viernes por la tarde llena al azar una mochila, se sube a un tren directo a Génova, los lunes por la tarde vuelve a la habitación.

—¿Todo bien? —me pregunta Pia.

—Por ahora —me limito a responderle.

No sabría qué más decirle. Entre las mañanas que paso en la universidad, las tardes donde Giannetti, las salidas con Alessio, el médico que conocí en Rímini, y los fines de semana sin Cristi, el tiempo que paso con ella se reduce. El tiempo mismo me parece que se acorta, los días se entumecen y la luz del sol tiene prisa por retirarse a la oscuridad. A menudo por la noche me quedo hasta tarde en el despacho para estudiar los documentos de los procesos, los mismos que durante el día llevo conmigo mientras le sigo y tomo apuntes como si fuera una escribana. Cuando vuelvo a la habitación, intento no despertarla. Por la mañana, a las siete y media, me bebo el café en la universidad, a la una engullo pizza y cucuruchos de fritos de camino al estudio. Giannetti no hace comentarios sobre mi trabajo, solo una vez me dice con frialdad: «Giulietta, está yendo bien».

¿Giulietta?, me pregunta mi madre, preocupada por que yo esté entablando una relación con uno mayor de setenta. Sí, Giulietta, pero siempre me habla de usted. Me llama con ese sobrenombre que nadie nunca ha usado antes y, al mismo tiempo, mantiene las distancias, nunca es baboso.

Durante los fines de semana sin Cristi, por la tarde trabajo en el bar y por el día preparo las clases para la universidad, el lunes por la tarde cuando vuelve me quedo a dormir en casa de Alessio. Al pub él nunca viene a buscarme, porque es un lugar de estudiantes irlandeses o de provincianos de Bolonia, porque es un chico con

muchas cualidades, pero es un esnob, dice Pia. Nunca pone un pie en nuestra casa, que será romántica, pero no deja de ser un trastero. Mejor así, ya que no sabe nada de mi historia con Cristi. Gracias a la complicidad de Pia, sigo pasando por ser su mejor amiga. Sin embargo, Cristi sí sabe de él y creo que intuye también el motivo por el que me quedo en su casa todos los lunes. Es ridículo, pero detesto la idea de tocarla si ha pasado tan poco tiempo desde la última vez que lo ha hecho Mattia.

Las raras veces que por la noche nos amamos somos dos salvajes que llegan hasta el límite y se quedan sin respiración. La cama plegable es una especie de armario a cielo abierto sobre el que ella coloca su ropa, la mochila y los panfletos de las reuniones de los colectivos y de las manifestaciones que, desde que va a Génova, se han triplicado. «Tolerancia cero con quien ejerce la autoridad», leo un día.

—¿Qué significa tolerancia cero? —le pregunto mientras estamos cenando con Pia.

—Significa que no estamos dispuestos a negociar.

—¿Quiénes?

—Nosotros —me responde con vaguedad.

—Está bien que participes, pero tómatelo con calma —se mete Pia y ella sonríe.

Después, manteniendo la sonrisa, Cristi añade:

—Mañana viene Fausto.

—¿Otra vez? —pregunto yo.

Desde septiembre está empezando a dejarse ver por aquí cada vez más a menudo. Siempre solo y armado con una caja de herramientas recién comprada para reparar alguna tubería, regular la caldera, montar estanterías.

Por qué motivo no llama a un fontanero o a un manitas al que pagar con sus fajos de billetes y prefiere, por el contrario,

desconchar nuestras paredes con sus herramientas relucientes es un misterio. Ni siquiera consigo entender a la primera de cambio qué sabe o qué ha entendido el señor Vitali sobre los fines de semana que Cristi pasa en el tren. Me produce mucha curiosidad e intento quedarme por lo menos durante el tiempo del café en los días en los que se presenta, siempre avisando con antelación.

Cristi, durante esas visitas, no se preocupa por disimular la prisa de volver a sus actividades y él no se entretiene demasiado. Van tan solo a hacer compras, normalmente para la casa. Un mes el espejo, el siguiente un armario, después papel pintado y un antimoho que el hombre de negocios en chándal echa por los rincones más fríos de la casa. Verlos juntos, él con la pose de deportista fingido y Cristi con los vaqueros y las camisetas ordinarias, alimenta mi curiosidad. Cuanto más pasan los años, más me parezco a mi madre en esto, pienso siempre con fastidio, y debería contenerme. Pero cuando Fausto un martes de abril me invita a comer con ellos no me hago de rogar y acepto.

Cristi propone algo rápido y él elige un buen restaurante, lo suficientemente informal como para no hacerla sentir como un pez fuera del agua, pero en la línea de sus gustos.

Por las sugerencias que le da, recorriendo el menú, entiendo que la conoce a la perfección. Le propone platos típicos y porciones pequeñas. Con un par de preguntas adivina también mis gustos. Sabores fuertes, pocas verduras. Con la llegada del camarero añade a nuestro pedido una botella de esas que solo se suelen ver en los escaparates de las viejas vinotecas.

Mientras comemos, ellos hablan un poco de Lilli, yo digo que sí o que no, dependiendo del tema, aunque siendo honestos ni siquiera la he visto nunca. Fausto desvía la conversación hacia mi carrera, que la hija le ha contado con detalle. Conoce bien a Giannetti, sabe que es un gran abogado penal.

—Si tuvieras que elegir, deja la universidad y dedícate a tiempo completo al trabajo en el bufete —me dice, y alza el pulgar con la expresión de quien sabe que se parece a ti. Un padre presente, un emisario, un consejero. ¿Quién eres, en verdad, señor Vitali? Me lo

pregunto sin tregua mientras sigo las vetas rojas de mi carne al punto.

En el momento del postre, mientras trituro mi macedonia con la cabeza agachada y Cristi revuelve su granizado de frutas del bosque sin probarlo, Fausto da rodeos: tiene compañeros que han tardado diez años en terminar la universidad, otros que eligieron Filosofía y después se dieron cuenta de que eran contables.

—Lo importante es seguir adelante —dice golpeteando con la cucharilla la panna cotta.

Cristi asiente al ritmo de la cucharilla, yo mastico, él sigue escondiendo muy mal su preocupación.

—También nos podemos topar con distracciones. Un novio, quizá más de uno. No hay prisa, solo es importante saber quién se es de verdad —añade poniendo la mano sobre la de Cristi.

Siguen hablando, los miro de reojo. El granizado es una papilla, es evidente que el hombre de negocios no se refiere a los exámenes, por los que está dispuesto a pagar incluso veinte o treinta años de tasas. Sabe de Mattia, pero no es el único en quien está pensando. Fausto se bebe lo que le queda de postre a la hija, mientras ella prosigue diciendo a todo que sí sin descanso.

Solo cuando el granizado está terminado Cristi intenta hablar.

—A veces incluso con la carrera no se llega muy lejos.

Él examina con la mirada la mesa, ella le ofrece un trozo de pan como si fuera algo habitual entre ellos.

—¿Qué quieres decir? —pregunta tranquilo con la boca llena.

—Hay frentes, poderes fuertes que se comen todos los sacrificios de los más débiles. —La piel de su cara está manchada de rojo. Fausto se traga el pan y termina la botella de vino.

—Tienes razón, tienes mucha razón, pero no hay que tomárselo demasiado a pecho. Las experiencias que se viven en la universidad son pasajeras —le responde asintiendo.

Si las palabras no le dicen nada, entonces siga la sensación que le dejan, me dice siempre Giannetti. De esta forma, mientras echo un vistazo con un ojo a la cuenta estratosférica del restaurante, con el otro miro la frente baja de Cristi, que observa los rizos ondeantes de su benefactor y, finalmente, intuyo qué pide a cambio Fausto por su apellido y por sus cuidados. Que Cristi permanezca dentro de sus amplias, pero bien definidas, miras. Lo veo subirse al coche deportivo con las Ray-Ban dirigidas a ella, a una hija demasiado guapa, vestida de pordiosera, con una matrícula hasta el infinito de Historia, pero inocua. Una rebelde con pasión por los puestos de comida rápida que tiene el permiso de dar su vida por luchar contra el hambre en el mundo siempre y cuando no pise una hebra de hierba de su jardín.

En el momento de la despedida Cristi se inclina para abrazarlo, un mechón de su pelo rubio cubre la mejilla de Fausto.

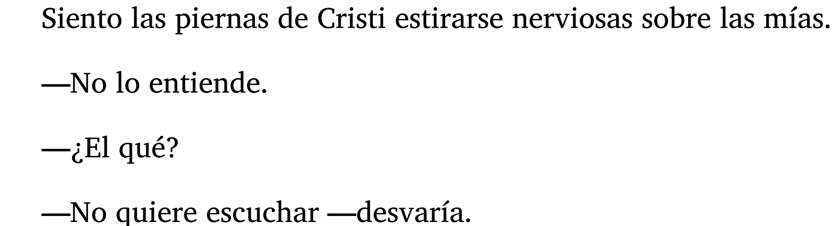
—¡Lilli debería haceros una visita el mes que viene! —grita encendiendo el motor.

Si no fuera porque mi madre me ha inculcado una buena educación, me echaría a reír. ¿Qué tiene de especial el mes que viene, si durante dos años nunca se ha dejado ver? Pero el tono de Fausto es seguro e incluso Cristi, cuando levanta el brazo para despedirle sonriendo, parece creérselo. El vino Franciacorta que me acabo de beber me confunde: espera, que al final esta es la buena y conozco a la imbécil, me digo.

En cuanto estoy sobria otra vez, unas horas después, ante un té y con Alessio a mi lado, que me habla de las urgencias en los pasillos, ya no me lo creo.

Aquella tarde decido dormir en casa. La vislumbro en cuanto entro, sentada sobre la cama, la puerta de la habitación abierta. Los faroles colgados en los cables de Piazza Santo Stefano lanzan haces de luz opaca sobre nuestra ventana. Al menos no está allí esperando a Lilli. Me siento a su lado y le suelto el pelo.

—Hoy Fausto no hablaba de la universidad —murmuro—, y ni siquiera del movimiento.



Siento las piernas de Cristi estirarse nerviosas sobre las mías.

—No lo entiende.

—¿El qué?

—No quiere escuchar —desvaría.

—¿El qué no quiere escuchar?

—Toda la historia.

Intento hacerle algunas preguntas, pero ella no responde. Siento sus huesos intranquilos que se clavan en los míos, las reuniones no tienen nada que ver, es de él de quien está hablando.

—¿Le has dicho que lo conoces desde que eres pequeña?

—Sí.

Abandono la cabeza contra la pared. Una ingenuidad hablar a Fausto de la infancia con Mattia, la debilidad de una niña que quiere contar su felicidad.

—¿Por qué no sé hacer que me escuchen? —me pregunta alterada.

Podría encender la luz, decirle que si para el señor Vitali Mattia es solo un detalle insignificante fuera de su villa y de su generosidad, no es un problema. Es más, en realidad debería enfadarme, gritarle que no puede hacerse siempre la víctima, que es el momento de empezar a trabajar y de rechazar su dinero. Sin embargo, me callo, como siempre, dividida entre la intención de retenerla y la de ver cuánto puede alejarse un caballo en libertad.

Ella desbarata mi silencio poniéndose a llorar. Estamos en la oscuridad, no puedo verla, siento solo sus sollozos. Son las primeras lágrimas que Cristi llora sobre mi hombro, no son por mí y me confunden. Me tropiezo buscando un pañuelo, le tapono los ojos con un paño de cocina. Nada funciona, es agua que pierde agua, las gotas siguen cayéndome por los brazos. Entonces, me envalentono, con un peso que me aprieta el esternón y el miedo de ser capaz de pronunciar aquel nombre, susurro:

—Adelante, Cristi, cuéntame sobre Mattia.

7

Cristi no se decide a hablar, así que lo hago yo. De todas formas, del trabajo en la fábrica, de sus luchas como sindicalista autónomo, del hecho de que mantenga a la madre en paro en casa con él, ya lo sé todo. También del abuso de drogas blandas.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta.

Esta vez soy yo la que no responde. Trabajo codo con codo con un abogado importante, me paso los días en el tribunal y estoy empezando a relacionarme con las fuerzas del orden con las que Giannetti queda a menudo en el bar de abajo del bufete. Pedir el favor de un poco de información es fácil.

—¿Tú también estás metida en eso? —le pregunto.

—Yo me fumo un porro de vez en cuando.

—¿Él?

—Algo más.

—¿Se controla? —le pregunto sin rodeos.

—No le afecta mucho.

No es la respuesta a mi pregunta.

—Y el dinero para comprar la hierba, ¿de quién es?

En ese momento ella me coge de la mano, enciende la luz de la mesilla de noche, abre mi armario y levanta la base de plástico que se abre ante mi mirada estupefacta. En el doble fondo entre el mueble y el suelo veo un sobre lleno de fajos de billetes amontonados. Una suma vertiginosa, los generosos pagos mensuales de Fausto que Cristi, a fuerza de vestirse como una andrajosa, no se gasta y que Mattia no quiere.

—Deberías ingresarlo en un banco —balbuceo con la garganta seca.

Ella me suelta la mano y se restriega los dedos contra los pantalones vaqueros.

—Me dan asco —brama con dureza.

La visión de tanto dinero dejado a merced de los ladrones y el desprecio que leo en su cara me aturden. Sobre la marihuana no pregunto nada más. Lo puedo verificar en cualquier momento con una llamada de teléfono. Un intercambio de favores.

—¿Qué hacéis cuando vais a las manifestaciones?

Cristi se seca las últimas lágrimas que le han quedado sobre las mejillas y después, mientras cierra el armario, me suelta una lista. Gritamos, protestamos, bebemos algo.

—Buscamos igualdad.

—¿Golpeáis? ¿Destrozáis los escaparates?

—No lo hacemos —me responde inexpresiva.

Por el contrario, las voces que se escuchan sobre él hablan de un exaltado, de uno que se mete donde puede para liarla. Un bloque negro[6], me dijo un día un carabiniere con la cara llena de golpes. Si ignoro las habladurías y las malas lenguas, contra Mattia aún queda una detención por tenencia de estupefacientes y otra por agresión a un funcionario del Estado.

Cristi abre la ventana y se asoma. La imito, el aire de abril es frío aún, en la plaza un muchacho toca los tambores africanos. Ella me coge de la mano, acaricia la palma y después la aprieta fuerte. Vamos a saltar, pienso.

—Pasamos las tardes buscando cómics antiguos —dice su voz, más profunda que las pozas de nuestro río.

Sigo con mi mano en la suya porque no estoy segura de tener aún dedos, no estoy segura de conseguir nadar sin hundirme.

—Hacemos la compra siempre en la tienda cerca de la casa de cuando era niño. Vamos todos los domingos al mar, caminamos

sobre el agua helada y esperamos en la playa a que llegue la noche.

El sonido del tambor no es nada en comparación con la intensidad de sus palabras, que lanza directas y que no quieren dejarme excusas para no entender.

Porque la hierba, que solo él fuma mientras están tumbados en la terraza, es un hecho irrelevante en su historia. Cristi y Mattia son los paseos por las callecitas cerca del puerto, las charlas en la bañera completamente agrietada, los cafés corretto[7] con dulces que prepara la madre de él.

Y después, las protestas, siempre juntos, hasta donde sea posible llegar, clandestinos en el tren o con el coche destrozado o tumbados en la parte de atrás del autobús. Por un mundo libre de poder.

—Libre de poder —repito recuperando el aliento.

Cristi asiente, yo bufo con desprecio.

—Eso es retórico.

Ella niega con la cabeza.

—Entonces, explícame de qué poder estás hablando —insisto.

—Lo sabes.

—No lo sé.

Ella se acerca, se inclina sobre mí. Tiene los ojos color del yeso agrietado y la misma expresión dura de cuando me ha enseñado el dinero de Fausto.

—De ese que nos arruinó —susurra a un milímetro de mi cara—. De ese que me encerró a mí en un chalet y que te obsesiona a ti con la historia de volver a tener una casa.

—Ya basta —balbuceo. Necesito salir de nuestra habitación, me pongo un abrigo y me lanzo escaleras abajo, pero Cristi no cede, se pone la capucha de la sudadera y corre detrás de mí.

Elijo el banco más cercano a las Siete Iglesias, el que está más lejos de los tambores, que no son la música adecuada para lo que acabo de escuchar. Ella permanece de pie.

—¿Te acuerdas de cuando no sabía leer? —Sonríe, yo no respondo—. Y para todos yo era una retrasada; para Genny, un caso perdido. —Permanezco en silencio, ella insiste—: ¿Te acuerdas de cuando cada letra de aquel jodido abecedario era una derrota? —Se está calentando.

—Claro que me acuerdo —respondo molesta—, ¿por qué estamos hablando de Genny, a la que no veo desde hace siglos? ¿Qué tiene que ver?

Ella me mira durante mucho tiempo, después se decide a sentarse cerca de mí.

Aún estoy a tiempo de taparme los oídos, de correr a casa, llenar las maletas y seguir creyendo que Mattia es solo una cuestión de sexo, el capricho de dos chicos unido al cuento de dos niños enamorados.

Pero no estoy hecha para correr, nunca he sido ágil y me dirijo hacia el dolor desgarbada y de frente. Con un gesto decidido le quito la capucha, el pelo le cae enseguida por el rostro. Dímelo sin esconderte, ¿qué tiene de único vuestro amor? Se lo pregunto con la mirada, es más, se lo ordeno. Y si hay algo que Cristi sabe hacer es obedecerme. Esta vez lo hace a la perfección, su voz sin trabas me lleva hasta un pequeño apartamento de un edificio en Génova. Sobre una terraza desde la que se ve la línea del mar, donde un chico le explica a una chica que la libertad es el verdadero amor que espera desde siempre. Y el valor es la vía para romper las barreras, para abrir las ventanas a las que se ha quedado pegada, para correr hacia lo que siempre ha deseado, porque el mar es de quien sabe verlo y nadie tiene el derecho a reducirlo a una línea.

Cuando Cristi deja de hablar, la plaza se ha vaciado, el sonido del tambor nunca ha existido, un par de parejas se abrazan fuerte contra las columnas del pórtico, las dos estamos heladas, pero aún tengo algo que preguntarle.

—Durante los años que estuvo en Alemania y en los cruceros,

¿hablasteis?

Cristi no presta atención a todos los detalles que yo sé, no me pregunta cómo los he conseguido.

—No —se limita a responder.

—¿Por qué?

—No era fácil.

Niego con la cabeza. ¿No era fácil coger los fajos de billetes y encerrarse en una cabina cerca de la escuela para escuchar al chico con el que habías hecho el amor? ¿No era fácil encontrar a una especie de amiga que se prestara a recibir sus cartas para huir del constante control de Fausto?

—No era fácil creer poder hacerlo —responde intuyendo mis pensamientos.

Creer poder ser feliz con un chico del barrio obrero, un repetidor por mala conducta. O peor aún, no era fácil, en los días marcados por los golpes de tenis de Lilli, simplemente poder creer ser feliz.

—¿Y qué hiciste?

—Me quedé con una foto suya.

El recuerdo del gilipollas con bigote y mirada de hielo sobre la cómoda de Ida durante cuatro veranos se me aparece delante.

—¿Dónde?

—Dentro de un cajón que abría cien veces al día.

Cien en el lenguaje de Cristi significa exactamente cien, pienso en el ruido de un cajón que suena a vacío en la habitación de una chica a solas.

—¿Ha sido él el que te ha buscado?

—Claro —me responde acalorada.

—¿Cuándo?

—Antes de las vacaciones en Hvar. —La miro con aire interrogativo, ella continúa—: Me lo prometió hace muchos años.

La promesa de estar siempre para ella. La promesa hecha no después de haberla amado en el campo húmedo de detrás del Liceo, no después de haberle explicado sobre la partida obligada a Alemania.

—Me lo juró el último verano en el pueblo —dice Cristi.

—Tengo frío —susurro cansada mientras me levanto. Ella me sigue con la cabeza baja hasta nuestra cama, donde nos tumbamos vestidas sin rozarnos.

No pego ojo en toda la noche, cuando el alba dirige la luz del sol sobre nuestras cortinas rojas ya he llenado la maleta más grande que tengo. Sin embargo, dentro solo he metido la ropa de Cristi, los libros, un poco de su dinero.

—Vamos —le digo en cuanto abre los ojos.

Ella mira el equipaje y se prepara sin hacer preguntas.

En el vestíbulo de la estación me dirijo a las taquillas automáticos, no creo tener fuerzas suficientes ni siquiera para hablar con algún empleado. Génova, escribo, solo ida. Después, con gestos le compro a un camarero dormido unos bollos que Cristi rechaza. Son las siete. Sobre nuestras cabezas, sobre la pantalla de las salidas, letras y números se descomponen y se vuelven a componer continuamente. Decenas de destinos, de cambios de dirección. Cristi echa un vistazo rápido y después empieza a balancearse sobre una barandilla. Yo, por el contrario, no quito ojo a la encrucijada de posibilidades, con la esperanza de que la historia me ayude, me devuelva todo y haga desaparecer el nombre Génova para siempre.

A pesar de todas mis oraciones enajenadas, el tren que he elegido para abandonarnos llega puntual.

—Ve —le digo en cuanto un vagón se para delante de nosotras.

—¿De verdad?

—Sí, ve —insisto con un amago de sonrisa.

Las despedidas después de las decisiones importantes merecerían el respeto del silencio. Sin embargo, por encima de nosotras, en ese momento, está el gentío de los pasajeros que llaman por teléfono, el silbido largo de los frenos, el chirrido de las puertas de los vagones. Además, mi voz es baja, demasiado baja. Se parece a la de los cobardes, diría mi padre.

Cuando con la boca llena de brioche me decido a añadir: «Él ha vuelto, puedes amarlo». Cristi no escucha y, en realidad, no lo escucho ni siquiera yo.

6 «Bloque negro» se utiliza para denominar la estrategia que utilizan algunos manifestantes cuando visten completamente de negro y usan máscaras, cascos o cualquier otro elemento para taparse la cara y no ser reconocidos.

7 Un café corretto es el equivalente a nuestro carajillo, una bebida caliente de café solo con un chorro de licor.

8

El tren se lleva a Cristi y, con ella, mis emociones. En cierto sentido, con ella también se va mi cuerpo. Pulmones, hígado, manos, pies permanecen aún como muros deshabitados que han resistido a un derrumbamiento. Existen, cumplen con su deber, pero saben que ya no sirven para nada. También las piernas están todavía ahí y son estas, junto a otra parte de mí que seguro no es el corazón, las que me llevan desde la estación a casa de Alessio. Con él no tengo eso que se llama una relación estable, ni siquiera estoy segura de que esté solo; aun así, me presento en su casa, sin previo aviso, a las ocho de la mañana.

El portón del edificio está abierto, subo hasta su piso. Llamo al timbre y, después, a la puerta. Vuelvo a llamar al timbre. Cuando abre, en ropa interior y con el pelo desgreñado, se queda de piedra.

—He pensado que nunca nos damos sorpresas —le digo, y, cosa increíble, incluso consigo sonreír.

Él me mira desconcertado. En lugar de aguantar su mirada, deslizo mis ojos sobre el contorno de su pecho delgado y sobre sus piernas proporcionadas.

—¿Sorpresas a las ocho de la mañana? —farfulla él.

Tiene sus razones para permanecer absorto. Normalmente nos vemos por la tarde y siempre con un motivo aparente. Un aperitivo, una película, una exposición, aunque después al final es siempre lo mismo: en su casa, en la cama.

Le vuelvo a sonreír.

—¿Por qué no por la mañana si es el mejor momento?

El tono me sale travieso y la mirada que le lanzo de la cabeza a los pies aún más. Él, por el contrario, permanece perplejo y empiezo a irritarme.

—Si no estás solo, ningún problema —digo cortante.

De todas formas, esta mañana golpes ya he recibido suficientes y al suyo puedo sobrevivir. Sin embargo, Alessio se relaja.

—Qué va —responde abriendo la puerta—, es que no te esperaba.

Captar las sensaciones no es su fuerte. Pero la sorpresa que tengo en la cabeza la comprende enseguida. Nos ahorramos las preguntas posteriores, los abrazos y las palabras para soltarnos, y en dos segundos estamos en su cama aún deshecha, yo encima de él. Siento el sabor a café en su lengua y el calor del sol que golpea sobre las sábanas azules y sobre nuestros cuerpos desnudos. Con un gesto decidido me libero de su abrazo. Bajo las persianas, necesito que aún sea de noche y que se lleve consigo la última que he pasado escuchando a Cristi. También cierro las ventanas. Necesito respirar algo que no sea el aire de verdad.

Vuelvo con él, ahora estoy debajo y le dejo hacer. Digo que sí a todo. Lo acepto todo. De todas formas, ya sé desde la tarde que pasamos en el barco en Rímini que, si existe una inteligencia en la cama, Alessio tiene para dar y tomar. Quizá es porque es un médico acostumbrado a manejar cuerpos de mujer; quizá no quiere equivocarse nunca, ni en los exámenes ni en los orgasmos femeninos; quizá es porque es por la mañana y él es de mármol, está claro que no da palos de ciego. Alessio se arriesga, yo lo acepto, me lanzo, me atrevo. Entonces, él acaricia, empuja, ajusta. Y sin parar, espera. Porque esta vez la subida es un lamento largo en el que nunca puedo abrir los ojos, de lo contrario, estoy otra vez en la estación. De lo contrario, me levanto, vacío el frigorífico y me vuelvo a mi casa. Pero Alessio sujeta la escalera y yo me agarro, gozo, y cuando llego al final, el momento antes de que él ralentice exhausto, hay un placer inconmensurable en mis labios, que desde hace horas quieren gritar.

—Te he sentido —me dice después de un rato.

Estoy de espaldas, abriendo las ventanas. Espero un poco, después me doy la vuelta y le sonrío, me sale un gesto forzado.

—Yo también.

De nuevo, una sonrisa pobre. Doy gracias al cielo por no haber

subido las persianas, por poder mentir en penumbra. Porque no es verdad, yo no le he sentido.

Vuelvo a la cama despacio. Me tumbo con la cabeza en la parte de sus pies. Entonces es así como están las cosas, pienso mientras un calambre me aprieta la tripa. Ya puedo gritar de placer y no sentir. Puedo poseer un cuerpo, sudar y hacerme poseer, sin que el corazón se sienta incómodo al cambiar de latido.

—Quédate aquí, organizo un par de cosas en el hospital y vuelvo contigo —dice Alessio.

Ya he decidido que me tomo la mañana libre, pero no con él.

—Sería bonito, pero no puedo. Demasiadas cosas en el bufete —respondo en voz baja y para convencerle le acaricio las piernas. Él no insiste.

Cierro los ojos y permanezco mucho tiempo escuchando los ruidos que llegan desde la ventana. El bufido de los autobuses, alguna sirena, el jaleo de una escuela. Aún es temprano. Parece que haya pasado un siglo desde que engullí los bollos en la estación. Un siglo de nada absoluta.

—Ten —me susurra Alessio.

Ya ha preparado el café y yo ni siquiera le he escuchado levantarse. En la bandeja ha colocado también un zumo recién exprimido.

—Estás pálida, ponle un poco de azúcar.

Asiento.

—Hacer bonitas sorpresas cansa —añade, y cuando ríe entiendo que está verdaderamente satisfecho.

Entonces me levanto, aunque la punzada en el vientre aún no se me ha pasado y, mientras lo beso despacio en los labios, cierro los ojos de nuevo. He corrido a su cama solo porque sabía que sería un golpe seguro y que iba a obtener exactamente lo que me ha dado.

Durante todo el día no le digo nada, antes de irme a la cama le

mando un mensaje: «Gracias por el café de esta mañana». Después, apago el teléfono y las luces.

De aquella noche en adelante, cada vez que me duermo, me hundo en el petróleo, alrededor todo es negro, no hay ningún apoyo ni ningún recuerdo que midan la distancia exacta con el pasado. Y cada día que me levanto, la única luz que veo es esa luz opaca de la necesidad de resarcimiento que proyecto sobre mis escritorios.

—Te noto extraña —me dice todas las tardes mi madre por teléfono.

—Estoy bien.

—No es verdad, ¿qué te pasa?

—Nada.

—¿Has cogido frío?

—¿Qué frío, mamá? Estamos en mayo.

—Hay primaveras frías.

—No esta —replico con decisión.

Toda Bolonia ya está vestida de mayo, los árboles de Judas crean círculos de pétalos rosas en los parques, los cascos de las cervezas bebidas hasta la madrugada llenan los rincones de las plazas.

—Nosotros aún dormimos aquí con la colcha de lana —dice mi padre de fondo.

—Nosotros, en ropa interior.

La historia de las noches calurosas no convence a mi madre y un día me la encuentro en mi habitación por sorpresa. Me acabo de despertar, estoy en ropa interior y no debo de tener muy buen aspecto.

—Has engordado un poquito —me dice forzando la vista.

—No es verdad —protesto.

He cogido un kilo, que por lo que parece no se le ha escapado a la balanza que tiene por ojos mi madre. Si pienso en todos los bocadillos con mayonesa, en todos los platos de pasta que devoro y, sobre todo, en el ímpetu con el que busco la sensación de calor pesado que me da la comida grasienta, solo un kilo es un verdadero milagro.

Mi madre abre cortinas y ventana, volvería a hacer también la cama conmigo dentro si no me decidiera a levantarme.

—Ha sido tu padre el que me ha dicho que viniera, te ha escuchado preocupada.

—Y, sin embargo, hace bastante que no me llama.

Ella resopla.

—Él lo entiende todo.

Cuando salgo del baño, ya ha preparado el desayuno. Mermelada, pan de pueblo y café con leche. Miro la mesa y me meto en la habitación, que, a fuerza de airearla, está helada.

—¿No te estarás poniendo enferma? —me pregunta mientras me visto.

La enfermedad a la que se refiere es esa que teme más que a la peste.

—La depresión no tiene nada que ver; la soledad, quizá sí —le digo señalando la cama plegable cerrada de Cristi.

Ella enrojece.

—Tu padre ha escuchado decir que su enfermedad se hereda —continúa confundida.

—No en mi caso —corto por lo sano.

Mi madre se va esa misma tarde, en el momento de la despedida ella tiene la voz indecisa y la mirada nublada, yo no siento nada.

No siento rabia ni siquiera el día en el que Cristi nos pide a mí y a Pia en un email que dejemos sus cosas en casa mientras sigue pagando, no me doy de cabezazos contra la pared cuando con una llamada rápida me pide que la cubra con Fausto. También con Lilli, especifica. Si por algún casual se le ocurriese la idea peregrina de pedir algo en persona, pienso yo.

—Haremos como si viviera aquí —le explico esa misma tarde a Pia mientras ponemos la lavadora.

—¿En qué sentido?

—Cuando Fausto venga de visita, también viene ella.

—¿Los exámenes?

—Puede hacerlos sin asistir a las clases.

Pia me pasa el detergente y sacude la cabeza.

—No me gusta.

Me encojo de hombros y cojo un jersey del cesto de la ropa.

—¿Sabías que con el petróleo se hacen los platos, las pelotas y la ropa como esta? —Y los cosméticos, las gafas de sol, incluso las medicinas.

—¿Y qué coño tiene que ver? —salta Pia.

—Nada. Déjalo.

—Más bien, dime, cuando Cristi haga su teatro, ¿cómo harás tú?

—Siempre tengo la casa de Alessio. —O el bar, o también puedo huir a casa de mis padres.

Ocurre precisamente así. Fausto anuncia con antelación sus visitas a Cristi y ella nos avisa a nosotras. Yo escapo y estoy fuera dos días para estar segura de no encontrármela. Pia me cuenta, aunque a decir verdad yo no hago preguntas. Se han tomado el aperitivo en casa, después han comido fuera, en cuanto él se ha ido, ella se ha

ido. Me ha parecido que está en forma, un poco delgaducha, pero tranquila. Entonces todo va sobre ruedas, resumo yo, que durante los últimos meses no puedo evitar pensar en cómo mis horas negras también van sobre ruedas y en cómo de bajo se puede caer sobre todo por las noches cuando no se tiene nada a lo que agarrarse. En qué impecable, omnipresente y sin vida es el petróleo.

9

Con Alessio, durante ese periodo, nos vemos por lo menos tres tardes a la semana. Él odia mi apartamento; siempre voy yo a su casa.

—A veces me pregunto cómo hacéis Pia y tú para no pisaros —me dice una vez mientras estamos cenando en un restaurante de pescado en los alrededores de la ciudad—. Si quieres, podrías tener una copia de las llaves de mi casa.

Miro los entrantes sobre la mesa y elijo las gambas.

—A decir verdad, casi nunca nos vemos. Ella siempre está en el hospital —respondo liviana.

Alessio frunce el ceño.

—Y cuando puede, va a casa del novio —añado sirviéndole un poco de vino blanco.

Mientras me invento cualquier otra excusa para no coger las llaves, pienso que, en el fondo, por cómo me he vuelto, me merecería un holandés oportunista y calculador. Un Yannick cabrón que, la tarde del encuentro en el Hotel Giorgio, me hubiese obligado a entender en la habitación cuánto cuesta un albaricoquero familiar.

Sin embargo, dos tardes después, estoy otra vez sentada delante de Alessio y de nuestros Campari en el bar de abajo del bufete. Una hora después del aperitivo estoy desnuda en su sofá. Sigo adelante así, imperturbable.

—Demasiado rápido —dice Pia. Estamos en nuestro apartamento, delante de la televisión, una de las pocas tardes que paso en casa sin trabajar en algún caso del bufete.

—¿En qué sentido demasiado rápido? —le pregunto resentida.

—Deberías tomarte un poco de tiempo para ti. Quizá alguna hora en el gimnasio.

—¿En el gimnasio? —Estoy perpleja.

—Sí, para desahogarte. Para estar un poco a solas y entender qué sientes por Cristi y qué sientes por Alessio.

Aparto la mirada de la televisión y la miro.

—Sé que es tu amigo —mascullo.

Pia se encoge de hombros y sacude la cabeza como para decirme que ese no es el asunto. Que él no le importa un comino, pero que me estoy equivocando.

—Piénsalo un poco —me dice solamente y yo dejo el tema.

Mi compañera de casa, que en un abrir y cerrar de ojos pasa de una hilera de hombres a un novio oficial, al que además ha traicionado, no me parece precisamente un ejemplo de reflexión. Además, no tengo ganas de hablar de Cristi.

Un mes después Pia vuelve a las andadas.

—Ha estado aquí con Fausto. En cuanto nos hemos quedado a solas me ha preguntado por ti —me dice.

Es junio, han pasado dos meses desde el día en el que le saqué un billete de tren para que me dejara. Asiento indiferente. No es una novedad que Cristi pregunte por mí, lo hace en todos los emails que me manda al menos dos veces a la semana, al final de textos sin puntos, pero llenos de comas, en los que me explica cómo pasa el tiempo. Estudia, hace la compra, si Mattia está fuera, ve la televisión con su madre, que es una señora de pocas palabras, pero buena, dos tardes a la semana tienen asamblea en un centro social, el mismo de cuando él era estudiante del instituto. Muchos amigos que piensan como nosotros, una especie de gran familia, en negrita en uno de sus emails.

Estoy feliz no lo añade nunca, pero lo entiendo por todo lo que me escribe, por cómo se las ingenia para poner en negrita, subrayar, cambiar el color, por el espacio que deja entre sus textos y el saludo final que nunca falla: cómo estás, pienso siempre en ti. Que significa: cómo estás, espero que tú puedas ser feliz como lo soy yo.

Nunca respondo a sus emails, los quito de la bandeja de entrada y los muevo a la papelera que nunca vacío. Ella continúa impertérrita.

Después del primer mes, también ha cogido la costumbre de enviarme por correo fotos con comentarios. Aquí estamos en la playa de Boccadasse, escribe, aunque en realidad está solo ella y está desenfocada sobre el rojo del atardecer. Esta es la terraza desde donde se ve el mar, esta es la cocina con los espaguetis que he preparado yo. A menudo, dejo las fotografías sobre la mesa de la entrada para que Pia, sin decir nada, las haga desaparecer.

A principios de agosto, un paquete de fotos llega con un recorte de periódico. Esta vez también se puede ver a Mattia cerca de Cristi, en primera fila en una manifestación en Roma, detrás de una pancarta con letras A dentro de un círculo.

—Significa anarquía, ¿no? —pregunta Pia.

—Sí.

—¿No es la manifestación en la que un par de locos hicieron saltar por los aires las conexiones de los trenes?

—No sabría decirte.

Miento, lo sé perfectamente, he leído todos los artículos del periódico sobre ello y he hecho algunas preguntas.

—A veces pienso que no estamos haciendo bien encubriéndola —farfulla Pia.

Me cuesta quitar la mirada de la foto, aunque, gracias a dios, en blanco y negro parece menos real.

—Técnicamente no la estamos encubriendo —especifico—, puesto que nadie nos ha preguntado si vive aquí realmente.

Pia suspira.

—¿Por qué no le decimos que pase unos días en Bolonia? Quizá

lejos de él se tranquiliza.

—No me parece una buena idea —gruño, además, durante los últimos tiempos los emails se han espaciado.

Abro la despensa y preparo dos sándwiches de jamón, después abro una cerveza. Comemos sin respirar, cuando Pia está a punto de salir encuentro la fuerza para hablar.

—Sé que él se ha calmado mucho.

—¿En serio?

—Sí.

Desde que Cristi se mudó con él, ha tomado medidas contra la marihuana, se ha puesto a hacer horas extra a destajo y se ha alejado del ala más extremista de los centros sociales de Génova. Todavía tiene un poco de debilidad por las mujeres, pero eso solo puede hacerle bien, me ha dicho riéndose un funcionario de policía amigo de Giannetti.

Pia vuelve a sentarse.

—Debo confesarte algo —susurra quitándose el bolso.

—¿Tu cita?

—Puede esperar.

—Cristi ha estado un mes en Inglaterra.

No tenía ni idea. En el último email de julio hablaba solo de exámenes. Me bebo otro vaso de cerveza, con el dedo índice recojo las migas y me las como una a una.

—¿Con quién?

—Con Fausto y con Lilli.

Un mes entero, una especie de vacaciones, mientras yo, pienso, me la he estado imaginando medio desnuda en casi todas las playas de

Liguria.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Pensé que estaba dejando a Mattia. —Pia me coge de la mano—. Lo esperaba, pero no quería hacerte ilusiones.

—Entiendo —murmuro abrazándola.

Cuando mi amiga sale, las manos me hormiguean, los dedos marcan el número de Cristi antes de que yo lo busque en mi mente.

—Explícame la historia de las vacaciones —le suelto.

—¿Qué vacaciones?

—La estancia en Londres.

—Nada especial.

—¿De quién fue la idea?

—Mía.

—No es verdad —respondo con frialdad, porque estoy convencida de que siempre es Mattia el que maneja todo. Unas bonitas vacaciones para tener a la madre y al padre de mentira contentos.

De hecho, «es una manera de mantenerlos tranquilos», me dice ella.

Primero, la petición de que la encubra; después, las vacaciones para confundir aún más a Fausto.

—Te estás burlando de ellos a lo grande —le digo.

La voz de Cristi se endurece.

—Y si lo hiciera, ¿qué?

El tono de su respuesta me pilla por sorpresa.

Ella insiste.

—Giulia, ¿los estás defendiendo?

—No, para nada —suspiro—. Estoy defendiéndote a ti de los castillos de mentiras que estáis construyendo.

Ahora es ella la que permanece en silencio.

—Debes decirles dónde vives realmente —continúo.

De nuevo, ninguna respuesta.

—Cristi, ¿me estás escuchando?

—Sí. —Ya no hay huella de la dureza de antes en su voz—. Se lo diré pronto.

Estoy a punto de colgar, pero ella se apresura a añadir:

—¿Me echas de menos?

—No lo sé.

Es verano, pero hay una pátina de hielo sobre mis ojos que no ven más allá de los caminos de tierra batida que llevan al bufete y a la universidad; hay un metro de hielo entre mis piernas cuando me quedo dormida cerca de Alessio y un río de hielo en mi voz que responde a mi madre sin querer decir nunca nada.

—Yo te echo de menos cada día.

—No es verdad.

—Y, sin embargo, lo es —susurra mientras yo corto la conversación sin creerla. Sin entender que no está mintiendo sobre nada. Sin decirle que, si echar de menos al ser amado es esa ausencia que se alimenta de todo y que no devuelve nada, entonces, también yo la echo infinitamente de menos.

10

En el gimnasio cerca de casa que me ha sugerido Pia voy y no voy cuatro veces. El tiempo para entender que la cinta de correr, las miradas amigables de los que hacen ejercicio y la cháchara en el vestuario no son para mí. Ni siquiera reflexionar sobre mis sentimientos durante los últimos tiempos es para mí. Mejor trabajar, aunque es pleno verano y las calles de Bolonia a las dos de la tarde son incandescentes y están desiertas.

Alessio está fuera de la ciudad, pasa el mes de agosto en Rímini en casa de sus padres. Yo, por mi parte, no tengo vacaciones, de lunes a viernes voy a la oficina, bajo la temperatura de la habitación al filo de la congelación y preparo las audiencias para Giannetti. Si termino pronto el trabajo, no vuelvo a casa, al contrario, me como un bocadillo en el escritorio y me estudio todas las condiciones y capciosidades que los bancos imponen para abrir una hipoteca. Cada sábado por la mañana me subo con Pia a un tren interregional hasta Rímini. Tomamos un café con sus padres, después pasamos la mañana en el mar. Si por la tarde está sola, me quedo con ella; si está su novio o un sustituto de turno, me encuentro con Alessio en algún sitio. La noche del sábado duermo siempre con él en una pequeña pensión familiar a pocos metros del mar. A juzgar por la prisa que tiene en cuanto estamos en la cama, creo que no hace mucho cuando no nos vemos. No se lo pregunto, no me interesa. Me es suficiente con que el sábado se dedique a mí como él sabe hacerlo. El domingo por la mañana nos quedamos tumbados hasta tarde, después comemos en la terraza de un restaurante en el paseo marítimo. Conocer a los padres de Alessio no es mi intención, ni él tampoco me empuja a ello. Es a finales de septiembre en Bolonia, cuando estamos otra vez en su apartamento, que me lo propone.

—La pensión cierra durante el invierno. Quizá la próxima vez que vengas a Rímini podemos quedarnos en casa de mis padres.

—Es una idea —respondo con vaguedad.

—¿Este finde? —la lanza él ya preparado.

Cojo el teléfono y le enseño un mensaje donde escribo a una tal

Maria que la espero el sábado por la tarde en los jardines municipales del pueblo para una cerveza.

—Entonces, ¿vas a casa de tus padres? —me pregunta.

Lo observo, está tranquilo, no se ha enfadado. Y por suerte no me pregunta quién es la amiga y no me obliga a inventarme otra gilipollez. Porque Maria en realidad es el nombre falso con el que desde el primer encuentro he guardado el número de Yannick. Es él al que debo ver sí o sí, ha pasado casi un año desde el encuentro en el hotel, pero las cosas con los bancos no van muy bien.

Con el holandés me veré en realidad en los jardines municipales del pueblo. Sin embargo, ninguna cerveza, es tarde, hace un poco de frío y ni él ni yo tenemos ganas de beber.

—Querría de todas las formas posibles secundar tu deseo —me dice Yannick.

Estamos sentados en el banco más apartado y lejano de la hilera de farolas que cruzan el parque. Son las once, dentro de poco un viejo guardia, siempre el mismo desde que venía a jugar ante la atenta mirada de mi madre, cerrará la verja. Tengo un puñado de minutos para convencerlo y solo faltan tres meses para la venta de la casa.

—Necesito aún un poco de tiempo —insisto, mientras me esfuerzo por mantener una actitud digna. Algo he logrado ahorrar, pero no es suficiente para conseguir una hipoteca sin aval, me ha confirmado el padre de un compañero de la universidad que trabaja en el banco.

El holandés se enciende un cigarrillo pensativo.

—¿Cómo está tu exmujer? —sigo.

Él mantiene el humo entre los labios.

—No muy bien.

—Lo siento. —Realmente lo sentiría si aún pudiera sentir algo.

Yannick se levanta.

—Este ha sido mi último verano en Italia.

Del estanque se está elevando una cortina de humedad que oculta la verja, podrían cerrarla y no se darían cuenta de nada. Así como podría pasar la noche aquí, fingir que mis padres ya no existen y mañana volver a Bolonia, tan desesperada estoy.

—Si ya lo has decidido, de acuerdo, vende a quien quieras —le digo con la cabeza baja.

Yannick mira la verja a sus espaldas, después se da la vuelta.

—¿Cómo está tu padre?

—Altos y bajos. —Más bien un bajo constante, ralentizado por los fármacos triplicados después del incidente del año pasado.

—He escuchado que hay nuevos medicamentos.

—Claro. Y nuevos tratamientos, nuevos experimentos. —Me levanto, extiendo los brazos—. Son cosas que nada tienen que ver con la enfermedad de mi padre. —Son esperanzas para mi madre, material para los programas de televisión sobre salud que mi padre sigue hipnotizado. Pero para mí no significan nada.

Yannick me pone las manos sobre los hombros.

—En cuanto puedas comprarás otra casa, quizá en el mar, donde tus padres descansarán dando largos paseos.

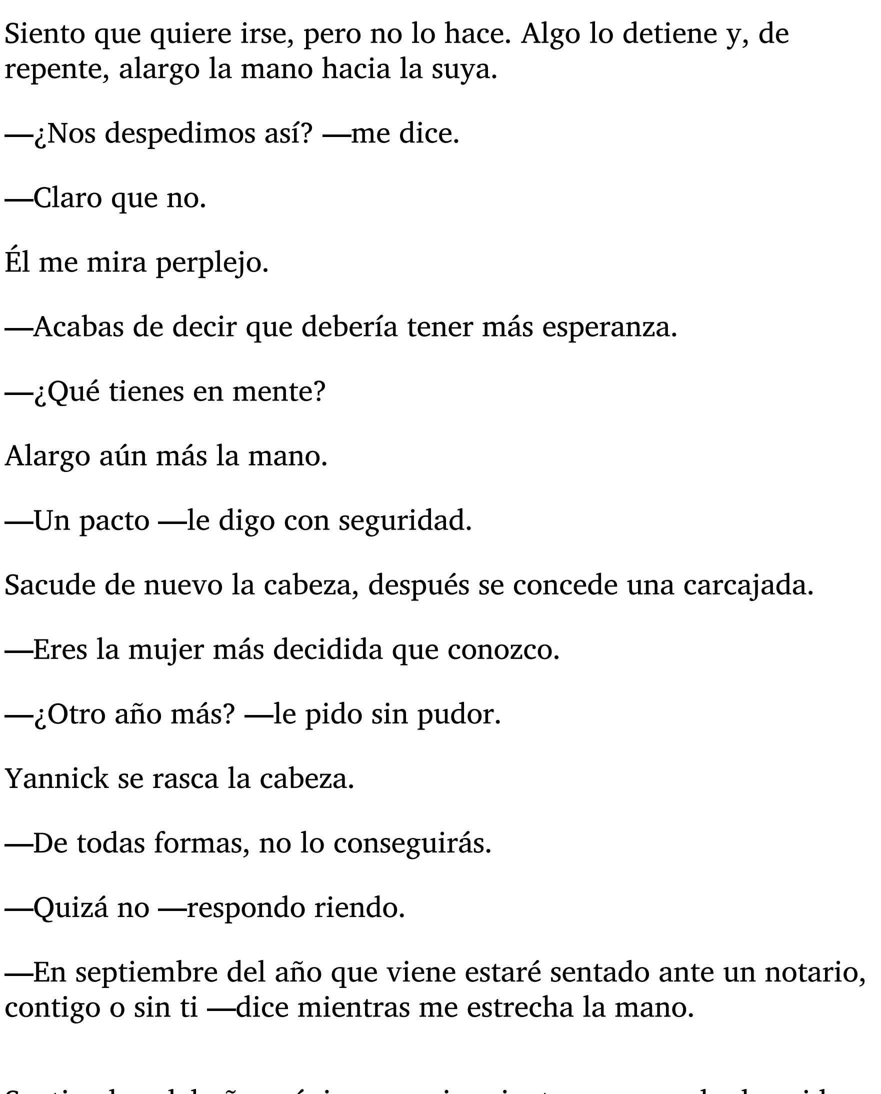
—Detesto el agua salada. —Y no quiero una casa cualquiera, sino solo la que era nuestra—. ¿Y si después los nuevos propietarios decidieran demolerla?

—¿Por qué?

—Si posees algo, puedes hacer con ello lo que quieras.

Yannick baja los brazos, sacude la cabeza.

—A tu edad se necesita más esperanza.



Siento que quiere irse, pero no lo hace. Algo lo detiene y, de repente, alargo la mano hacia la suya.

—¿Nos despedimos así? —me dice.

—Claro que no.

Él me mira perplejo.

—Acabas de decir que debería tener más esperanza.

—¿Qué tienes en mente?

Alargo aún más la mano.

—Un pacto —le digo con seguridad.

Sacude de nuevo la cabeza, después se concede una carcajada.

—Eres la mujer más decidida que conozco.

—¿Otro año más? —le pido sin pudor.

Yannick se rasca la cabeza.

—De todas formas, no lo conseguirás.

—Quizá no —respondo riendo.

—En septiembre del año que viene estaré sentado ante un notario, contigo o sin ti —dice mientras me estrecha la mano.

Septiembre del año próximo, rumio mientras me quedo dormida en el salón sobre el sofá cama de mis padres. Doce meses, pienso el domingo por la mañana mientras desayuno junto a mi padre, que se bebe la leche con la nariz dentro de la taza.

Mi madre está planchando en el salón, puedo verla desde la cocina.

—¿Viste a alguna de tus amigas ayer por la tarde? —me pregunta.

Levanta la cabeza de la plancha y me mira con intensidad.

Asiento, espero a que me pregunte de quién se trata, pero no lo hace. Tiene otras cosas en mente.

—Tu padre y yo nos preguntábamos por qué no cambias de casa en Bolonia.

—Necesito dinero para hacerlo —le respondo con brusquedad.

Es un error hablar de dinero precisamente con ellos y no lo he hecho a propósito, me ha salido sin pensar.

Ella mira a mi padre, que no la mira de vuelta, yo enrojezco hasta la punta del pelo. Me bebo el café e intento arreglarlo:

—No es el mejor momento.

Mi madre no está satisfecha.

—Pero ganas lo suficiente con el abogado —sigue, mientras la plancha echa vapor.

Claro, gano y lo ahorro todo, lo hago por vosotros. Lanzo una mirada a mi padre, que aún se está bebiendo su leche a pequeños sorbos. Cuando era pequeña, en un minuto desayunaba y al instante después ya estaba listo para salir.

—¿Entonces? —vuelve a la carga mi madre.

No sé si me irrita más su insistencia o la lentitud de mi padre, de todas formas, me pongo nerviosa.

—¿Qué tiene de malo la casa?

—Bueno, es un apartamento pequeño —mi padre se decide a abrir la boca.

Pienso en el sofá cama en el que he dormido, en mi madre que plancha en el salón estrecho y en mí que le imploro a Yannick una prórroga.

—Tampoco este es para tanto —suelto.

Mi padre finge no haber escuchado o quizá no lo ha escuchado de verdad.

—Yo estoy muy bien aquí —responde mi madre irritada y está tan enfadada que con un movimiento descuidado con la plancha se quema la muñeca.

Mi padre se levanta, yo corro a taparle la quemadura con un paño mojado.

—No es nada. —Ella le quita importancia y, de hecho, es una pequeña quemadura, pero yo insisto en planchar en su lugar—. De acuerdo, gracias —murmura.

—El deber —respondo con una sonrisa.

Es nuestra forma de hacer las paces a medias, o por lo menos es nuestra forma de decirnos que la discusión «casa», por el momento, está cerrada.

Más tarde, en el tren, intento dormir, pero no puedo. ¿Qué le habría respondido a mi madre si me hubiera preguntado qué hago con todo el dinero que gano? Miro a través de la ventana sucia. Es una tarde de finales de septiembre, los árboles frutales típicos de la región, después del trabajo estival, reposan. Las mentiras cansan, agotan, yo también necesitaría reposar. Pero no puedo, no ahora. Un año para aprobar el examen de abogado, para ahorrar todo y para convencer a un imbécil con corbata de un banco cualquiera que me deje endeudarme.

11

Cuando llego a Bolonia, llueve y esperando en la entrada de casa no me encuentro a Pia, sino a Fausto.

—Pasaba por aquí para ver a un compañero y he pensado en pasar a saludaros —me dice sonriendo.

Está de pie. Lleva un traje azul, camisa celeste planchada a la perfección y, naturalmente, una corbata a juego.

Echo un vistazo al teléfono, donde diez llamadas de mi compañera de casa parpadean, perdidas en el trasiego de la estación.

—He elegido un día horrible —sigue hablando mientras se acerca a la ventana golpeada por una lluvia torrencial.

Por la entrada se ha extendido la fragancia refinada de un perfume de hombre, su caja de herramientas no está.

—Cristi está fuera —digo tragándome el cansancio.

Él desvía la mirada de los regueros de agua sobre los cristales sin dejar de sonreír.

Me meto rápidamente en la habitación, donde la cama plegable comprada para Cristi está cubierta de una capa de polvo, me pongo ropa seca y cuento hasta diez. Cuando llego a once, Fausto aún está en la entrada.

—¿Llamamos a su hija? —Por el esfuerzo de sonar liviana, la voz me sale aguda.

—Ya lo he hecho. Tiene el móvil apagado.

Se me escapa una risilla nerviosa mientras él, sin descomponerse, deja sobre la encimera de la cocina uno de sus sobres habituales con el nombre de Cristi escrito.

—¿Tomamos un café? —le pregunto con la cafetera en la mano.

Al final, me lo ofrece él, en el bar La Torinese, ante los trabajos de restauración de San Petronio. Un lugar de turistas que aumenta mi incomodidad.

—Tengo un favor que pedirte —me dice de repente.

En dos segundos, preparo la respuesta. Ha sido mía la idea de mandarla a Génova, mío el consentimiento de fingir que viviese aún en Bolonia. Pero ha sido de Cristi, solo de ella, la idea de no dejar de amarlo.

Bajo la mirada, Fausto apoya ruidosamente la cucharilla sobre la mesa.

—¿Me harías de guía por la Salaborsa?

—¿El qué? —balbuceo.

—La gran biblioteca que, si no me equivoco, debería estar cerca de aquí.

Diez minutos después cerramos los paraguas chorreantes de agua y recorremos las estanterías, hablando de la última audiencia a la que he asistido. Un episodio de violencia doméstica, un caso brutal que Giannetti ha aceptado a cambio de una compensación ridícula. Mientras le cuento sobre las lesiones que sufrieron la mujer y su hijo, Fausto resopla teatralmente, hace una larga disertación sobre la herencia de nuestra sociedad, sobre la cultura machista, sobre las escuelas que deberían enseñar igualdad. Tantas frases hechas, tantos libros solo ojeados de pasada antes de llegar a lo que realmente le interesa.

—Hablo a menudo con Cristi —me dice con tranquilidad.

Lo sabe, me doy cuenta al instante. Ha entendido el teatrillo. Sobre Génova, sobre las manifestaciones, lo sabe todo y finge.

Estamos encima del suelo de cristal sobre las excavaciones romanas, sus mocasines de piel de gamuza, inadecuados para la lluvia, crujen de manera sutil. El consuelo de un bonito par de zapatos elegantes, de los que no consigo quitar los ojos.

—Está bien —le digo, como si la viera siempre.

—Me hubiera gustado que hubiera probado a estudiar en Londres este otoño. Cerca de su familia.

Unos meses, en una facultad privada. Simple de organizar, si no estuviera el rubito delincuente de por medio.

—¿Por qué no? —digo con neutralidad.

—Lilli —murmura él.

¿Lilli? Evito de nuevo su mirada y observo las antiguas ruinas protegidas por el cristal bajo mis pies. Intento entender a quién tengo delante. ¿A un burgués lidiando con una madre desnaturalizada?

—Diría que puede aprender inglés en Bolonia —sigue él volviendo a sentirse seguro—. O en cualquier otra ciudad —añade luciendo una sonrisa.

No se la devuelvo.

Salimos de la Salaborsa y la lluvia nos vuelve a acoger, el borde de su paraguas roza continuamente el mío mientras nos dirigimos a una parada de taxis.

—Me pareces una mujer fuerte.

Decidida, ha dicho el holandés hace poco más de doce horas. Y ahora fuerte. Solo falta que un taxista me grite que soy valiente. Con un ejercicio innato de buenas maneras contengo una mueca de desaprobación.

—Seguirle el ritmo a Cristi no debe de haber sido fácil.

—Yo no le seguía el ritmo —respondo molesta.

—Por supuesto —se apresura a aclarar Fausto.

Lo miro, su cara afeitada con cuidado no revela emoción.

—¿Está seguro, señor Vitali, de conocer a la hija que le ha tocado?

Él me deja desconcertada al reírse a carcajadas.

—No, no creo conocerla, pero no me ha tocado —precisa entre risas.

En ese mismo momento un taxi se pone a nuestro lado y él, con calma, se desliza en el asiento. Es el momento de la despedida, de las cartas que se recolocan para construir un bonito castillo. Pero Fausto no tiene prisa.

—Quizá ni siquiera tú la conoces del todo —me dice con un tono firme.

—Quizá —respondo sin miedo.

—Quizá solo él la conozca realmente —añade.

En este punto siento un ligero temblor que disimulo con una sonrisa. Fausto la devuelve, yo hago por cerrar la puerta, pero él la sostiene.

—Conocerla, sin embargo, no significa seguirle el ritmo.

De nuevo, esa expresión abominable de cazador en terrenos salvajes. Esta vez no escondo mi irritación, pero él no se detiene.

—Eso requiere cabeza —añade.

Requiere a una mujer valiente y fuerte, pienso yo y, seguramente, también él. Una cabeza como la tuya, especificaría Fausto si yo no le cerrara la puerta en las narices.

12

En noviembre, Giannetti gana un caso muy importante contra el director de una clínica dental gracias a mi intuición. O, mejor dicho, gracias a un control maníaco de todos los documentos adjuntos al proceso que reviso durante una decena de noches. Diez carpetas en las que encuentro una factura que falta y que destapa una espiral de mala fe en la adquisición de materiales de baja calidad, responsables de un foco de infecciones.

—Le doy mi enhorabuena, Giulietta —me dice el abogado entre una rueda de prensa y otra. «Siempre he creído en la juventud», escribe en un sobre que me hace llegar con la secretaria y que para mi gran sorpresa contiene un bono para un viaje de lujo para dos personas a elegir en una famosa agencia de viajes de Via Indipendenza.

—Me preguntaba si sería posible disfrutarlo en forma de devolución —le digo esa misma tarde a la directora de la agencia.

—¿Es decir? —me pregunta desconcertada mientras retuerce un collar de perlas que tiene en torno al cuello.

Es decir, viajar de un continente a otro es el último de mis deseos. Tengo una casa que comprar y dos padres disecados que sacar de un apartamento claustrofóbico encima de un bar.

—Mire, yo no tengo mucho tiempo para viajes en este momento, pensaba coger el dinero ahora —balbuceo. Me estoy poniendo roja, apoyo las palmas de las manos sobre las mejillas—. Y, después, claramente, adquirir el viaje en el futuro.

La señora suelta el collar, que aterriza sobre su chaqueta a la moda.

—Nunca he recibido una petición parecida. —Tengo la punta de las orejas en llamas—. Además, solo el abogado Giannetti, que es nuestro cliente desde hace treinta años, puede pedir la devolución —continúa indignada.

Me esfuerzo por sonreír y no hacer caso al sudor que siento en la cara.

—Claro, qué tonta, tiene toda la razón —mascullo.

Cojo un catálogo y empiezo a hojear. Niños peruanos sonrientes para la foto, leones listos para el safari, y una pareja que se casa con una corona de flores y sus anillos de compromiso lucen sobre un espejo de agua verde.

—Estupendo —exclamo convencida. Después, bajo la voz—. Hagamos de tal manera que el abogado nunca se entere de esta petición —susurro.

—De acuerdo —me responde la señora del collar y yo ya estoy de pie—. De todas formas, no hay prisa, puede planificar su viaje cuando quiera, el bono no caduca nunca. En invierno, le aconsejo las Mauricio. —Sonríe de forma extraña y después añade—: Quizá con su novio.

—Lo tendré en mente —me esfuerzo por responder.

¿Tengo un novio?, me pregunto mientras vuelvo a subir hasta los pórticos de Via Indipendenza con el miedo a verme reflejada en los escaparates, aún roja de vergüenza. Hasta hace unos meses habría respondido: «No, ni siquiera me sirve para nada. No, ni siquiera lo busco». Años atrás habría mirado a Cristi y me habría reído. Pero ahora es diferente, está Alessio. Están los cafés matutinos con zumo de naranja saludable, las reservas en el restaurante para dos, las persianas bajadas de la habitación el domingo por la tarde. Ahora, después del trabajo, hay un hombre que me busca, siempre lo hace con clase, y entre las sábanas nunca decepciona. Quizá ahora tengo realmente un novio, me digo. Un novio que, si llega tarde, avisa. Si deja Bolonia por unos días, justifica su ausencia: un compromiso con los amigos, un convenio. Si no está de acuerdo conmigo, me explica tranquilamente sus razones.

Ya he llegado a Via Rizzoli, levanto la mirada hasta la cumbre de las Due Torri y después la bajo para reflejarme en los escaparates de una librería. El abrigo de color camello que uso para ir al tribunal destaca entre las decenas de anoraks de estudiantes reflejados en el cristal. Claro que tengo un novio. Y es un estudiante brillante que se está especializando en ginecología y que dentro de poco debería conseguir un puesto en las oposiciones al hospital. Me siento casi

tentada a volver sobre mis pasos, afrontar el morro feo de la directora de la agencia con sus perlas y su sonrisilla y decirle que, si se ha creído que soy una mujer sola, sin un hombre con el que tumbarme en las playas blancas de las Mauricio, se ha equivocado de cabo a rabo. Seguramente, Alessio y yo aún no estamos preparados para hacer brillar los anillos de casados en algún lugar de Tanzania, pero somos dos jóvenes profesionales con los papeles en regla para llegar a eso. No hay que descartar nada, quién sabe, me digo mientras abandono la idea de volver a la agencia y prosigo el camino a casa.

En enero, con solo veinticinco años, apruebo el examen de abogacía, Giannetti insiste en regalarme una toga y Pia en organizar una cena de celebración.

—¿Sí o no? —me pregunta ella.

—Sí o no, ¿qué?

—Sí o no, quién.

Sí. Soy yo la que le he puesto en la mano un billete de tren, yo la que le ha dicho que podía irse. No puedo excluirla de esta celebración.

Cristi se presenta directamente en el pub donde ya trabajo un fin de semana al mes y que por una tarde nos alquila gratis una salita.

Fuera está nevando. Ella lleva unas robustas botas de montaña de goma, seguramente compradas en un mercadillo. Un regalo de Mattia, me explica. Pero, a pesar de los kilos de suela fabricada en China, se abre paso entre las mesas ligera como siempre.

Por un instante, vuelvo a ver el montón de billetes que no me he atrevido a volver a mirar debajo del armario. Cientos, miles de botas de calidad.

Cristi se sienta enfrente de mí. Tiene las habituales marcas violetas bajo los ojos, de una camisa vaquera de media manga salen dos huesos largos, tiene el pecho más plano que nunca. Durante la cena se come lentamente un bocadillo, bebe muy poco.

Tampoco yo tengo ganas de beber, mientras tanto Pia, Alessio y un par de amigos abren cervezas con tequila sin descanso.

Las ventanas al estilo inglés del pub están cubiertas de nieve, desde la puerta se ve la tormenta regular y densa como la de los pesebres. Imagino Piazza Santo Stefano enmarcada en blanco, las farolas de hierro llenas de nieve y la ventana de la habitación asediada por el hielo. Quizá está nevando también en el pueblo, quizá solo sobre los cipreses de la ciudad vieja. Busco la mirada de Cristi, que parece que está contando las patatas fritas que le quedan en el plato.

Aún estoy mirando sus ojos de yeso y su pelo largo sin medida cuando siento el codo de Pia encajarse entre mis costillas. Sobre la mesa, delante de mi vaso, ha aparecido una cajita de joyería. Alessio. Dos círculos dorados se me vienen a la mente y se aprietan en torno a mi garganta. Cojo una cerveza de la mesa y me bebo la mitad. Los dedos no se deciden a abrir la cajita y toda la sangre me late en el estómago, que se me pone tenso. Es el miedo a encontrarme en el anular algo que brilla mucho más de cuanto había imaginado.

—Venga, ábrelo —susurra Pia, que sabe quitarse la peor borrachera en un minuto.

Con el agarrotamiento en la tripa que no me abandona levanto la tapa y en el momento en el que veo el cierre de seguridad de una pulsera y mi nombre, solo el mío, vuelvo a respirar. No es oro puro, murmura alguien, en ese mismo momento me levanto y le doy un beso a Alessio. Temo que ni siquiera mi beso sea puro. Él está tan borracho que no le presta atención.

13

Cristi ya no está sentada delante de mí, no está en la sala principal del pub y tampoco en la barra. Con un par de codazos me abro paso entre la gente, en cuanto la veo, la agarro del brazo e intento entrar junto a ella en el baño.

—¿Estáis ciegas? —nos grita un gorila.

No lo conozco, debe de ser su primera noche.

—No —respondo con serenidad.

Él golpea más de una vez con el puño la puerta del baño, donde un cartel que escribí yo dice: «NO SE ENTRA EN PAREJA».

—Mi amiga no está bien —le digo con aire conciliador—. Además, yo trabajo aquí.

El gorila se echa a reír, le hago una señal a un camarero que conozco, pero él en la confusión no me ve.

—Vámonos —le digo a Cristi. Pero ella se planta. Se acerca al chico, son igual de altos.

—Quítate de en medio —le ordena.

—¿Hablas conmigo?

—Te hablo a ti y a tus reglas de mierda —continúa ella enfervorizada.

En ese momento, el gorila le aprieta el brazo, los dedos se hunden directamente en los huesos, yo me quedo sin palabras; mientras, Cristi le da patadas en las espinillas.

—Déjala —grita Gianni—. Son amigas y la morena es camarera aquí.

El gorila la suelta al instante.

—Payaso —protesta Cristi mientras Gianni la mira con desconcierto.

De un golpe abro la puerta del baño y la arrastro dentro. Tiene las mejillas rojas, sacude la cabeza agachada.

—¿Qué te pasa? —le digo con dulzura—. ¿Te pones a pelear con los energúmenos en mi fiesta?

Ella cierra los ojos.

—No soporto a los machitos prepotentes.

—¿Qué es lo que no funciona? —insisto. Aún me zumban en la cabeza las palabras del funcionario de policía sobre la debilidad de Mattia por las mujeres—. ¿Te engaña?

—No.

—¿No te gusta Alessio? —Le estoy haciendo una avalancha de preguntas, preguntar no significa escuchar—. Si no estás bien en Génova, siempre puedes volver aquí.

Ella abre los ojos, se acerca, intenta rozarme los labios, pero yo me alejo.

—No has respondido, Cristi.

Se echa hacia atrás.

—Estoy bien. Solo algunas diferencias de opinión.

—¿Sobre la fidelidad?

—En cierto sentido, sí. —Se apoya de espaldas sobre el lavabo y estira las piernas hacia delante—. También yo tengo un regalo para ti.

—¿Lo desenvolvemos aquí en el baño? —respondo tapándome la nariz.

—Te espera en la habitación desde hace un tiempo.

—¿Qué estás diciendo?

—Coge el dinero de Fausto, el que está en el armario.

Han pasado dos años, pero las palabras de la mujer de Hvar regresan como flechas. «Mucho dinero, al principio, no tuyo». Y también: «El futuro de tu amiga no está en sus manos».

—No vuelvas a decírmelo. —Estoy gélida. Ella sonríe.

—Es mucho, he guardado todos los billetes que me ha dado desde que me reconoció. A mí no me sirven; si no son suficientes, busco más.

—No digas tonterías, salgamos de aquí —respondo con la voz entrecortada.

Sin embargo, Cristi se pone delante de la puerta y vuelve a la carga.

—Esta noche vas a la habitación, lo cuentas y decides.

—¿Qué es? ¿Mi indemnización? —Ahora estoy riendo como una hiena, pero Cristi no lo pilla—. Tampoco a mí me sirven —añado entonces.

—No es así. A ti no te sirve la pulsera, en esa ni siquiera piensas ya.

Suspiro profundamente.

—Ese dinero es tuyo.

—No. Es de Fausto.

—Ya no, te lo ha dado. Úsalo, empieza a trabajar, manda a la mierda a tus padres y elige la libertad.

Los ojos se le salen de las órbitas, está a punto de contradecirme por primera vez y está aterrorizada ante la idea de hacerlo.

—La libertad es otra cosa —dispara.

—¿El qué?

—No tiene nada que ver con el dinero. No tiene nada que ver ni siquiera con las casas.

—Eso es filosofía —respondo irritada.

—Entonces es simple, coge el dinero.

—Escúchame bien, porque no quiero volver a repetírtelo. Nunca cogeré ese dinero.

Alessio abre la puerta de golpe, no habíamos cerrado por dentro.

—Está Mattia, el novio de Cristi, está preocupado por la nieve.

El novio de Cristi. Por unos segundos siento un odio visceral contra Alessio. Ella llega a la salida. Desde lejos veo a Mattia. Se ha quedado fuera, está sonriendo. La puerta del pub está abierta, sobre el pelo tiene restos de hielo, en las calles más allá de los pórticos hay un metro de nieve.

—La chaqueta —digo mientras sigo a Cristi con su anorak en la mano.

Ella no me hace caso y yo me pongo incluso a correr. Y luego sucede una cosa extraña, la revelación que me espera desde que tengo diez años: estoy corriendo en un pub entre la gente, gritando su nombre, agitando la chaqueta con la mano como si fuera cuestión de vida o muerte y, de repente, me detengo. Entiendo que podría correr hasta el infinito, pero que ya he corrido demasiado. Los veo: se están abrazando, de repente son la única imagen que tengo ante mí, no la puedo cambiar. Así como no puedo cambiar la torpeza que poseo desde mi nacimiento, los andares rígidos de mi madre, la soledad en la que han caído mis padres, y también yo. Es la imagen de dos jóvenes que se aman, dos a los que la vida les ha quitado en abundancia, como ha hecho conmigo, pero a los que les ha dejado algo que quizá yo no tengo. Ante tanta belleza se puede morir o dejar morir. No elijo aquella tarde, lo hago en el tiempo que está por llegar. Elijo la primera opción y también la segunda.

Los padres de Alessio son atractivos, discretos y acogedores. Quizá un poco formales, pero en general el primer fin de semana que paso como huésped en su villa de Rímini, algunos meses después del examen de abogacía, va bien.

—Entonces, ¿cómo ha ido la cena? —me pregunta él en cuanto nos quedamos a solas la tarde de nuestra llegada.

—Diría que ha sido perfecta.

Y, de hecho, todo estaba preparado al detalle: la comida, ligera; la disposición de los sitios en la mesa, bien estudiada; las preguntas de sus padres sobre mi profesión, interesadas pero nada invasivas. Tampoco Alessio ha cometido ningún error: atento a rellenarme la copa, tranquilo al contar nuestra primera cita con la obligada omisión del final en la barca y, sobre todo, ningún beso o ningún abrazo de más. Ahora estamos solos él y yo en la habitación que está reservada para mí. Terraza con vistas al mar y cama individual. Habitaciones separadas: un verdadero toque de distinción, diría mi madre. Una formalidad inútil, pienso yo. Una costumbre familiar, amigo o novia reciben el mismo tratamiento, me explica Alessio.

—Entonces, ¿qué te han parecido mis padres? —insiste.

—Se parecen a ti. Muy encantadores. —Me quito los zapatos y la pulsera y me siento a su lado sobre la colcha que despide olor a lavanda—. Son muy jóvenes, sobre todo tu madre —añado. Una mujer bellísima, bronceada, con el pelo castaño y suelto sobre los hombros, y el físico aún definido.

Él se ríe.

—Fui un contratiempo. —Y se vuelve a reír—. La fiesta de los dieciocho años de mi madre.

Yo también me empiezo a reír.

—Nada mal como accidente. —Lo beso durante mucho tiempo, después me separo—. Es tarde, así que levántate y vete a tu

habitación. —Y, como no quiere irse, lo echo a la fuerza.

A la una, cuando, como era previsible, vuelve a mi habitación, aún no me he dormido. A las dos todavía estamos despiertos, normalmente en Bolonia dormimos cada uno en nuestro lado, pero aquí, en la cama de invitados que intentamos que no chirríe, estamos muy apretados.

—Tú siempre tienes cuidado, ¿no? —le pregunto de repente.

La ventana está cerrada, pero la habitación, aunque es junio, está fría. Siempre significa casi todas las noches, ya que en los últimos tiempos raramente duermo en mi casa. Me cubro con la sábana hasta los ojos y espero su respuesta que no llega.

—¿Entonces?

—Obviamente sí.

Sé que es una persona práctica, con los pies en la tierra, también por eso estoy con él. Y también por eso no es uno que habla mucho en mitad de la noche. Pero una respuesta tan breve no me es suficiente.

—¿Seguro? —insisto.

Alessio suspira, después me dice que esté tranquila. Me asegura que no quiere arruinarme la carrera, que no tiene intención de tener familia antes de terminar la especialización y que tiene cuidado desde que es pequeño porque siempre ha sido precoz.

—Pero ahora durmámonos —concluye y apoya la mano entre mis piernas.

Él se duerme, yo no. Y no porque la oleada de garantías no me haya convencido, dada su soltura me creo incluso la historia de su precocidad. Es que la pared contra la que me apoyo para dejar espacio a Alessio está fría y colgado de la pared hay un reloj con manecillas que vibran cada minuto. Además, por si no fuera suficiente, entre mis pensamientos insomnes está también el reloj de Yannick. Ese que tañe siempre en mi cabeza. Ese que, dentro de poco, en septiembre, terminará su cuenta atrás, y ni siquiera una

cena agradable o el calor de la mano de Alessio entre mis muslos podrá frenarla.

Unas semanas después, a finales de junio, Giannetti pierde definitivamente un caso del que yo no sabía casi nada y durante una semana no se deja ver por el despacho. La secretaria me explica que se trataba de defender a una cadena de supermercados contra los pequeños productores de manzanas que estaban convencidos de haber sido explotados. Un trabajo difícil para un viejo amigo que el abogado ha preferido gestionar solo. No añade nada más, pero el aire que respiro cada vez que entro en el despacho es pesado y me paso tres noches redactando listas de abogados de la ciudad. El sábado por la tarde, mientras voy al pub, la secretaria me convoca en el despacho.

—Mañana por la mañana.

—¿Domingo?

—Es importante —me responde avergonzada.

Después de haber dormido solo dos horas, voy vestida de punta en blanco, con el mejor traje que tengo y sin haberle dicho una palabra a nadie. Primero paso por una pastelería y compro una bandeja de pastas para la secretaria, un gesto provinciano, pero no pretendo irme sin dejar huella y esa mañana debo de estar realmente asustada para no encontrar otra mejor.

Sin embargo, el abogado está solo, me recibe sin demasiados rodeos directamente en su despacho. Las pastas son transparentes a su mirada taciturna, no para mí, que sigo sosteniéndolas cual piedras sobre las rodillas.

—Giulietta —empieza con gravedad—, ya sé que cuando se trabaja tanto no se tiene tiempo para la familia.

—Sí —murmuro.

—Los hijos absorben nuestra atención. Si un niño realmente enferma, todo, incluso el caso más importante, pasa a un segundo plano.

Durante un momento vuelvo a escuchar a mi madre, que todas las veces en la estación, antes de despedirnos, me dice: «Ten cuidado, por Dios, sería una gran lástima».

—Sí. —Me aclaro la voz—. Tiene razón, abogado.

—Por no hablar de cuando son adolescentes y por la noche se queda uno despierto esperando a que vuelvan.

Le interrumpo.

—Yo no quiero hijos.

Lo digo con vehemencia, lo pienso de verdad. En ese momento no puedo prever que en mi vida futura las cosas irán de otra manera.

Giannetti se detiene, es más, sonríe, después sacude la cabeza.

—No estaba hablando de usted.

Lo miro confundida y él se explica mejor.

—He trabajado toda mi vida, en el momento adecuado no tuve hijos, porque no me apetecía. No los quería. Después, ese momento pasó y las ganas de tenerlos volvieron cuando era demasiado tarde para mi mujer.

Es la primera vez que el abogado nombra en mi presencia a su esposa; la he visto pasar muchas veces por el bufete, una mujer con clase. Están muy unidos, me dijo la secretaria un día durante una pausa.

—Ahora, a los setenta y siete años, me encuentro con un imperio, empiezo a perder algunos casos y no tengo sucesor.

—¿Quiere cerrar? —Las referencias, pídele referencias, pienso alterada.

—No.

Retuerzo el lazo de la bandeja de pastas hasta cortar la sangre de mis dedos.

—Querría a un joven merecedor al que permitir entrar en sociedad con una cuota simbólica —dice.

Un joven. Siempre la misma historia, en todas partes, siempre los hombres primero.

—¿Un varón? —le pregunto a quemarropa.

Un varón, qué expresión tan ridícula, querría hundirme hasta volver a los pupitres de la pequeña escuela primaria donde era la campana de la iglesia la que nos indicaba que las clases habían terminado. Giannetti no se ahorra ningún gesto de irritación.

—Señorita, hoy su perspicacia me decepciona.

No es una cuestión de perspicacia, es cuestión de inseguridad y, a decir verdad, también de estadísticas, porque durante los últimos años siempre he perdido. La casa, la lucidez de mi padre, a Cristi.

—Entonces —me dice resoplando—, ¿qué quiere hacer? La creía más determinada.

El tono tajante del abogado me golpea, suelto el hilo de plata de las pastas. Sobre las yemas de los dedos hay un surco blanco y las puntas están moradas. Siento cómo la sangre vuelve a fluir por mis dedos.

—¿Dos euros son suficientes para una cuota societaria? —pregunto seria.

—Ahora la reconozco —me dice él estrechándome la mano.

Este es el gran paso que doy con solo veinticinco años hacia mi albaricoquero, con la incredulidad y la alegría de un cojo que ha recibido un milagro y que aquella tarde, para celebrarlo, ofrece una cena y una poscena a su novio.

—Si no me hubieras insistido para que diera mi currículum a Giannetti cuando nos conocimos, todo esto no habría ocurrido. Te debo tanto.

Estamos en la cama de Alessio, con la ventana abierta, botella de

Franciacorta vacía en el suelo. De la planta trepadora que recorre la pared del edificio llega un aroma embriagador a jazmín.

—Dejo el trabajo en el pub —sigo—, aún no me lo creo.

—Te lo mereces —me dice él mientras se pone encima de mí.

—Creo que te amo —susurro.

Él me mira serio, siento su cuerpo que se pone rígido sobre el mío. Después, se levanta de golpe, tumbada lo miro forcejear con un cajón de la mesilla.

—Las puedes usar siempre que quieras —me dice, y deja sobre mi tripa un manojo de llaves.

Siento el frío del acero sobre el ombligo. El año pasado me inventé mil excusas para no aceptar las llaves de su casa. Ahora, lentamente, las aprieto y cierro los ojos, me concentro para no distraerme con los recuerdos, no ahora que sé lo que está a punto de decir. Y, de hecho, Alessio no se hace esperar.

—Te amo, Giulia —me dice en voz baja.

Aguardo unos segundos y después me decido a abrir los ojos. Alessio no ha huido y no me mira deseoso de una respuesta. Está sentado en la cama y simplemente sonríe. Así como, simplemente, desde hoy ya no soy la ayudante de un despacho de abogados, sino la socia de uno de los abogados más famosos de Bolonia. Ya no soy una que pierde trozos de sí misma en la estación, que vacía cajones en una habitación de estudiantes universitarias. Desde esa tarde soy una mujer que celebra las victorias con copas de Franciacorta, una mujer que podrá entrar en la casa de un hombre enamorado todas las veces que quiera. Meto las llaves en mi bolso a los pies de la cama, después respiro profundamente. El aire que exhalo produce un viento extraño sobre mi piel. Es el viento del cambio. Las palabras me salen solas.

—Yo también te amo.

15

Desde aquella noche olvido que en el apartamento de Alessio existe un timbre: uso las llaves todas las tardes, aunque él esté en casa, aunque no me espere. Hay un gancho en el perchero reservado para mi bolso, una balda para mí en el zapatero y algún libro de Derecho sobre la mesilla de noche. El hecho de que Mattia, un sábado a las ocho de la mañana, me encuentre en mi apartamento es pura coincidencia, es más, es la descarada suerte que él tiene todas las veces que se le mete algo en la cabeza. Esta vez, su idea es dejarme a Cristi durante el fin de semana.

—No es posible —me limito a decir.

Mattia me mira fijamente sin parpadear. Estoy en camisón, nos encontramos en el umbral de mi edificio, mientras Cristi permanece en el coche (un Golf anaranjado lleno de golpes) hablando por teléfono. No la veo desde hace meses, justo desde la tarde de la fiesta.

—Son solo dos días —insiste.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Me estás diciendo que no tienes un fin de semana para ella?

—No se trata de eso —le respondo perdiendo la paciencia—. No tengo tiempo. Estoy en casa solo porque tengo una audiencia que preparar para el lunes. —He decidido dormir en mi casa precisamente para estudiar en la concentración absoluta de mi habitación—. Un trabajo serio —puntualizo con aspereza.

—Me lo creo —masculla él con una mirada torva—. Pero esto significa que te quedas en Bolonia y, por lo tanto, no debería ser un problema hospedar a Cristi.

Apoyo la espalda contra el portón. Sus descaradas deducciones me están debilitando, necesito una ducha fría y unas horas de trabajo eficiente. Intento cambiar de tono.

—¿A dónde tienes que ir? —le pregunto con aire más conciliador.

—A Roma, tengo una reunión importante. Mañana por la tarde paso a recogerla.

Lanzo una mirada a Cristi, que aún está en el coche y sigue al teléfono. Ella haciendo largas llamadas es casi más sorprendente que el hecho de que Mattia me la quiera endosar como a una hija.

—¿Por qué no podéis ir juntos y quizá también dar un paseo por Roma?

—Demasiado largo de explicar. No lo entenderías.

La debilidad por las mujeres, dijo el funcionario riéndose.

—¿No podías haberla dejado en Génova?

Mattia me observa inquieto, después deja caer los hombros.

—Sería demasiado complicado explicártelo ahora. Por favor, acógela —baja la voz al responderme.

En la práctica, no tengo el derecho de saber nada, pero tengo que aceptar que mis planes de trabajo son menos importantes que sus líos. Sacudo la cabeza. Pienso en los expedientes que me esperan y en lo que me vería obligada a decirle a Alessio para explicarle la sorpresa. En el momento en el que estoy a punto de decir que no definitivamente, Cristi sale del coche con una mochila al hombro, viene hacia mí, roza la mano de Mattia sin besarle ni decirle ni una palabra.

—Gracias, Giulia —dice él taciturno, en cuanto Cristi ya no puede verlo.

—Lo hago por ella —respondo entre dientes. Lo hago porque ha decidido ella con su habitual don de la oportunidad, debería decir.

Mattia se va en su Golf, nosotras subimos a casa sin intercambiar palabra. Ahora que estamos a solas, sentadas en la cocina, me siento cohibida, ella está distraída en sus pensamientos.

—Bueno —farfullo mientras preparo el café—. Tengo que trabajar durante unas horas, pero después podemos hacer un poco de

turistas.

Cristi asiente, tiene el pelo sucio con mechones compactos que le cubren la cara. No tiene ganas de hablar, de visitar nuevos lugares.

—Él es así, es bastante cabezota si decide algo —me dice.

—¿Habéis discutido? —le pregunto.

—Quizá.

Me pongo nerviosa.

—Maldita sea, Cristi, desapareces durante un mes, te dejas descargar aquí como si fueras un paquete. Todo es absurdo, dime qué está pasando.

—No me quería con él.

—¿Por qué motivo?

—Porque a veces no pensamos de la misma manera.

Estoy igual que antes.

—Explícate mejor.

Esta vez ella no responde, se acerca y le da un mordisco a una galleta que tengo en la mano.

—¿Puedo tumbarme en tu cama?

Evito la mirada y tiro la galleta mordisqueada.

—Solo un poco, estoy muy cansada.

Sin responder, voy a la habitación y Cristi me sigue. Después, corro las cortinas, hago intención de coger sábanas limpias, pero ella me detiene la mano con una sonrisa. Se desnuda y en bragas se tumba sobre mis sábanas con los ojos cerrados.

Cuando se despierta, dos horas después, está nerviosa. Yo estoy preparando lentamente la audiencia, ella se recoge y se suelta el

pelo sin motivo y, por primera vez desde nuestra infancia, me hace un montón de preguntas sobre Ida.

—¿De qué color era el mandil más remendado?

—Verde.

—¿El pollo lo conseguía de un campesino de la ciudad vieja?

—Sí. La leche, por otro lado, de una fábrica cerca de las caballerizas.

A cada respuesta conocida, respira. A cada pregunta, me aprieta el brazo como si tuviera que tirar de su memoria.

—¿Sabían todos en el pueblo que no era capaz ni siquiera de firmar?

—¿Qué cambia eso?

—Cambia.

Suspiro.

—Que supiera escribir o no, no le importaba a nadie.

—¿Era la única que no se preocupaba de las notas?

Esta vez resoplo y cierro los expedientes de golpe, pero ella repite la pregunta.

—Sí —me decido a responder.

Me levanto. Si quiere escuchar de mí que su madre se preocupaba solo por eso, ni siquiera por darle de comer o llamarla, estoy dispuesta a decírselo, porque Lilli no me gusta. Pero Cristi corre al baño, siento el agua de la ducha estallar durante unos minutos y cuando vuelve a la habitación está vestida y ya ha llegado a la conclusión.

—¿Tú podrías comportarte así con tu hijo? —me pregunta.

—Claro que no —le respondo de golpe.

Se ha anudado una camiseta a la altura del ombligo y se ha puesto los vaqueros sin secarse, los ojos son más verdes que grises y también están mojados. Con la excusa de recoger unos papeles del suelo me inclino para rehuir su mirada, si pudiera no volvería a levantar la cabeza y me quedaría contando las piedrecitas del suelo estilo años cincuenta hasta el regreso de Mattia. Sin embargo, Cristi se inclina un poco hacia mí y me apoya una mano en el hombro. Lentamente me levanto y ella sonríe. Después, abre la ventana y se enciende un cigarrillo.

—Perdona —dice mientras lo apaga en el alféizar.

No digo nada.

—¿Has pensado alguna vez que las dos somos hijas únicas? —sigue hablando mientras se mete el cigarrillo medio quemado en el bolsillo.

Ahora la miro fijamente, sus ojos y su maldita costumbre de meterse cosas en los bolsillos: cigarrillos, huesos de fruta, corazones.

—¿Por qué hablamos de hijos? —balbuceo—. ¿Estás embarazada?

—No.

—¿Quieres hijos?

Ella desvía la pregunta.

—¿Tú?

—Por supuesto que no.

Se recoge el pelo hacia un lado, después acaricia el mío. Intento deshacerme de sus dedos, que se mueven nerviosos por mi cabeza.

—Mattia los querría.

—¿Y tú?

—A veces, también yo. —Estoy petrificada y ella añade—: Pero no

puedo, no soy capaz.

Ahora la respuesta más fácil sería: sois jóvenes, podéis esperar. La de mi madre: al menos termina la universidad. La de verdad: claro que eres capaz.

—Yo tampoco soy capaz —respondo. Vuelvo a pensar en la conversación nocturna con Alessio en casa de sus padres—. Y, en realidad, tampoco los quiero —añado decidida.

Cristi se sienta a mi lado, con el índice sigue el dibujo de mis pecas sobre la cara.

—No es así —susurra mientras yo le dejo hacer—. Tú quieres, porque formas parte de esos que quieren dejar huella. Una especie de ladrillo con tu nombre. Solo que ahora lo ves todo negro y no piensas en ello.

Se vuelve a levantar, abre el armario y ante la visión de sus ahorros intactos sacude la cabeza.

—No quiero volver a hablar de ese dinero —susurro.

Su pelo disiente de forma brusca.

—Entonces, quemémoslo cuando llegue el frío —dice, después se da la vuelta y cuando nuestros ojos se encuentran se está riendo.

—Esta noche te dejo la habitación —murmuro con un hilo de voz, porque lo que acaba de decir me ha desconcertado en lo más profundo y porque ahora, con el Golf anaranjado de Mattia aún en mis pensamientos, la idea de tocarla incluso solo por error me da escalofríos.

Cristi no pone objeción.

Después, consigo evitar a Alessio con la promesa de ir a su casa más tarde.

—¿Por qué no cenamos juntos? —me pregunta por teléfono.

—Pia está sola —respondo poco convencida.

Él se ríe.

—Tengo un amigo que le podría hacer compañía.

—Preferimos estar un poco entre mujeres —respondo, pero el tono me sale serio.

Alessio se da cuenta.

—¿Problemas?

—No, es que… —no querría decírselo, pero dudo—, también está Cristi.

Le cuento que ha llegado por la mañana, pero evito contarle mi conversación en camisón con Mattia. Demasiado difícil de explicar por teléfono, mejor en persona. O quizá mejor evitarlo del todo, dejar a Alessio fuera de los problemas de Cristi y de mi incapacidad para decirle que no.

Él se queda unos segundos en silencio. Después, dice cortante:

—Pensaba que te tenías que preparar para el lunes.

Amortiguo:

—Por suerte he conseguido trabajar y voy bien.

—Bueno —duda—, entonces pasaréis la tarde las tres juntas, como en los viejos tiempos.

Las tardes de los viejos tiempos eran, sobre todo, entre dos. Al menos esas que tengo en mente y, quizá, a juzgar por su tono triste, un poco también él.

—Después de cenar voy a tu casa —me apresuro a decir, y realmente no tengo ninguna intención de vagar con Cristi por las calles y los parques del centro—. Si estás fuera, te espero despierta —añado con dulzura.

—Como quieras.

Siento que quiere colgar, antes de despedirse consigo mandarle un beso.

La historia de Pia no es una mentira, también ella está con nosotras en una trattoria de Via del Pratello. Cristi va de acá para allá, de la mesa al patio, a fumar cigarrillos, mientras nosotras pedimos tagliatelle al ragù y un litro de tinto.

—¿Planes para el verano? —pregunta Pia cuando estamos sentadas las tres.

—Este verano tengo abierto el bufete —respondo en primer lugar—. Durante los fines de semana iré a Rímini.

Y antes de la fiesta de Ferragosto ya tengo cita con una decena de bancos, después, con Yannick. Pero esto, que es mi mayor comedura de cabeza y el único plan de verdad que tengo para este verano, no lo digo.

—Giulia irá a Rímini a casa de los suegros mientras yo pasaré todas las fiestas en el hospital —se ríe Pia. Cristi no me mira, no se ríe.

Ahora le toca a ella:

—Del doce al veintiuno de agosto en Tellaro.

—Tellaro, ¿qué es? —pregunta Pia.

—¿Por qué esas fechas? —me adelanto yo—. ¿Por qué con tanta precisión?

Cristi baja el tenedor y levanta la voz para hablar por encima de las conversaciones de los demás clientes. Tellaro es un pueblo encajado en un escollo del mar de Liguria. La iglesia en saliente es golpeada por el mar, pienso mientras ella sigue hablando.

—Hay una pensión, Le Vele. Habitaciones grandes, mucho aire, baños comunes.

—¿Y el gentío de los bañistas en agosto? —pregunta Pia.

—Nos da igual.

A mí también me da igual su cama desde la que se puede ver el mar. Los peñascos alargados que por la tarde se vacían y son tan llanos que se puede dormir en ellos. La idea de Cristi y Mattia que reservan un hotel suena extraña. Agudizo la voz:

—¿Cómo es que ya habéis elegido las fechas?

Pia no presta atención a mi pregunta, Cristi se bloquea en una sonrisa. No la suya, una especie de gesto forzado.

—Una idea de Mattia —se limita a responder.

Pero hay algo que no tiene sentido. Cristi con su sonrisa torcida, la obsesión por Ida y las vacaciones programadas con antelación no me convencen. En cuanto Pia se levanta para hacer una llamada, me cambio de sitio y me siento a su lado.

Miro su plato aún lleno.

—¿Por qué estás tan alterada?

—No lo estoy.

—Pero no has ido a Roma con Mattia.

—Ya te lo he explicado, no estaba invitada a la reunión. Mejor así, muchas palabras y ningún hecho.

Con el tenedor elige un trozo minúsculo de carne que lentamente se lleva a la boca.

—¿Qué querías decir antes?

—¿Cuándo?

—Cuando has dicho que no serías capaz de tener hijos.

—No lo sé. He dicho lo primero que se me ha pasado por la mente.

—¿No me estás ocultando algo?

Ahora ya no pienso en los hijos, estoy pensando en la discusión de hace unos meses con el portero, en las patadas en las espinillas, en el asco por el dinero de Fausto, en Mattia que me da las gracias con un aire triste después de habérmela dejado en casa.

—¿Qué es toda esa historia de los hechos? —la apremio—. ¿Qué hechos necesitas? ¿Te estás metiendo en problemas?

Cristi deja a un lado definitivamente el tenedor y hace un gesto de no moviendo su melena rubia. Solo no, nada que esconder, nada que declarar. Si el testigo se muestra reticente, fíjese en lo que deja ver a través de la mirada, de los movimientos de las manos, de las sonrisas, dice siempre Giannetti. Y del pelo, en su caso.

—Ten cuidado con el odio —le digo entonces cortante, y no me da tiempo a terminar cuando Cristi ya me ha respondido.

—Tú también.

16

Mattia, como había prometido, vuelve a recoger a Cristi al día siguiente y yo, como tenía planeado, me paso los meses siguientes trabajando. El verano en la ciudad, para mí, que he nacido en un pueblo, sobre un río y bajo un bosque de abetos, no puede ser una estación de verdad. Es una especie de intervalo, un contenedor de calor que aquel año respiro con las ganas de que Ferragosto se pase y con la angustia de visitar a los empleados de los bancos para la hipoteca, mientras la hierba de los parques amarillea y los estanques se llenan de gente.

Alessio tiene tres semanas de vacaciones: una la pasa en Barcelona con amigos, las otras dos en casa de sus padres.

—Algún día de vacaciones te podrías coger —me dice un domingo por la mañana.

Estamos en Rímini, en la playa. Sobre nosotros el cielo está despejado y el agua del mar, con la complicidad de un ligero viento, está ondulada y limpia.

—Llegaste ayer por la tarde muy tarde, quédate al menos hasta mañana —sigue.

Me levanto de la tumbona, me ajusto el bañador, un bikini negro que me ha regalado su madre, y voy a tumbarme a su lado.

—Realmente no puedo —murmuro.

Él sacude la cabeza y deja el tema. No por mucho tiempo, porque una hora después, mientras paseamos por la orilla, vuelve a la carga.

—¿Es por el trabajo o hay algo más?

Me detengo, con la mano me protejo de los rayos del sol y le miro a los ojos. Están tristes, está tenso.

—No hay nada más —le digo inmóvil.

Y es la verdad, al menos de eso que entiende él por algo más: otro hombre, otra historia. Retomamos el paseo, su mano se relaja en la mía. La misma mano que esta noche me ha acariciado en la habitación de invitados con la brisa del mar que entraba por la ventana. No quiero a otro. La sola idea de que me toque un compañero o de recuperar a alguno de los muchos conocidos de los años del pub, ahora que tengo todo esto, me repugna. Por otra parte, no consigo pensar en vacaciones. No con el coste de perder la compensación extra que he pactado con Giannetti por el descomunal trabajo de verano. Y, sobre todo, no con la cuestión de Yannick que se acerca y de la que no tengo ganas de hablar.

Esa tarde, por primera vez, cuando me subo al tren a Bolonia, ante la expresión un poco abatida de Alessio, siento la tentación de bajarme. Durante unos minutos permanezco de pie ante la ventanilla abierta.

—Quizá el próximo fin de semana me quede —digo, o quizá solo lo he pensado.

Mejor así, porque a la mañana siguiente, enterrada entre los folletos informativos y las cláusulas humillantes de los bancos que leo y releo, ya he cambiado de idea. Las filas de sombrillas, los chapuzones de Alessio y los regalos de su madre me parece que están mucho más lejos de los cien kilómetros que nos separan.

Durante aquel periodo en el trabajo también está la secretaria. Mientras la ayudo a organizar los papeles, día tras día, observa mi esfuerzo con una mezcla de admiración y nerviosismo. Si cometo un error, susurra que ordenar cosas no es propio de licenciados; si lo hago bien, corre para traerme un zumo de naranja recién exprimido o un helado de café.

A veces abre una carpeta y dice: «De este me acuerdo»; o bien: «Esto era en los años sesenta, yo estaba estudiando el bachillerato y en Bolonia se disparaba con facilidad, no se sabía bien quién tenía razón». Cuando por la tarde se va a casa aconsejándome que haga lo mismo, yo le respondo que salude a sus hijos y a su marido de mi parte y, por supuesto, me quedo. Bajo la temperatura del aire acondicionado, llamo a Alessio, después pido comida china que un

chico sudoroso me entrega para que la devore en mi escritorio. Mientras como, redacto la lista de los bancos y las correspondientes condiciones que afrontar para endeudarme. En cuanto termino tiro los envases en la papelera de la calle y apenas recuerdo si he comido espaguetis de soja o raviolis de gambas. Después vuelvo a la oficina, me tumbo sobre un sofá y espero a quedarme dormida con el frío del aire acondicionado, a despertarme de golpe y a volver a casa a pie para terminar la noche.

De vez en cuando, sobre todo cuando cruzo la plaza de debajo de casa o en el instante mismo en el que giro la llave del portón, me digo que debería llamar a Cristi y ponerla en guardia, porque la idea de quemar el dinero de Fausto no es buena ni en broma. Me digo que para ella también he sido una especie de hermana y, justo por eso, debería sugerirle que dejara a un lado los incendios, debería ordenarle que no se metiera en líos. Alguna vez cojo el teléfono, llego incluso a buscar su número, pero después pienso que el verano no es la estación de las explicaciones, no para nosotras. La llamaré en septiembre, me prometo a mí misma. Y sé que estoy escondiendo la cabeza debajo de la arena, en lo más profundo del desierto, cerca del aceite negro.

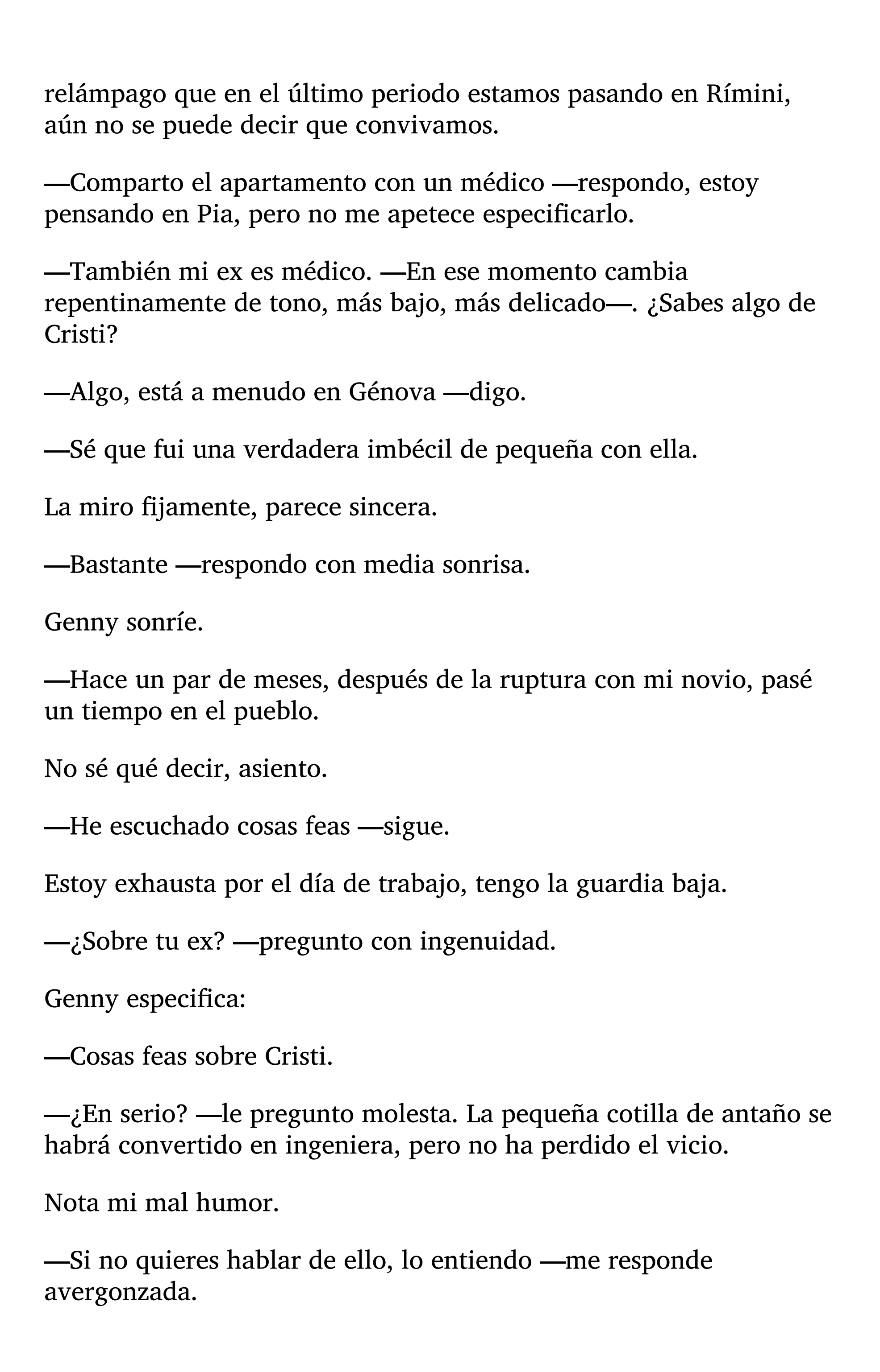
La primera tarde que me decido a seguir el consejo de la secretaria que, además, es el mismo que el de mi madre —hacerme una cena sana, dormir bien una noche sin despertarme sudada en medio de papeles— me encuentro a Genny a la salida del supermercado. No nos vemos desde el primer año de universidad. Es ingeniera, desde hace unas semanas tiene un puesto precario en una fábrica que hace máquinas para embalaje, en la mano lleva una bolsa de la compra que es por lo menos tres veces la mía.

—¿No tienes vacaciones? —le pregunto.

Me responde con un resoplido. Después, lanza una mirada a mi pobre bolsa.

—Vivo aquí sola —me dice señalando Via Lame—. ¿Tú vives con alguien?

Pienso en las llaves de casa de Alessio y en los fines de semana



relámpago que en el último periodo estamos pasando en Rímini, aún no se puede decir que convivamos.

—Comparto el apartamento con un médico —respondo, estoy pensando en Pia, pero no me apetece especificarlo.

—También mi ex es médico. —En ese momento cambia repentinamente de tono, más bajo, más delicado—. ¿Sabes algo de Cristi?

—Algo, está a menudo en Génova —digo.

—Sé que fui una verdadera imbécil de pequeña con ella.

La miro fijamente, parece sincera.

—Bastante —respondo con media sonrisa.

Genny sonríe.

—Hace un par de meses, después de la ruptura con mi novio, pasé un tiempo en el pueblo.

No sé qué decir, asiento.

—He escuchado cosas feas —sigue.

Estoy exhausta por el día de trabajo, tengo la guardia baja.

—¿Sobre tu ex? —pregunto con ingenuidad.

Genny especifica:

—Cosas feas sobre Cristi.

—¿En serio? —le pregunto molesta. La pequeña cotilla de antaño se habrá convertido en ingeniera, pero no ha perdido el vicio.

Nota mi mal humor.

—Si no quieres hablar de ello, lo entiendo —me responde avergonzada.

No quiero hablar de ello, pero soy curiosa y quiero escuchar. Intento eliminar toda huella de hastío de mi cara.

—Al contrario, adoro las charlas de pueblo. —Apoyo la bolsa en el suelo y me froto las manos—. Entonces —continúo con insolencia—, ¿qué se dice en el pueblecillo de lo que ocurre en Liguria?

Al principio no escucho, solo pienso en mi madre, que se cose la boca con tal de no dejar que se le escape nada, en la maldad de las serpientes que agujerean los Apeninos y van del este al oeste, de una década a otra, cuando menos te lo esperas. Genny, mientras tanto, con tono afligido sigue contándome. Mientras lo hace, tiene la mirada baja y evita comentarios, ya no parece la muchacha malintencionada de antes. Con el aire arrepentido de quien ha errado al sacar el tema, me habla rápido de centros sociales y de Mattia que la ha arrastrado a malas compañías. Yo asiento una y otra vez, con una expresión divertida, como diciendo que son cosas que ya conozco, es más, son presunciones arrogantes.

—Quizá también se mete en peleas —intervengo con aire falsamente serio.

Genny capta la ironía, duda durante unos segundos, está a punto de renunciar, pero después baja la voz más aún:

—Dicen que se ha convertido en una que se mete en las manifestaciones solo para crear disturbios. Peor que él.

La imagen de Cristi golpeando las piernas del gorila del pub se superpone a la de la cara seria de Genny.

—¿Con la capucha negra y la porra? —pregunto, y se me escapa una carcajada excesiva.

—Puede ser.

También yo me pongo seria, las risas interrumpidas bruscamente me dejan las mejillas rígidas.

—La verdad —le digo recogiendo con un gesto torpe mi bolsa de la compra— es que siempre la habéis odiado.

17

—En su opinión, ¿una niña falsa puede convertirse en una mujer sincera?

Ante mi pregunta la secretaria se queda de piedra. Normalmente hablamos de audiencias, del tiempo y, a veces, si a ella le da por ahí, del humor diario de Giannetti. Desde luego, no discutimos sobre psicología infantil.

—No sabría qué decirle, abogada —tartamudea con vergüenza.

Después, con una excusa, cambia de habitación y cuando vuelve habla sin parar de un caso de los años noventa, casi sin respirar con tal de no dejarme abrir la boca, con tal de no arriesgarse a volver sobre el tema. Yo no escucho ni una palabra y por culpa de pensar en el encuentro en el supermercado me confundo al catalogar documentos.

Por la tarde, al teléfono, vuelvo a repetir la pregunta a Alessio. Él se lo toma a risa.

—¿Estás trabajando en el bufete o haciendo de niñera? —me pregunta. Yo me escabullo, me invento algo que hacer y termino enseguida la llamada. Con mi madre podría ser más explícita, le podría preguntar si Genny es la imbécil de entonces, que con tal de cotillear echa leña al fuego, o si se ha vuelto honesta.

No hace falta preguntarlo, ya lo sabes, diría mi padre si no estuviese tan aletargado por las pastillas. Y, de hecho, no es necesario molestar a mi madre. Es suficiente con volver a pensar, en el calor de la noche, en cómo estaba Genny mientras me contaba sobre Cristi, en su vacilación, en su mirada baja, en la ausencia de sonrisillas malintencionadas, para estar segura de que no había mala fe en sus palabras.

—Capucha negra y porra —gruño cuando en el desayuno me quemo con la leche hirviendo y, a pesar de mis esfuerzos, vuelvo a ver la expresión torva de Mattia que me da las gracias por haber hospedado a Cristi.

Si fuera la madre de Cristi, no Lilli, una madre de verdad, dejaría el café a un lado, agarraría el teléfono y le pediría explicaciones de su propia voz. Si fuera su hermana, iría directamente a la estación y la sacaría de la cama en Génova antes del alba, solo para que me dijera cómo están las cosas. Si fuera solo la amiga que fui de niña para ella, me encontraría con Mattia y le rogaría que la dejara fuera del ambiente. Si fuera la amante que he susurrado ser durante noches a su lado, le diría a Mattia que, si algo no funciona, puedo ayudarle, pero una punzada en el estómago me recuerda que no sé qué soy para ella. Paso los días que siguen al encuentro con Genny trabajando y haciendo que me echen sin resultados de los bancos de Bolonia. A cada rechazo trazo una línea que agujerea la lista. A la décima tachadura, el día antes de Ferragosto, cojo un tren que me lleva al pueblo, a casa de mis padres.

En cuanto llego, me invento una excusa para salir y corro hasta la vieja casa. Me siento sobre el muro candente del cercado. Dejo que mis muslos crepiten mientras con los pies pisoteo las amapolas marchitas. No busco la sombra de las ramas salientes del jardín, de todas maneras, mi piel resiste al sol, le salen manchas, pero no se quema. Es la tripa la que aún me duele, un dolor profundo que desde el pubis me llega hasta el esternón y me produce escalofríos.

Cojo el teléfono, Pia responde al primer tono, en dos palabras le suelto mis síntomas.

—En tu opinión, ¿me está dando un infarto?

Ella está en el hospital, su voz suena lejos por el ajetreo de fondo.

—Escucho mal, repíteme qué tienes.

Se lo resumo.

—Tranquila. Quizá has estado demasiado cerca de un aire acondicionado. Nada de infartos —me responde con media carcajada—. Pero puedes pasarte a verme al hospital en los próximos días, aunque aquí, entre fiestas y poco personal, todo es un desastre.

—También mi vida es un desastre —murmuro, pero ella ya ha colgado.

Durante unos minutos miro el móvil, después levanto la mirada. La ventana de la casa de Ida ha sido tapiada, el patio de delante de la pequeña iglesia de Santa Lucía es una cuenca carente de sol. También el jardín de mi casa, que Yannick este verano ni siquiera ha abierto, está descuidado. Falta una verdadera garantía, sigue repitiéndose en mi cabeza la voz del último empleado del banco que he visto. A su favor, debo decir que al menos ha dicho que lo sentía.

Que se vayan al infierno los gobiernos, los capitalistas y también los que protestan en contra.

Pasan las horas y en mi cabeza incandescente el único pensamiento que aún está completo es sobre las campanas. Las de Santa Lucía, que ya no suenan. Alguien ha decidido pararlas, mi madre debe de habérmelo dicho por teléfono en medio de uno de sus desahogos sobre iglesias cerradas bajo llave. Quizá tenía el teléfono lejos de la oreja, quizá pensaba en otra cosa.

Miro mi reloj de pulsera. Es suficiente. Ninguna campana para marcar los días ni siquiera en los rincones de provincia. La ciudad vieja es una ruina, la hierba ha invadido los jardines, un par de casas se han derrumbado, la torre del reloj está cubierta por un telón publicitario. No sirve el tañido del tiempo, si todo ya es memoria. Pero aún quedan algunas señales de vida, me dijo mi madre ayer por la tarde. Solo porque en la calle que lleva a los establos, una pareja ha comprado unas ruinas. Detesto los pueblos abandonados, tanto como a los bloques negros que arrasan las ciudades. A mí tan solo me interesa el último reducto del mundo sencillo, la casa que me pertenece.

Alguien debe de haberse saltado el muro para recoger albaricoques, no hay frutos ni ramas sobre la tierra. Tengo la frente en llamas, una sed desmedida, un golpe de calor, diría mi madre. La fiebre del oro negro, del petróleo, mamá. Si cierro los ojos y vuelvo atrás en el tiempo, tengo de nuevo cinco años.

Si tienes sed, coge la botella de agua del frigorífico, dice mi madre todavía joven. Pero la fuente de la ciudad vieja me atrae aún más y,

entonces, mi padre dice, ve, pero deja que el agua corra o si no tendrás avispas en la lengua.

Apoyo la cabeza sobre la valla, vuelvo al presente. Tengo veinticinco años, la fuente lleva cerrada un tiempo y mis padres son dos viejos.

—Entonces, ¿a qué está esperando mi chica? —dice una voz desde lejos.

Ese es realmente mi padre.

—Papá —susurro con la boca seca, después, abro los ojos—. ¿Cómo me has encontrado?

—¿Dónde más podrías estar? —me responde sonriente.

Tiene el cuello sudado, las mejillas rojas. De los pantalones cortos salen dos piernas delgadas de quien nunca se mueve. Debajo del brazo lleva La settimana enigmistica[8].

—¿Te falta una palabra? —le pregunto intentando contener las lágrimas que quieren salir a toda costa.

Él se apoya en el muro a mi lado y deja la revista.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto—. ¿Por qué estás aquí?

—Ha llamado Lilli.

Ahora sí que tengo avispas en la boca.

8 Una publicación semanal italiana que contiene pasatiempos. Se publica en Italia desde 1932.

18

Trago sed y cristal. Ya he visto decenas de veces a Cristi muerta, en peligro o perdida, y, sin embargo, en aquel momento, no queda espacio ni siquiera para la imaginación.

—Solo ha dicho que la vuelvas a llamar —explica mi padre.

Bajamos juntos hasta la parte baja del pueblo. Rodeamos la plaza, pasamos por las callejuelas donde las macetas apenas regadas gotean sobre nuestras cabezas. Mi padre se esfuerza por correr, yo me quedo atrás, mis piernas bronceadas son más lentas que las suyas, pálidas y débiles. Intento pensar en Cristi, pero termino por contemplar fijamente, con la cabeza en llamas, las gotas que caen de las terrazas y La settimana enigmistica que sobresale del bolsillo posterior de los pantalones de mi padre. Parémonos en la sombra y hagamos el crucigrama, querría gritar.

—Quizá es un error, quizá Lilli no me buscaba a mí —digo en voz alta.

Mi padre se da la vuelta, me hace un gesto para que acelere y su respiración jadeante me guía hasta casa.

Allí bebo directamente del grifo, ante los ojos abiertos de par en par de mi madre, que agita un trozo de papel con un número de teléfono. Después, cojo aliento y llamo a Lilli. Y, finalmente, por primera vez en mi vida, tengo el privilegio de escuchar qué voz tiene la imbécil cuando responde al teléfono, qué palabras usa cuando cuenta cosas feas, qué risilla tiene cuando no quiere dar explicaciones. Y, sobre todo, después de dieciséis años desde el relato de Licia en los jardines, tengo la confirmación de eso que siempre he sospechado: la voz de Cristi es la enésima cosa bonita que no ha heredado de su madre. La vibración chirriante con la que Lilli me cuenta frenéticamente lo que ha pasado me da sed otra vez. Le hago una señal a mi madre para que me traiga un vaso de agua y una hoja en la que, después de haberle pedido a la señora Vitali que repita, empiezo a tomar notas. Bolonia, una bomba, esta noche, Mattia arrestado enseguida. Solo Mattia. Escucho y escribo, debo hacerlo, de lo contrario, no consigo creérmelo.

Mi madre permanece cerca de mí y echa un vistazo. Giannetti, señalo en una letra mayúscula enorme y ella se sobresalta. Después empiezo a garabatear, a hacer círculos y rayas, mientras Lilli explica con una abundancia de detalles exasperante que, cuando Mattia ha perpetrado el desastre en el banco de Bolonia, Cristi estaba en Tellaro y que Fausto, ahora, la está llevando de vuelta a Piacenza.

Al terminar la llamada, mi madre me pregunta enseguida:

—¿Por qué justo Giannetti?

—Porque su marido dice que es un bufete muy bueno. Y saben que Mattia es un buen amigo mío y de Cristi.

También ella está blanca como la pared y yo estoy temblando. Mi padre me pasa otro vaso de agua, diez minutos después mi madre me lleva en coche a la estación. Ha insistido en acompañarme para llenarme la mochila de ensalada de arroz y tomates.

—¿Cristi tiene algo que ver? —me pregunta en el primer semáforo en rojo.

Me encojo de hombros.

—¿Es el mismo Mattia de cuando erais pequeñas? —sigue.

—Sí.

—¿El hijo de la señora que trabajaba en el establecimiento de comida?

—Sí.

—Es un buen chico.

—Mamá —respondo impaciente—. No lo ves desde hace años. No sabes en qué se ha convertido y acaba de admitir que ha tirado una bomba contra un banco.

—¿La ha lanzado él?

—Eso parece.

—¿Ha robado?

—No.

—Entonces, habrá tenido algún motivo.

Mi madre, que conduce y toca el claxon a más no poder, es la principal defensora de Mattia. Más que defensora, una especie de fidelidad eterna por sus convicciones: Mattia siempre ha sido un muchacho con las cosas claras; si se roba, se incumple un mandamiento, si se tira una bomba, no.

Durante el viaje a Bolonia el teléfono de Cristi está siempre apagado y la única voz que escucho es la de su madre que aún me retumba en la cabeza: mi marido, mi hija, un querido amigo de mi hija que se llama Mattia, el bueno de Fausto, nuestra Cristi. Las coordenadas familiares de Lilli me angustian casi más que la bomba. Para no permanecer en el tren hasta Piacenza, donde la señora Vitali me ha asegurado que estarán durante varios días, debo apelar a mi código deontológico y a la situación, que me parece preocupante. A la altura de Rímini pienso en Alessio, que en ese momento estará cenando, y le mando un mensaje para explicarle que un trabajo en la oficina me hace volver a Bolonia. Al bajar del tren, llamo a Giannetti al teléfono fijo de la casa en la que vive. Nunca lo he hecho y sé que intentarlo por primera vez a las diez de la noche no es lo mejor.

—Lo han cogido prácticamente en flagrante delito —me dice con la voz ronca por el sueño—. Aún no han nombrado al abogado defensor. Nos vemos en la oficina dentro de media hora.

Cuando nos encontramos, con un termo de café sobre el escritorio, el abogado está completamente despierto.

—Ha ocurrido aquí —me dice señalando sobre un mapa la esquina entre Piazza Aldrovandi y Via San Vitale—. Con un artefacto rudimentario.

Encuadro la filial del banco, después él me pasa la fotografía del

cristal destrozado, de la entrada incendiada. Ningún herido.

—¿Estaba solo? —pregunto.

Giannetti enciende una pantalla y reproduce una grabación.

—Abogado, ya tiene el vídeo —comento sorprendida por todos sus contactos.

Miro las imágenes, una figura negra e irreconocible que lanza la bomba y después huye.

—Puede ser cualquiera —murmuro.

—De ahí se ha dado de bruces directamente con un guardia jurado que pasaba por allí de casualidad.

Sacudo la cabeza.

—Se ha declarado inmediatamente el autor del acto —insiste Giannetti con el ceño fruncido.

Nos quedamos en silencio un par de minutos, después, él vuelve a hablar.

—Le caen unos cuantos años. —Y me explica que han aparecido antecedentes, tanto marihuana como material para otras bombas caseras—. Material muy viejo, pero explosivo. Si trabajamos bien, cinco años.

Cinco años sin libertad, es decir, cinco años fuera de mi vista. La vergüenza por este último pensamiento incontrolado es tan fuerte que me acelera el corazón.

—No vivía solo —balbuceo aturdida.

—No. Con su madre, que estaba presente en el momento del registro.

—Y una chica —digo levemente molesta por la reticencia de Giannetti a nombrar a Cristi—, la hija del señor Vitali.

—Sí —responde el abogado decidido, después me indica—: Creo que se trata de su amiga, formalmente residente en Piacenza, aunque extraoficialmente también su compañera de piso.

Por lo que parece, Fausto, acostumbrado a tratar cuestiones peliagudas, ya le ha explicado todo. Giannetti continúa:

—También la chica es simpatizante de los círculos anarquistas, pero aquella noche se encontraba en un pueblecito en el mar.

—¿Quién lo ha dicho?

—Hay un portero de noche que dice haberle dado una manzanilla.

Cristi bebe cerveza por la noche y los porteros nocturnos se compran con muy poco.

—Y, sin embargo, no se ha encontrado nada suyo en la casa del imputado —puntualiza Giannetti.

Vuelvo a pensar en la expresión arrepentida de Genny, en la historia de los disturbios, en Cristi que quiere hechos. Quién sabe si mi amiga, como la ha llamado él, no se ha convertido también en simpatizante de las bombas.

Cojo el termo y me lleno la taza de café. La historia de Cristi turista no me convence. Busco los ojos del abogado y me doy cuenta de que nunca he definido su color. Un cruce entre el marrón y el verde, un cruce entre la mentira y la verdad. Él me devuelve la mirada, puede ser que alguien se haya pasado antes por la casa del imputado y se haya llevado algo, querría decirme. Puede ser que ese alguien sea el mismo que para salvar las apariencias busque y pague a un buen abogado para el novio de su hija.

—Giulietta —suspira—, las cosas están así, hay una admisión completa de un acto en solitario. No nos queda más que hacer lo posible para desarmar el caso, alargarlo no ayudaría a nadie. Esto nos permitirá reducir la pena del chico, un abogado de oficio con toda probabilidad sería peor.

Pone los documentos del nombramiento sobre la mesa.

—¿Le apetece? —¿Me apetece verlo, insistir y seguramente discutir para que nos acepte como sus abogados?

Cojo los papeles, pero no los leo.

—Abogado —digo. Me estoy arriesgando a ser expulsada de uno de los bufetes más prestigiosos de la ciudad—. No podría soportar intromisiones por parte de los Vitali, la chica es una persona especial para mí. —Hago una pausa—. Y también el imputado lo es.

Él me interrumpe:

—No habrá interferencias, no permitidas por mí, al menos. —Lo miro perpleja y él aclara—: Mire bien el nombramiento. Yo no cogeré el caso, lo hará directamente usted. Controlará usted misma que todos permanezcan en su lugar.

Me he quedado de piedra. ¿Una idea de Fausto o una cláusula impuesta por el viejo Giannetti?

—De cualquier modo, el imputado no aceptará nunca que quien pague sea Vitali —balbuceo.

El abogado suspira, se sienta y se enciende un puro.

—Usted es joven, pero está acostumbrada desde hace tiempo a tomar decisiones con la cabeza. Eso le honra. Pero, por una vez, ¿estaría dispuesta a aceptar un consejo?

—Sí.

—Haga que el imputado firme, es la única manera que tiene de permanecer enganchada a esta historia.

La única manera que tengo de decidir en la historia, debería decirme Giannetti, pero no me conoce del todo y ni siquiera yo sé aún, exactamente, de qué soy capaz.

19

Gracias a una llamada providencial de Giannetti a la fiscalía conseguimos ver a Mattia esa misma noche.

El abogado permanece a un lado y yo echo un vistazo rápido a la camisa sucia de Mattia. Después, paso de la cara directamente a la mesa que nos separa y sin levantar la cabeza ataco con las preguntas. Más bien, con mis certezas.

—Ella también estaba.

—Estaba solo.

—La historia de Tellaro es una bobada, una forma de decir que todos estabais de vacaciones.

—Tellaro fue idea mía.

Insisto.

—¿Y la de incendiar el banco más viejo de Bolonia, lleno de cuadros importantes, también fue idea tuya?

—Mía, solo mía.

—La situación es crítica —le digo en voz alta, con el rabillo del ojo veo a Giannetti que asiente.

—Está bien con lo que me puedo permitir, es decir, un abogado de oficio —me dice con frialdad.

—No es el momento de agarrarte a tu orgullo. Si firmas, haré lo posible por ayudarte. Es más, por ayudaros.

—No lo dudo. —No hay ironía en su voz.

—Te arriesgas a muchos años —sigo con dureza.

Él no responde.

—¿Tienes idea de lo que eso significa?

—Cómo podría.

Está siendo más difícil de lo que me esperaba, pero si sigo con la mirada dirigida a mis manos y me limito a las palabras, no le convenceré. Me doy ánimos y busco sus ojos celestes. Para mi sorpresa, también sus pupilas vibran en busca de una vía de escape y por unos segundos pierdo el control. Ahora te saco de aquí, pienso, olvidémonos de Cristi y del lavado de cerebro que le está haciendo Fausto, quítate esa camisa sucia y detrás de las cortinas rojas de mi habitación me haces entender qué es esta historia del amor. Un hombre a medias, ha dicho la maga de Hvar, ¿es posible?

Giannetti se aclara la voz. Me quito de la cabeza la idea de la adivina e intento recuperar la lucidez.

—Tengo una deuda pendiente contigo —le digo.

—¿Una deuda? —Ahora me parece que es otra vez dueño de sí mismo, casi muestra curiosidad.

—Diez euros de cervezas y café, nuestro primer encuentro en Bolonia —continúo.

—No me acuerdo.

Sin embargo, yo lo recuerdo muy bien: fue la mañana en la que entendí que Cristi lo esperaba desde siempre y que la cadenita estaba escondida cerca de mi cama. Los celos son un mordisco que se agarran al estómago y que me hacen sudar frío. Busco, de nuevo, los ojos de Mattia, están esperando a que yo hable, observan mi cara y no se pierden ni siquiera un parpadeo. Ruego por que no hayan vislumbrado las sombras de mi deseo de antes, cuando, con tal de entender qué significa ser especial como ellos, me hubieran dado igual las bombas, las leyes y todo lo que he construido hasta ahora.

—Me endeudé contigo aquella mañana en la que me dijiste que debería dar a Cristi el permiso de amarte —consigo decir con la garganta seca.

—No me acuerdo y, de todas formas, ese permiso nunca se lo diste

—responde.

Miro a Giannetti, observo su actitud férrea y cojo fuerzas.

—Pasó cuando le dimos limosna a uno que nos maldijo. Salí de la pastelería de debajo de mi casa sin pagar.

Él calla. Los agudos con los que Lilli se ha dado prisa por decirme que Cristi necesita reposo y que ellos pensarán en los honorarios se me vienen a la cabeza. Levanto la voz:

—No quiero deudas, y menos contigo. Así que tú ahora firmas y yo, en cuanto pueda, voy a verla.

Sé que he gritado más de lo consentido. No tengo fuerzas para ver la expresión de Giannetti, ni los movimientos de Mattia, por eso, cierro los ojos. El corazón se me ha acelerado otra vez, encogido entre el miedo y el recuerdo de un muchacho intrépido que se lanza al fango. Y una pequeña parte de mi corazón, esa que aún permanece roja, lo querría justo a él, a ese niño de once años, para agarrarle del brazo y decirle que todo ha salido mal, pero que aún somos jóvenes y que estamos a tiempo de despertarnos y huir.

Después de unos minutos con los párpados cerrados, en la inmovilidad del momento vigilado por las luces de neón y por un guardia, siento el aire que se traslada con ligereza ante mí. Después, el sonido de un bolígrafo que se posa sobre la mesa. Tengo su firma.

Para volver a casa aquella noche, llamo a un taxi. No porque esté cansada, ni porque tema que me ataquen. Tengo miedo del espacio. Me dan miedo la silueta inclinada de las Due Torri, la fachada incompleta y mastodóntica de San Petronio, la vastedad de Piazza Maggiore aún caliente por las altas temperaturas del día. Tengo miedo del cielo que nunca me había parecido tan pesado e incontenible, del tiempo que es muy largo si no se es dueño de él. Tengo miedo de nuestra historia que avanza, que hace perder el control, que confunde los papeles. Un banco en llamas, Mattia en prisión, yo que lo defiendo, Lilli que llama y promete honorarios, Cristi imposible de encontrar que no busca a Mattia.

El taxista vira despacio, habla sin que yo pregunte y hace referencia a lo que durante todo el día ha escuchado en la radio sobre el atentado al banco. «Gente encapuchada, que no es buena en nada, que se la tiene jurada a todos», comenta, «que destruye por el gusto de destruir, más que por las ideas».

Cuando vuelvo a casa, Pia no está sola en la habitación, oigo murmullos. Intento llamar, ella se asoma medio desnuda y, como me confesará algunos años después, aquella noche tiene realmente miedo de que me dé un infarto.

—Espérame en tu habitación —me susurra.

Pocos minutos después me está midiendo la presión mientras yo le cuento sobre Mattia, sobre el hecho de que es la defensa más difícil que jamás me haya tocado por lo aplastantes que son las imágenes. De vez en cuando intercala una palabrota, a la enésima imprecación se decide a preguntarme por Cristi.

—¿Cómo está?

Lentamente le explico que se ha aislado en Piacenza y no ha contactado con Mattia. Que tiene el móvil apagado y no hay manera de hacer que Fausto ni Lilli la pasen al teléfono.

—¿Has visto bien la grabación? —me pregunta insegura.

—Sí.

—Mattia es mucho más bajo que Cristi.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú serías capaz de reconocer a Cristi en cualquier situación.

—No era ella —digo recalcando mis palabras y estoy segura de que ha sido Mattia el que ha tirado la bomba, menos segura de que haya sido él el que quería hacerlo—. Pero Cristi corre muy rápido —añado entre dientes.

Pia se pone rígida:

—Ahora soy yo la que no entiende qué quieres decir.

El hecho de admitir definitivamente que estoy convencida de que también ella estaba con él me parece un esfuerzo insostenible.

—Estoy delirando, estoy cansada —digo, y ella no insiste.

Aquella noche dejo la luz de la cocina encendida, la puerta de la habitación abierta, y por la mañana mi compañera de casa me lleva el café a la cama.

—¿Has conseguido dormir? —le pregunto.

—Ni un minuto, ¿y tú?

—Yo sí.

Mucho y mal, de esos sueños ligeros y largos que continúan solo para seguir soñando. Por un tiempo indefinido he soñado con la casa de Ida. Aún más vieja, con el encalado que se agrieta y charcos de humedad en el suelo. La cocina de gas estaba encendida y desprendía un olor punzante. Me acercaba a la gran sartén chisporroteante donde ratones ardían en el aceite. ¡Ida!, gritaba. Y ella llegaba, con su moño hecho y el mandil verde. Solo verla me aliviaba, pero duraba poco. ¿Qué está pasando?, le preguntaba señalando los esqueletos. Ella levantaba las manos como para decir que no podía hacer nada al respecto. ¿Por qué?, protestaba yo con la voz ahogada por el olor. Estoy muerta, niña, no puedo cambiar las cosas, me respondía.

Después, me he despertado.

20

El teléfono de Cristi sigue apagado. Entonces, llamo a Pia para saludarla, después mando un mensaje a Alessio, que está en Rímini, para decirle que estoy ocupada durante todo el día. A las diez estoy en el tren directo a Piacenza, donde no me espera nadie. No he podido avisarla y, por eso, tampoco he avisado a Fausto. En Lilli ni siquiera he pensado. Todas las ventanas están abiertas, el tren atraviesa bancos de aire de la llanura que se cuelan dentro del vagón despeinando a los pasajeros. En cada parada un vendedor ambulante ilegal vende agua y alguien se queja del bochorno, yo cierro los ojos y los vuelvo a abrir sin mirar nada y sin descansar.

La villa de Fausto está a veinte minutos de la estación, después de una extensión de arrozales a los lados de una gran avenida que el taxi recorre a toda velocidad adelantando a camiones llenos de polvo. Cuando llamo al timbre estoy segura de que no veré a Lilli, que se digne a llamar no me engaña. De hecho, es su marido el que abre la verja como si me esperara, insiste en pagar al taxista y con tono tranquilo me ofrece tomar algo en el templete del jardín.

Cristi llega en el segundo vaso de té helado, no me abraza. Se queda a unos pasos de mí, escondida por un jarrón de verbena azul. El teléfono de casa suena y Fausto desaparece.

—¿Defiendes a Mattia? —me pregunta inmóvil.

—Sí. —Ella no hace más preguntas—. ¿A qué esperas para ir a verlo? —le digo con dureza.

Cristi echa un vistazo de reojo a la puerta que se ha tragado a su padre.

—Es difícil.

—Para nada. Solo tienes que hacer la solicitud.

—La haré —me dice. La voz se le quiebra en la garganta, suena a vacío como nunca antes.

—¿Estaba solo? —disparo.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué precisamente en Bolonia? —Ella no responde y yo insisto—: Cinco años, quizá más.

Cristi se recoge con fuerza el pelo sobre la cabeza, el cuerpo aún escondido por los jarrones.

—¿Tú lo has visto? —me pregunta.

Asiento. ¿Es verdad que por un momento te lo querías llevar a nuestra cama, detrás de la cortina roja?, me parece escuchar. Bajo la mirada, doy gracias a Dios porque ella no se parece a mí. Porque no se parece a nadie. Me acerco, ella se echa para atrás.

—¿Tienes miedo de mí?

—Tengo miedo, pero no de ti.

Da otro paso atrás.

—¿Tienes miedo de Fausto y de Lilli?

—No. Ellos se están portando bien.

—No necesitas su comprensión —digo con brusquedad—. Y tampoco su perdón. —Me refiero al perdón por el hecho de que ella también estaba en Bolonia, y daría mi alma por saber cómo se las arregló para no estar ni siquiera en unos de los fotogramas grabados por las cámaras.

Cristi no responde, pero me mira directamente. La imagen que capto de ella con un golpe de vista no encaja con ninguna de las que tengo en mi mente. No ha cambiado el seno puntiagudo que aprieta contra la Lacoste, no ha cambiado la curva del cinturón de piel falso, ni el gris de sus ojos, que ahora son uno con el color de los jarrones. A pesar de ello, es como si algo hubiera movido las líneas de su cuerpo, como si hubiera cambiado por completo.

—Estás embarazada —digo.

Ella susurra que sí.

Me dejo caer sobre el primer soporte que encuentro, un banco de mármol, sin aliento, le indico que se siente junto a mí y ella se desploma sobre mi hombro.

Con esfuerzo, después de unos minutos, consigo hacer cuentas y emitir palabras. No la veo desde que Mattia se fue de viaje a Roma y me la dejó debajo de casa y ella negó esperar un hijo.

—De pocos días —comento.

—Ocho semanas.

—Entonces, aquel día, cuando te pregunté si estabas embarazada, ¿me mentiste?

—Sí.

—¿Otra vez?

—Sí.

—No me lo puedo creer.

—Mattia no lo sabe.

Está sudando, con los dientes se muerde los labios. El olor de su piel mezclado con el sudor y la certeza de que de ahora en adelante todo será más difícil me agota.

Me separo y me giro en busca de Fausto, que aún no aparece. De repente, tengo prisa. La bóveda de humedad de la llanura y la urgencia de hablar me impiden respirar con normalidad.

—¿Recuerdas lo que decía Ida?

—No.

—Que se fueran todos al infierno, números y letras incluidos, porque las notas no sirven para nada —le digo de golpe.

Ella sacude la cabeza y la cadenita de oro se mueve.

—Sin embargo, contaban, y mucho —protesta.

Yo insisto:

—Decía que Cristi no es Lilli. Lilli destruye y abandona, tú no.

Ella vuelve a sacudir la cabeza, con la mano la detengo agarrándola de la barbilla. En ese instante Fausto se une a nosotras, mira a su hija con insistencia, pero ella no le devuelve la mirada. Entonces, lanza una mirada a mi mano, después me dirige una sonrisa llena de angustia. Joder, maldigo en mi cabeza mientras por instinto me levanto, ya ha conseguido que les diga también que está embarazada. La imagen de Cristi que pasa la prueba de embarazo a Fausto o directamente a las manos de Lilli me revuelve.

—Por suerte, nuestra chica se quedó en Tellaro —nos dice levantando el vaso.

Observo sus mocasines de piel a la sombra del pórtico y el vidrio que cubre la bola del sol se desdibuja. No hay nada por lo que brindar. Él se vuelve a sentar, sus ojos se deslizan por la cintura de Cristi mientras ella da su versión: Mattia que se va a Bolonia para una reunión, ella que lo espera en la playa, después, en un restaurante y, finalmente, se vuelve a la pensión tarde por la noche.

—Me enteré de la detención por la radio y llamé a Fausto, que vino a recogerme —dice con la cabeza agachada.

No la levanta ni siquiera para contarme que, en el coche, mientras volvían a toda velocidad de Tellaro, fue Fausto el que tuvo la idea de llamar a Giannetti.

—Pasar por Bolonia habría sido difícil —añade, y con la punta de los pies tortura un manojo de hierba.

—Entiendo —comento con neutralidad, y la miraría directamente a los ojos si ella tan solo dejara de observar el marrón del té en los vasos.

—Por ahora está bien que Cristi se quede aquí una temporada, se separe de todo y se tome un tiempo para reflexionar —interviene Fausto poniendo fin a mi insistente escudriño.

Ella no dice nada, y, para evitar ser yo la que lo hace, explico el

tema de los honorarios, comento que Mattia se hará cargo de todos los gastos. Fausto no parpadea, Cristi hace un ruido extraño como para aclararse la voz. Debe de haber entendido que trabajaré por una compensación irrisoria, sabe que Mattia no aceptaría nunca el dinero de Lilli y que yo también, en aquel momento, no quiero saber nada de su generosidad.

—¿Qué podemos hacer por el muchacho? —pregunta Fausto. Ahora está sentado cerca de Cristi, su piel es clara, pero no de color ámbar como la de la hija, que además no es suya—. Todos nos equivocamos.

Todos nos equivocamos, no todos incendiamos un banco. Con un movimiento lento, Fausto pasa una mano por detrás de la nuca de Cristi. Los cuidadosos dedos masajean los mismos músculos que he acariciado tantas veces. La escena me desagrada.

—Intentaremos demostrar que la marihuana era para uso personal —digo. Sobre el material para las otras bombas no sé aún a qué nos agarraremos.

Fausto desenfunda una de sus sonrisas blanqueadas.

—Por ti, ¿qué podemos hacer, Giulia? —La pregunta me coge por sorpresa—. Lilli y yo estamos más tranquilos ahora que has aceptado el encargo. Querríamos pagar nuestra deuda.

—No es necesario —respondo entre dientes.

Después de mi respuesta forzada estamos un tiempo en silencio: yo, bebiendo sorbos del té helado; él, acariciando el cuello de su hija, que no se mueve.

—Llamo a un taxi para tu amiga y os dejo un poco a solas —dice Fausto al fin.

Lo sigo mientras camina por el centro del jardín, a pleno sol, y después desaparece detrás de la esquina de la villa.

—Va a la piscina siempre a la misma hora —comenta Cristi levantándose.

—Pues que vaya —exploto.

Me importan muy poco las costumbres de Fausto, me importa muy poco si Lilli nos está espiando desde la ventana o si está trabajando su figura en el gimnasio. Me dirijo hacia la verja, Cristi me sigue.

—Hace un mes en Bolonia me dijiste que habrías querido niños. Por eso, ahórrame la pregunta —le digo mientras me detengo.

—Lo voy a tener —susurra rápidamente.

Hemos llegado ya a la despedida, debería meterme en el bolsillo su promesa e irme. Sin embargo, dudo, le dejo el tiempo para lanzar su bomba.

—No le digas nada —me dice—. Prométemelo.

Yo no respondo, ella me agarra de la muñeca, aprieta fuerte.

—¿Qué haces aquí? —le grito entonces con maldad—. Hasta ayer detestabas a Fausto, su dinero.

—No grites. Aún los detesto.

—¿Entonces?

—Solo necesito unos días.

—¿Para hacer qué? ¿Para seguir sus consejos?

—No.

—Escúchame bien. —A duras penas reconozco mi voz, que le cuesta salir y que es demasiado aguda—. Me dejaste por él. Lo esperas desde que tienes diez años, has mirado cien veces al día durante años su foto. Tu padre nunca volvió, tu madre es como si nunca hubiera vuelto, pero él sí.

—¿Qué tienen que ver en esto mi padre y Lilli?

—Estoy lista para poner la mano en el fuego y jurar que estabas con Mattia la noche del atentado y ahora lo estás abandonando.

—No lo estoy abandonando y no estaba allí.

—Pero vivías con él y cuando han registrado la casa no han encontrado nada tuyo.

—Joder, Giulia, así lo complicas todo —protesta ella. Tiene aún la mano agarrada a mi brazo, aprieta como si a nuestro alrededor una corriente pudiera llevársela.

—¿Has cambiado de idea? ¿Te ha dicho tu madre que los niños arruinan la vida?

—Lilli no tiene nada que ver —me dice enrojecida—. Solo necesito tiempo.

—Me estás haciendo daño —le digo señalándome el brazo. Ella se sorprende, y afloja sin soltar.

—Prométeme que no le dirás nada a Mattia. No ahora —susurra.

Miro la verja a pocos metros de nosotras, después la miro a ella: es una niña sudorosa y aterrorizada. Los hijos puede que los traiga la cigüeña, puede que vengan de París, o que los anuncie un ángel a una virgen, pero desde luego que no nacen de los niños.

Murmuro un juramento a medias y, en cuanto ella me suelta, huyo.

21

En el tren hay muchos sitios libres, pero yo me quedo de pie. No tengo la valentía de sentarme. Siento que si lo hiciera podría no volver a levantarme y continuar más allá de Bolonia, más allá de Rímini, más allá de la estación de mi pueblo y llegar a un final de trayecto remoto donde Cristi está esperándome y repite: «Sí, estoy embarazada; sí, aquel día te mentí». Voy de arriba para abajo de un vagón a otro, atrapada entre las puertas y el baño. Apoyo la espalda contra una pared sucia a más no poder y saco el móvil del bolso. La hora y la fecha del teléfono me parecen la primera cosa real después de una larga pesadilla. Llamo enseguida a Alessio con la esperanza de que me responda desde la playa, quizá con un ruido de fondo que me recuerde la existencia del mar, de los aperitivos, de la gente que se divierte.

Por el contrario, su voz retumba nítida en el silencio.

—¿Dónde estás? —le pregunto. Necesito pensar que está en algún lugar definido.

—En casa de mis padres, estudiando —responde—. ¿Dónde estás tú? Te escucho fatal.

De hecho, el único ruido de fondo es el de mi tren, el del viaje de vuelta más difícil que haya realizado jamás.

—Estoy volviendo a Bolonia.

—¿Has vuelto a ir a casa de tus padres?

—No.

—¿Por qué estás en el tren? ¿Estás bien? —me pregunta alterado.

Ahora que siento su voz preocupada por mí, va mucho mejor.

—Estoy bien, tranquilo.

Me parece escuchar un suspiro, entonces me esfuerzo y en unos minutos le cuento lo de la bomba, la detención de Mattia y la visita

a la villa de los Vitali.

—¿Cómo está Cristi? —se informa.

—Está exhausta.

No le digo nada del niño. Después, me pregunta sobre Mattia y le explico que se enfrenta a cinco años de cárcel, pero no digo nada sobre el hecho de que quien lo defenderá seré yo. Lo intuye él solo, al menos eso creo, porque su tono se vuelve serio:

—Espérame en casa, voy para allá en coche en cuanto pueda.

No es necesario, estoy a punto de decir, pero él corta la conversación:

—Nos vemos allí.

Cuando llega, fuera está oscuro, ya me he dado una ducha y también he cocinado. Me saluda, echa un vistazo rápido a los rollitos rellenos de bresaola y queso y va directamente a la habitación. Lo sigo y me siento sobre la cama a su lado. Sonrío, le apoyo una mano sobre las bermudas, no es un hombre de viajes repentinos, debe de haberle resultado bastante pesado dejar Rímini deprisa y corriendo.

—Quizá es tarde para comer —digo en voz baja.

—Antes, explícame qué está pasando.

Asiento y le repito la historia de la llamada de Lilli y la historia de Cristi en Tellaro, después añado detalles de la confesión espontánea de Mattia y de los viejos explosivos escondidos en su casa.

Me interrumpe.

—Todos estos detalles los sabes porque…

Vacila, entonces me toca a mí:

—Porque defiendo a Mattia.

Alessio se levanta de golpe:

—¿Quién paga?

—No es importante.

—¿Se ocupan los padres de ella?

No tengo ganas de mentir, niego con la cabeza.

—Él es un muerto de hambre. No me digas que lo defiendes gratis.

—Lo hago por una compensación modesta, pero no entiendo por qué te interesa tanto.

A Alessio se le escapa una carcajada, está llena de rabia.

—¿Qué ganas, Giulia?

—Yo no meto las narices en tu trabajo, no te inmiscuyas en el mío.

Me he levantado y también he alzado la voz, pero Alessio no tiene intención de echarse para atrás.

—Has ido en plena noche a hablar con uno que se las trae, y a la mañana siguiente has volado a ver a Cristi. —Se golpea la frente—. Hazme entender: ¿de quién estás enamorada? —estalla.

—¡De ti! —grito.

Él se acerca.

—Mentirosa. —Tiene las venas del cuello hinchadas—. Dime de quién estás enamorada. ¿De Mattia o de Cristi?

Por unos segundos me esfuerzo por creer que no me lo ha preguntado, sin embargo, después, vuelvo a escuchar sus carcajadas rabiosas y llenas de odio.

—De ninguno de los dos —susurro—. Y si te pones así, tampoco de ti.

Me quito la pulsera de golpe y la lanzo sobre la cama.

22

Durante los dos días siguientes me quedo trabajando en casa con las cortinas echadas. Llamo una vez a mi madre, me hincho a comer galletitas saladas con queso y no cocino nunca. Alessio me pide perdón al tercer día, por la tarde, con un mensaje breve y en apariencia indiferente, al que decido no responder. No tengo intención de pedir perdón por la historia de la pulsera, aunque sé que se ha tratado de un gesto vil y que la que se ha equivocado y ha mentido he sido yo, no él. Mejor callar antes que decirle cómo están las cosas, de todas formas, en el fondo, ya lo sabe. Me tumbo en la cama, espero a que sea de noche, después, salgo a pasear. El cielo está oscuro, la luna es una guadaña que se filtra con sutileza a través de una capa densa de nubes. Con paso rápido me alejo del centro, de los locales, del adoquinado de las calles más antiguas, camino hasta perderme en un barrio residencial que conozco muy poco. A mi alrededor hay solo orden: coches aparcados, jardines, luces apagadas, matorrales de rosas que rodean el vallado y silencio. Ni siquiera mis pasos sobre el asfalto liso hacen ruido. Me siento en un banco delante de una pequeña casa de ladrillos. El aire que respiro es una mezcla entre el calor de la calle y el perfume de las flores. Si no hubiera conocido a Cristi, quizá habría terminado viviendo en una casa como esa. Y todas las tardes, después del trabajo, regaría las rosas, después cerraría con llave la verja y dormiría tranquila junto a alguien. Si hace quince años no me hubiesen obligado a hacerle de hermana, ahora estaría en paz, no vagaría en la oscuridad de la ciudad en agosto, no tiraría pulseras regaladas, no seguiría enamorándome de ella. Incluso ahora que esperas un hijo de él, digo, como si Cristi estuviera delante de mí, pero solo me escucha la noche con sus nubes inmóviles.

Caminando en dirección a mi casa, me esfuerzo por encontrar una respuesta para el mensaje de Alessio. Ya no siento rabia contra él. Su imagen gritándome ya se ha desvanecido. Pero recuerdo con extrema lucidez el momento en el que le he dicho que no lo amo. Pienso precisamente en esas palabras cuando, a la mañana siguiente, le escribo para vernos y sigo pensándolo también por la tarde, cuando nos encontramos en el bar de debajo del bufete. Él está nervioso, yo no. Ya he decidido aceptar sus disculpas y pasar

por alto las mías.

—Era una tarde horrible para hacer balance —empiezo.

Alessio me mira un poco sorprendido, yo sonrío mientras cojo el Campari y doy un sorbo. Él no toca el suyo.

—Tengo algo que pedirte —me dice serio.

—Te escucho.

—No hablemos nunca más del juicio de Mattia.

Asiento.

—Y tampoco de Cristi.

Me limito a asentir otra vez. Para Alessio es suficiente. No le hacen falta otras certezas para terminar el aperitivo, invitarme a cenar a casa y tener sexo justo después. La pulsera ha desaparecido de la cama, él no intenta ni siquiera volver a dármela. Para mí, está bien así. Y cuando le digo que prefiero irme a dormir a mi casa, él, con toda la inteligencia de la que es capaz, no me detiene.

Al volver me encuentro a Pia, que se ha quedado dormida con la ropa puesta y con la luz encendida. Sobre mi mesilla de noche ha dejado un bote de tranquilizantes. No me los tomo. Me quedo en la cocina hojeando los papeles del juicio, incluidos los fotogramas de las videocámaras más cercanas: en uno de ellos, solo uno, tomado al principio de la calle, se ve una mano grande apoyada sobre el hombro de Mattia. Me lo ha hecho ver Giannetti.

—Mano de hombre, ¿verdad, abogada?

—Claro, incluso diría que corpulento.

La tarde siguiente marco el número de casa de Cristi. Responde Fausto, que después de unos minutos de tira y afloja decide pasármela. Al principio, no la reconozco, tiene una cadencia extraña, casi empastada. Con tranquilidad le cuento brevemente sobre las fotos, le repito un par de veces la historia de la mano

apoyada sobre el hombro de Mattia.

—Parece casi que lo quiera detener —digo.

¿Tú lo has visto?, estoy a punto de preguntarle, porque aún estoy convencida de que en Bolonia también estaba ella, pero escucho ruido en la línea. Alguien está escuchando.

Me aclaro la voz.

—Mattia dice que sintió que alguien le tocaba el hombro, pero que no se giró por el ardor del momento. ¿Tienes idea de quién pudo ser?

—No. —Silencio—. Si lo supiera, ¿cambiaría algo?

—No. —No cambiaría nada, puesto que el imputado sigue diciendo que lo hizo todo él solo.

—No tengo ni la más remota idea —dice ella, después intenta finalizar la llamada. Espero a que me pregunte algo sobre Mattia, pero no lo hace.

De repente, no me contengo más.

—Vuelve —le digo, aunque sé que desde hace tiempo ya no vive conmigo, y Cristi, o quien sea por ella, cuelga de inmediato.

Cuando levanto los ojos llenos de lágrimas, Pia me está mirando. En diez minutos le explico lo del hijo, la promesa que le hice a Cristi de no hablarle de ello a Mattia y de la decisión que acabo de tomar de romper esa promesa. Ella escucha seria, tiene la cara sombría.

—¿Se lo dirás contra su voluntad?

—Sí, no tengo alternativa.

Pia se sienta a la mesa, abre un paquete de galletas saladas y echa un poco de vino en dos copas.

—Su historia ha ido fatal. —Moja una galleta salada en el vino, la levanta y después, en lugar de llevársela a la boca, la deja caer en la

copa—. Todo esto por un escaparate destrozado, una entrada en llamas. —Se ríe con amargura—. Con un puñado de dinero los banqueros lo arreglarán todo.

—El juez no lo ve así.

—¿Por qué Bolonia? ¿En pleno centro? ¿Por qué arriesgarse tanto?

—Eso me lo pregunto yo también —balbuceo.

Ella no presta atención a mis palabras. La observo mientras se bebe mi copa, después se termina la suya, papilla de galleta incluida.

—No entiendo a qué espera Cristi para dejarse ver —murmura. Se levanta y apoya lentamente las copas vacías en el fregadero—. No querría estar en la piel de Mattia, ni en la cabeza de Cristi, ni tampoco en tu corazón —me dice, rompiendo a llorar.

23

Al día siguiente tengo la última entrevista con Mattia antes del juicio rápido. Si está tenso, no lo muestra. Yo lo estoy, bastante; todo lo relacionado con la promesa que le hice a Cristi me pesa. Le cuento enseguida que ella está en Piacenza desde hace unos días, le tranquilizo sobre el hecho de que no pediremos que hable como testigo.

—Quizá lo harán los otros —comenta, después vuelve a sumirse en el silencio.

Le explico la línea de la defensa: hacer hincapié en el hecho de que ha sido un acto solitario desvinculado de sistemas organizados que, además de ser lo que ha dicho él, también es lo que está surgiendo de las investigaciones. Hablo, pero no me escucha, si no fuera porque estamos encerrados y vigilados en una cárcel, juraría que se está yendo. Paso a las preguntas prácticas: ¿comes?, ¿duermes? Él responde con monosílabos: sí, un poco, algunas horas.

En cierto momento veo cómo tuerce los labios perdido en sus pensamientos. Los hoyuelos resisten sobre las mejillas tensas.

—¿Te acuerdas de la cárcel de tu pueblo? —me pregunta.

—Claro. Aún está allí. —En los tiempos de nuestros veranos juntos era una especie de castillo ruinoso, trabajaban allí Ida y otro par de desgraciados antes de que se volviera una fortaleza de máxima seguridad.

—Tenía un lado bordeado por árboles frutales —continúa él—. Y todos los presos querían estar en aquel lado.

—No me acuerdo de eso —murmuro con media sonrisa.

—Había higueras a la sombra de los muros y los celadores fingían no ver si alguna rama llegaba dentro de las celdas.

Permanezco en silencio, no conozco esa historia, pero intuyo que Mattia quiere añadir algo más. La parte más importante, quizá.

De hecho, él sigue hablando. Es aquí donde la narración de un muchacho me simplifica los hechos, divide claramente el bien del mal, los frutos vivos de los muertos. Es esta la última oportunidad que nuestra historia me concede para aceptar que la única que ha perdido a Cristi soy yo. Y ahora debo decirle que ella está embarazada, que dice que quiere tenerlo y, mientras tanto, deja que Fausto le masajee la nuca. Por eso, tú, Mattia, ahora, coges un bolígrafo y le escribes. Le explicas de una vez por todas que Lilli no es una madre. Que el imbécil con bigote nunca volvió, pero que tú eres otro hombre. Le escribes que Mattia y Cristi juntos pueden tener un hijo. Que elegir lo contrario significaría dejar marchitar los frutos aún colgados de los árboles.

Me aclaro la voz, estoy a punto de infringir la promesa, siento esa sensación de calor de las lágrimas que preceden a la idea de la rendición después de tanta guerra.

—Dime una cosa, por favor. —Él me hace un pequeño gesto con el que me indica que pregunte—. ¿Por qué dejaste a Cristi conmigo la mañana que fuiste a Roma?

—No estaba tranquila. No sabía qué otra cosa hacer.

—¿No estaba tranquila hasta el punto de ponerte en las manos una bomba un mes después? —Mi voz tiembla. Rehúyo su mirada, pero no hay necesidad porque sus ojos en ese instante están extremadamente débiles, y permanecen inmóviles sobre la pared blanca del cuarto de interrogatorios. La misma pared que durante mucho tiempo no será libre de cruzar, y todo eso por darle a Cristi los hechos que tanto quería.

—Responde —le imploro. Él no lo hace—. Qué nos ha pasado —murmuro entonces entre dientes.

Solo hace dos meses era junio, con sus días largos, yo podía pasear por la playa cogida de la mano de mi novio, Mattia podía participar en colectivos y protestas con su Golf naranja. Ahora es agosto, las noches se abalanzan sobre las tardes y empujan para que el verano termine; mientras, Cristi permanece escondida en la villa de Fausto y abandona a Mattia igual que siempre me ha abandonado a mí.

Él se inclina hacia delante, busca mis ojos, pero yo evito levantarlos.

—Giulia, ¿qué me tienes que decir en realidad? —me pregunta.

—Nunca pensé que sería yo quien te ayudara —balbuceo.

Y es verdad, pero no es eso lo que quería decirle. Me estoy yendo por las ramas. Siento que Mattia me está sonriendo, me digo, porque solo de esa forma puedes encontrar la fuerza para explicarle lo que Cristi está escondiendo. Preparo la frase que voy a decir, muchas palabras sobre hijos y paciencia, un discurso que parece una especie de bendición. Solo que con iglesias, rezos y auspicios de felicidad nunca he estado de acuerdo, por eso, al instante antes de hablar levanto la cabeza y la veo.

Veo la sonrisa segura del niño que siempre ha conseguido vencerme. Del muchacho que ni siquiera me ha temido nunca. Del afortunado que puede permitirse dar un hijo a Cristi. Y en un segundo está tan claro para mí como el blanco de la pared de nuestro alrededor que elegiré quitarle esa sonrisa. Porque esta vez soy yo la que puede decidir. Y ya lo he hecho.

—Solo quiero decirte que, si mantienes la calma, conseguiré la pena mínima. Nada más.

Lo digo con voz segura, mirándole directamente a la cara, y también asiento. Teniendo en cuenta el esfuerzo que estoy haciendo por el caso, tampoco es mentira, me digo como una canalla mientras me levanto. Mattia asiente con gravedad, no sé si me cree. Mi conciencia, desde luego, no.

24

Después de aquel momento ocurrieron muchas cosas. Tuve una fiebre de cuarenta que por poco se lleva las amígdalas y mi voz. El juicio. La confesión de Mattia, mi defensa perfecta, las prisas del juez por terminar y la condena a cinco años. Una entrevista que me hizo una emisora local y que mi padre, con su experiencia de décadas viendo la televisión, consigue encontrar a kilómetros de distancia. Alessio, que se conforma con un par de tardes a la semana juntos. Mi madre, que por teléfono está abatida pero no me explica el porqué, mientras el móvil de Cristi no vuelve a encenderse. Y, por encima de todo, la espera, la cuenta atrás que hago aguardando el siguiente movimiento de Lilli con sus armas nucleares.

Y está Fausto, que una tarde por teléfono anuncia el ataque.

—Cristi ha decidido. —Ya lo he entendido, permanezco en silencio—. Te necesita, te querría cerca de ella.

—Le diré que se está equivocando y que no puede renunciar al niño.

—Entonces, ¿vendrás?

—Para llevármela —respondo con el tono de quien dice la verdad, aunque mi voz, desde el día en que no mencioné ante Mattia lo del hijo, no ha vuelto a estar sana y nunca suena verdadera.

Fausto suspira y me indica el horario, nada más.

Cuando llego a la clínica privada de Piacenza, Cristi ya está en la sala de espera reservada para las que han tomado su decisión.

—¿Estás sola?

—Sí.

—No lo hagas —le repito un par de veces.

Mientras ella rellena los formularios encorvada sobre la silla, permanezco a su lado sin respirar. Solo al final tengo una especie de

sobresalto, las palabras de la maga de Hvar me laten en el pecho. El futuro nunca está en sus manos.

—Cristi, espera —gimo—. Así, nada está en tus manos.

Y ella me las entrega. Se las aprieto, dos cabezas de serpiente húmedas y frías. Las mismas que tenía delante cuando forcejeaba ante el abecedario y mi padre susurraba a mi madre que quizá no se creía libre. Miro a mi alrededor en busca de alguien que pueda ayudarme a detenerla. Hay un médico con cara amable y una secretaria joven. Inútiles. La única persona que podría hacer algo no está aquí porque está en la cárcel. No está aquí porque no sabe nada y no sabe nada porque así lo ha pedido Cristi y así ha sido más fácil para mí.

Le doy un beso en la mejilla, aunque hace años que no la toco con los labios.

—Te espero al otro lado, en la habitación —susurro. Por el contrario, bajo las escaleras hecha una furia.

Aparcado justo delante de la puerta está el coche de Fausto. Baja con una lentitud exasperante, intenta darme la mano, pero tengo los brazos paralizados a los lados.

—Ha sido mejor así —dice. Sus rizos esta vez no ondean. Tiene la cara gris. Debe de haber sido complicado también para él frenar a Cristi, restringir el recinto con alambre—. Ha sido lo mejor —repite.

—¿Para quién?

—Para todos.

No respondo. Aún tengo el sudor de Cristi en los labios como si fuera arena.

—Sentémonos ahí.

Señala un banco oculto por su coche. Le indico con un gesto que no. Entonces él saca la cartera, por un minuto creo que está a punto de invitarme a beber en un bar, un buen té helado por los abortos practicados en el calor de la llanura. Después, finalmente lo

comprendo.

El emisario de Lilli, el hombre de finanzas, el mozo que sujeta las riendas abre la chequera.

—El niño no era el sueño de Cristi —dice.

—Una buena manera de librarse de la conciencia —murmuro, pero siento que los ojos no responden a mis órdenes y se entretienen sobre el papel estampado de los cheques.

—Tú también tienes un sueño, ¿no?

Sigo mirando la libreta que Fausto sostiene en las manos.

—Lilli y yo estamos contentos por cómo han ido las cosas.

—¿Cómo han ido? —pregunto en trance.

—La pena mínima para el muchacho, el tiempo pasa rápido. Es tan joven, habría sido una lástima ver cómo se pudre en la cárcel por un impulso.

Y habría sido aún peor para ti si le hubiese hablado del niño, si se hubiera metido en medio, si hubiera intentado desactivar la verdadera bomba, la de Lilli.

Yo reflexiono, Fausto escribe.

—Ya tengo la compensación del imputado —mascullo, pero son los ojos, maldita sea, son ellos los que ya están negros como el alma y brillan al ver la pluma que se mueve.

—Esto —dice él firmando el cheque— no es una compensación, es un agradecimiento.

Miro la cifra, más de la mitad del valor de mi vieja casa.

—Te lo mereces —añade y, realmente, en su lógica, me lo merezco porque soy yo la que ha mantenido la promesa que le hice a Cristi y la que ha dejado a la sombra a Mattia. Alargo la mano, vuelvo a escuchar mi voz que repite una y otra vez a Cristi que no cogeré

nunca el dinero del armario. Tanta moral por una suma irrisoria respecto a la que está a dos centímetros de mis dedos.

Fausto me guiña un ojo, yo los bajo y en el mismo momento en el que cojo el cheque siento algo que se rompe, un fruto que se cae y mi alma que rueda hacia abajo.

Quinta parte

2006-2012

1

Firmo las escrituras ante los brillantes ojos de Yannick. La mano tiembla, pero la rúbrica no deja dudas, la vieja casa es otra vez mía. Es el veinte de septiembre, han pasado diez días desde que Fausto me entregó el cheque que convenció al banco en un tiempo récord.

—Celebremos —me dice Yannick.

Ha elegido un notario a veinte kilómetros del pueblo, en una ciudad cerca del mar. Comemos pescado y yo no solo mantengo el ritmo de las bebidas del holandés, sino que incluso lo supero y termino por quedarme dormida contra el asiento de su coche. Cuando me despierto es noche cerrada, estamos aparcados debajo de mi casa en Bolonia.

—Intenta beber un poco menos en el futuro —me dice Yannick con una sonrisa.

Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla. Él se ríe fuerte. Yo permanezco seria y después estallo en una carcajada.

—Ey —continúa con aire paternal—, estás demasiado cansada. Durante el viaje estabas inquieta, seguías hablando del verano, de algo que ya ha terminado.

—El último verano.

—¿Qué es?

Ya estoy fuera del coche.

—El que está terminando.

El que está terminando, son las últimas palabras que le digo a Yannick en carne y hueso. Porque después nunca mantendrá la promesa de volver a verme y seré yo la que le escriba por las fiestas y los cumpleaños.

El último verano es el que termina mañana, pienso al mirar el calendario cuando ya estoy en mi habitación. Y, en realidad, en ese

momento, creo que va a ser así. Realmente, ignoro cuánto tiene reservado aún para mí nuestra historia, empezando por el adiós de Cristi unos días después.

Es por la tarde, estoy en el despacho, cuando respondo al teléfono, la voz susurrante de Pia me produce escalofríos.

—Está fuera de sí. Debe de haber bebido mucho.

No le pregunto quién.

—¿Estás en casa?

—No, estoy en un autobús.

—¿Y ella?

—También, la estoy siguiendo, no se ha dado cuenta de que estoy aquí.

Con un susurro excitado, Pia me dice que Cristi ha llegado a nuestra casa, la ha mirado como si fuera transparente, después ha hecho trizas el armario.

—Tu armario.

Pia no lo entiende, yo sí.

—Ahora tiene una bolsa en la mano. ¿Qué crees que quiere hacer?

—¿En qué autobús estáis?

La respuesta de Pia la cubre el zumbido del motor.

—¿Qué hay en la bolsa? ¡Quizá lleva una bomba!

—Dime el número del autobús.

—Veinte.

El autobús veinte va derecho al primer gran bosque fuera de la ciudad: el parque Talon.

—Nada de bombas. Espérame en la entrada, ya llego. —Y un segundo después estoy buscando un taxi.

En el acceso al parque, Pia se apoya sobre un palo.

—Vete a casa —le digo. Está llorando.

—Se ha bajado y se ha puesto a correr. Este parque es inmenso, ¿cómo la vas a encontrar? —solloza.

No respondo, ya estoy corriendo yo también por la cuesta de la entrada, entre las hileras de chopos, más allá de la casa derruida y, después, junto al camino que se encarama sobre la residencia de ancianos. Nada. Al río, me digo. Solo Cristi necesita agua para avivar el fuego y, de hecho, la encuentro allí. Los billetes también, un montón de dinero y ramas secas que sus pies deben de haber pisoteado muchas veces.

—Dame el mechero —le digo desde lejos.

Ella niega con la cabeza y en un segundo el dinero está en llamas. Giro alrededor de las llamas, quito las malezas que están más cerca y después la agarro del brazo. La sacudo fuerte y querría que hiciera lo mismo, que me golpeara, que me dijera: «Has elegido mantener la promesa equivocada».

Sin embargo, ella ni siquiera me mira, es madera bajo mi tacto.

—Cinco años acaban pasando —le digo.

—Lo he visto.

—¿Cuándo?

Ignora mi pregunta.

—Quiere que le devuelva la cadenita.

Tiene el pelo bañado en lágrimas, la cara hinchada como la de mi padre después del despido. Está atiborrada de los cuidados egoístas de Fausto, de las atenciones formales de Lilli, y su aliento apesta a alcohol.

Aparto mis manos de sus brazos.

—Ha ocurrido porque pasamos todo el día en el mar, en una playa cerca de Génova. Volvimos a casa tarde, felices, e hicimos el amor sin pensarlo.

Ante esas palabras me imagino delante de mí a dos chicos rubios y desnudos. Voy más allá de todo pudor, veo las caderas de ella asediadas por el afán natural de él, dos caballos libres.

—Cuando supe que estaba embarazada, unas semanas después, me dije a mí misma que no era capaz. Que estaba hecha para otra cosa.

—¿Para destruir bancos? —farfullo.

Las llamas a nuestro lado chisporrotean, los leños frescos echan humo y, en ese momento, espero que alguien lo vea, una denuncia por haber iniciado un incendio es mejor que lo que temo que tengo que escuchar.

—Sí. —Cierra los ojos—. Y ni siquiera he hecho eso.

Sé que estamos en las últimas, sé que de este incendio saldremos escaldadas y siento que si le preguntara en ese momento cómo fueron las cosas la noche del atentado me respondería. Sin embargo, por primera vez en mi vida, mi curiosidad abdica.

Cristi se da la vuelta de golpe y se dirige al torrente ante mis ojos nublados por el humo, se mete completamente vestida. Es un sumidero al aire libre, lleno de nutrias, de barro y de plástico. La espuma marrón le llega más arriba de la cintura.

—No fui capaz de tirar la bomba, ¡no he sido capaz de tener un hijo! —grita.

—Te entenderá, quizá no ahora, pero con el tiempo, te entenderá —le digo sin una pizca de convicción.

Tengo dolores en la tripa, me agacho en el suelo. Salpicaduras de barro le han llegado hasta el pelo y las mejillas.

—Sal de ahí —le suplico.

Ella sigue poniéndose en peligro en el agua sucia. El sol de finales de septiembre, a sus espaldas, es un pequeño círculo sin rayos. Miro a Cristi a contraluz y veo a Mattia. El único Mattia que mi mente es capaz de imaginar: un muchacho musculoso y con determinación que se mete en un foso lleno de fango con tal de conseguir jugar con Cristi. Han pasado años desde aquella tarde en la ciudad vieja, el tiempo ha ido goteando y el agua ha vuelto a traer fango. Una masa pútrida que Cristi se comería, tanta es su desesperación. Sus labios parecen estar sucios de espuma. Pienso en el tifus, en las enfermedades de los ratones, en ella, que muere amarilla y entre sudores en el hospital de Pia.

—Sal de ahí —le ordeno.

Y ella, por increíble que parezca, lo hace, camina hacia atrás como un espantapájaros amarillo y marrón y viene a sentarse cerca de mí. Apesta como el abono de los campos, me entran ganas de llorar.

—Ves —me dice con su voz inconfundible, esa que llega de forma natural hasta profundidades vetadas a los demás—. Era suficiente con una orden tuya.

No añade más a nuestro adiós, se tumba con la cabeza sobre mi regazo y, lentamente, se queda dormida. La despierto horas después, cuando la hoguera de billetes se ha apagado, las brasas ya no arden y también el humo ha desaparecido del aire.

2

Los momentos que siguen, cuando nos levantamos y pisoteamos el dinero de Fausto hecho cenizas, se crean en base a reacciones, a episodios obligados, a hechos previsibles.

Es previsible que Cristi quiera ir caminando sola hasta la estación, enfangada en barro seco y maloliente, para regresar directamente a Piacenza y no volver a aparecer.

Si fue ella la que tiró el teléfono desde el tren o Fausto quien cambió su número no puedo saberlo, pero cuando una voz mecánica me dice que el usuario ya no existe, sé que tiene toda la razón.

Se ha trasladado a Londres con sus padres, me dice mi madre unas semanas después y yo me pongo el dedo índice sobre los labios como una niña y le ruego con la mirada que no vuelva a hablar de ello.

Se da por descontado que yo encuentre la cadenita entre los escombros del armario; quizá un poco menos que la esconda debajo del colchón como una vieja. Es inevitable también que Alessio cada vez me busque menos y que no se preocupe demasiado por ocultarme sus llamadas asiduas con una compañera de trabajo.

Es previsible incluso que Pia se vaya de casa.

—Veré si funciona la convivencia —me dice—. Y, si va bien, podría darle una oportunidad al matrimonio.

Ante la idea de mi compañera de piso en el altar jurando fidelidad, siento una ternura repentina y le doy un fuerte abrazo.

—Yo me quedaré a vivir aquí. ¿Vendrás a verme? —le pregunto, y ella casi se conmueve al jurarlo.

También la reacción de Mattia tras encontrarse con Cristi no deja lugar a la sorpresa. No a mí, que lo conozco desde que era un crío.

—¿Sigues siendo mi abogada? —me pregunta.

Permanezco en silencio. Me debería decir: sigues siendo mi abogada, aunque sabías que estaba embarazada y no me lo dijiste. Sigues siendo mi abogada, porque es culpa de Cristi, que no debía abandonarme así.

Sin embargo, él ignora las explicaciones y tardará años en hablar de ello.

—Entonces, ¿aún eres mi abogada? —me pregunta de nuevo.

Lo miro, los ojos celestes se debilitan por la barba desordenada, tiene costras en la cabeza, entre el pelo, algunas supuran sangre. Me son suficientes esas señales para entender que no quiere volver a escuchar el nombre de Cristi.

—Sí, aún soy tu abogada —respondo.

Con él no me ahorro nada. Entre las decenas y decenas de clientes que Giannetti me pasa, la carpeta de Mattia siempre está a la vista sobre mi escritorio. Si hay algo urgente para su caso, no atiendo a razones: pospongo reuniones, rechazo llamadas, llego tarde al restaurante en el que Alessio me espera cada vez más impaciente. Todos sabemos que pronto recogeré mis cosas de su casa, le devolveré las llaves y seguramente alguna que otra vez regresaré a su cama.

Una tarde, en la mesa, rompo el silencio que acompaña ya nuestras cenas.

—¿Crees en los magos que leen el futuro? —le pregunto a quemarropa.

—¿El qué?

Lo repito. Se encoge de hombros.

—No —sentencia sin pedir explicaciones.

—Tienes razón —balbuceo.

Sin embargo, el dinero que anunció la maga de Hvar ha llegado y

cada vez que en el locutorio de la cárcel me levanto y le doy la espalda a Mattia aún sentado, intento entender ese nudo que tengo en la garganta y si tiene que ver con la historia del hombre a medias.

Voy a ver a Mattia al menos una vez al mes, aunque no haya novedades, aunque ver las pústulas rojas entre su pelo me cierre el estómago y, en cuanto vuelvo a casa, me lave la cabeza con champú dos veces.

Las pompas de sangre que veo en cada encuentro no tienen nada que ver, sin embargo, con la suciedad de la cárcel. Es una dermatitis atópica. Una dishidrosis, las pústulas de los ácaros. Según el último informe del especialista que le he conseguido, es una reacción alérgica a algún alimento.

—Es rabia —le digo a Pia, a la que veo para un café.

Ella deja a un lado su bata de médico y levanta las manos en señal de rendición.

—Tú también pareces enfadada —me dice media hora después.

Nos estamos despidiendo en el tráfico de Via Massarenti, a dos pasos del hospital y bajo la nueva casa de Pia.

—Un poco. Pero es algo demasiado complicado de explicar —le digo.

Es un asunto muy largo y no solo hace que me enfade, sino que me provoca un cúmulo de bilis como en los tiempos en los que mi madre me obligaba a ordenar la habitación todos los días. De hecho, también esta vez está ella de por medio, con el apoyo de mi padre. Los dos, ante la noticia de la compra de la vieja casa, se han quedado de piedra.

—¿Cuándo os mudáis? —les he preguntado.

—Danos un tiempo para digerir la noticia —ha respondido mi madre. Ni siquiera una sonrisa.

Cuando tres semanas después de la charla con Pia vuelvo de forma repentina al pueblo, es precisamente mi madre la que saca el tema.

—La mudanza es un jaleo —suelta en cuanto nos sentamos a la mesa a comer. Mi padre no interviene.

—¿Estás intentando decirme que os quedaréis en este cuchitril?

—¿Qué tiene de malo este apartamento? —responde irritada.

Miro a mi alrededor con expresión de asco. Suspiro profundamente.

—Allí tendríais jardín.

—No lo necesitamos. Más bien podrías alquilarla, quizá te convendría.

—¡¿Alquilarla?! —Estoy sobrecogida. Miro los cappelletti con salsa que se enfrían sobre los platos. Cojo mi cuenco y lo tiro al suelo. Mi madre se levanta de golpe, tiene el rostro morado y tiembla.

—¡He trabajado día y noche para conseguiros la casa! —grito.

—Nunca te lo hemos pedido. —Su voz es de piedra.

Miro la comida y los trozos del plato a sus pies. Sé que tiene razón. Es eso sobre todo lo que me hace daño. Se ocupa mi padre, que calla desde hace años, de completar el ataque.

—Intenta entender también nuestro punto de vista. —Incluso se levanta—. Para nosotros, después de todos estos años, de todas maneras, sería diferente.

Vuelvo a bajar la mirada. Eres un deprimido y no sabes lo que estás diciendo, papá, pienso pálida. Sin embargo, lo sabe, claro que lo sabe.

3

—Hemos terminado —dice Alessio.

Me bajo con esfuerzo de la cama y me visto, quién sabe por qué, detrás del biombo.

—¿Todo bien? —le pregunto.

Él no responde. Me pongo la camiseta, los zapatos y salgo.

Insisto:

—¿Todo bien en mi revisión?

Él vacila. Siento frío.

—¿Estoy embarazada? —No quiero hijos, está claro.

—No, no, tranquila. —Su tono es extrañamente delicado.

—¿Entonces?

—Nada grave, solo que con respecto a la última consulta se ha añadido un cuadro de endometriosis.

—Explícate mejor.

Me señala la imagen de mi ecografía.

—Aquí está más oscuro, ¿lo ves?

—No, no veo nada.

—Aquí está la vejiga y aquí hay un espesamiento del tejido, que se ha vuelto más fibroso. —Me lanza una mirada rápida. Mira el monitor, busca la fecha de la consulta anterior—. Ha cambiado muy rápido en muy poco tiempo.

Me manda unos análisis que yo meto en el bolso sin leer.

—¿Vuelves a tu casa? —me pregunta.

Ha pasado un mes desde que le devolví las llaves y para la ocasión hicimos el amor. Asiento.

Él apaga el ordenador mientras yo me pongo el abrigo. Estoy a punto de salir, pero me detengo.

—¿Te ves con alguien? —le pregunto.

—¿Y tú?

—No —respondo enseguida, y es la verdad.

—Yo tampoco —se apresura a decirme, pero no parece sincero.

Si lo hubiera amado de verdad, intentaría entender si tiene entre manos una historia importante. O quizá buscaría a otro médico, o quizá ni siquiera eso, porque como dice mi madre siempre he sido muy abierta.

La noche de la consulta sueño con trozos de madera que flotan en el mar oscuro y después sueño con Cristi por primera vez desde su partida, y el corazón me late tan fuerte al despertarme que no consigo acordarme de nada más que de su pelo largo. Rubio, naturalmente.

En cuanto termino el desayuno, llamo a mi madre. Lo necesito. Después de la discusión, después de abandonar la comida de Navidad, solo me informa de su salud y no se olvida nunca de preguntar por la mía. Todo bien, respondo.

En realidad, debo esperar tres semanas para saber si estoy bien, el tiempo para recoger los análisis que me prescribió Alessio y que, sin abrirlos, le entrego en la oficina. No pintan bien, me dice él, y, de hecho, tengo dolores en el vientre cada vez más a menudo. Desde aquel momento, siempre que lo hablamos, consulta tras consulta, tiene un tono más delicado y la cara más seria.

—Bueno —le digo un día—. ¿Me vas a explicar de una santa vez si tengo que preocuparme o no?

No estamos en su ambulatorio, estamos en su casa, en la cama, lo

que no ocurría desde hacía tiempo.

—No es grave, pero podría darte problemas en el futuro.

—¿Por los hijos? —le pregunto directamente, puesto que él está dando rodeos.

Asiente.

—De acuerdo, lo he entendido.

Él me mira perplejo.

—¿Ya está? —me pregunta.

No, no está. Giannetti ha aceptado aumentar mi cuota social y contratar a un joven en prácticas. Pero tengo el escritorio lleno de expedientes, me bebo diez cafés al día, ocho de los cuales me los tomo en el bar que está enfrente del tribunal. Si aún estoy presentable, por la tarde voy a cenar con algún compañero. Si quiero algo más, y ocurre realmente muy pocas veces, busco a Alessio. Pero la mayoría de las tardes me quedo mirando la plaza que hay debajo de mi habitación con un kebab en la mano, después mido una y otra vez el cuarto de Pia para convencerme de convertirlo en salón. Cuando por la mañana me levanto y veo los reflejos rojos en mi habitación, no sé si es el sol que se filtra por las cortinas o son solo mis ojos que no dejan de ver las costras rojas de la cabeza de Mattia.

No me interesa tener hijos y no presto atención a los cotilleos del pueblo que me preguntan si he vuelto a comprar la vieja casa en previsión de un bonito jardín con balancines y columpios.

La noticia de que la casa pertenece de nuevo a nuestra familia ya se ha propagado, hay quien vocifera que mi padre ha conseguido la invalidez, lo que como mucho nos habría permitido comprar el albaricoquero; y otros, que mi madre frecuenta demasiado el bar de abajo y que debe de haber ganado la lotería. Hay quien dice solamente que es lo justo porque los holandeses se hacen ricos con el sudor de los italianos. Mi madre, si alguien pregunta, responde que es todo mérito del trabajo honesto de su hija. Si lo cree o no, no

estoy segura de ello; en cualquier caso, el domingo antes de Pascua me invita a comer, una rama de olivo preside en medio de la mesa. Yo, por el contrario, no tengo intención de ignorar el tema.

—He decidido que no alquilaré la casa, sino que pasaré allí los veranos. —Mi madre se queda de piedra y mi padre, en apnea—. Y vosotros sois bienvenidos.

Esta es la solución, mi ramita de olivo. Mis padres me toman la palabra y yo no bromeo. A principios de julio, en cuanto el trabajo en el tribunal se calma, hago la maleta y me traslado allí. Pia, a quien enseño fotos, dice que la he decorado con muebles sencillos, al estilo country. He puesto una cama matrimonial en mi vieja habitación. El dormitorio de mis padres lo he dejado vacío.

—Espacio hay —comenta mi madre la primera vez que vuelve a poner un pie allí.

He invitado a mis padres a comer, pero mi padre llega tarde y mi madre aprovecha para descargar su curiosidad.

—¿Qué hace ese chico con el que te quedabas en Rímini?

—Es un gran ginecólogo.

—¿Solo eso?

No le doy cuerda. Ella se queda unos segundos en silencio, pero después no se rinde.

—¿Es él el que te ve por tu problema médico?

—Sí —respondo avergonzada.

—Explícame mejor —sigue susurrando, aunque de mi padre, por desgracia, ni siquiera la sombra.

—Tomo una pastilla para que vaya más lento.

—¿Significa que no podrás tener hijos?

—¿Quieres un nietecito? —le pregunto irritada—. Lo tendrás.

Lo tendrás, puesto que soy hija única, significa que te lo daré. Y te daré un nieto significa que tendré un hijo. No sé quién, entre mi madre y yo, se siente más desconcertada con lo que acabo de decir. Y todavía hoy, que Arianna tiene treinta años, me pregunto qué se me pasaba por la cabeza en aquel momento, quizá el miedo a escuchar retumbar en la gran casa mis pasos solitarios. O la rabia por la curiosidad incontenible de mi madre. O bien, y pienso que era precisamente esto, la voz de Cristi que me decía: «Lo quieres porque formas parte de esos que quieren dejar huella. Una especie de ladrillo con tu nombre».

Enmudecidas, bajamos al jardín.

—¿Por qué papá no viene? —gruño poco después.

Mi madre, que está poniendo la mesa fuera, se encoge de hombros, y yo lo dejo pasar. Y cuando escucho los pasos arrastrados de mi padre en la distancia, casi me he olvidado de la comida y de su retraso. Mi madre se levanta de la tumbona donde se ha quedado adormecida.

—Ve a buscarle —me susurra, y también me guiña un ojo.

Le lanzo una mirada interrogativa que cae en el vacío, después le hago caso. Mi padre necesita ayuda porque en una mano tiene una cesta de la que sobresale una manta y en la otra una botella de vino.

—¿Qué traes ahí? —le pregunto, y ya he cogido la cesta, que para mi gran sorpresa se mueve. Levanto la manta y el hocico negro de un cachorrito me moja la mano.

—Es mi regalo para la nueva casa —dice mi padre.

—Vieja —lo corrige mi madre, y se mete en la casa a encender el horno.

Yo no profiero palabra. Tengo el perro agarrado entre las manos, siento el calor de su pelo, la respiración rápida de cachorro.

—Lo han encontrado en un campo en la parte de arriba del pueblo. Tu madre proponía la perrera, Elmo insistía en hacer de él un perro rastreador de trufa. Por el contrario, yo pensé que aquí, contigo, estaría bien.

Solo consigo asentir, el cachorro no para de moverse en mi abrazo, entonces lo dejo libre para que investigue el jardín.

—¿Cómo lo llamamos? —murmuro con la voz rota.

Mi padre levanta las manos.

—Es tuyo, te toca a ti elegir el nombre.

—No sé.

—Sí que lo sabes —me responde él.

Me acerco al cachorrito, que está rascando el tronco del albaricoquero, entrecierro los ojos y disfruto la sensación de consuelo del primer regalo de mi padre en años. Claro que no cambiará las cosas, mañana él tendrá la misma mirada perdida. Y yo pasaré el verano sola en una casa demasiado grande para mí. Pero ahora está el cachorro, está ladrando contento y no parará tan fácilmente.

—Ven —le digo con dulzura.

Él no obedece, se ha acercado a un riachuelo que se ha creado por el riego enérgico de mi madre de esta mañana. Lo observo mientras mira el agua, la huele, titubeante mete una pata y la saca rápidamente. El recuerdo de la niña que he sido, con tantos miedos y deseos de dejarse llevar por el agua, es inevitable.

—Lo llamaré River —digo convencida.

—Que quiere decir río —susurra mi madre, que vuelve a aparecer desde la cocina.

Con el rabillo del ojo busco a mi padre, está asintiendo.

4

Después del primer año de cárcel, las heridas en la cabeza de Mattia se secan, la sangre se reabsorbe. Pero el pelo ya no está, se le ha caído a mechones junto con las costras.

—Querría estudiar —me dice una mañana.

—¿Qué carrera?

—Pensaba en un graduado.

—Ya has acabado el instituto —respondo perpleja.

—Quiero inscribirme en un instituto profesional.

Lo miro con curiosidad, desde que ha entrado en la cárcel ha devorado pilas y pilas de libros clásicos.

—Solo querría algo práctico desde donde empezar de nuevo —explica.

Y puesto que él siempre tiene prioridad sobre los demás casos, no me lo pienso dos veces antes de abrirle el camino para la inscripción y asegurarme de que lo hagan estudiar, de que me mantengan al tanto de cómo van los estudios, o de las horas de deporte que le dejan hacer.

Electrónica, matemáticas, pruebas, equipo de gimnasia. Estos son los temas de nuestras entrevistas que la sustituyen a ella, a la innombrable. Y a fuerza de verlo, de visitarlo y de enterarme de sus notas, cuando lo veo ya no siento el mordisco en la garganta de los primeros días. Qué siento cada vez que me levanto y lo dejo a mis espaldas no lo sé, pero está claro que espero cada encuentro como una cita inamovible de mi agenda.

—Todo esto por la deuda de dos cafés —me dice el día que tengo un enfrentamiento bastante brusco con el director de la prisión por no haberle dejado el tiempo suficiente para estudiar un examen.

—Esa era la gilipollez que preparé para convencerte. Tú me

pagaste.

Sonríe levemente, está delgado, completamente calvo.

—Sé que has vuelto a comprar la casa de cuando eras niña.

Asiento con desconcierto.

—¿Cómo lo sabes?

Él sonríe otra vez y me cuenta que hay un nuevo guardia de su misma edad que vive en Bolonia, pero es del pueblo.

—Jugábamos juntos al fútbol cuando iba en verano a la tienda de comida preparada. Nunca estábamos de acuerdo y, de hecho, ha terminado siendo carcelero.

Le fulmino con una mirada.

—Ha sido un mal chiste. Se porta bien, me está ayudando —me dice con seriedad—. ¿Cómo estás tú? —añade después de unos instantes.

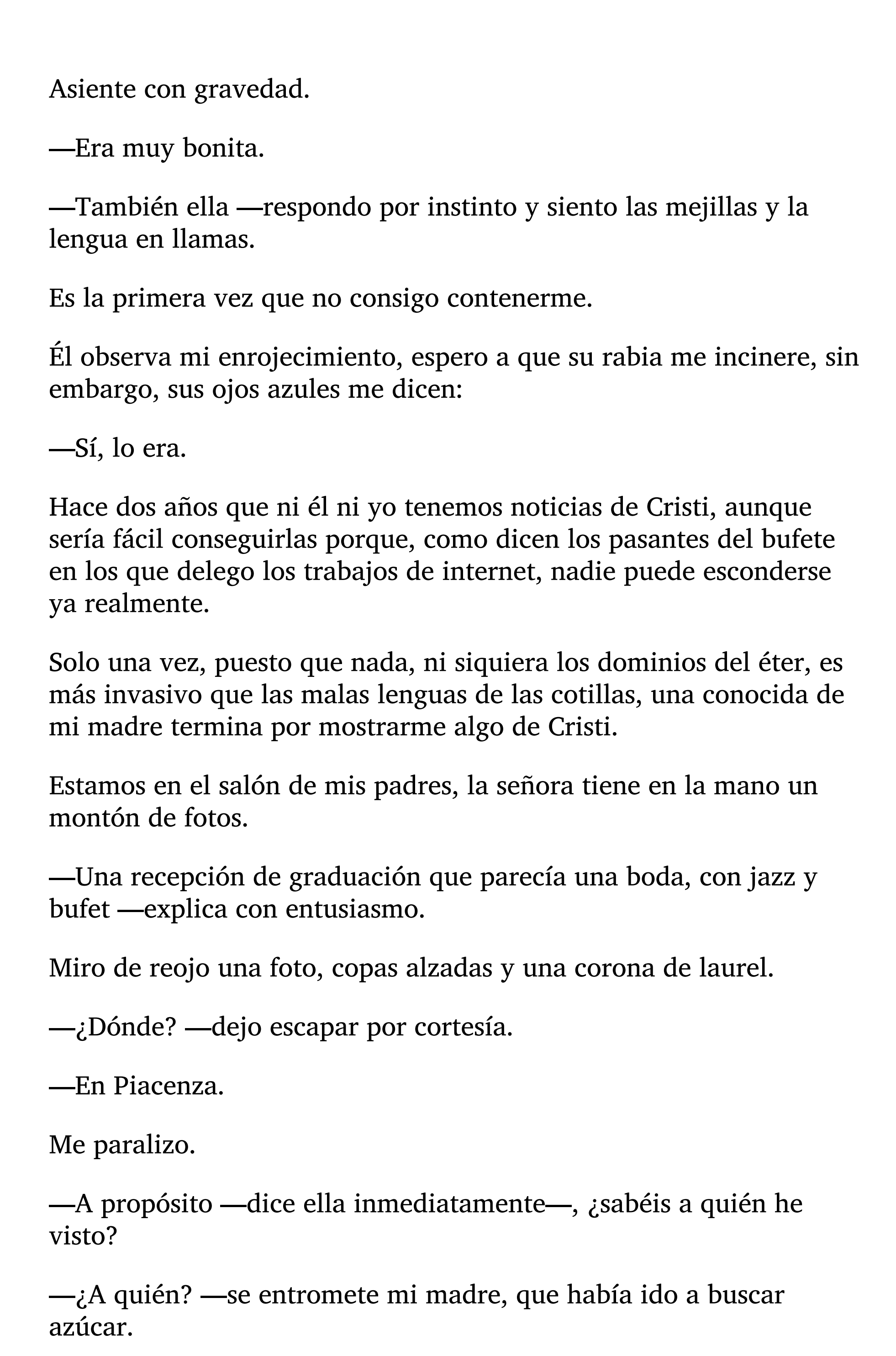
Espero un poco para saber si, por algún extraño motivo, además del asunto de la casa pueda saber también la historia del dinero de Fausto, aunque esa solo la conozco yo o quizá también Cristi. Pensarlo siempre me da escalofríos.

—También he cogido un perro en el pueblo —digo para aligerar la tensión. Paso por alto el hecho de que me he encariñado con él y que dejarlo con mis padres durante el invierno me pesa—. Más que jugar con él, he vuelto a caminar.

—¿Aún está en pie la ciudad vieja o se ha derrumbado? —me pregunta él en voz baja.

—Resiste, más o menos.

He luchado para que vuelvan a abrir la iglesia de Santa Lucía al menos un domingo al mes y he convencido a todos mis conocidos para conseguir un poco de mantenimiento, como derribar los cipreses enfermos y volver a enlucir la torre del reloj.



Asiente con gravedad.

—Era muy bonita.

—También ella —respondo por instinto y siento las mejillas y la lengua en llamas.

Es la primera vez que no consigo contenerme.

Él observa mi enrojecimiento, espero a que su rabia me incinere, sin embargo, sus ojos azules me dicen:

—Sí, lo era.

Hace dos años que ni él ni yo tenemos noticias de Cristi, aunque sería fácil conseguirlas porque, como dicen los pasantes del bufete en los que delego los trabajos de internet, nadie puede esconderse ya realmente.

Solo una vez, puesto que nada, ni siquiera los dominios del éter, es más invasivo que las malas lenguas de las cotillas, una conocida de mi madre termina por mostrarme algo de Cristi.

Estamos en el salón de mis padres, la señora tiene en la mano un montón de fotos.

—Una recepción de graduación que parecía una boda, con jazz y bufet —explica con entusiasmo.

Miro de reojo una foto, copas alzadas y una corona de laurel.

—¿Dónde? —dejo escapar por cortesía.

—En Piacenza.

Me paralizo.

—A propósito —dice ella inmediatamente—, ¿sabéis a quién he visto?

—¿A quién? —se entromete mi madre, que había ido a buscar azúcar.

—A Lilli. ¿Te acuerdas de ella? La hija de la pobre Ida de la ciudad vieja.

Mi madre asiente enseguida.

—Ha vivido un par de años en Londres y ahora ha vuelto a Piacenza. Habrías querido verla.

Ni mi madre ni yo abrimos la boca.

—Parece una chiquilla —sigue la señora, barajando las fotos como un mazo de cartas—. Siempre con la copa llena en la mano, pero radiante.

Mi madre logra soltar un comentario inútil e intenta cambiar de tema, pero la señora aún no está lista.

—También estaba la nieta de Ida, con el novio.

En ese momento, mi madre se inclina para evitar que vea la foto agitada, pero yo ya tengo los ojos sobre una cabellera rubia. Al novio, un hombre tan alto como ella, de pelo largo castaño y ojos marrones, lo veo con dificultad. Porque estoy hipnotizada por la ropa de Cristi. Unos pantalones de estilo militar, un polo verde, una camisa vaquera. No podría definirla como elegante, pero tampoco elegida al azar, seguramente conjuntada a la perfección. Mi madre me quita la foto de entre los dedos.

—Un momento —protesto.

La vuelvo a coger y señalo el cuello de mi amiga. No hay colgantes, ni nuevas cadenitas, no en la foto al menos. Cuando me decido a irme estoy tan distraída que si no fuera por el perro, que juega entre mis pies, me quedaría paralizada ante el horrible bar de debajo del apartamento de mis padres.

—River, llévame a casa —le digo, y por cómo se pone a saltar estoy segura de que ha comprendido cuánto lo necesito. Acelero el paso y lo sigo como una autómata. Aún estoy pensando en la ropa de Cristi. Más en la ropa que en el novio, más en su estilo que en sus ojos descoloridos por el flash. ¿Dónde han quedado las camisetas anodinas, los vaqueros sin forma, las combinaciones imposibles? La

respuesta es una vorágine profunda, un abismo sobre los botones de madreperla de su camisa abierta.

5

El programa de reinserción que conseguimos obtener para Mattia el tercer año de cárcel es uno de los más seguros y menos estrictos. Un puesto como técnico en el centro de atención telefónica de la región para reservar consultas y pruebas médicas. Antes de empezar me aseguro de que no haya otros detenidos o superiores demasiado rígidos. Hago un par de veces el mismo trayecto en autobús que debe hacer él y tomo un café en el descanso de la comida en el bar de enfrente de la sede. Camareros tranquilos, muchas compañeras, nada de ambientes raros.

—De ocho a cinco, si no vuelves, te metes en un buen lío —le digo, pero él me interrumpe.

Me calma, ni siquiera lo piensa, no es lo que tiene en la cabeza y, después, entre dientes, me agradece todos mis esfuerzos. Entre estos, él no lo sabe, también está el de no decirle que la última vez que he visto a Cristi estaba bien vestida y con novio.

Poco a poco, la idea de que no esté siempre encerrado en la cárcel y de que haya comenzado otra vez una especie de vida, más que asustarme, me tranquiliza. Nuestros encuentros se han vuelto más simples, consigo incluso dar un paseo o tomar un aperitivo sin pensar en su pelo rubio que ya no está o en sus mejillas hundidas.

Giovanna, una compañera suya, aparece en las conversaciones de Mattia por primera vez después de casi nueve meses de trabajo, con una conducta ejemplar según el director de la cárcel.

—He oído hablar de ella —le respondo vagamente.

Él se ríe, no lo hacía desde hacía tiempo.

—¿Me vigilas?

Gruño. Él ríe más.

—Puedes estar tranquila —me dice poniéndose serio.

¿Estás celosa?, me pregunto por enésima vez desde que me han

mencionado que los han visto juntos a menudo. Y otra vez me digo que no. Es más, saber que en el trabajo no solo sigue con diligencia las órdenes, sino que vuelve a estar en el mercado entre sus compañeras, en cierta manera, me alivia. Lo único inoportuno es que esta Giovanna es solo una muchacha.

—Es muy joven —sigo.

Ya he conseguido bastante información gracias a mis fuentes. Sé que tiene diecinueve años, nueve menos que él, y que comen juntos en el bar. Si hace buen tiempo, se quedan en el banco del jardincito, nunca intercambian muestras de afecto. Ella está colada por él, le ha contado una empleada del centro de atención telefónica a uno de mis pasantes.

—No la fuerces —insisto.

Él me da la razón enseguida, dice que entiende mi preocupación.

—No la estoy obligando, solo soy afortunado —responde.

—¿Sabes que solo tiene a su madre en un pueblo del sur y que está aquí en casa de una tía? —le pregunto.

—Sí.

—Intenta no darle ilusiones. —Y me detengo ahí.

No te hagas ilusiones, debería añadir, no nos hagamos ilusiones de que basta un soplo de aire fresco para seguir adelante, pero en ese momento no tengo la cabeza para reflexiones. Y, si dejo a un lado el hecho de que Giovanna acaba de cumplir la edad para graduarse, me resulta fácil pensar que para Mattia es la solución ideal. Una chica enamorada de él, por fin un poco de tranquilidad, algo sencillo después de tanta tormenta.

En cuanto a tranquilidad, yo también necesitaría un poco. Por la mañana me levanto cansada y por la noche me duermo tensa. Antes de la última audiencia tuve incluso un pequeño desmayo. Para Giannetti, debería delegar más trabajo en los jóvenes colaboradores; para Pia, debería cambiar de casa; para mi madre, ir a la iglesia de vez en cuando. Para mi joven secretaria apenas contratada, irme de

paseo.

—¿Por qué no va a recoger esta carta certificada? —me dice un día.

La fila, los jubilados, los paquetes para enviar. La miro de reojo.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Para desentumecerse un poco. Y, además, abogada, esta carta es diferente a las demás.

—¿Ah, sí?

La secretaria no sabe cómo decírmelo, yo la miro con impaciencia.

—Está dirigida solo a su nombre, sin título ni apellido —balbucea.

De esta forma, el día en el que Cristi, después de casi cuatro años, decide volver a aparecer, lo hace empujándome a caminar en el frío de febrero hasta una oficina de correos abarrotada. Lo hace sin recurrir a mi apellido, sin llamarme abogada. Lo hace con un sobre brillante dirigido al bufete como si nunca hubiésemos tenido una casa juntas. Como un paquete bomba. Y, algo aún más desconcertante, lo hace con acuse de recibo.

Firmo para Cristi, después deslizo la carta certificada de las manos de la empleada a mi bolso casi sin rozarla. Camino al menos durante una hora antes de sentarme con frío y con la nariz roja en una pizzería desconocida.

—¿Viene sola? —me pregunta con cierta delicadeza el camarero.

—Estoy infinitamente sola —le respondo, y él se queda sin palabras.

Me como una pizza, me bebo dos cervezas, y hago que todo se vaya hasta el fondo con un postre servido a la velocidad de la luz. Cuando dejo la propina, por unos segundos estoy tentada a cubrirla con un sobre brillante y confiarle a un camarero amable la vuelta de Cristi. No lo hago, me subo la bufanda hasta los ojos y respirando sobre mi propio aliento voy a pie hasta la puerta de debajo de la casa de Alessio. Las luces de su apartamento están apagadas. Quizá duerme, quizá le toca guardia, quizá está con una

novia. Las tres posibilidades me producen el mismo efecto: si justo esta tarde necesitaba la prueba de que me es indiferente, la he obtenido. Sigo caminando y entro en el patio del hospital, allí cerca. No espero encontrármelo, solo busco un bar para tomar un digestivo.

A medianoche, después de una vuelta circular en el autobús, estoy en mi habitación y ya no tengo excusas. O la papelera o su letra, porque de que la ha escrito a mano no tengo dudas. Y, de hecho, es con la grafía de siempre que Cristi es feliz de anunciar el nacimiento de su hija. No es la única, también el padre comparte su felicidad.

Miro por encima la información sobre la felicidad. Diez de febrero. No me interesa. Tres kilos y cien gramos. Detalle inútil. La foto. Me importa poco. Cuando llego al nombre, cojo el teléfono.

—Abogada —masculla el becario adormilado.

Le dicto el nombre que acabo de leer.

—¿No tiene internet? —intenta quejarse, pero mi no rotundo le deja helado.

—Revisa qué significa.

Lo sé, pero no lo recuerdo, no esta noche.

Escucho el tecleo al otro lado del teléfono, unos golpes de tos.

—Del griego, quiere decir muy puro —me explica.

Muy puro. ¿Solo eres capaz de esto, Cristi?

Le doy las gracias al becario y me envuelvo en una manta. Muy puro. Es como decir que todo está bien. Muy justo. Es como decir que no es una compensación, solo un agradecimiento. O quizá todos nos permitimos alguna exuberancia. Expresiones vacías, que no tienen nada que ver con las pantorrillas de Mattia sumergidas en el foso para devolvernos la pelota. No tienen nada que ver con una niña analfabeta y con las ampollas de sangre en la cabeza de un encarcelado. No significan nada si las comparamos con una chica

desnuda que me lee la mano y el alma en una cama estrecha. Son frases que, como mucho, funcionan para mí, para eso en lo que me he convertido, en una mujer que se escondió detrás de una promesa y que ahora pasa los veranos en la casa que siempre ha querido, pero no es feliz.

—Muy puro —repito.

Nomen omen, el nombre es su presagio. Arianna.

6

Después de haber enterrado la nota de Cristi en el bolso, podría buscar su número y llamarla. O quizá enviarle un paquete de vestiditos rosas, zapatitos y baberos. Por el nacimiento de su hija también podría dejar de lado la norma de no escribirle que me impuse de adolescente y enviarle mis felicitaciones. Sin embargo, me voy al banco, pido que emitan un cheque de veinte mil euros desde mi cuenta y vuelvo al bufete. Repito la misma operación seis meses después. Y luego, otra vez, así, durante casi tres años. Devolver el dinero que cogí de Fausto me parece la mejor respuesta después de lo que hice.

—Abogada, ¿me está diciendo que metamos un cheque de veinte mil euros en una carta ordinaria? —me pregunta desconcertada mi secretaria, a la que acabo de contratar.

Miro sus labios cubiertos de pintalabios, que están entreabiertos por el estupor, y respondo con firmeza que sí.

—Pero es muy arriesgado —intenta protestar.

Está avergonzada, se mira las uñas bien pintadas, querría decirme que es una gilipollez, pero necesita el trabajo.

Sin dar explicaciones, saco la postal de Cristi del bolso, arranco la esquina donde aparecen el nombre y la dirección del remitente y le ordeno a la secretaria que lo copie. Para devolver al remitente ubicado en Piacenza, quizá a pocos kilómetros de la villa de los padres, un poco de lo que le he quitado.

Unos minutos más tarde, la chica llama, me explica titubeante que ha pensado camuflar el cheque con otro folio.

—Una gran idea —comento con neutralidad.

—¿La enviamos al menos certificada? —se arriesga con un hilo de voz.

Sacudo la cabeza con impaciencia.

—Envío ordinario.

De esta forma, nunca sabremos si llega, querría decirme la secretaria, pero se calla. Mucho mejor, porque explicarle que deseo el camino más rápido para reparar mis culpas, un camino que no contempla ni siquiera firmas de recibís, sería imposible.

—¿Quiere añadir una frase?

Niego con la cabeza

—¿Una sigla?

—No.

Fue a los diecinueve años cuando decidí no volver a escribir a Cristi.

—¿Sabemos enviar una carta o aún tenemos más preguntas? —le pregunto enojada.

La secretaria huye desconcertada. Es una colaboradora mediocre, excesiva en el maquillaje y poco brillante, pero esta vez su reacción es más que comprensible. Lleva en el bufete unos pocos meses, está acostumbrada a trabajar con sellos y pólizas, escribir cartas y depositar actas. Meter un cheque dentro de un sobre, sin ni siquiera una firma, debe de parecerle algo de locos. Lo es, pero mi conciencia me dice que es la manera correcta de arreglarlo y mi orgullo sabe que es también la más fácil.

Por la tarde salgo del trabajo cuando ya es de noche, los bares han dejado de servir aperitivos y alguien habrá recogido el correo del buzón de debajo del bufete. Cerca del portón me encuentro a Alessio.

—Pasaba por aquí, he intentado llamarte, pero no has respondido.

Echo un vistazo al móvil silenciado en mi bolsillo, a su mirada que, en los últimos tiempos, visitas médicas aparte, está cada vez más nublada.

—Vamos a tu casa —le digo y a duras penas le dejo tiempo para

girar la llave en la puerta antes de hacer el amor.

Una, dos veces, durmiendo poco, apagando la luz, derramando una botella de vino sobre el suelo. Pero no es suficiente, tengo que decírselo a alguien. Ya he descartado tanto a mi madre como a Pia, está muy concentrada en su convivencia. A Alessio, en realidad, tampoco debería decírselo, porque nos prometimos no volver a hablar ni de Mattia ni de Cristi. Miro su silueta relajada a mi lado. Debe de haber adivinado por mi frenesí que algo anda mal, pero no parece molesto. Han pasado tres años desde la tarde en que hicimos aquel pacto, raramente nos vemos, solo si no tenemos nada más que hacer. La pulsera estará sepultada entre los libros, a Rímini no voy desde hace una vida, ahora soy más su paciente que su amante. La regla se ha convertido en prescripción, decreto. Y me decido a hablar.

—Cristi ha tenido un niño —digo. Lo pienso durante un segundo, acabo de decir una mentira—. Una niña —corrijo.

—Pensaba que no os hablabais.

Se levanta bostezando, yo me quedo inmóvil bajo las sábanas. Los radiadores están al máximo, el aire está seco, me noto roja y sudada.

—¿La has llamado? —me pregunta.

—No.

—¿La has escrito?

Solo le he enviado un cuarto de la deuda que contraje con su padre falso.

—Tampoco —susurro.

—Debía imaginarme que Cristi estaba de por medio —comenta.

—¿Qué quieres decir?

Él mira la botella en el suelo y la mancha de vino tinto sobre la alfombra.

—Bueno, solo ella te ha hecho perder el control de verdad. —Y para asestar mejor el golpe bajo, se ríe.

Yo no respondo. Miro el culo de Alessio, las piernas con pocos pelos, el sexo lánguido. De repente, tengo ganas de decirle a la cara que la historia de Cristi amiga del alma era una mentira. Que en febrero, en la habitación gélida con las cortinas rojas, nos calentábamos bajo la manta y los radiadores no hacían falta. Él se sienta a mi lado, por la prisa con la que se pone el bóxer entiendo que en cierta manera estas cosas ya las sabe y no quiere escucharlas.

—Vamos a cenar fuera —dice.

—Es medianoche —protesto.

Ya se ha puesto los calcetines, ahora es el turno de los pantalones.

—Por eso tengo hambre —responde tirándome despacio la ropa encima.

Las ventanas del coche están heladas, Alessio conduce en silencio asomándose por un ojo de buey que ha creado quitando el hielo.

—Todo está cerrado —balbuceo.

Sin embargo, él consigue encontrar una trattoria abierta. Pide una tabla mixta para picar y, después de haberla devorado, también dos copas de mascarpone.

—¿Estás mejor? —me pregunta.

—Sí.

En parte es verdad, estoy más tranquila, se me han quitado las ganas de pelear, de dejarme llevar a confesiones inútiles.

—Gracias —murmuro.

Cuando nos levantamos ya son las dos, el coche se ha vuelto a congelar, nuestra respiración forma nubes de condensación.

—Te llevo a casa.

Esperaba que lo dijese. Asiento, después le doy un beso en la mejilla.

—Te llamo pronto —le digo sin convicción.

Él insiste en acompañarme hasta la puerta.

—¿Le contarás a Mattia sobre la niña?

—¿De qué iba a servir? No lo creo.

Es más, no sabría por dónde empezar, cómo romper el tabú del nombre de Cristi. No sé si sería capaz de volver a ver el espectáculo de su cabeza escupiendo sangre como un volcán. Y no sé si la historia con Giovanna resistiría el impacto.

—No se lo diré —concluyo convencida, pero él ya ha saltado a otro tema.

—Acuérdate de que tienes la revisión dentro de un mes.

Sonrío. Más paciente que amante, pienso, pero está bien así.

En cuanto entro en casa me doy una ducha hirviendo. Después, me tomo la píldora anticonceptiva que me ha prescrito Alessio, como si fuera milagrosa, y me deslizo agotada en la cama. Son las tres, solo tengo cuatro horas antes de volver a ponerme en pie, ya se lo he dicho a otra persona, por eso también puedo confesármelo a mí misma. No importa si no puedo dormirme.

—Entonces, es verdad, Cristi, te has convertido tú también en madre —murmuro mientras cierro los ojos.

7

El cuarto año de prisión de Mattia es el periodo de sus continuas sorpresas. Tan inesperadas que superan incluso mi éxito de conseguir la libertad anticipada en seis meses.

—Nos casamos —me dice un día sin más.

—¿Quién?

Él resopla con levedad.

—Giovanna solo tiene veinte años —sigo con incredulidad.

—Es mayor de edad.

Ahora soy yo la que resopla e insisto con las preguntas sin prestar atención a su irritación.

—¿Cuándo os casaréis?

—En cuanto salga.

Permanezco en silencio durante unos segundos.

—¿No estabas en contra de las instituciones?

De las plazas de protesta a los juramentos con anillo, pienso con cierta envidia.

—Agua pasada.

—¿Pasada de verdad?

—En realidad, no.

—¿Qué significa eso?

—Hace cuatro años que estoy dentro de una institución; duermo, me ducho, como. Pero ahora tengo prisa, tengo mucha prisa —me dice solamente.

Sigo sus ojos que recorren la habitación, patalean por salir, están impacientes por dedicarse a una nueva historia.

—¿Y dónde iréis a vivir?

—Tengo en la cabeza un lugar, a Giò le gustaría —me responde y, en ese momento, pienso en el mar, en una de las playas inmortalizadas por Cristi en los tiempos en los que enviaba sus fotos. No puedo ni siquiera imaginarme qué es lo que tiene en mente. Es más, aún estoy abstraída por el apodo que acaba de soltar con desenvoltura y que repite una y otra vez.

Giò se ocupa de organizarlo, solo su madre y la mía, lo preferimos así. Giò ya ha elegido los trajes. Giò lleva la cuenta atrás, viene Giò a recogerme cuando salga de aquí.

Ese nombre termina por ponerme de los nervios. Suena como un martillo, ese que usa Mattia para abrir un agujero en la pared y volver a ver la luz. El pretexto para seguir amando que yo aún no he encontrado.

—Giò querría conocerte —me dice un día.

Yo eludo la conversación, cambio de tema hablando sobre algún detalle relacionado con la excarcelación inminente. Pero me muero de ganas por ver a esa muchacha, esa joven empleada que ha arrastrado a Mattia al otro lado de los barrotes, más allá del amor que terminó en costras de sangre y que lo ha llevado, sin ni siquiera un pelo en la cabeza, directamente al altar.

Así que me organizo para interceptarla sin avisar en su lugar de trabajo el día antes de la libertad definitiva. Voy hacia ella con seguridad. Sé cómo es, he logrado un par de fotografías gracias a mis fuentes habituales. Es baja, delgada, pelo rubio muy corto. Es más bien despierta, pienso cuando me presento tendiéndole la mano. Y también es simpática, me doy cuenta cuando me la aprieta con una gran sonrisa.

Ese es el momento en el que me digo que todos, incluida yo, tenemos derecho a curarnos gracias a un amor joven e importante, gracias a las sonrisas francas, a las nuevas historias que son tan

ligeras que vuelan sobre los viejos dolores y las relaciones muertas y nunca enterradas.

—Quería felicitarte en persona por tu boda —digo.

Vuelve a sonreír.

—Mattia dice que es gracias a tu trabajo que hemos podido hacerlo todo tan rápido.

Niego con la cabeza, pero en realidad estoy complacida.

—¿Vendrás mañana cuando salga? —sigue ella.

—No, lo siento, tengo una audiencia muy importante.

Y, además, no me necesita, es suficiente con ellos dos y las ganas íntimas que tienen de dejar todo a sus espaldas.

Giò observa el tráfico de los coches a nuestro alrededor, espera a que un semáforo en rojo se ponga en verde.

—No sé si nos veremos otra vez, nosotros nos vamos enseguida —explica.

Asiento, la tranquilizo, sé que la boda es en el sur. Sé sobre el viaje de novios, me falta solo saber una cosa y mi curiosidad tiembla ante la visión de su rostro fresco. Evito las preguntas directas que con Mattia no funcionan.

—Qué pena que en estos tiempos los alquileres sean tan caros —digo imprecisa.

—Nada de alquileres, pensamos comprar. —Espera un poco, baja la voz—. He recibido una pequeña herencia de una tía —añade cohibida.

—Genial.

Ella sigue:

—Ya he pedido el traslado y creo que no tendrán problemas en

dárselo también a Mattia.

Trato inútilmente de acordarme de todas las sedes del centro de servicios telefónicos que están esparcidas por Italia.

—Claro —digo con la expresión de quien lo sabe todo.

Mi confianza relaja enseguida a Giò, que me mira y deja que se le escape una risita.

—Tengo una curiosidad —me susurra, y yo la invito a hablar con una sonrisa—. Quizá eres la persona más indicada a quien preguntar —me dice bajando la voz.

—Inténtalo.

—¿Crees que nos aburriremos allí arriba?

Allí arriba, dónde, estoy a punto de decir, pero una intuición gélida cambia en el último momento mis palabras.

—Quizá un poco —me arriesgo a decir.

Es una tarde fresca de junio, hace frío. Busco un chal en el bolso y me lo pongo sobre los hombros. Giò lleva una camiseta que deja al descubierto el ombligo.

—Las casas de allí son todas viejas y también en la nuestra deberíamos hacer algunas reformas —sigue.

Está dando por hecho que yo conozco perfectamente el lugar. Aparto la mirada de su vientre plano y helado y la dirijo al suelo. Ya creo que he entendido cuál es el lugar que según Mattia le gustará tanto a su joven esposa. Me resisto a creerlo.

—¿Has ido ya a ver vuestra casa? —consigo preguntar con un hilo de voz.

—No. A decir verdad también Mattia la ha visto solo de niño. —Me dedica otra sonrisa, que esta vez se me mete bajo la piel como un puñado de alfileres—. Un guardia le ha dicho que no hay problemas para comprarla por una cantidad muy baja.

Ahora, sin embargo, mi intuición no es suficiente para entender. Quiero el sitio exacto. Quiero saber con exactitud qué puerta cruzará Mattia con ella en brazos.

—¿Es grande? ¿Debéis reparar muchas cosas? —pregunto esforzándome por mantener la calma.

—Mattia dice que la casa es la más pequeña de la parte vieja. —Asiento aturdida—. Tiene un pequeño jardín y solo otra casa cerca. Está bien construida, la volveremos a poner en orden enseguida.

—Ah, claro —comento—. Gino sabía lo que hacía.

Porque ya no tengo dudas de que el nido de los futuros esposos estará pegado a los vestigios de la casa de Ida. En ese momento, ella me mira sorprendida, pero yo no le hago caso. Gino, el jorobado, ese que corrió a poner a salvo a Lilli embarazada del techo resbaladizo, sabía realmente lo que hacía. Su casa es la más pequeña, está llena de ratones, pero los muros se han mantenido en pie. Todos los herederos están fuera del pueblo y hace años que intentan deshacerse de ella. Entre tantos lugares, precisamente allí arriba debía encaramarse la libertad de Mattia y su obsesión por volver a construirse una vida. Justo entre los escombros de las casas derruidas y del recuerdo de Cristi. Si no estuviéramos en pleno centro, y si los ojos marrones de Giò no brillaran tanto, gritaría en voz alta la serie de improperios que estoy recitando en mi interior.

Con un esfuerzo descomunal de autocontrol, le aprieto la mano, intento despedirme de ella de buenas maneras, y después me voy caminando a toda prisa.

—Giulia —grita ella. Me doy la vuelta por educación y me acerco un poco.

—Entonces, ¿dices que me gustará la ciudad vieja?

Las palabras ciudad y vieja salen de sus labios relucientes como si fueran dos agradables localidades extranjeras. El sol se está poniendo. El tablero ajedrezado de los palacios del centro me protege de la luz rosa del atardecer, pero me cuesta enfocar con

nitidez la figura de Giò. La chica que aún no sabe cuán pronto puede llegar la noche en la punta olvidada del pueblo, que nunca conoció a Ida ni a Gino ni los juegos de su marido cuando era un niño enamorado.

—Te gustará, te gustará —le respondo.

8

El verano de la boda de Mattia es el de mi noviazgo con River. Por la mañana bajamos al río, él mete las patas, yo me quedo mirando el agua, que ya se ha vuelto verde sucia en los tramos con más corriente, marrón en los recodos estancados, tan densa que atrapa las ramas de los eucaliptos que se atreven a rozarla. Después de comer, estudio los documentos de las escasas audiencias de verano sentada en el jardín, él se queda dormido bajo el albaricoquero. Si me levanto a coger algo de beber del frigorífico, él se levanta y va a la fuentecilla. Si abro la despensa y me hago un bocadillo, él agarra con los dientes su cuenco vacío y aúlla. Después de cenar, sin embargo, paseamos. Mientras miro el teléfono para revisar los mensajes del día, persigue a los gatos. Si no hago nada, tan solo camino, él olfatea los márgenes de los caminos y me trae piedras, saltamontes, palos, después se vuelve a husmear. Cada vez que aprieta algo entre los dientes mueve el rabo enloquecido y me viene a la mente Elmo, que no estaba tan equivocado al querer hacer de él un perro rastreador de trufa. Por el contrario, mi madre dice que deberíamos haberlo hecho a su manera.

—Lo dije, que necesitaba una perrera —me dice un domingo mientras se esfuerza por limpiar los pelos negros de River de mi sofá.

Finjo que no la he escuchado, además ya sé que, cuando no estoy, la primera en mimar a River es ella. Sacude los cojines un par de veces.

—Siempre estás con el perro.

No es verdad, paso largos inviernos en Bolonia sin él. Solamente los veranos, cuando me apresuro a abrir la casa del pueblo, me dedico a River.

Mi madre insiste:

—Pasar un poco de tiempo con algún ser humano te haría bien.

Depende de la persona, de cuánto te interese y de cuánto daño

pueda hacerte, pienso y no respondo. En verdad, no estoy siempre con mi perro, también salgo cuando ya es de noche y River duerme a los pies de mi cama. He desempolvado algunas viejas amistades, con cuidado de mantener a Genny apartada, y casi todos los fines de semana se nos hace tarde en los bares junto al mar a media hora del pueblo, hasta bien entrada la noche. Si no fuera por la cantidad de alcohol que bebo los sábados, mientras hablo sin mucho interés de trabajo o de posibles viajes, dado todo el ejercicio que River me obliga a hacer, podría haber perdido peso.

Uno de esos sábados termino en la cama con un compañero de instituto en su apartamento de la playa. Ejercicio, como en los viejos tiempos. Y por los viejos tiempos, quiero decir, viejísimos, los del pub, de Gianni y de los otros que apenas recuerdo. Antes de quedarme dormida rigurosamente sola y en mi casa, con la luz del alba que se insinúa por las persianas y River que se acomoda sobre mi almohada, me propongo llamar a Alessio. Hace ya meses que nos vemos solo para las consultas que él encaja entre una paciente y otra, de tal modo que hablemos lo menos posible.

Al día siguiente, cuando River ladra porque tiene hambre y me obliga a levantarme, me digo que es mejor dejarlo estar. Alessio, a diferencia de mí, da la impresión de ser alguien que puede construir algo con una mujer. Y, además, es mejor no romper el equilibrio, ya que es un médico muy bueno. Es escrupuloso, me recuerda todas las citas y siempre es muy delicado cuando me debe decir que sí, que la píldora a su manera funciona, que ralentiza la enfermedad y disminuye los dolores, pero las cosas en mi útero no van nada bien. Esto significa que, aunque los quisiera, sería muy difícil para mí tener hijos. No lo aclara porque sabe que no es necesario. Además, ¿hijos de quién?, pienso cada vez que salgo de la consulta y cierro la carpeta donde conservo todas las pruebas con la misma precisión con la que coloco los expedientes del trabajo en los archivos, aunque ecografías y dosis hormonales no me producen la misma satisfacción que los casos que, con felicitaciones de Giannetti, sigo ganando año tras año.

—Hay un artículo que habla de vuestro bufete —me dice un domingo por la tarde mi padre, que por algún extraño motivo lee todas las crónicas locales posibles, Bolonia incluida.

—He comprado yo el periódico —interviene mi madre—. Ah, me he encontrado al muchacho en el quiosco —añade.

El muchacho, ni lo pregunto, es Mattia. Es agosto, sé que él y Giò desde hace unos días, de vuelta de la luna de miel, se han mudado al pueblo. Hace ya un par de tardes que en mis paseos con River evito la ciudad vieja. Pero el pueblo no esconde nada, al contrario, y a la semana siguiente me cruzo con Giò en el mercado. Cuando me invita a tomar algo a su casa, me doy cuenta de que, definitivamente durante las vacaciones estivales, su marido y ella son mis vecinos más próximos.

La tarde de su primera invitación, Giò y yo estamos sentadas en el conjunto de mesita y sillas de plástico que han colocado en el pequeño jardín de la casa que perteneció al viejo Gino. Mattia está dentro, ocupado con algún mueble que montar, no lo veo desde la última visita a la cárcel.

—Mira. —Los dedos elásticos de Giò me señalan un montón de cartas—. Me conquistó con estas, las puedes leer.

Echo un vistazo rápido, decenas de cartas de las que no sabía nada escritas a mano desde la cárcel. Por fortuna, el verano ya está adelantado, la oscuridad de las tardes es completa y la luz de la lámpara del jardín es tenue, por ello, mi curiosidad no va más allá de las primeras líneas. Sonrío cohibida por el entusiasmo de adolescente con el que Giò alisa los folios.

Con la intención de cambiar de tema, me esfuerzo por preguntarle sobre el viaje. Por la boda prefiero no preguntar. Con tal de no levantar la cabeza y cruzarme por error con los muros derruidos de la casa de Ida, me concentro en la narración de la luna de miel que la esposa recita.

—Bebe algo —me repite ella de vez en cuando.

Algo no es suficiente, necesito por lo menos un par de copas de licor para digerir todo el entusiasmo de la esposa.

—Ischia es muy bonita. ¿Has estado alguna vez? —quiere saber.

—Un par de veces.

—¿Visitaste la Grotta Verde?

Tiene una voz delicada, fresca. El pelo lo tiene aún más corto que la última vez que nos vimos en Bolonia. Y es tan amable que me esfuerzo por mostrar un poco de interés por las excursiones, el menú abundante del hotel y los baños regeneradores.

—Horas en el agua turquesa —dice con aire soñador.

Por suerte, el licor de avellana lo he traído yo, es el de mi madre. No tiene mejunjes, ni aditivos, no se te sube a la cabeza. Si no, podría correr el riesgo de llamar al esposo para preguntarle si es verdad que ha nadado con deleite entre los delfines sin pensar en los veranos en el río, ese a los pies de la ciudad vieja a la que tanto ha deseado volver. Si es verdad que en todos los días de la luna de miel nunca ha deseado al menos una vez darse un baño en la poza de la parte de arriba del pueblo que, entre otras cosas, no he visto en mi vida.

Mattia se une a nosotras poco después. Parece contento, Giò no le ofrece ni siquiera un vaso de licor de avellana y él tampoco insinúa querer uno. Al escucharle hablar solamente del mareo de su mujer, de que los viajes de novios son demasiado cortos, me doy cuenta de que he bebido demasiado, de que tengo la cabeza demasiado confundida para poder comprender cuánto hay de sinceridad en sus palabras. Y que él, tengo la certeza de ello en los litros de zumo que tiene delante, se ha vuelto abstemio.

—Cuestión de lucidez —me confirma con una sonrisa dirigida a Giò.

Para un expreso, casi treintañero y que se acaba de casar, es solo una buena noticia. Además, se dedica a su físico estilizado. Pero es en las cervezas que Mattia se bebía hace un tiempo desde primera hora de la mañana en lo que pienso antes de irme a dormir, mientras inspecciono el frigorífico en busca de algo de comer para mí y para River.

Desde aquel día, intento verlo más, paso mucho por delante de su casa con el perro. Una tarde los veo abrazados en la cocina; otra,

escucho la música que sale por la ventana de su habitación y, en otra ocasión, un sábado, está todo cerrado.

Lo llamo el lunes siguiente antes de cenar, cuando Giò, como me había explicado, va con sus nuevas amigas al gimnasio y, después, al único bar abierto del pueblo.

—Esperaba tu llamada —me dice.

Estoy sorprendida, él se ríe.

—¿Podemos hablar? —le pregunto.

Le cito en la salita privada del Hotel Giorgio, la misma del encuentro con Yannick, a refugio de los cotillas. Lo último que deseo es que empiecen a hablar sobre nosotros. Antes de que Mattia llegue le doy veinte euros al portero, que ha permanecido idéntico en el tiempo, el mismo cabello entrecano. Cerramos bien la puerta y nos sentamos uno enfrente del otro, en los sillones, lejos del sofá donde me senté con el holandés.

Él me ahorra el esfuerzo de empezar la conversación.

—Tengo sed.

—Yo no mucha.

Y, en efecto, no estoy aquí para beber, estoy aquí porque es desde que Giò, en nuestro primer encuentro en Bolonia, me habló de la casa en la ciudad vieja que busco explicaciones.

—Sé en qué estás pensando —me dice con firmeza.

Su tono directo me desorienta, lo eludo.

—¿Estás teniendo cuidado para no meterte en problemas? —le pregunto con seriedad.

Él lo piensa unos segundos:

—Sí.

—¿Ves a alguien de Génova?

Sacude la cabeza, yo continúo imperturbable.

—Si te acercas de nuevo a algún movimiento de anarquistas, eres el primero en acabar dentro.

Escucha un par de minutos mis preocupaciones analizando de arriba abajo con los ojos la miseria de la salita del hotel. Después, me cuenta casi con aire de suficiencia que las protestas ya no le interesan.

—Pero no es por eso por lo que me has hecho venir aquí —concluye con una media sonrisa.

—Tienes razón —admito—. No es por eso.

Lo observo, la cabeza rapada está pálida, sin embargo, tiene el rostro bronceado, Giò debe de haberse asegurado de que llevara un gorro durante el viaje a Ischia.

—Traer a una muchacha así de joven a vivir aislada entre las ruinas no creo que sea una buena idea —empiezo.

Él no parpadea.

—Ni siquiera hay una gota de agua —dice solamente.

Me levanto con esfuerzo para darle la botellita que tengo en el bolso. Me da las gracias y la vacía en el tiempo que tardo en sentarme otra vez.

—También tú —me dice con tono tranquilo— pasas todos los veranos aquí. Eres una abogada brillante, estás haciéndote rica y, sin embargo, pasas todas tus vacaciones sola, cerca de un expresidiario y de una empleada de un centro de atención al cliente.

—Este es mi pueblo. Están mis padres. —Siento que mi voz es débil. Me esfuerzo por encontrar seguridad—. Tú, por el contrario, ¿por qué has vuelto?

Él cierra los ojos por unos segundos, después los vuelve a abrir.

—¿Dónde estabas el día después de la noche del atentado?

No respondo.

—¿Dónde estabas cuando Fausto llamaba a Giannetti y nadie te encontraba?

—En el pueblo.

—¿En el pueblo haciendo qué?

—¿De qué sirve hablar de ello? —objeto.

—Prueba a decírmelo —insiste él tranquilo.

—Esa tarde estaba sentada en el muro de mi vieja casa —murmuro.

Él asiente.

—¿Qué hacías?

El recuerdo de la angustia por las decenas de visitas a los bancos y por las hipotecas rechazadas vuelve a surgir rápidamente.

—Estaba allí rezando para poder volver a tenerlo todo —gimo.

Ahora él se inclina hacia delante, extiende las palmas de las manos sobre mis rodillas. Es la primera vez que siento sus manos sobre mí.

—Hiciste bien —me dice.

Estoy a punto de ponerme a llorar y él tiene el buen gusto de levantarse y darme la espalda.

—Yo también quiero lo mismo. ¿Te resulta tan extraño? —dice con voz sorda.

Lleva un par de bermudas y por unos instantes mi mirada aterriza sobre sus pantorrillas que, de tantos encuentros sentados, no había vuelto a ver. Aún están en forma; musculoso, la voz es la de un hombre, pero las piernas son las impacientes de un muchacho. Como no lloro, pero tampoco respondo, él se da la vuelta. Esta vez sus ojos se dirigen directamente a los míos para explicarme que

también él, exactamente igual que yo, rezaba. Rezaba mientras el compañero de celda roncaba o blasfemaba. Mientras hojeaba libros de gramática y el pelo se le caía a mechones. Mientras se duchaba con los pies en la suciedad de otros, deseando tener una bañera.

Rezaba mientras Cristi, pero esto él quizá no lo sabe, se dejaba fotografiar bien vestida en la graduación y traía al mundo a una niña.

—Y ahora que he dejado de rezar, lo quiero todo de vuelta. Todo.

—Entonces, ¿esa es la verdad? —Ni el matrimonio, ni las tardes abstemias ni toda la montaña de mentiras sobre rehacer su vida. Mi voz se llena de rabia repentinamente—. Las cartas escritas desde la cárcel, el viaje de bodas, la suerte de encontrar a una mujer joven, eran todo gilipolleces.

—¿Qué tiene que ver Giò? —Su rostro se endurece al instante, nunca lo había visto tan tenso—. Mantenla fuera de esta conversación.

Más que calmarme, estallo en una carcajada exagerada.

—Ah, claro. Debería creer también en que es por ella que has echado raíces a dos metros de las ruinas de Ida. —Río aún más fuerte, el sonido de mi risa es desagradable incluso para mis oídos—. No nos engañemos: tanto tú como yo somos dos perdedores —susurro.

—No te atrevas a repetirlo. Yo solo hice una gilipollez y pagué por ella.

Sacudo la cabeza.

—Hiciste una gilipollez enorme. Pero lo peor es que volverías a hacerla.

—Sí, volvería a hacerla. —Ha alzado la voz—. ¿Estás contenta ahora que lo he admitido?

Le lanzo una mirada llena de desprecio por todas las patrañas que me ha colado rajando sobre la luna de miel, sobre cómo los zumos

son mejores que la cerveza y sobre la posibilidad de liberarse de los viejos dolores. Él, ante mi mirada de asco, pierde el control.

—La volvería a hacer, abogada, la volvería a hacer —repite como un loco.

—Para ya, pueden oírnos —le advierto.

Pero él sigue. Ya puedo ver al portero, al que le dan igual los veinte euros con tal de airear por el pueblo los cotilleos sobre una pelea de esas que no escuchaba desde hacía tiempo.

—Debería haberme dado igual y haber dejado que con un abogado de oficio te hubiesen caído diez años de prisión —le digo, y estoy tan enfadada que escupo saliva—. Diez años sin estudiar, sin trabajar.

Estoy ya en la puerta, pero él se me echa encima, está sudando, siento su olor detrás de mí. Antes de que pueda darme cuenta, me ha cogido de un brazo y ahora me lo está retorciendo por detrás de la espalda hasta hacerme gemir de dolor.

—Repítelo, imbécil.

Lo tengo a él encima y la cabeza aplastada contra la puerta.

—Te merecías diez años —digo.

Él aprieta aún más.

—¡Diez años en prisión! —consigo gritar no sé con qué fuerzas.

Finalmente, me suelta y caigo hacia atrás sobre la moqueta que desde hace años nadie limpia. Tengo la marca de sus dedos en la muñeca. Estoy horrorizada por el suelo mugriento en el que me he caído, por los que han rodado sobre él dando propinas al portero, siento pena por mí y por él, que ahora está a punto de llorar. Es más, llora sin parar, no como un muchacho, sino como un niño.

—Hice una gilipollez y volvería a hacerla —dice—. La volvería a hacer si aún existiera un motivo para hacerlo. Pero ese motivo ya no existe.

9

Una de las cosas positivas de la vida en el pueblo, siempre que se sobreviva a las serpientes, a los paseos para arriba y para abajo por el curso del río, a la imposibilidad de cambiar de ideas y de amigos sin producir revuelo, es que todo cuesta menos que en la ciudad. Una cerveza de grifo, un kilo de carne, una casa, un abrigo de marca e incluso un detective. O, por lo menos, algo que se le parezca. Virgilio, expolicía cerca de los setenta, que vive con su mujer inválida en un pueblecito a algunos kilómetros del nuestro, se conforma con trescientos euros al mes para seguir a Mattia. Trescientos euros de mi bolsillo para saber si aún me está escondiendo algo. Y para saber si ese algo tiene el pelo rubio como la hierba amarilla, como el sol, como ninguna otra. Después del encuentro en el hotel, lo he evitado a toda costa, tanto a él como a su mujer. Incluso he rechazado un par de invitaciones improvisadas de Alessio, puesto que no habría sabido qué excusa inventarme para las marcas en la muñeca que me dejó Mattia.

Virgilio, a pesar de la modesta retribución y de la edad, hace un trabajo más que discreto, con informes frecuentes que me envía por correo electrónico. Por la mañana, el señor Mattia va directo al centro de atención telefónica. Si él y su mujer tienen el mismo turno, entonces pasan la hora de la comida juntos, comen lo que han preparado en casa. Va un par de veces al bar, los lunes por la tarde, pero siempre solo. ¿Qué bebe? Limonada. Entonces, es verdad su historia de la vida de abstemio. No usa el teléfono, escribe Virgilio, he hecho algunas comprobaciones más para asegurarme, y estoy convencido de que ni siquiera tiene uno. ¿Llamadas desde una cabina? Ninguna. ¿Salidas con otros hombres? Raramente los domingos, a ver el partido con un par de compañeros. ¿Fuma? Nunca lo he visto con un cigarrillo en la boca. ¿Gimnasio? Nada, más bien largos paseos. ¿En la oscuridad? Duda, esta vez estamos hablando en persona, sentados en el quiosco a la orilla del río. Es noviembre, domingo por la mañana temprano, somos los únicos en las mesas. Los cappuccino que nos acaban de servir han dejado de echar humo.

—¿En la oscuridad? —repito con tranquilidad.

—Sí, siempre en la oscuridad.

—En dirección al bosque sobre la ciudad vieja —comento.

Virgilio está avergonzado, no sabe cómo decirme que no lo ha seguido hasta allí, con todos los graznidos de las aves nocturnas, porque ya tiene una edad y Mattia, a fin de cuentas, es un expresidiario, uno que ha pasado allí más de cuatro años.

Sí, pero es también alguien que nunca le haría daño a un septuagenario que trabaja por trescientos euros, estoy segura de ello, a pesar de la discusión en la salita del hotel.

—¿Cerca de algún buzón lo ha visto alguna vez? —sigo.

—No.

Tampoco en correos, ni delante de un banco o de las oficinas del Ayuntamiento, muy lejos de los muros de todas las instituciones con las que nunca ha hecho las paces de verdad.

—¿Se ve con alguna? —pregunto con estudiada indiferencia. Sobre este punto, el más importante, necesito que Virgilio sea lo más espontáneo posible.

—No —responde con una pizca de vergüenza.

Dejo que la respuesta se pierda en mi silencio.

—Verá, abogada, no sé si hago bien en decírselo. —Se remueve en la silla. Prostitutas, pienso por un instante.

—Pero claro que hace bien —le incito con una sonrisa.

—Es solo mi impresión.

—La impresión de un hombre con experiencia.

—No sé cómo explicarlo —empieza—, el muchacho tiene algo que atrae a las mujeres.

Asiento, en la cabeza de Virgilio el señor Mattia se ha convertido en

el muchacho, el detective de pueblo lo ha intuido.

—Las mujeres, sobre todo jóvenes, lo observan constantemente. Y también él, con esos ojos, no evita a ninguna.

—Bueno, si son solo miradas…

Virgilio tiene incluso la punta de las orejas rojas, acudo en su ayuda pidiendo un vermú.

—Miradas extrañas, no sé cómo decirle, casi como si buscara algo que no encuentra. Mira y descarta, pobrecillo. —Al segundo sorbo se relaja aún más—. También su esposa es una mujer muy guapa.

—Mucho. —Un poco infantil, pero guapa.

Virgilio apura la copa.

—Será por eso que tienen la luz de la habitación encendida hasta tarde —comenta con media sonrisa.

—¿Siempre?

—Sí.

No se está metiendo en líos y es, incluso, a su manera, un marido constante y fiel. Dejo a Virgilio con la petición de que siga con su trabajo sin ningún motivo real.

Con la llegada de la primavera es él mismo el que me dice con un rodeo que no vale la pena, que, a fin de cuentas, aunque esté jubilado, sigue siendo policía y no le parece justo robar dinero a las personas honestas.

También en primavera Alessio se va por un tiempo a trabajar a un hospital en el norte de Alemania. Me lo menciona al final de una consulta e insiste en hablar de ello mejor durante una cena. Estoy sentada en uno de nuestros restaurantes preferidos, bebiendo vino frío, cuando me confiesa que en realidad se va para seguir a una compañera de Rímini que se ha trasladado allí. Una cardióloga, experta en no sé qué patología de las coronarias, con decenas de

publicaciones científicas a su nombre, galardonada con un par de títulos académicos y, sobre todo, enamorada.

—¿Tú también la amas? —le pregunto sin rodeos.

Él asiente con una sonrisa.

—¿Y el puesto en la unidad de Bolonia?

Alessio sonríe otra vez.

—Allí ya tengo algunas oportunidades, estoy esperando respuestas.

Bebemos los dos un sorbo de vino.

—Entonces, vale la pena arriesgarse.

Está claro que sobre lo que está haciendo no necesita mi aprobación, aunque, por cómo se quedó a mi lado cuando entendió que no lo amaba, por cómo me cuidó con esmero y delicadeza, estaría dispuesta a dársela.

Hasta el postre hablamos del nuevo médico que se hará cargo de mí, un compañero un poco más mayor. Arisco, pero experto, me asegura Alessio. Solo en el momento de despedirnos me doy cuenta de que no le he preguntado la fecha de su partida.

—Veintidós de marzo, por la mañana temprano —me responde.

Solo faltan diez días.

—¿Te apetece cenar juntos el veintiuno por la noche? —le pregunto de golpe, y él se ríe, lo piensa unos segundos y después dice que sí.

La tarde anterior a su partida no vamos al restaurante. Hacemos el amor sin parar, lentamente, sin excesos. Después, le ayudo a terminar de hacer la maleta, calcetines gordos y camisas de manga larga. Por una vez sigo los consejos de mi madre, que siempre me ha advertido sobre las despedidas demasiado rápidas y, por la noche, no me vuelvo a casa. Me quedo a dormir con él, cerca del perfume de su pelo recién cortado y del despertador que los dos miramos de vez en cuando sin decirnos una palabra.

En el aeropuerto, estoy rígida.

Él me abraza apasionadamente.

—Envíame los análisis que te he entregado.

Solo consigo asentir. Permanecemos en silencio durante unos segundos.

—Eres feliz, ¿verdad? —murmuro.

Él sonríe un poco cohibido. Está a punto de decir algo, pero yo se lo impido.

—No respondas. —No es necesario. Ya sé que está convencido de haber tomado la decisión correcta, lo entendí por el tono de orgullo mientras me recitaba el currículum de ella, por la dulzura serena con la que ha hecho el amor conmigo. Sé también que en el fondo nunca lo he querido detener y que si él ahora me dijera «me quedo contigo», yo misma le diría que se equivoca.

—Sé feliz —le digo.

—Te llamaré —me responde, y después hace lo que es justo, se va, sin dudar, sin mirar atrás para saludar mil veces mientras yo lo sigo con la mirada hasta el final.

Durante las semanas siguientes, Alessio mantiene su promesa y llama. Lo hace para decirme que ha encontrado un buen trabajo. Para explicarme que allí hay cinco grados a mediodía, por la mañana usa la bicicleta con las ruedas con clavos, pausas rápidas y salas de parto que funcionan como relojes. Se entiende que elige cierta información entre muchas novedades y evita hablarme de su vida en pareja. Que las cosas con su novia están yendo bien lo comprendo por el tono vibrante que el manos libres difunde por mi oficina mientras trabajo. Yo, por mi parte, no tengo mucho que contarle si no quiero hacerle un listado de todos los casos que estoy llevando. Un incidente a causa del alcohol, un señor que escapó de un ingreso en el hospital y acabó muerto en la calle, un par de veces con mi compañero del foro de Bolonia, rotundamente, insignificantes.

La única verdadera novedad también la sabe él, y aún no la he aceptado del todo. Pia ha decidido casarse con un compañero siciliano que no es su novio y de quien casi ni conoce a sus padres. Ceremonia privada en Sicilia, sin invitados, después, mudanza definitiva a Palermo.

Pasamos la tarde previa a su marcha a la isla en su vieja habitación, que está tal y como la dejó. Pia observa el somier sin colchón, la alfombra descuidada y el armario con las perchas vacías.

—Deberías cambiarte de casa.

—¿Te has puesto de acuerdo con mi madre?

—No hace falta —responde.

Pero no insiste, nos sentamos en el suelo y bebemos la botella de vino que ha traído más otra que ni siquiera sabía que tenía, mezclamos tinto y blanco sin darle importancia. Tenía que decidirme, me explica frente a mi cara desconcertada por su prisa para huir a la isla. Cuando llaman para entregarnos la pizza, estamos tumbadas sobre la alfombra, borrachas como cubas.

Me despierto al mediodía con la llamada de mi secretaria, su tono histérico compite con el pitido de mis oídos. Me he saltado una entrevista con un cliente importante, Giannetti está nervioso y también ella me necesitaba para un permiso. Cuelgo y miro a Pia. Le pregunto con una mirada lo que ni siquiera borracha me he atrevido a soltar.

Está a punto de irse y sabe que, a pesar de los teléfonos, de los emails y de los mensajes, Sicilia está demasiado lejos para algunas conversaciones. Entonces me sonríe, después, incluso me lo jura.

—No he vuelto a hablar con ella ni la he visto.

10

Para no rechazar el enésimo café o aperitivo que me propone Giò, la invito a ella y a su marido a cenar a mi casa una tarde de finales de abril, la primera de las vacaciones de Pascua que he decidido pasar en el pueblo. Ha sido un día sin sol, con un poco de lluvia. Enciendo la chimenea y preparo el salón. Una neblina nocturna cubre el jardín, a pesar de las farolas encendidas. River está fuera, lo llamo un par de veces, él se niega a entrar. Cierro la contraventana, echo las cortinas, pero Mattia me ruega que no lo haga. No lo veo desde la tarde de la pelea, de mi derrumbamiento sobre la moqueta del hotel más miserable de todo el pueblo, y de su llanto.

—Está oscuro, hay humedad, no se ve nada —objeto.

—Da igual, es precioso —insiste él y elige el sitio justo enfrente de la ventana.

Si es su manera extraña de pedirme perdón por las marcas en la muñeca, la acepto. De todas formas, no he deseado sus disculpas ni siquiera en el instante en el que me retorcía el brazo, ni siquiera cuando se fue dejándome en el suelo. Es desde los once años que deseo que desaparezca de la faz de la Tierra, pero en realidad nunca le he deseado diez años de cárcel.

Para la cena he cocinado queso a la plancha con patatas de mi huerto y champiñones que me ha vendido un campesino, he comprado una botella de vino tinto del lugar y un brebaje sin alcohol que Mattia bebe sin pausa. Giò y yo apenas tocamos la copa, los tres hablamos poco. Rompemos el silencio con alguna apreciación sobre mis muebles y sobre los cantos de los pájaros nocturnos.

Ante un estertor indefinido que llega desde fuera Giò sonríe.

—Los primeros meses fueron duros. Los mochuelos, o como se llamen, la lechuza y los demás. Pero ahora no podría vivir sin ellos.

—Yo también los he echado de menos durante los años de

universidad, a veces no volvía durante meses.

Me muerdo la lengua. Es la primera vez que delante de Giò se me escapa algo sobre el pasado. Me esfuerzo por no mirar a Mattia, me parece que mastica demasiado despacio.

—¿Cuando vivías con Cristi? —me pregunta ella.

Siento una sensación de hielo en la cara. En ese mismo momento, River araña la puerta.

—Sí, con ella y con una doctora —respondo con brusquedad y me doy prisa por abrir al perro.

Cuando vuelvo al salón, es Mattia el que cambia de tema con el pretexto de que no comía champiñones tan sabrosos desde los tiempos del trabajo como camarero en los cruceros de lujo.

Más tarde, mientras recojo la mesa, Giò viene conmigo a la cocina. Yo estoy fregando los platos con la cabeza agachada.

—¿Tu marido? —le pregunto.

—Está tomando un poco el aire con River.

Alzo la mirada, ella sonríe. Me esfuerzo por sonreír yo también y por suerte consigo hacerlo muy bien. Ella se relaja.

—Te pido perdón por lo de antes —me dice en tono confidencial.

—No te preocupes.

—Solo que él habla de ello con tranquilidad y creía que tú hacías lo mismo.

—Claro —le digo con el tono más conciliador posible.

Ella me observa.

—También para mí es así —miento con seguridad, porque ahora quiero saber exactamente qué sabe de los años anteriores.

Cojo la botella de vino de la cena y le sirvo una copa generosa a

Giò, que no tarda en volver a hablar.

De esta forma, mientras lavo los platos hasta que brillan, descubro que la joven esposa, que según Virgilio satisface todas las noches las apetencias de su marido, de los años anteriores sabe bastante, más de lo que yo podía imaginar. Sabe sobre Mattia y Cristi de niños, sobre la convivencia en Génova, sobre Ida y sobre el aborto. Lo que ha ocurrido antes de la cárcel no le da miedo y, para despejar cualquier duda, se yergue y respira más fuerte. Solo tiene veintiún años, un pecho espléndido y necesidades básicas que cubrir. Una casa, amigas nuevas, clases en el gimnasio, un trabajo. Un marido que no toca ni una gota de alcohol y no le guarda secretos.

Mattia vuelve a entrar con los zapatos llenos de barro, debe de haberse alejado del camino y de las luces que dejo siempre encendidas durante la noche. River lo sigue, pero sus patas no dejan huellas, debe de haberse quedado cerca de la puerta durante todo el tiempo.

—Has mantenido todo como hace años —me dice él—. El huerto, las flores, los setos…

Miro hipnotizada las huellas de Mattia sobre el suelo. Aún tengo en la cabeza la voz de Giò, que unos segundos antes me ha dicho seria: he esperado y él ha sido el primero para mí.

—Debe de ser fantástico, nunca me he parado a mirar —interviene ella—. Uno de estos días lo haré.

—También hay un gran albaricoquero —digo y la voz me sale aguda.

—Ah, sí, la historia de los albaricoques —se carcajea Giò.

Ahora ya no tengo ni voz porque no está hablando de mi árbol, sino de la indigestión de Mattia, la mirada maliciosa que lanza al bajo vientre del marido no deja lugar a dudas.

Más tarde, antes de quedarme dormida, bajo a la cocina a tomar agua caliente con limón. Culpo a los champiñones del campesino y un poco también a las cenas con mis vecinos y a su enorme

complicidad. ¿Qué me creía? ¿Que compartían cama todas las noches sin que a ella le entrara la curiosidad de pasar la mano por la cicatriz de la ingle?

Al día siguiente hago la maleta, dejo a River en casa de mis padres para alegría de mi madre y me escapo a Bolonia, donde durante dos días seguidos termino bastante trabajo en la oficina, sin secretarias, sin Giannetti. Mejor ahogarme a solas entre papeles que arriesgarme a encontrarme, incluso por casualidad, a Giò y a su marido. La tercera tarde invito al cine al compañero con el que he salido los últimos meses. Durante la película intercambiamos algunas opiniones indiferentes sobre la trama, un thriller previsible, y sobre los actores, poco conocidos pero buenos. A la salida, nos dirigimos a un local cercano a la sala, picamos unas aceitunas y nos bebemos una cerveza. Después de un breve paseo y una ronda de cubatas en otro local, vamos a su casa, que está cerca de la mía. Ninguno de los dos es apasionado ni tiene ganas de que se alargue demasiado. Dos horas después estoy ya en mi cama y pienso que, seguramente, la película ha sido el punto fuerte de la noche.

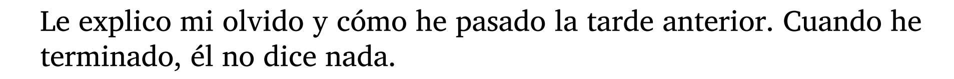
Me quedo dormida pronto, pero duermo mal. A las seis de la mañana me despierto con la cabeza que me retumba por haber bebido demasiado, en cuanto distingo el blíster de las pastillas sobre el mueblecillo del baño me doy cuenta de que hace dos días que no me las tomo. Sudo frío. Intento estar tranquila mientras cuento las pastillas rosas, pero obtengo la confirmación de que me he saltado dos. La idea de llamar otra vez al ginecólogo, que, como me había avisado Alessio, no brilla por su simpatía, y fijar una cita urgente me angustia.

Cojo el teléfono y espero no crear demasiados problemas. Alessio me responde enseguida.

—¿Estás ocupado? —le pregunto.

Pienso en su novia, que lo estará mirando mal, pero él me tranquiliza.

—Estoy trabajando, ¿qué pasa?



Le explico mi olvido y cómo he pasado la tarde anterior. Cuando he terminado, él no dice nada.

—¿Entonces? —insisto.

—Yo estaría tranquila —me responde.

—¿Cuánto me arriesgo?

Suspira.

—Poco.

A juzgar por su tono seguro, diría que no arriesgo casi nada, pero él con su habitual atención de médico delicado no quiere decírmelo. Antes de colgar, añade también una mezcla de prescripción y afecto.

—Duerme más, bebe menos alcohol y cuídate —me dice.

Vuelvo a la habitación, pero el sueño se ha ido. Hasta hace un minuto la posibilidad de quedarme embarazada de un abogado anónimo me aterrorizaba. Ahora, la casi certeza de que nunca me quedaré embarazada me paraliza. Con una presión sobre el pecho, me levanto. Si no puedo dormir, puedo al menos evitar el alcohol durante un tiempo y cuidarme. Necesito una cena preparada por mi madre, pienso mientras vuelvo a hacer la maleta, y antes del mediodía ya estoy en el pueblo.

No aviso enseguida a mis padres, antes prefiero tumbarme un poco, recuperarme de la noche insomne. Cuando a la hora de la siesta subo las persianas, veo a mi madre que se afana en el jardín con las tijeras.

—Pensaba que estabas en Bolonia —me dice, después me indica que baje.

Me uno a ella, tiene el rostro serio.

—Cuando no estás, siempre riego las plantas.



Le doy un beso rápido en la mejilla, está fría. Doy un paso hacia atrás y la observo.

—¿Problemas con papá?

Ella niega con la cabeza.

—¿Dónde está River?

—Dando un paseo con él.

Se me escapa un gesto de desaprobación, siempre tengo miedo de que mi padre se distraiga, lo lleve por calles ajetreadas y atropellen al perro.

Pero mi madre quiere hablar de otra cosa. Me siento sobre una tumbona.

—Todas las mañanas, desde el jardín, veo a dos señores que pasean de arriba abajo, del pueblo a la ciudad vieja —dice despacio.

Policías de paisano, Mattia en problemas a pesar del dinero que le he dado a Virgilio.

—¿Ladrones? —intento bromear.

Ella no se ríe.

—Constructores.

—Quién sabe qué se le ha metido en la cabeza a Lilli —farfullo.

—Oh, no, ella no tiene nada que ver. —Mi madre se acerca, me coge las manos, están tan frías como las suyas—. Lilli murió en un accidente, borracha, preferí no decírtelo. Además, he escuchado que son Cristi y su marido los que han decidido reconstruir la casa. La volverán a hacer. Se vendrán a vivir aquí, Giulia.

Me levanto con esfuerzo e intento apoyarme en la mirada seria de mi madre. Nadie mejor que ella podría darme esta noticia. Ella, que ha permanecido junto a la enfermedad de su marido; ella, que aceptó la debilidad de mi padre y recorrió la caída con la cabeza

bien alta, porque eso es lo que tenía el destino preparado para su familia. A la suerte no se escapa, me dice la mirada de mi madre, y ahora, más que nunca, lo sé yo también.

Sexta parte

2013-2014

1

Está internet, está mi joven secretaria, que es un desastre poniendo sellos pero buenísima manteniendo relaciones públicas y contactos con la policía y los carabinieri, y, sin embargo, el asunto de Cristi que vuelve a la ciudad vieja la quiero conocer hasta el fondo, a mi manera, como buena aldeana.

Para eso, al día siguiente de haber hablado con mi madre, en cuanto me levanto después de una noche de sueño atormentado, decido que me arrastraré hasta el bar de enfrente de la catedral. Necesito información, mucha información detallada, necesito a los cotillas que siempre han detestado a Lilli. Pero antes me meto debajo de la ducha helada.

Es normal sentirse desconcertada después de los años que han pasado sin noticias de ella, intento decirme a mí misma. Es natural sentirse desorientada. Inexplicable es el hecho de sentir miedo, pero eso es precisamente lo que siento. ¿Realmente tengo miedo de Cristi? Siempre puedo vender la casa, pienso mientras el chorro de agua fría me golpea el rostro, y si tengo dudas de que el nudo que me aprieta la garganta sea terror, la sola idea delirante de dejar la vieja casa, después de todo lo que he hecho para conseguirla, es la prueba de ello. Después de la ducha, elijo del armario la ropa más informal, más tarde me dirijo a la iglesia.

El sonido de las campanas me retumba en la cabeza aturdida por la mala noche. La primera misa de la mañana ya se ha celebrado y en la barra del bar solo se oye el tintineo de cucharillas y tazas. Miro a mi alrededor, paso revista a los rostros de las viejecillas: Licia no está. Pido un zumo y salgo. En la mesa más cercana a la calle está Elmo, el taxista, con su habitual vermú.

Le hago un amago de saludo y él levanta una mano. Antes o después una patrulla le hará la prueba de alcoholemia, pero, puesto que lleva treinta años conduciendo un poco achispado y no es el momento de tener cargo de conciencia, vuelvo dentro y le pido otro.

—Entonces, Elmo —empiezo mientras apoyo la copa sobre la

mesa—, ¿habrá forasteros en el pueblo este año?

—Ruego a Dios que no. Sabes cómo están hechos los turistas, vienen en tren y quieren que los lleves a la playa. Pero la autovía hacia el mar es un infierno.

Un infierno significa, como mucho, una reducción de velocidad en la salida que lleva a la costa.

—Pero me han dicho que gente de fuera está arreglando la vieja casa de Ida —insisto.

El taxista sacude la cabeza, que oscila ligeramente.

—No sé nada de ese asunto —susurra.

—Yo sí —dice una voz a mis espaldas.

Me doy la vuelta, un cincuentón con la camisa arrugada y un par de viejos vaqueros me está mirando. En cuanto sonríe, veo que tiene los dientes podridos. Le indico al joven camarero que le dé algo de beber; por lo que parece, conoce los gustos del tipo, porque vuelve enseguida con una ginebra. El desconocido le da las gracias, agarra el vaso y después se pone cómodo.

—Conocía a Lilli —empieza con una sonrisa que su dentadura, desagradable a la vista, vuelve horrible—. Hemos sido íntimos, sabía hacer muchas cosas —añade con un guiño y Elmo se ríe como un deficiente.

Me esfuerzo por no mirar los incisivos marrones del viejo amigo de Lilli, si así se puede decir; al contrario, le sonrío, y la copa que le he ofrecido a primera hora de la mañana hace el resto. En una decena de minutos me entero de que Lilli murió hace seis meses, en el coche, borracha desde las cinco de la tarde, al tomar mal la única curva en la extensa llanura entre el centro de Piacenza y su villa. Me entero también de que a su lado no estaba el marido, entretenido divirtiéndose en Londres, sino un amigo de Fausto que salió vivo de puro milagro.

—Sí, pasó justo hace seis meses —comenta Elmo, que pocos minutos antes sostenía que no sabía nada.

No logro entender cómo ha hecho mi madre para mantenerlo en secreto todo este tiempo.

—Ahora la casa de Ida es de su nieta, para las vacaciones con la familia —sigue hablando el taxista al que, de repente, quizá por camaradería masculina, se le ha soltado la lengua.

Vacaciones significa verano, digo para mí.

—La hija de Lilli tiene una niña, pero ni siquiera se ha casado —termina Elmo con una mirada lánguida hacia la iglesia.

Más tarde, en casa, me preparo un bocadillo y abro una cerveza de medio litro. Son las dos de la tarde. Me viene a la mente la reciente noche que pasé con el abogado, solo alcohol y gilipolleces, la llamada de urgencia a Alessio y sus recomendaciones. Miro la lata y la vacío en el fregadero. Cuando hasta la última gota se ha ido por el desagüe, la tiro a la basura, me como el bocadillo, después decido salir al jardín con River. Cojo las tijeras y continúo con el trabajo de mi madre del día anterior. Con los ojos puestos en el seto, corto las hojas viejas sin tener demasiado cuidado con las nuevas, que terminan a puñados en la cesta llena de maleza amarilla. Si Lilli abandonaba y destruía, Cristi sin Lilli estará convencida de poder construir y volver.

En cierto momento, River me lame la pierna. Desde que he salido al jardín no le he dedicado ni una caricia. Toco distraída su pelo, después, abro una tumbona y me dejo caer. Él se acurruca a mis pies. Permanezco inmóvil, con los ojos cerrados. Siento la respiración lenta de River, el crujido suave de las hojas que han sobrevivido a la poda desastrosa y los suspiros que me salen ahogados casi como si no fueran míos. ¿Entonces?, digo de repente. El perro se sienta de golpe. Lo miro, está temblando. No se esperaba mi voz, no tan alterada. Él también tiene miedo. Me esfuerzo por hacerle una caricia, pero mis dedos están rígidos, como el resto de mi cuerpo.

—Es un día horrible, River —digo sin ambages. Se tranquiliza al instante y corre hacia la verja—. De acuerdo, otro paseo.

Ni siquiera cojo la correa, caminamos durante horas uno al lado del

otro. Yo, con la cabeza baja; él, que se restriega contra mi pierna y no muerde los trozos de madera, ni persigue a los pájaros que vuelan a nuestro alrededor e ignora incluso a un gato que nos corta el paso. Si no fuera un animal, si de pequeña en el pueblo no me hubieran repetido de todas las maneras habidas y por haber que una cosa son las bestias y otra los cristianos, juraría que en cuanto vislumbramos la casa de Ida, River es el primero que acelera. Y es otra vez el primero en coger el único camino que rodea la casa de Mattia. Parece increíble, en él aún no había pensado. Bueno, Mattia se lo ha buscado, me digo. Pero después vuelvo a verlo llorando sin recato en la salita del hotel y me convenzo de que, aunque así fuera, ya ha pagado lo suficiente.

Al volver a casa, me detengo y me siento unos minutos en el muro de delante de la iglesia de Santa Lucía mientras River se echa en el suelo. De pequeña, después de haberme despedido de Genny y de las demás, me subía allí para ver desde lejos si mi padre había vuelto a casa de algún viaje de trabajo, si finalmente mi madre y yo dejaríamos de cenar solas. Ahora puedo ver mi casa incluso sentada. Lanzo una mirada rápida a las luces siempre encendidas de mi jardín, después busco el paisaje a mis pies. Se ha hecho de noche, será que estoy cansada, será que el cielo en primavera a veces sabe ser oscuro como el del invierno, pero no distingo un edificio, un campo, ni siquiera la catedral con su cúpula desproporcionada con respecto a los demás tejados. Veo con dificultad la línea oscura del río. El pueblo es una tabla negra a la que le han puesto lucecitas y las lucecitas brillan todas del mismo modo. Y todas me repiten la misma pregunta: ¿y ahora?

Y ahora Cristi no podrá ser solo una termita que no se ve, pero que hace agujeros. Ahora es el momento de comprobar si ese poco que queda sobre mis cráteres resiste a ella en carne y hueso. A ella, con su cabello infinito. A ella, que ahora tiene un compañero, no un marido, como ha especificado Elmo, porque el taxista podrá conducir achispado y reírse de las bromas vulgares, pero en lo que respecta al matrimonio no puede fingir. A ella, que después de todo tiene una hija, una niña que, si correos ha hecho su trabajo, ha recibido de mí cheque tras cheque. El pensamiento de tener una copia de Cristi, tal y como ella era de pequeña, que salta por los caminos de la parte de arriba del pueblo, me da escalofríos.

—Quizá no se le parece —digo en voz alta, y esta vez River ladea la cabeza.

Si no fuera solo un perro, diría que ya sabe que me estoy equivocando.

Una casa para las vacaciones con la familia, ha dicho Elmo. No una cualquiera, la de Ida. En todo el reparto del patrimonio de Lilli, Cristi pelea solo por cuatro paredes derruidas y a Fausto le dice que, por lo demás, puede hacer como quiera, decidir sobre la villa en Piacenza, las joyas que le ha regalado, los cientos de vestidos y el coche reducido a chatarra. Porque ella solo desea la casa de su abuela, sabe que no vale nada, pero ella la quiere, la quiere a cualquier precio. Se ha emperrado, murmura el pueblo tiempo después, cuando los andamios ya están listos y la hormigonera de cemento gira. Pero yo, que por poco no firmé un pacto de carne con el holandés con tal de volver a tener la casa de mi infancia, sé que no es obstinación. Es algo más, es una obsesión, y solo el cielo sabe si la chabola de Ida es el único anhelo que Cristi ansía sobre la cima del pueblo.

Los trabajos no empiezan enseguida, comienzan en septiembre, y sin obtener información alguna ya sé que terminarán en junio, a tiempo para el verano. Durante todos esos meses, con los albañiles que dan golpes y los camiones llenos de cascotes que van para arriba y para abajo, nadie se deja ver. Los dueños siguen las obras a distancia. Se lo cuenta Licia a mi madre, la más enterada, la que sabía todo sobre Lilli y que, a fuerza de hablar mal de los demás, aún sigue viva.

Durante ese tiempo, mientras el pueblo elude la espera, yo evito a Giò y consigo no encontrármela nunca. La escucho un par de veces por teléfono, para un saludo rápido. No hablo de los futuros vecinos, ella tampoco lo hace. También evito a Mattia, pero como también él se esfuerza por no verme acabamos viéndonos un domingo por la mañana en un bar lejos del centro, un lugar con la decoración de un local metropolitano al que no voy nunca y que Virgilio, el detective jubilado, en sus resúmenes sobre las costumbres de Mattia, nunca me había mencionado.

—Dos cafés —dice él saltándose los saludos.

Nos los bebemos en la barra mirando al camarero y, puesto que él no se decide, empiezo yo. Lo hago de forma directa.

—¿Era lo que querías?

Que Cristi se precipitara hasta aquí, sobre la cabeza de Giò.

Él deja la tacita sobre la barra, yo hago lo mismo.

—No —me responde.

Su voz es ronca, extrañamente débil, y no añade nada más. Cuando encuentro el coraje de dejar de mirar los sobrecitos de azúcar para mirarlo a él, descubro que el azul celeste de sus ojos nunca me ha mirado de esa manera, ni siquiera antes del juicio, ni en el instante antes de la condena. Tardo unos segundos en darme cuenta de que no está enfadado, ni molesto, solo está aterrado.

Miro a Mattia sobrecogida, él intenta sonreír, pero no lo consigue.

—¿Has tenido noticias de ella? —pregunto entre dientes.

—Ninguna.

Y antes de que me sorprenda otra vez jurando, ya sé que no miente. Abro el bolso, pero él sacude la cabeza y saca rápidamente la cartera.

—Pago yo —masculla.

—Ni hablar —respondo con una sonrisa—. Esta vez cada uno paga lo suyo.

Ahora él también consigue sonreír, saca un euro del bolsillo y lo deja cerca de la tacita. Yo hurgo en el bolso y extiendo una moneda. Los años de las deudas en Piazza Santo Stefano, de los altercados en el bar, de las cuentas que saldar, ya han pasado.

Cuando Mattia se va, yo me entretengo un rato. Lo justo para comerme un bollo seco y prometerme a mí misma que no volveré a

poner un pie en aquel bar. El tiempo para digerir el hecho de que también Mattia, el muchacho de la bomba, de las correrías en el Golf, el que se ha pasado más de cuatro años en prisión, ahora tiene miedo del regreso de Cristi. Asustado tanto como yo, que todas las tardes, cuando vuelvo a casa, abro el buzón de correos de mi apartamento de Bolonia y en la oficina urjo a la secretaria para que me dé la correspondencia en cuanto llegue. Han pasado tres años desde la postal de felicidad por el nacimiento de la hija. Por una parte, deseo que llegue otra para anunciar la fecha exacta de la inauguración de la casa; por otra, espero que Cristi cambie de idea e invierta el dinero de Lilli en alguna isla perdida del mar cristalino.

Y Cristi, por supuesto, no concede adelantos. Habrá aprendido a vestirse como se debe, pero el teléfono, los bolígrafos y las preocupaciones de los demás que esperan no sabe lo que son. No llama, no escribe. Entonces, si estoy en el pueblo, el sábado, cuando Mattia y Giò tienen la costumbre casi obsesiva de ir a comer una pizza, con la oscuridad subo a ver la obra en persona. Siempre llevo a River conmigo. Un perro despierto y cariñoso no protege de las agresiones, pero alivia la soledad y los abrumadores resultados de las consultas ginecológicas con el sustituto de Alessio, así como la velocidad con la que avanza la obra.

Los trabajos son minuciosos, con gusto, fieles a la idea de la casa del pasado. Son un poco como la camisa vaquera de mi amiga en la foto que vi en casa de mi madre. Las persianas verdes, el escaloncito de la puerta, el patio delante de la cocina. Un día me encuentro la verja abierta y vislumbro un pedestal de barro para una especie de ducha al aire libre.

Cristi, me estás agotando, pienso con exasperación. Es la misma tarde en la que me encuentro a un viejecillo de paseo con el bastón, otro solitario que vaga el sábado por la tarde por la ciudad vieja. Cuando era pequeña, era sacristán y ahumaba a los niños a base de incienso.

—La nieta de Ida no repara en gastos —parlotea.

—Una obra bien hecha —comento.

—En mi opinión, es un gran despilfarro —responde agitando el

bastón—, viven en Piacenza, además, tienen ya una caravana, al final terminarán por usarla poco o nada.

Quién sabe cómo habrá descubierto que tienen una caravana. Estoy a punto de irme, pero él empieza con una disertación sobre la nieve que se filtra por el techo, especialmente si es nuevo; sobre las ventanas que, si durante el invierno no se cubren, se hacen pedazos en un abrir y cerrar de ojos. Se seca los labios, de los que sobresalen dientes postizos, y, después, polemiza sobre la gente que usa el pueblo, pero no lo vive, contra quien compra casas para el verano y huye del pueblo durante el invierno. No me ha reconocido, puesto que despotrica también contra un holandés, un tipo libertino, todo mujeres y vino, que se había comprado por dos duros la bonita casa de un pobre deprimido.

—Mi padre —murmuro, pero él ni siquiera me escucha.

Dejo al viejo con ademán hosco, esa tarde lo odio a él, al recuerdo del incienso que nos hacía llorar y a su rencor contra los forasteros; sin embargo, solo debería darle las gracias. Porque Cristi, como siempre, cuando decide volver al pueblo no avisa, no consiente preparativos. Y es solo gracias al chivatazo del viejo sacristán que me doy cuenta enseguida de su presencia.

Estamos a finales de julio, tiempo de turistas en la costa y en las ciudades medievales, pero no en el pueblo. Y una caravana en el pequeño aparcamiento de detrás de la iglesia de Santa Lucía no puede pasar desapercibida. No a mis ojos.

2

Lo primero que veo es a una niña, alta, de piernas finas y con la postura liviana de Cristi. Tiene el pelo castaño, por el contrario, los ojos que me observan son grises, con el mismo mapa de nervios verdes que he escudriñado cientos de veces en busca de respuestas.

—¿Tú quién eres? —me pregunta mientras se balancea en los escalones de la caravana.

—¿Quién soy? —balbuceo yo.

Acabo de vislumbrar a sus espaldas, en la sombra, una figura inconfundible.

—Una amiga de mamá —responde la voz profunda de Cristi.

Cierro fuerte los ojos para resistir el golpe del sonido que acabo de escuchar. De que dentro esté la voz de Cristi no tengo dudas, de que sea precisamente ella, sí. Aún no me puedo creer que haya decidido volver. La niña se gira y vuelve a entrar en la caravana. La puerta se ha quedado abierta. Sube, me parece escuchar. Quizá me estoy equivocando y ha sido solo un murmullo. Quizá lo ha dicho la niña o quizá ha hablado mi deseo de ir al encuentro del miedo que me sitia desde que comenzaron las obras en la casa. Tengo las piernas de granito y el movimiento que hago para subir es una especie de salto torpe. En cuanto entro, miro a todas partes excepto a ella. En una esquina, la cocina, peluches por el suelo, desorden, muchos colores. Hay fotos sobre un pequeño frigorífico y mucha ropa amontonada sobre las camas. También hay un paquete de cigarrillos encima de la mesita. Ahora no tengo más opción. Ella está ahí, enganchada a sus cigarrillos, su pelo largo sigue allí. La miro un par de segundos, lo suficiente para entender que no hay antídoto para su belleza y que ni siquiera los años, la maternidad o los lutos pueden llevársela. De repente tengo sed, quiero agua, quiero ríos de agua para flotar y quiero irme, a casa, flotando.

—Ven —susurra Cristi. Por un momento creo que le esté hablando a su hija, pero ella repite—: Ven, Giulia. —Y yo, con la garganta quemada, la sigo como una serpiente que sigue a su encantador

aunque sepa que terminará dentro de un cesto.

Bajamos de la caravana, la niña camina entre nosotras. Delante de la casa de Mattia me trago todo el discurso que llevo meses preparándome, un sermón sobre cómo el tiempo sigue su curso.

—Es mejor que me vaya —farfullo, pero Cristi continúa, imposible entender si me ha escuchado.

—Hemos llegado —dice después de un poco, esta vez a Arianna, porque yo sé bien que estamos delante de la casa de Ida.

Cristi abre la puerta y enciende la luz. La vieja casa se ha convertido en una joya que sus Nike nuevas desempolvan con aire ligero. Todo ha permanecido idéntico y moderno al mismo tiempo, un truco de magia. Por instinto, cruzo el pasillo.

—¿Ves? —digo, y, en lugar de agarrarme a algo, aprieto la mano de la niña, que es increíblemente suave y se deja guiar—: Aquí, detrás del muro, hay una gran chimenea.

Y, de hecho, la chimenea ha permanecido fiel en su lugar.

Arianna desaparece en la vieja habitación de Ida, yo vuelvo a la cocina.

—Tengo sed —digo sin más.

Con el rabillo del ojo veo que Cristi coge del frigorífico té helado y lo echa en un par de vasos finos y de color ámbar. Pienso en las sillas verdiblancas de Ida que, en este momento, se estarán quemando en algún vertedero. En los sacos de jeringuillas y de basura que los albañiles habrán sacado antes de empezar la obra. Además, creo que no había vuelto a beber té helado desde la tórrida tarde en la villa de Fausto, después de la detención de Mattia, antes del aborto.

—Prefiero agua —digo.

—No hay en el frigorífico y no hay hielo.

—No importa.

No necesito el hielo, ni las copas caras, solo quiero ir al fregadero para quitarme esta aridez que me abrasa, para sentir con la mano que los esqueletos de conejos y las grietas del encalado de los tiempos de Ida han desaparecido. También Cristi va justo allí, juntas miramos durante unos segundos el blanco perfecto de su nuevo fregadero. Ella abre el grifo y bebe. Yo hago lo mismo. De golpe, nos volvemos a levantar, estamos a un palmo de distancia, su cabeza encuentra el punto exacto del espacio sobre la mía. De sus labios aún caen unas gotas. Cierro el agua. Siento la necesidad improrrogable de unir las piezas de Cristi que estoy examinando desde hace media hora a todas las que he intentado evocar en siete años de ausencia.

—Deja que te vea —susurro con la voz rota.

Pero el rayo no llega, porque detrás de mí una voz fuerte y alegre la llama. Claro, está también el casi marido, me digo como si me acordara de él solo en ese momento y, en realidad, desde que me subí a la caravana no he pensado en él ni un segundo.

Cristi, con desenvoltura, se ocupa de las presentaciones.

—Una amiga —dice, y si piensa que es una larga mentira de casi veinte años, su voz no tiembla—: Y él es el papá de Arianna.

Tiene el pelo largo y oscuro, es muy alto, con los ojos negros que miran directamente sin ser insistentes. Solo tenemos que darnos la mano. El apretón que sigue es el más significativo de toda mi vida, pero en aquel momento no lo sé. Estoy molesta por la intrusión y no tengo ganas de formalidades. Extiendo la mano con un gesto de indiferencia.

—Encantada. Giulia —digo con frialdad.

—Mucho gusto. Pierluigi.

3

Ahora faltan otras presentaciones. Está Giò, que no conoce a Pierluigi, y después Cristi, que no conoce a Giò. Pero a mí me interesa la más difícil. Haría cualquier cosa, le pediría consejo a mi madre, vigilaría la ciudad vieja, quizá incluso cedería mi cuota en el bufete, con tal de no perderme el apretón de manos entre Mattia y Pierluigi.

No hace falta, este último piensa en hacerlo todo más fácil con una invitación a cenar para todos.

—¿Para todos? —pregunto atónita a Cristi, que para invitarme ha bajado hasta mi jardín.

Es por la tarde, el sol se resiste a ponerse y una luz amarilla nos rodea. Ella asiente, le concede unos segundos a una respuesta por mi parte que no llega, después, se dirige hacia la punta de la ciudad vieja, seguida por su alargada sombra. Las explicaciones no eran ni son su fuerte.

—¿Cuándo? —grito.

Ella se da la vuelta, ahora no se distingue de su sombra.

—Mañana —responde. Aunque no grita, la escucho muy bien.

La primera en llegar al patio de la casa de Ida para la cena de inauguración, así la ha llamado Cristi usando, estoy segura de ello, palabras de Pierluigi, no soy yo. En el patio veo enseguida a Giò, que está mucho más elegante que yo. Lleva un vestido ajustado, largo, azul oscuro. Demasiado rebuscado para una tarde en la cima de un pueblo de veinte mil almas.

—Mattia está al caer, yo, por mi parte, ya conozco a todos —me dice.

Asiento, por el momento no pregunto nada más, de todas formas, la presentación que espero con el estómago cerrado, por lo que parece, aún no ha ocurrido. Unos segundos después, por la puerta aparece

Pierluigi con una garrafa llena de un líquido violeta helado.

—Cristi y Arianna aún están en casa porque son muy lentas e inseparables —nos dice con una sonrisa; después, nos sirve un aperitivo.

Siento el sabor del licor que supera al de la soda y al del zumo de mora. Demasiado fuerte para una cena de verano entre vecinos.

—¿Mattia llega tarde? —le pregunto a Giò en cuanto nos quedamos de nuevo a solas.

Está sentada en un silloncito cerca de la mesa, yo sigo de pie. Tarda un siglo en responderme:

—No, debería estar aquí dentro de poco.

Debería estar aquí, querría decirme, pero se entretiene, y en el trascurso de cinco minutos mira el reloj tres veces. A la cuarta, añade:

—Ha ido al bar Centrale a comprar una botella para la cena.

Y se ha bebido la mitad, pienso en cuanto lo veo llegar, con una forma de andar torpe y las manos agarradas con fuerza a la botella de champán.

Giò se pone de pie de golpe, se le acerca, mira durante mucho tiempo las mejillas de su marido, donde una redecilla de venitas se ha expandido roja como el fuego. Después, le da una caricia en el rostro que él recibe con los ojos cerrados. En ese momento sale Pierluigi. Dónde coño estás, Cristi, digo para mí. Nos has vuelto a meter tú en el cesto de las serpientes, por lo menos, sal fuera. Pero ella no lo hace, no se pone entre Mattia y el padre de su hija, para decirle a Pierluigi, aquí está mi amigo de la infancia, el novio de Génova, el padre del hijo que no he parido, el muchacho que se ha pasado cuatro años en prisión y que, además, es el mismo que me enseñó a leer. Y Pierluigi no se preocupa.

—Bienvenido —dice solamente. Nada de presentaciones. Giò no parpadea, yo estoy atónita y disimulo con dificultad mi sorpresa.

—Nos conocimos esta tarde, yo estaba en el jardín y Pierluigi pasaba por allí —dice Mattia dirigiéndose a mí.

Habla lento. Aún está de pie, con una mano está apoyado en el muro donde Cristi se ha dado el capricho de instalar una sofisticada ducha exterior con mosaicos; con la otra, se sujeta delicadamente al hombro de su mujer.

Pierluigi le dedica otra de sus sonrisas. Parece que sonreír le resulte fácil, aunque esté delante del primer amor de la madre de su hija.

—Bueno, aquí es prácticamente imposible no encontrarse —nos dice.

Yo trato de sonreír, Giò se esfuerza por hacerlo, Mattia ni siquiera lo intenta. Debe de haberle costado mucho ceder al alcohol después de litros y litros de zumos de fruta y algo me dice que si ahora tiene en la sangre el aguardiente más fuerte del bar Centrale es gracias al encuentro fortuito de esta tarde.

Cristi llega escoltada por Arianna, una bandeja enorme de aperitivos y una botella de prosecco.

Lleva unos pantalones azules ajustados y una camisa de lino azul marino. Deja todo en la mesa, hace que se siente su hija, después se coloca a su lado.

—Aquí estamos —dice, y como aguanto muy bien el alcohol, aunque sea morado, aunque sea demasiado, aunque me hayan invitado a una cena impensable, estoy segura de que nos lo dice solamente a mí y a Mattia.

Él levanta la cabeza y la mira durante mucho tiempo. Es la primera vez que se vuelven a ver y Mattia es una estatua de cristal que podría romperse en mil pedazos si se tocase el punto equivocado. Ella parece más tranquila y le devuelve la mirada como si fuera natural hacerlo. Giò tiene el rostro enrojecido, ni que se hubiera bebido ella el aguardiente en el bar Centrale. Para poder tragar un trocito de apio crudo y un bocado infinitesimal de carpaccio, me concentro en Pierluigi, intento averiguar si Cristi le ha mencionado alguna vez nuestra pequeña cama. Por cómo me mira sin escapar

nunca a mi mirada, por la ausencia de curiosidad en mis gestos, deduzco que la historia de la amistad, primero en el pueblo y después en Bolonia, es la única que ha escuchado y este es el único suspiro de alivio que consigo emitir.

Con la excusa de acompañar a Arianna a casa para coger un perro de peluche, abandono la mesa y sigo a la niña a la habitación. La ayudo a revolver una gran bolsa de juguetes y encontramos al cachorrito: es marrón, tiene el pelo liso, los ojos un poco separados.

—Yo también tengo un perro —digo.

Arianna me mira con curiosidad.

—El mío es negro —continúo.

—¿Cómo se llama?

—River.

Estoy a punto de explicarle la traducción, pero ella se adelanta.

—Me gusta. ¿Y ahora dónde está?

Sonrío. Es la primera sonrisa desde el comienzo de la cena. Debo de haberme vuelto demasiado vieja como para no acordarme de que los niños no siempre necesitan significados y un nombre lo juzgan solo por el sonido.

—Está en casa, a estas horas estará durmiendo.

Yo también querría estar con él, en mi cama, lejos de la inquietante encrucijada por la que Cristi me obliga a pasar.

Arianna consigue de mí la promesa de presentarle a River, después, decide volver a la mesa, yo la sigo de mala gana. Pierluigi está hablando con Giò, Cristi lo escucha, Mattia mastica lentamente con la cabeza agachada. Me siento e intento unirme a la conversación. Se habla de trabajo, normalmente tendría para hablar durante horas, pero esta noche no me apetece. Me sirvo una copa de prosecco y sigo distraída las explicaciones de Giò sobre los turnos extenuantes del centro de atención telefónica. Su voz es tranquila,

su rostro está encendido, ya no está tensa como cuando esperaba a Mattia.

Intento relajarme yo también.

—¿A qué te dedicas? —le pregunto a Pierluigi.

—Soy arquitecto.

Al responder me señala el mosaico azul de la ducha.

Lo miro mientras se coloca el pelo detrás de las orejas con un gesto seguro. Aquí está el ilusionista que ha transformado la casa en ruinas de Ida en un moderno tesoro de familia. Aquí está el brillante arquitecto, elegido por Fausto y quizá por Lilli, para construir un puente rápido entre el aborto y la nueva maternidad. Por un momento, temo que Pierluigi se levante y nos guíe en el descubrimiento de las soluciones de restauración y que, para terminar, nos explique cómo, con la misma maestría y buen gusto, ha elegido la ropa que colgar en el armario de Cristi.

—Yo también trabajo —interviene justo ella sacándome de mis pensamientos.

Pierluigi asiente con seriedad.

Antes de aceptar la invitación, me volví a prometer a mí misma que controlaría mi curiosidad, pero a pesar de los buenos propósitos le lanzo una mirada interrogativa.

—En una tienda de productos biológicos —explica dirigiéndose a mí. Significa que al final no se graduó, que nuestras palizas nocturnas no sirvieron para nada.

—Solo unas horas —añade.

—Y es realmente buena —añade Pierluigi mientras juega con el pelo de Arianna, que está sentada entre ellos.

Yo no consigo decir ni una palabra, Mattia tampoco. La única que asiente y que incluso está interesada es Giò.

En el momento de la fruta, llega el primer bostezo de Arianna, que con lentitud se ha ido tumbando sobre las piernas de su madre.

—Vamos a dormir —susurra Cristi, y la coge en brazos.

La visión de los brazos largos de Cristi alrededor de una niña me obliga a otra copa. Detrás del amarillo transparente del vino observo de reojo a Mattia, que aún está mirando la puerta por la que han desaparecido madre e hija.

De Cristi, durante media hora, ni siquiera la sombra. Pierluigi se excusa.

—Tardará mucho tiempo —dice cohibido.

—¿Demasiada excitación por la velada? —pregunta Giò con el mismo tono tranquilo que ha usado para describir su trabajo.

Él sonríe.

—No, es más o menos así todas las noches.

—¿Y os despierta por la noche? —pregunta Mattia.

Es la primera frase larga que pronuncia desde que ha llegado, quizá el efecto de la borrachera en el bar Centrale se le está pasando, quizá la voz segura de Giò lo ha tranquilizado. O quizá está interesado en entender cómo pasa sus noches Cristi.

Pierluigi estalla en una carcajada.

—Siempre a su mamá, yo tengo el sueño pesado.

Cristi vuelve con nosotros después de otra media hora, descalza, con enormes boles de fruta. Antes de que los apoye en la mesa, Mattia se levanta.

—Nosotros deberíamos irnos.

Giò, que tiene la copa en la mano, la deja.

—Es verdad —comenta—. No estamos acostumbrados a trasnochar

—añade, y acaricia el brazo de su marido.

Pierluigi hace el amago de detenerlos, pero Cristi va a buscar el bolso de Giò y los acompaña hasta la nueva verja que separa el patio de la calle. La imagen de Cristi, anfitriona de su casa, que sonríe a los halagos de Giò por la cena, merece una bebida potente, pero el consejo de Alessio de cuidarme me empuja a ignorar la botella helada de licor.

Después de la fruta, me levanto yo también con el propósito claro de irme enseguida. Pierluigi aún está sentado, distraído con su teléfono. Cristi, por el contrario, está metiendo en casa las botellas vacías, en la puerta se da la vuelta y me hace un gesto para que la siga. Apilo un par de platos para llevar dentro de la casa, así al menos tengo una excusa decente para obedecer. Paso a la cocina, después, me dirijo con una apuesta segura a la vieja habitación de Ida.

Arianna duerme con las piernas ligeramente separadas, bocabajo, la cabellera despeinada sobre la almohada. Cristi está de pie al lado de la cama.

—Duerme como tú —murmuro.

Ella asiente, entrecierra la puerta y se acerca. Desde lejos, detrás del aroma de la crema para niños, del detergente de su camisa de lino, del perfume masculino de Pierluigi, siento el olor de su piel.

Si la memoria de los olores no fuera tan cabezota, si no me empujara hacia atrás hasta Bolonia, hasta los juegos en el campo de los primeros veranos, tendría tantas cosas que decirle, sin olvidar la cuestión de que Mattia, para soportar la cena, se ha saltado la barrera de los zumos de fruta. Ante mi indecisión es ella la que toma la palabra.

—¿Estás asustada? —me pregunta.

Podría negarlo, pero no tengo ganas. No ahora que el único ruido en la habitación es la respiración susurrada y regular de una niña que respira como ella.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por lo que hice.

Por haber mantenido la promesa equivocada, por haber contribuido a separarla de Mattia, por haberme metido en el bolsillo el dinero de Fausto y por habérselo devuelto de la manera más indigna, siempre asumiendo que le hayan llegado.

—¿Solo por eso? —me pregunta ella.

Se ha sentado a los pies de la cama de Arianna, como cuando de pequeña, en los tiempos del despido de mi padre, se sentaba a los pies de la mía.

—No. —Suspiro—. Estoy asustada también por lo que podría hacer.

Por lo que podría hacer ahora que has vuelto justo donde yo me he empecinado en pasar los veranos como una eremita y donde comenzó todo. Estoy preparada para dar explicaciones, ya que cualquiera me las podría pedir. Pero ella no es cualquiera, casi he olvidado cómo se habla con ella.

Entonces callo y me siento al lado de Cristi, que acompaña el movimiento con una sonrisa.

—Harás solo lo que quieras —me dice. Después, alarga una mano y hace lo que yo deseo hacerle a ella desde que la he visto en la caravana, me toca el pelo—. Porque eres más valiente de lo que crees.

Preguntarle cómo lo sabe, ella que no me escribe ni me llama desde hace siete años y que nunca me ha escuchado hablar del final casi indoloro de la historia con Alessio, de las tardes pasadas a solas con River, de las revisiones de mi útero que no funciona, sería inútil. Porque Cristi, a pesar de las obras de restauración que ha liderado Pierluigi, la ropa conjuntada y una hija, a pesar de todo, si no sabe, siente.

4

Durante el mes de julio, la familia de Piacenza da largos paseos por los caminos que hay por la parte de arriba de la ciudad vieja. Un poco lo veo, un poco se lo escucho decir a mi madre. Ella, como todo el pueblo, vigila a los forasteros que han gastado una fortuna para restaurar unas ruinas.

Una tarde me los encuentro yo también, la primera que me saluda es Arianna. Está jugando a las canicas delante de la iglesia de Santa Lucía y enseguida me cuenta sobre una excursión al río.

—¿Te has dado un baño? —le pregunto.

—Me he dado diez. Me he tirado desde arriba —me responde señalando una montaña cualquiera.

—¿Ya sabes nadar?

—Claro —responde su madre.

Pierluigi me habla sobre las piscinas de Piacenza, sobre lo fácil que es encontrar clases e instructores adecuados. Quizá se da cuenta de que me aburre, porque con un tono decidido añade:

—También es mérito de las horas en la bañera con mamá.

Cristi me mira fijamente y yo, más que imaginar si o qué está recordando, estudio los colores de las canicas de su hija. Desde la noche en la que nos quedamos a solas en la habitación, cuando volví a sentir sus dedos en mi pelo, estoy intentando concentrarme solo en sus trajes a juego, en la capa discreta de maquillaje, en la imagen de ella que durante el día empaqueta arroz y granos biológicos y que, por la noche, lleva a Arianna en brazos a la cama. Permanezco escondida en el cesto con la esperanza de que Cristi, con su voz de encantadora, no se tome la molestia de dejarme salir.

Pierluigi lanza un par de canicas lejos, mira a la madre y a la hija, que corren para recogerlas, después, se da la vuelta hacia mí.

—He visto que tienes una bonita casa, sencilla, pero con estilo.

Asiento. El arquitecto debe de haberse pasado por delante en uno de los innumerables paseos familiares.

—Me gustaría echarle un vistazo —me dice serio.

La petición me deja perpleja y el hecho de que no la haya acompañado con una sonrisa aún más. Quizá la historia de la amistad entre la niña del pueblo y la forastera no es la única que ha escuchado. Intento imaginar con qué palabras Cristi le ha podido contar nuestra relación, pero realmente no consigo imaginarla profundizando en explicaciones sentimentales. La miro, se ha sentado en el suelo cerca de Arianna, a unas decenas de metros de nosotros, luego vuelvo a Pierluigi, que, a pesar de mis dudas, tiene aires de alguien que espera una invitación.

—Tengo una habitación que no sé cómo arreglar —me sorprendo diciéndole.

Es la vieja habitación de mis padres y es la primera que le enseño a Pierluigi después de un zumo de naranja. Cristi se ha quedado en casa con Arianna. Yo permanezco en la puerta, él mide con pasos largos las paredes del cuarto, golpea los nudillos contra la pared.

—Se podría hacer un estudio con una zona de relax —dice, del bolsillo saca un pequeño cuaderno en el que esboza el proyecto con un arco de ladrillo para separar el escritorio y el chaise longue. Lo observo y, a pesar de la buena educación que me han enseñado y de la que estoy orgullosa, no digo una palabra. Estoy esperando a que haga su primer movimiento, a que me pregunte qué me une a Cristi o quizá qué sé de Mattia. Sin embargo, él pasa la página y con dos líneas traza una habitación individual: una cama, un escritorio y un ojo de buey con vistas sobre el pueblo.

—O bien un dormitorio.

Para los niños. Gracias a Dios, no lo especifica.

—Creo que es más útil un estudio —respondo en voz baja.

Él vuelve a meterse el cuaderno en el bolsillo y me mira. Para hacerlo se inclina ligeramente sobre mí, debe de ser una costumbre

que tiene debido a su estatura. Una costumbre que con Cristi no necesita, pienso por instinto.

—He informado a mi socio de que este año me tomo unas vacaciones largas —dice—. Cristi quiere estar aquí casi todo el verano y yo me quedo para ayudarla.

—Claro.

—No lo haría si no fuera así —me explica.

La intensidad con la que pronuncia esa frase me llega. Asiento mirándole directamente a los ojos. Son dos tizones negros, inmóviles y serios. Si dejo de lado lo que me molestan algunas de sus sonrisas, si ignoro la irritación que me produce la casa de Ida ahora que es una joya de la arquitectura, si hago el esfuerzo por no pensar que es el padre de la hija de Cristi, sé lo que me quieren decir sus ojos posados en mí: me están asegurando que quieren mantener la situación bajo control, que si fuera por él estaría en un bonito camping con su caravana, sin el pasado entre los pies. Me están diciendo que es un hombre enamorado, pero para nada tonto. Esto es lo que realmente querría decirme, el verdadero motivo de su visita, solo que no estoy dispuesta a profundizar en ello.

—¿Tu socio está de acuerdo? —digo con una media sonrisa, intentando desviar la conversación.

Él me devuelve la sonrisa.

—Como es mi padre, puedo convencerlo.

Mientras bajamos las escaleras me explica que tiene un estudio de diseño con una veintena de empleados, y que ha heredado su pasión del padre, un arquitecto famoso, al igual que lo fue su abuelo.

Un joven de la buena sociedad, pienso. Y ya veo las presentaciones oficiales de los dos hijos, la satisfacción de Lilli, las artimañas con las que su marido convenció a Cristi para comenzar una nueva vida con el joven prodigio de la arquitectura. Estoy preparada para ofrecerle un segundo vaso de zumo y liquidar rápidamente al brillante restaurador que ha tenido todo el camino allanado, tanto

en el trabajo como en el amor. Pero se me escapa un comentario ácido.

—Es una suerte tener padres que pueden ayudarte a construir un futuro.

Pierluigi se detiene, sacude la cabeza con una sonrisa diferente a las de siempre, como para decirme que un comentario así se lo esperaba.

—Ahora las cosas en el trabajo van bien, pero hubo años difíciles —me dice con gravedad.

Ahora a mi curiosidad le importan muy poco los zumos de naranja y los saludos rápidos. Él roza con los dedos la piel de calidad del sofá, después se sienta. Me siento yo también, en el sofá de enfrente.

—Cuando era pequeño la mía era una familia rica de Milán. Después, mi padre lo perdió todo por su adicción al juego —cuenta—. A fuerza de jugar a las cartas nos llevó a la ruina. Pieza tras pieza, propiedad tras propiedad.

Lo miro con incredulidad, la fantasía de dos vástagos unidos por sus respectivas familias me empieza a chirriar.

—Durante algunos años estaba tan enfadado y me avergonzaba tanto que desaparecí de la circulación.

Intento contenerme, pero no lo consigo.

—¿Después? —le pregunto.

—Después, me arremangué y volví a subir la cuesta.

Él no parece avergonzado y yo aún tengo una cosa que preguntarle.

—¿Y tu padre?

—Bueno —ríe—. Lo obligué también a él a subirla.

En ese momento, cuando me doy cuenta de que Pierluigi no parece

precisamente alguien que dejaría que Fausto lo manejara como a una marioneta, escucho al perro que araña la puerta. Me levanto para abrirla y él corre directo hacia el invitado.

—¡River! —exclama Pierluigi.

Le lanzo una mirada interrogativa.

—Arianna me dijo que tienes un perro que se llama River.

Pierluigi se levanta, hace que se va. En el último instante, se para.

—Me olvidaba. —Saca el cuaderno, arranca los dos bocetos que ha hecho y me los entrega—. Estudio o dormitorio, no hay mucha diferencia. Pero no dejes vacía toda la habitación, las vistas al pueblo son muy bonitas.

5

En las semanas de cielo despejado, antes de que empiece el calor de agosto, Pierluigi y Arianna pasan jornadas enteras en el mar en la playa más cercana. Cristi no los acompaña. No le gusta la sal, se justifica, aunque a decir verdad las dos sabemos que la del mar de Liguria le gustaba muchísimo.

Durante ese periodo, Mattia y Giò hacen los mismos turnos en el trabajo y si están de descanso, toman el sol en el río, donde el agua está tan sucia que es imposible meter los pies. Una vez me los cruzo en el supermercado, están morenos, van de la mano, no me ven y yo, con tal de no pararme a hablar, con tal de no saber si compran agua o whisky, renuncio a la compra y me voy rápidamente. No los veo desde la cena de inauguración, he ido con frecuencia a Bolonia para las audiencias y, sobre todo, nadie ha vuelto a hacer una invitación.

—Y es mejor así, porque en las cenas siempre se bebe demasiado —comenta mi madre cuando, durante una comida dominical, me ruega que le ponga al día.

En parte, la complazco. Le digo que Pierluigi me ha dado un par de ideas para arreglar su antigua habitación. Le digo, pero ya lo sabe gracias a una amiga que va al mismo gimnasio que Giò, que Mattia y su mujer van por el pueblo siempre juntos. Le cuento también que Arianna cuando corre es rápida como su madre de pequeña. Le cuento prácticamente todo, excepto que en las últimas semanas veo a menudo a Cristi. Es más, la veo todas las tardes que Pierluigi y la niña están en el mar y yo estoy en el pueblo.

Nos vemos sobre las cinco, a medio camino entre nuestras casas, después caminamos. Fue ella la que me pidió por primera vez que la acompañara hasta las caballerizas. Fui yo la que de inmediato respondió que sí, y por dentro pensé: «Te las estás apañando muy bien, llegó hace un mes, has hablado incluso con el padre de su hija y, sin embargo, aún estás en pie. Claro que puedes acompañarla y demostrarle a ella, a Mattia, al campo en el que os conocisteis y, sobre todo, a ti misma que sobre el pasado puedes caminar ya con

la cabeza bien alta».

En nuestras tardes, Cristi y yo paseamos casi mudas, estando siempre a un paso de distancia la una de la otra. Si intercambiamos alguna palabra, tiene que ver con Arianna y lo hacemos sin detenernos nunca. River nos sigue dócil y yo siempre me guardo para mí todas las preguntas que solo un par de meses antes deseaba hacerle. No le pregunto cómo hizo para conocer al padre de su hija ni cómo supo lo del matrimonio de Mattia. Ya no te interesa, me digo. Y no me doy cuenta de que si estoy justo ahí es porque precisamente todas esas preguntas esperan aún una respuesta, escondidas bajo la hierba amarilla que pisamos.

Cuando vuelvo a casa tengo la cabeza llena del canto de los machos de las cigarras y de nuestro silencio. El tiempo que acabo de pasar con Cristi me parece tan irreal que me cuesta creer que de verdad haya pasado la tarde caminando detrás de ella, que la conociera cuando solo tenía un par de pantalones cortos y que haya dormido durante años desnuda a su lado.

A veces termino la tarde junto a las amigas con las que solía salir el verano pasado, las que beben y hablan hasta bien entrada la noche en los bares de la playa. Al ver las lucecitas de los locales sobre las olas y la extensión de las sombrillas cerradas, no puedo evitar pensar en Pierluigi y Arianna, que, durante el día, construyen castillos en esas playas, mientras en el pueblo Cristi y yo caminamos en silencio por senderos que conocemos de memoria.

A las caballerizas volvemos un par de veces. Un día nos aventuramos hasta la nueva villa con piscina que, con sus toldos blancos brillantes y las tumbonas siempre dobladas, parece deshabitada.

—La casa de Fausto en Piacenza está cerrada. Ahora vive en Inglaterra —susurra ella, y yo sé que está pensando en Lilli.

Una tarde de viento, con el sol que va y viene al ritmo veloz de las nubes, llegamos hasta el bosque de abetos. Me apoyo en un árbol y con el frescor de una nube más pesada tomo aliento y me arriesgo. Quiero entender hasta dónde soy capaz de llegar.

—Giò es una buena muchacha —digo decidida.

Cristi no responde. Está sentada con la cabeza agachada, con la misma delicadeza acaricia la hierba y el pelo de River, que está tumbado a su lado.

—Cristi, ¿me miras, por favor? —la increpo, y ella levanta la vista.

Tiene los ojos abiertos de par en par, en una mueca de estupor, mientras sus dedos siguen acariciando con tranquilidad la espalda del perro. Giò, ¿quién?, temo que esté a punto de preguntar. Sin embargo, asiente. Se levanta y lanza un palo a River, después, me indica que me acerque.

—Es verdad, es una buena muchacha —dice en cuanto me aproximo—, pero no me lo vuelvas a decir.

Aquella tarde, en el momento de la despedida, Cristi se demora, siento que quiere preguntarme algo. Espero a que lo piense bien, que se dé la vuelta y se vaya a lavar la sal de la piel de Arianna. Pero ella no se mueve, no habla.

—Dime —murmuro.

—Querría pasar un poco de tiempo en tu jardín.

—Conoces el camino —respondo con un hilo de voz y ella me mira agradecida, como si hubiese temido un rechazo, después, se dirige a la verja. La sigo despacio.

Quizá ha llegado la hora de dar respuestas, porque a decir verdad también Cristi, hasta entonces, me ha ahorrado muchas preguntas. La primera de todas, qué hice con el dinero de Fausto, porque estoy segura de que Lilli le contó lo del cheque. Quizá para asestarle el golpe de gracia, para convencerla del todo de desaparecer o, tal vez, solo para regodearse en su generosidad. Pero si es en ese dinero en lo que piensa Cristi cuando le ofrezco una cesta de albaricoques, precisamente en mi jardín, no lo deja ver. Los acepta y con parsimonia le quita el hueso a un par de ellos.

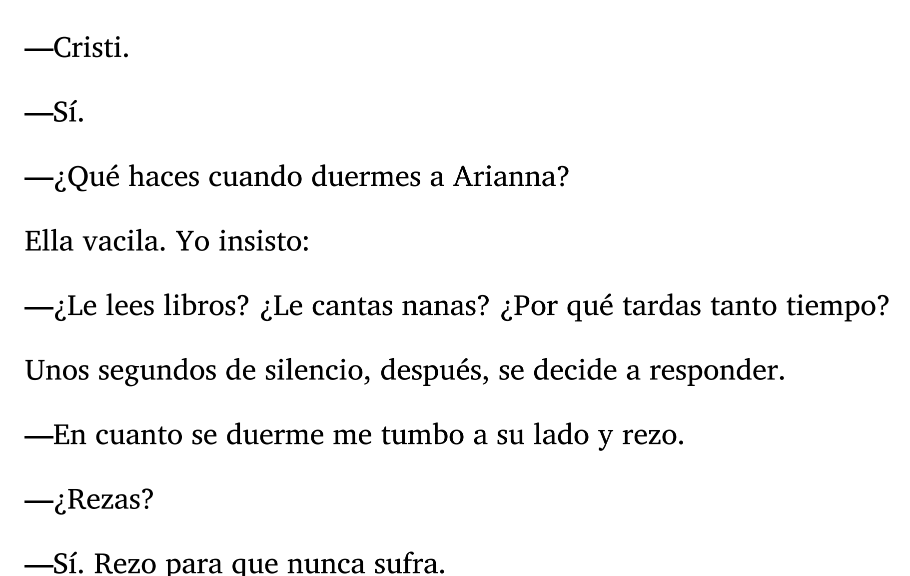
—¿Les quitas el hueso?

De primeras responde distraídamente que sí mientras mastica, después, lo piensa dos veces:

—Estoy acostumbrada a hacerlo para Arianna —añade.

El recuerdo de mí misma respondiendo a la postal por el nacimiento de su hija con un cheque en una carta ordinaria y con el resto del dinero enviado durante los años siguientes, me hace sentir como un gusano. Me arrastro dentro de casa para refrescarme el rostro. Quién sabe, además, si lo ha recibido, me pregunto por enésima vez, pero Cristi, estoy segura de ello, no tiene ninguna intención de aclarármelo.

Cuando me decido a unirme a ella en el jardín, está sentada en una tumbona, tiene los ojos entrecerrados y un ramo de amapolas marchitas en la mano. Voy a sentarme cerca de ella. Es Cristi la que me ha pedido venir a mi jardín, debería ser ella la que hable, pero no he contado con la tibieza de la puesta de sol y con los pliegues maltratados de los pétalos rojos que desde hace años no miraba.



—Cristi.

—Sí.

—¿Qué haces cuando duermes a Arianna?

Ella vacila. Yo insisto:

—¿Le lees libros? ¿Le cantas nanas? ¿Por qué tardas tanto tiempo?

Unos segundos de silencio, después, se decide a responder.

—En cuanto se duerme me tumbo a su lado y rezo.

—¿Rezas?

—Sí. Rezo para que nunca sufra.

—No sufrirá —digo de golpe.

Ella me aprieta la mano. Al principio, el tacto es débil; después, más decidido.

—Querría que fuera así —me dice—. Querría que no sufriera nadie.

Después, me suelta los dedos y se va.

6

Nuestros paseos terminan así. Me lo dice Cristi cuando me la encuentro por casualidad delante de la iglesia de Santa Lucía unas horas después de nuestra conversación en el jardín.

—Hace demasiado calor en el mar. Pierluigi prefiere pasar las mañanas en el río en la montaña —me explica.

Asiento.

—Y yo voy con ellos —añade.

Estoy haciendo que River corra un poco, y no tengo ni idea de qué hará ella después de la cena. Está oscuro, la humedad del día aún no ha bajado hasta el resto del pueblo y está toda suspendida en la ciudad vieja. Yo tengo los hombros cubiertos por un jersey pesado, Cristi lleva la camiseta de tirantes elástica que llevaba por la tarde. Tengo frío por ella y aún estoy pensando en la gravedad de las palabras que me ha dicho antes de escapar de mi jardín. La idea de no dedicarle más tardes y de saber que está en el agua del manantial con su hija y Pierluigi casi me alivia.

—Creo que les hará bien que esté más con ellos —le digo a River en cuanto ella se despide y se dirige a su casa.

Durante días no veo a ninguno de mis vecinos. La primera persona con la que me cruzo, después de semanas en las que me sentía la única habitante de esa parte tan solitaria del pueblo, es Giò. Estamos en el centro. Insiste en que nos sentemos en el bar.

—Necesito tu consejo sobre un problema de trabajo —me dice.

Es la primera vez que me pide asesoramiento, no puedo negárselo.

Elijo una mesita a la sombra, después nos sentamos y pedimos dos cafés helados. La mujer de Mattia apoya unas hojas sobre la mesa.

—En tu opinión, ¿puedo dirigirme a los sindicatos si el jefe de la oficina me comunica los turnos con poca antelación? —me

pregunta.

—Yo diría que sí.

Ella asiente satisfecha.

—Escucha.

Coge una de las hojas y con tono decidido me lee la carta de protesta escrita de su puño y letra, quiere hacerme entender que ha estudiado hasta los dieciséis años, pero que no deja que nadie la pisotee, y yo escucho con atención.

—Muy bien —sentencio.

Ella sonríe, ordena otra vez los papeles y se los mete en el bolso.

—Querría decirte una última cosa.

Asiento.

—Cuando la niña por las mañanas está en el río con el padre, Cristi siempre está limpiando.

Me observa, yo me esperaba otras reivindicaciones sindicales, no esto. Durante unos segundos no encuentro respuesta. Maldita Cristi, que siempre me hace descubrir sus mentiras por boca de una chiquilla.

Me tomo mi tiempo para pedir la cuenta.

—Quizá a veces aprovecha la ausencia de Arianna para limpiar a fondo —digo después, como si fuese una explicación obvia.

—No a veces —insiste ella—. Siempre.

Es la primera vez desde que Cristi volvió que hablamos de ella, y Giò está usando el mismo tono decidido con el que me ha explicado las cuestiones laborales. Quiere hacerme entender que, por mucho que sea joven, no es estúpida. Y que tiene intención de ser la única que pone las manos sobre la cicatriz de la ingle de su marido.

Dejo que la conversación termine y ella no insiste. Nos quedamos bebiendo a sorbos nuestro café helado mientras miramos a las personas que pasan por el paseo, algunas hacen el mismo recorrido una y otra vez, de un lado a otro.

—Nunca hay novedades en el pueblo —se queja Giò con un tono un poco frívolo.

—Bueno, yo tendría una.

Ella me mira con curiosidad.

—Viene a verme una vieja amiga.

Debería decir una vieja amiga mía y de Cristi, pero me arriesgaría a volver al tema de antes. Y, en realidad, ahora tengo más ganas de pensar en la buena noticia de acoger a Pia, que llega en un par de horas, que en las limpiezas obsesivas de Cristi y en la vigilancia continua de Giò.

—¿Vacaciones? —pregunta ella.

—Digamos que sí.

En verdad, ofreceré refugio a Pia durante un par de semanas para darle tiempo a que reflexione sobre su matrimonio. Así me lo pidió en un email hace dos días; en cuanto le respondí, ella se subió al ferry.

Me despido de Giò y me dirijo a la tienda de comida preparada, donde me cargo de bandejas de comida bien condimentada. Si mi amiga aún es un poco la que era en los tiempos de la universidad, no son precisamente las penas de amor las que le quitan el apetito.

Y, de hecho, después de los primeros saludos un poco torpes en la estación de tren, después de la visita formal a la casa, Pia y yo empezamos con la comida y ya no dejamos de comer. Y, mientras comemos, no paramos de beber vino y de hablar del marido de Pia, en su opinión, amable y honesto.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Solo es un poco aburrido —me dice algo malhumorada.

—Siempre puedes usar tu enorme experiencia con los hombres para animar un poco las noches —respondo riéndome. También ella estalla en una carcajada.

Por la tarde, nos quedamos dormidas en las tumbonas del jardín.

River, que se ha pasado la mañana correteando por las calles de la ciudad vieja, nos despierta al volver.

—¿Tienes un perro? —me pregunta Pia con incredulidad.

Indico que sí, se lo presento, después me levanto y voy a preparar un café. Ella se me une en la cocina.

—¿Algo más que tengas que contarme aparte de lo de River?

—¿Tienes ganas de escucharme por una tarde entera? —le pregunto, y al hacerlo la voz se me rompe.

Pia me mira, una mezcla de incredulidad y desaliento.

—No me lo puedo creer —me dice, después se sienta a la mesa de la cocina.

Y verdaderamente nos quedamos allí sentadas toda la tarde, porque ese es el tiempo que necesito para contarle sobre el matrimonio de Mattia, sobre su decisión de establecerse en la ciudad vieja y, después, sobre la vuelta de Cristi tanto con hija como con compañero. Pia, durante todo el tiempo que yo hablo, se concede un par de exclamaciones y se bebe un vaso del licor de nuez que hace mi madre. En cierto momento, apoya la copa y me mira con seriedad.

—Quiero mucho a Cristi —dice—, pero que pase sus veranos cerca de ti no me gusta.

Intento sonreír, ella permanece sombría.

—No me gusta nada —repite.

A la mañana siguiente desayunamos en el jardín, las dos sabemos que el programa del día prevé el encuentro con Cristi. Y es en eso en lo que estamos pensando, mientras untamos mantequilla lentamente en pan, cuando Giò se presenta en mi casa sin previo aviso. Al principio estoy molesta, no había contado con tener que presentarle tan pronto a mi amiga a la mujer de Mattia. Con una señal tranquilizo a Pia de que me libraré de ella deprisa, pero Pia parece alarmada. Solo entonces me doy cuenta de que Giò está llorando a moco tendido. Cojo una silla, hago que se siente, le sirvo un vaso de agua, pero no me decido a hablar.

—¿Problemas? —le pregunta entonces Pia. Nunca le había escuchado ese tono, es amable, pero al mismo tiempo indiferente, debe de ser el que reserva a sus pacientes.

—Sí —solloza Giò—, mi madre está en el hospital.

Me concentro en lo que acabo de escuchar. La mujer de Mattia ha dicho que su madre está en el hospital y no que su marido la esté dejando.

—Una isquemia —sigue ella, y nos cuenta los detalles.

Pia la escucha con atención y, como la otra está alterada, le explica con seguridad que es posible curarse, que está bien preocuparse, pero que por lo que entiende la mujer no está en sus últimas. El llanto de Giò se calma.

—Debo ir a Bari a ayudarla durante una semana —nos dice, y un par de lágrimas vuelven a caerle por las mejillas maquilladas.

Después de un vaso de agua se marcha, nuestro pan tostado se ha enfriado. La miro durante un tiempo mientras se aleja con ese modo de caminar erguido que había sorprendido a Virgilio, el viejo detective.

—Y esta debe de ser la joven mujer de Mattia —comenta Pia.

—Sí.

—Parece una chica fuerte.

—¿Estás de broma?

—No. Sé bastante sobre las conversaciones con familiares. Solo he tenido que explicarle cómo funcionan las cosas y se ha calmado enseguida.

—No sabría decirte —balbuceo, pero si solo vuelvo a pensar en el tono decidido con el que, en el bar Centrale, me aseguró que tenía vigilada a Cristi, debería darle la razón a mi amiga.

La semana de asistencia se transforma en quince días de ausencia de Giò. Mientras tanto, el encuentro entre Cristi y Pia es más bien rápido, un café en el viejo patio de Ida. Ocurre durante la tarde en la que soy fiel a la promesa que le hice a Arianna de presentarle a River y terminamos todos, Pierluigi incluido, mirando en silencio a la niña y al perro jugar sin descanso.

Durante la ausencia de Giò, Mattia se ofrece a hacer turnos extra en el centro de atención telefónica casi todos los días. Me lo dice su mujer por teléfono, me lo confirma también mi madre con una sonrisilla de satisfacción, como queriendo decir: ves que siempre he tenido razón al mantener que en el fondo es un buen muchacho. Mientras tanto, Pia y yo pasamos las vacaciones tranquilas. De hecho, sus reflexiones sobre el matrimonio en mi compañía se solucionan con decenas de pastas, largas siestas y excursiones en bicicleta hasta la piscina de un resort que acaban de abrir. Ningún reencuentro con Cristi.

Mejor así. La última vez que hablé con ella me aseguró que pasaría todas las mañanas con su familia a la orilla del río y, sin embargo, me ha tocado descubrir a través de Giò que se queda en casa abrillantando los azulejos.

El día que Giò vuelve al pueblo, un lunes de finales de agosto, me encuentro con Pierluigi en la calle principal. Es una mañana calurosa, sin sol, tanto él como yo tenemos las camisetas sudadas.

—Pasado mañana nos vamos —me dice en cuanto lo saludo.

Pensar que Cristi no se ha dignado siquiera a avisarme me molesta.

—Bueno —empiezo resentida—, el verano termina tarde o temprano.

Sin embargo, Pierluigi no le da importancia a mi tono avinagrado. Lo observo mejor, parece cansado y no solo por la barba, que nunca le había visto, o por la camisa empapada en sudor.

—Giò te llamará para invitaros a Pia y a ti a cenar —me informa.

—¿Una cena? —respondo sorprendida.

—Eso es —dice rápido, después se despide.

La llamada de la mujer de Mattia llega poco después, intento inventarme la excusa de que Pia parte para Sicilia y no puede quedarse hasta tarde, pero ella insiste.

—Haremos algo rápido. Es una forma de celebrar la recuperación de mi madre —dice Giò.

Y quizá la partida de Cristi, pienso mientras acepto la invitación.

El pequeño jardín de la vieja casa de Gino el jorobado no tiene la misma elegancia que el patio de la casa de Ida. Pero, cuando Pia y yo llegamos equipadas con dos grandes recipientes de helado, encontramos la mesa puesta a la perfección. Pierluigi y Cristi ya están sentados, Mattia está asando el pescado en la parrilla, Giò está en la cocina cogiendo el vino.

—¿Dónde está Arianna? —pregunto.

Cristi lanza una mirada a una higuera, entre las hojas entreveo las piernas finas de su hija.

—Ya ha comido —se apresura a decirme Pierluigi.

El resto de la tarde Arianna se queda en el árbol, no baja ni siquiera para el helado. Se ha cogido el mejor sitio, pienso mientras Giò habla sin parar con Pierluigi de casas y con Cristi de gimnasios. Mattia se esfuerza por entretener a Pia, explicándole los diversos pescados que ha cocinado. Lo observo, se echa constantemente

generosos vasos de agua con gas y, de vez en cuando, le sonríe a su mujer, que responde con otra sonrisa.

Yo, por el contrario, durante el resto de la velada miro solo a Giò. Es más, miro su vestido. Tiene un tirante que se le baja constantemente mientras sirve los platos, dejando levemente el seno al descubierto.

—Eres la única que lo ha notado —me dice Pia mientras volvemos a casa—. Porque eres una mojigata —añade riéndose—. Y Giò es una mujer muy guapa…

Le lanzo una mirada de desprecio, pero termino riéndome yo también.

Antes de ir a la cama, echo una mano a mi amiga con las maletas. Está tranquila, la indecisión sobre el aburrimiento matrimonial se le ha pasado.

—Te has dado cuenta, ¿no? —me pregunta ella cuando las maletas están listas.

—¿De qué?

—De que Cristi y Mattia han hablado mucho con los demás, pero entre ellos no han intercambiado ni una sola palabra.

Me quedo de piedra. Claro que me había dado cuenta, querría decir, pero no sería exacto. Porque solo ahora me percato de que mis ojos, mientras observaban el tirante de Giò, han registrado durante todo el tiempo este detalle.

—Si lo piensas bien, es normal —intento quitarle importancia.

Pia hace un gesto de desacuerdo.

—Ni siquiera se han mirado. —Me mira directamente—. Nunca.

Más tarde, mientras mi amiga duerme profundamente, con cuidado de no hacer ruido, me pongo unos pantalones y una camiseta y salgo al jardín. River me escucha, lo acaricio.

—Voy sola —susurro, y él vuelve a tumbarse.

Abro despacio la verja, paso la pequeña iglesia, después subo las escaleras que llevan hasta la punta de la ciudad vieja. Cuando se acaban las farolas, la noche es negra. Cuando era adolescente, los drogadictos y los fugitivos de esa especie de castillo de otra época que era la cárcel eran el monstruo con el que los padres intentaban controlar a sus hijos, sobre todo, a las chicas.

Mattia no se droga, solo bebe agua y de la cárcel nunca se ha escapado, pero está allí, en el jardincito de su casa, inmóvil sobre una silla. Una piedra en la oscuridad absoluta. Me acerco, casi le rozo las piernas con las rodillas, él no se aparta, en la oscuridad busco el celeste de sus ojos.

—¿Por qué estás aquí? —murmuro.

—¿Y tú?

—Tenía ganas de pasear.

El silencio con el que rechaza la falsedad de mi respuesta es evidente. Y es aún más evidente el hecho de que me mira como si fuera transparente. Como si toda la oscuridad que nos rodea lo fuera. Sus ojos están mirando un punto preciso por encima de mis hombros en dirección a la casa que hace tiempo fue de Ida.

No tengo el valor de preguntarle nada más, ni siquiera consigo darme la vuelta. Cuando ya estoy a unos metros de él, me giro y corro hacia casa. Desde mi jardín, con la ayuda de las últimas farolas del pueblo, puedo ver la iglesia de Santa Lucía, la escalera y, de día, incluso la ventana más alta de la casa que perteneció a Ida. Me niego a mirar hasta allí arriba. De todas formas, no vale la pena, está tan oscuro que no conseguiría ver nada, además, ya sé que la sombra de Cristi está ahí, al otro lado de la ventana.

7

Los meses de después de la partida de Cristi son de alivio. Doy gracias a Piacenza y a la niebla. Doy gracias porque ella ha mantenido la costumbre de no escribir, de no llamar y de ni siquiera confirmar que volverá. En octubre, con un cierto dolor de estómago, consigo incluso aceptar la invitación a cenar de Giò, un domingo por la tarde que estoy en el pueblo y Mattia está en el bar viendo un partido. Está tranquila mientras me sirve el risotto. Está serena cuando me dice que es bueno que su marido salga un poco. Su voz es firme cuando me pregunta si tengo noticias de Piacenza, y si me apetece más, puesto que queda la mitad del arroz. No menciona traslados inmediatos, ni mudanzas a otra ciudad, no tiene en mente huir. Es más, un par de veces me enumera las ventajas de la vida en el pueblo y lo cómodo que es tener el gimnasio tan cerca. Tampoco circulan por ahí rumores extraños, las conversaciones en materia de traiciones en el bar de la calle principal normalmente no se equivocan. Y, de hecho, a pesar de todo lo que pienso, en ese momento Giò no es una mujer traicionada. Es solo la mujer de un hombre que por la noche se queda sentado en el jardín mirando fijamente una sombra en la oscuridad.

También es en otoño cuando Alessio me llama por teléfono y hablamos durante mucho tiempo. Desde hace meses solo nos escribimos mensajes cortos en los que yo adjunto los partes médicos del ginecólogo huraño y él me confirma el diagnóstico del compañero. Durante unos minutos, al teléfono, me habla del frío constante que hace en Alemania y de la eficiencia de sus hospitales. Escucho, después paso a la única información superficial que se me viene a la cabeza:

—He empezado a buscar otro apartamento en Bolonia.

—Bien.

Durante unos segundos permanecemos en silencio.

—Si me has llamado es porque tienes alguna novedad —digo con cierta ironía.

—Sí, así es —confirma—. Buenas noticias.

Estoy en el bufete, cierro el expediente que con un ojo seguía leyendo. Espero a que se explique, pero no lo hace.

—Me tienes en ascuas —le digo riendo.

—Dentro de unos meses seré papá.

Dejo de reírme. El primer pensamiento es un recién nacido con el pelo albino y las mejillas rojas, después recuerdo que su mujer no es alemana, es más, es de Rímini como él.

—Enhorabuena —digo forzando un tono alegre.

Escucho un ligero suspiro.

—Gracias —responde.

Permanecemos en silencio unos segundos.

—Alessio.

—Sí.

—¿Me dejaste también por la cuestión de los hijos?

Escucho otro suspiro.

—Fuiste tú quien me dejó, no yo.

Tiene razones de sobra, lo sé.

—Serás un papá increíble.

Lo creo de verdad. Después, cuelgo.

Unos meses después, al volver de las vacaciones de Navidad que paso en el pueblo mimando a River, acepto un caso insoportable: defiendo a enfermos psiquiátricos maltratados por enfermeros y personal de servicio. Todas las veces que me encuentro con los familiares o salgo del tribunal después de haber interrogado a los

imputados, doy gracias en mi cabeza a mi madre por no haber ingresado nunca a mi padre, ni siquiera cuando intentó acabar con su vida tomándose los ansiolíticos. Para soportar el estrés del caso, en cuanto los días se alargan, doy paseos con una compañera, Linda, una abogada civil, que desde hace tiempo está detrás de mí. Tiene unos años más que yo, y con sus peroratas sobre los problemas de organización del tribunal y sobre la actuación militar me recuerda un poco a mi madre. Preferiría tener a mi lado a River y no a Linda, pero cada vez que me invita dudo y al final acepto. Lo hago solo para estar al corriente de los chismes del mundillo y para realizar largos paseos a pie durante kilómetros sabiendo que tarde o temprano le negaré el acceso a mi cama. Le estoy dando esperanzas, pero con su cháchara me distrae y me mantiene informada de todas las habladurías del foro, que siempre pueden ser útiles en los casos. Además, sabe de compraventa de casas y algunos sábados me la llevo a visitar apartamentos en busca de la solución perfecta para mudarme, pero nunca llega. Quiero buenas vistas, explico a los agentes inmobiliarios, y quiero el centro. Quiero una terraza y no tengo intención de trasladarme a las colinas. Quiero tener cerca tiendas de barrio, pero también supermercados. No quiero vivir demasiado lejos del bufete.

—¿Está segura de que solo quiere una casa? —me pregunta un día un muchacho con corbata.

Aunque es el más avispado de todos los que le han precedido, tacho esa agencia de mis contactos. Porque también yo, ahora que comprarme un apartamento decente sería fácil, ahora que Giannetti me trata como a un socio igualitario, ahora que me encuentro esperando que Giò decida cambiar de ciudad y, entre tanto, veo a una compañera mientras echo de menos a River, creo que ya no sé si quiero realmente algo.

Una tarde, al volver de dar un paseo con Linda, hay un coche deportivo aparcado delante de mi portón. No es el mismo de hace algunos años, pero el estilo es inconfundible, elegante, pero sin excesos. Fausto baja del coche y viene hacia mí con una sonrisa. Ha sobrevivido a la viudez de forma extraordinaria, solo alguna que otra arruga más alrededor de los ojos.

—Pasaba por Bolonia por trabajo, estaba aquí cerca y he pensado en venir a saludarte.

—Bien —digo un poco fría, porque la explicación de Fausto que improvisa visitas no me convence en absoluto.

Unos minutos después, sentados en la cocina de mi apartamento delante de dos vasos de agua, me explica que el accidente de Lilli le hizo reflexionar durante un largo periodo, al final del cual ha tenido la suerte de encontrar a una mujer estupenda, una gran trabajadora, una maravillosa secretaria de treinta y tres años. Mi edad, tres años más que Cristi, calculo.

—Vivimos juntos en Londres —se regodea Fausto.

Sabía del traslado casi definitivo a Inglaterra, no de la novia de casi la misma edad que la hija.

—Siempre estoy en el extranjero y tengo mucha confianza en Pierluigi, pero estoy preocupado —dice con un tono grave.

Estoy a punto de levantarme y decirle que el tiempo de las peticiones de ayuda, dichas o no dichas, pagadas o no, terminó hace mucho, pero él menciona a Arianna. Fausto, que se olvida de Lilli en un abrir y cerrar de ojos, pero que mantiene su papel de abuelo, me intriga. Soy toda oídos.

—El asma es una enfermedad traicionera para los niños.

Por cómo lo dice, sobreentiende que yo lo sé todo.

—Puede ser molesta —respondo con seguridad, aunque no sé nada de enfermedades de niños y desde hace meses no sé nada de la familia de Cristi.

—Claro. Pierluigi dice que Arianna tiene crisis horribles en plena noche. Ha visitado a muchos médicos sin encontrar una solución.

Poco después, Fausto se levanta, pide perdón por no poderme invitar a cenar y me deja con la tentación de preguntarle cuándo se decidirá a fiarse quizá también de su hija, a la que, durante toda la conversación, a fuerza de nombrar a Pierluigi, ni siquiera ha

mencionado.

Al día siguiente dicto un email a mi secretaria y hago que lo envíe a la dirección de trabajo que me dejó Pierluigi en los bocetos de la vieja habitación de mis padres. No se lo envío a Cristi, no estoy rompiendo la promesa que hice hace tantos años. Escribo solo al padre de su hija, le explico que he visto a Fausto por casualidad y que querría noticias sobre la salud de Arianna.

Él me responde el mismo día, me da las gracias, me dice que la situación no es grave, pero que la niña pierde peso. El email es solo suyo, Cristi no aparece en ninguna línea, mucho menos en la firma, y, aunque esto era previsible, me escuece. Intento responder, después renuncio y dejo a la escasa imaginación de mi secretaria la respuesta de cortesía.

Durante los últimos días de junio, un poco para huir de las invitaciones a cenar de Linda, un poco porque debo decidirme por una casa más espaciosa en Bolonia, adelanto mi traslado estival.

—También Cristi está ya aquí —dice mi madre en cuanto paso a recoger a River.

—No lo sabía.

—Júralo.

En lugar de decirle que se meta en sus asuntos, como sería lo lógico a mi edad, automáticamente lo juro. Y lo juro de verdad, porque de Cristi no sé nada desde el verano pasado.

Más tarde, mientras estoy cenando en mi cocina, Pierluigi baja a saludarme. No está solo, detrás de él vislumbro el pelo de Arianna, que se esconde.

—Cristi está durmiendo —me explica.

Miro el reloj, es temprano, son las siete y media y no hay ni rastro del atardecer en el cielo. Sin hacer comentarios al respecto, les indico que entren. Arianna aún está atrincherada detrás de la figura imponente de su padre.

—River —llamo fuerte. Él no se hace de rogar, corre hacia nosotros y elige enseguida a la persona indicada con la que jugar.

—Dos cachorros —dice Pierluigi mientras mira intensamente a la niña, que sigue al perro al jardín.

Aprovecho la ocasión para observarlo. También él, como Arianna, ha perdido peso con respecto al año anterior y parece aún más alto.

—Muchas cosas en la cabeza —me dice sin precisar cuando se lo hago ver.

—¿Cómo está la niña?

—Tiene apneas terribles.

—¿Y los medicamentos?

Sacude la cabeza.

—No le hacen casi nada. —Me mira, sus ojos se vuelven más pequeños—. De repente, la respiración se le acorta y yo estoy obligado a permanecer allí rezando para que se le pase.

Qué hace Cristi mientras él asiste impotente, Pierluigi no lo explica, yo no lo pregunto.

—Debe de ser difícil —me limito a decir, y sus ojos son tan pequeños y oscuros que me sugieren que ella, en esos momentos, no le es de ayuda.

Permanecemos unos segundos sin hablar, después, él sonríe.

—Perdóname —dice señalando la mesa puesta. Solo ahora debe haberse dado cuenta de que yo estaba cenando. Llama un par de veces a Arianna, pero ella no tiene la menor intención de separarse del perro. Miro mi plato, el único sobre la gran mesa donde ni siquiera he puesto una servilleta.

—Podríais uniros a mí —me aventuro.

—Arianna ya ha comido.

—¿Solo ella?

Pierluigi asiente. Entonces voy a la alacena, cojo una botella de vino, una copa, un plato en el que coloco jamón recién cortado y tomates de mi huerta. Después, dejo prácticamente de comer, solo bebo, mientras él se sienta y se termina todo. Parece estar hambriento. Mientras cena me cuenta sobre el papeleo de las consultas de Arianna, sobre los análisis y las opiniones dispares de los médicos. De vez en cuando se para para repetirme que los tomates tienen un sabor especial y yo me levanto para echar un vistazo a River mientras juega, para que no le gaste una broma pesada a Arianna. Cuando terminamos el vino, me dirijo hacia las hileras de tomates del jardín. Los tomates que nos hemos comido mientras Cristi dormía indiferente con el sol aún alto en el cielo. Pierluigi escudriña pensativo la fila de las plantitas retorcidas en torno a las cañas. Sus ojos son de nuevo puntas de carbón. También él está pensando en ella.

—Cristi ha dejado de fumar —dice, y lanza una mirada a Arianna, que está a unos metros de nosotros tumbada al lado de River.

—Claro —comento.

—Ha preferido adelantar las vacaciones porque está convencida de que estar aquí, lejos de la llanura y del esmog, ayudará a la niña. —Tose—. Les hemos dejado la caravana a unos amigos.

Asiento, no sé qué decir, me agacho para coger una maceta de menta salvaje y se la paso.

—También yo creo que Arianna estará muy bien aquí —continúa. Sin embargo, al decirlo, su voz vacila, solo un pequeño titubeo que, como buena abogada, no dejo que se me escape.

—¿Y tú? —le pregunto a quemarropa.

Pierluigi se restriega la menta por la mano y después se la acerca a la nariz.

—Yo trabajaré a distancia, tengo todo para poder hacerlo.

Sacudo ligeramente la cabeza, la respuesta no me es suficiente.

—¿Cómo estarás aquí? —insisto.

Mi pregunta le pone nervioso. Lentamente se coloca el pelo detrás de las orejas un par de veces. Me he entrometido. Me merezco y me espero una respuesta de cortesía, algo así como estaré bien o, incluso, todos estaremos muy bien.

Por el contrario, me responde:

—Como siempre.

Miro sus manos robustas, que ha apoyado a los lados en una pose de cansancio infinito. Él intercepta mi mirada.

—Y tú, Giulia, ¿tú cómo estarás? —me pregunta.

No me esperaba esta profundidad, pero siento que endosarle una de esas respuestas formales en las que soy tan buena sería injusto. Que triunfe la sinceridad.

—Como siempre —respondo.

Cuando me doy cuenta de que he usado sus mismas palabras, Pierluigi y Arianna ya están subiendo las escaleras hacia la cima del pueblo, de la mano, despacio, como dos viejecillos.

8

Aquella noche, y las que siguen, en cuanto me despierto de golpe, siempre a la misma hora, bajo al jardín y miro hacia arriba. Más allá de las farolas, todo solo se puede imaginar. En la oscuridad podría estar Mattia petrificado en la silla. Podría estar Cristi de pie detrás de la ventana, con Pierluigi y Arianna en sus habitaciones, que duermen o fingen hacerlo. Sería suficiente con un paseo de pocos minutos, quizá con River, para saber algo más, pero en verdad no quiero. Y si de vez en cuando siento una llamada sutil hacia la verja, hacia lo que la noche esconde entre las ruinas y las únicas dos casas de la ciudad vieja, prefiero ahogarla en litros de manzanilla y justificar mi insomnio con el sobreesfuerzo que he realizado en el caso de los pacientes maltratados.

Cristi, durante el día, está tensa, todas las veces que me la encuentro no puedo evitar notar que traslada el peso del cuerpo de una pierna a otra, un balanceo ininterrumpido. Desde que ha vuelto nunca la he visto a solas, nunca la he visto con Pierluigi. Siempre está con su hija. A menudo pasean, Arianna tan pegada a Cristi que se tropieza; o bien recogen flores y meriendan sentadas a la sombra de los cipreses. Una vez me entretengo observándolas sin que me vean. Arianna está tumbada sobre la manta, Cristi le está dando un masaje sobre los hombros con gotas de aceite. Lo hace durante mucho tiempo, y la niña le deja hacer, dócil.

No sé nada de niños, no soy especialista en las relaciones entre madre e hija y si pienso en mi infancia, en lo que hacía los veranos con mi madre, tan solo recuerdo caminar a paso ligero con recados importantes y mi molestia cuando ella me recolocaba el pelo sudoroso.

Quizá ahora las cosas han cambiado, me digo mientras veo cómo de pegadas están Arianna y Cristi. Y, sin embargo, esta cercanía asidua no me convence, y todas las veces que las vislumbro caminando abrazadas pienso que no nos abrazamos por amor, nos agarramos por miedo.

Después de la cena en mi casa, me encuentro a Pierluigi solo una vez. Yo estoy leyendo documentos en el jardín, él está yendo a la

única papelería del pueblo a enviar un fax.

—Va mejor —me dice.

Está un poco avergonzado, quizá teme que le pregunte qué o quién exactamente va mejor. Me limito a sonreírle y él toma el camino más largo para el centro, ese que rodea la casa de Mattia. Precaución inútil, tanto Giò como su marido a estas horas están corriendo en el campo de fútbol cerca de la incorporación a la autovía, como todas las tardes excepto la del sábado, que la dedican a ir a la pizzería. Palabras de mi madre, que, a pesar de los años y el cansancio de llevar la casa sola, sobre estas cosas no se equivoca y no ve la hora de que yo le conceda el tiempo para contármelas.

El dos de julio, junto a River, paso a recogerla para ir a la habitual fiesta en el río. En el último momento se quiere venir también mi padre.

—Cámbiate los pantalones —lo reprende mi madre, pero él no los encuentra, se desespera y en lugar de buscar mejor permanece erguido de pie delante de nosotras. Miro la pana que, cerca de los bolsillos, ya está lisa.

—Están bien los que llevas —digo terminante y nos dirigimos los tres hacia el parque a lo largo de la orilla.

La música está alta, lejos de la rivera los chicos juegan al balón mientras el resto del pueblo se agolpa entre los puestos que venden bebidas y bocadillos. Hay demasiada confusión para mi padre, al que le cuesta estar allí y que se rasca la frente continuamente. Mi madre le pregunta qué quiere beber y él hace que le repita un par de veces la pregunta.

—Voy a por limonada —digo con tal de placar la tos nerviosa de mi madre y le paso la correa a mi padre.

Cuando vuelvo, después de media hora de cola, mi madre está llorando, mi padre está completamente sudado y River ya no está.

—Ha desaparecido —farfulla mi padre.

Estoy tan enfadada con él que no consigo ni siquiera responderle.

—Mamá —balbuceo, y ella sacude la cabeza sin detener las lágrimas. Entonces, dejo caer las limonadas y empiezo a correr, lo llamo desgañitándome, paro a ancianos, a chicos, incluso a niños. Nada.

—Vete a casa —susurro a mi madre, porque ya imagino a los chismosos hablando de más sobre su llanto y sobre en qué se ha convertido a fuerza de estar con un marido deprimido.

Ella se va, mi padre prueba a unirse a la búsqueda, pero no dura más de dos metros.

—Vete tú también —le ordeno, y él camina balanceándose.

Recorro otra vez hacia delante y hacia atrás toda la orilla, después subo a casa. El jardín está vacío, el cuenco está vacío. Registro los alrededores, las calles de la ciudad vieja con las casas tapiadas, el patio de detrás de la iglesia de Santa Lucía: River no está. Mantengo la verja abierta toda la noche, pero no vuelve. A las cuatro de la madrugada aún estoy despierta, abro la ventana de mi habitación. Fuera suena el canto ensordecedor de los pájaros. Las farolas de la iglesia aún están encendidas y, por un momento, me parece ver una silueta que se traslada rápidamente hacia la luz azulada de la primera mañana. No es River, no es un perro. Parece un chico, digo para mí, aturdida por el insomnio. Y de chicos que puedan caminar al alba por la ciudad vieja solo uno se me viene a la cabeza, aunque ahora es un hombre adulto y está casado.

Al día siguiente llamo a Giò para contarle lo del River. Necesito decírselo a alguien que no haga preguntas difíciles. O quizá, después de lo que me ha parecido ver al alba, siento la necesidad de su voz fresca, de sus frases simples y seguras. Ella deja que me desahogue.

—Pobrecita —me dice al final—. Pobrecito —añade refiriéndose a River. No encuentra otros adjetivos, pero está tan disgustada por mí que me invita a tomar café después de comer.

—Estoy sola —explica, y yo acepto.

Más tarde, sentada en la mesa de la cocina, le cuento otra vez sobre la desaparición de River.

—En la práctica, falta desde hace un día —digo con la voz un poco rota—. Y empiezo a pensar que no quiere volver a casa.

—No, no digas eso, ¿por qué piensas algo tan feo? Todos los perros tarde o temprano vuelven. —Y con una sonrisa sincera me ofrece la tacita.

Explicarle a Giò cuánto duele la idea de que River, el perro amado desde el primer momento, prefiera perderse para siempre en el campo en lugar de dormir a los pies de mi cama, sería inútil.

—Espero que tengas razón —digo sin mucha convicción.

En ese momento escucho los pasos de su marido, está bajando las escaleras y viene hacia nosotras. Contengo un gesto de molestia. No querría encontrármelo, no después de haberlo visto, siempre que mi intuición insomne fuera correcta, a las primeras luces del alba.

—Creía que no estabas —le digo de golpe. Mi comentario es maleducado, pero Giò no le da mucha importancia y él responde:

—He vuelto hace poco —responde tranquilo.

—¿Has escuchado lo que ha sucedido? —le pregunta su mujer.

Mattia indica que sí. Me mira más tiempo de lo habitual.

—¿Dónde podría estar en tu opinión? —le pregunta Giò.

Él no responde. Parece pensativo, incluso se encoge ligeramente de hombros y su mujer se pone nerviosa.

—Qué cínico eres —le recrimina.

Nunca los he escuchado discutir y, de hecho, no lo hacen, porque él intenta calmarla enseguida.

—Claro que me da pena —dice dirigiéndose a ella. Está tranquilo, es increíblemente dulce, y ella se acerca para acariciarle un brazo.

Con una excusa les dejo intercambiándose caricias y me refugio en casa, abro el frigorífico, no cojo nada. Tengo el estómago cerrado. Perder al perro es triste, perderlo justo por culpa de las manos inseguras de mi padre, que me lo regaló, me enfada, pensar que no quiera volver conmigo me duele. Me paso la tarde en casa, con la televisión siempre en el mismo canal. Miro cómo emite concursos, publicidad, una película, otra película, sin seguir ni siquiera una palabra. Antes de irme a la cama, me tomo una manzanilla. A las dos estoy otra vez en la cocina delante del hervidor de agua. Cuando hurgo en el cajón buscando una bolsita de infusión más fuerte, veo una pequeña linterna. Un objeto de plástico que me encasquetó mi padre para que usara en caso de problemas en el cuadro eléctrico y que no recordaba que tenía. Diez minutos después ya estoy en la ciudad vieja, armada con mi linterna de juguete.

Paso más allá de la pequeña casa de Gino el jorobado y también de la de Ida: esta noche no me interesan ni Mattia ni Cristi. En la torre del reloj miro el cielo. No hay estrellas ni nubes, solo una luna creciente a la que le faltarán un par de noches para ser llena. Me inclino y recojo un gran palo, con la esperanza de no tener que usarlo contra ningún merodeador.

—¡River! —grito sin parar.

Tras llegar a los establos estoy tentada de volver. Después, pienso en mi perro, en la cesta que lo contenía de pequeño, en los kilómetros que hemos recorrido desde que mi padre me lo regaló y continúo hacia el bosque.

—Si él tampoco vuelve, estás completamente sola —me veo diciendo.

En el silencio, mis palabras tienen más peso que las rocas que esquivo con dificultad. Tras llegar a la hilera de abetos, por miedo a alterar el silencio del bosque, dejo de llamarlo. El rayo de mi linterna es un mísero destello en el camino, nada en comparación con la luz de la gran luna acomodada sobre la silueta de los árboles. Apago la linterna, agarro fuerte el palo y me adentro entre los altos abetos. Por mucho que me esfuerce por mirar, por escuchar, por escudriñar la tierra del camino en busca de huellas, de River no hay

ni rastro.

Cuando, después de todo el silencio, escucho los primeros ruidos, me detengo. Algo, en el denso bosque, refleja los rayos lunares. Escapa de esta luna, me digo, sal de este horrible sueño. Pero las espirales rubias que me envuelven desde hace años envían un reflejo opalescente que me retiene en la noche. Cristi está de pie, la espalda pegada a un tronco, Mattia está delante de ella. Su desnudez conjunta que he intentado imaginar durante años sin conseguirlo me paraliza. Intento distinguir al menos un detalle para no caerme al instante. El cabello goteante de Cristi sube y baja por el tronco. Es absurdo, pero siento que estoy a punto de gritar que no es justo, que no pueden dejarse ver por mí, que no pueden no darse cuenta de mi presencia. Pero la que emite un sonido no soy yo, es la voz de Cristi que se alarga en un gemido interminable.

Se me cae la linterna de la mano y entonces corro. Cuanto más corro, más se cierra la noche ante mis ojos. También aquella maldita luna estaba solo allí para ellos y las zarzas que atravieso en la confusión me arañan las piernas. En las farolas de la iglesia de Santa Lucía me paro unos minutos. Siento las gotas de sangre que se deslizan por mis gemelos, tomo aliento, después, me tambaleo hasta casa. Lleno la bañera y me sumerjo en el agua hasta el cuello. No es suficiente. También meto la cabeza con los ojos abiertos para intentar lavar lo que han visto. Permanezco así más tiempo de lo que puedo aguantar sin respirar, pero las imágenes no desaparecen. Y no está solo Mattia que posee a Cristi desnuda contra un árbol. Estoy yo a los trece años que dejo todo mi pelo en el salón de la peluquería del pueblo. Está Cristi, matriculada en Historia, que cuenta mis pecas mientras yo le ruego que nunca se detenga. Está Mattia bajo la nieve y Cristi que corre hacia él después de la fiesta por mi examen de abogacía. Estamos ella y yo que hacemos el amor en la cama de Bolonia, aunque sabemos que todos los viernes se irá a Génova. Está Fausto que cierra la chequera con una sonrisa y antes estoy yo que, en la cárcel, casi muero al ver la sonrisa segura de Mattia. Y después, otra vez yo que he pasado de los treinta y vago de noche por el bosque para buscar a River y, en lugar de eso, encuentro solo la verdad que conozco desde que tengo once años. La verdad que no cambiará ni aun haciendo que mis pulmones exploten en el baño de la casa que volví a conseguir a toda costa.

Cristi es de Mattia y Mattia es de Cristi, pero yo nunca dejaré de amarla.

9

A la mañana siguiente no me levanto de la cama, dejo los aspersores apagados, ni siquiera subo las persianas. Me salto la comida, cancelo el café que le prometí a mi madre. Tengo el habitual dolor en el abdomen, nada grave, le digo por teléfono, después cuelgo antes de que me haga más preguntas. Realmente tengo dolor, pero no es el habitual. Es mucho más fuerte, es un mordisco en el bajo vientre que me quita la respiración y que me obliga a tomarme dos pastillas del analgésico que me recetó Alessio hace mucho tiempo. A la espera de que hagan efecto, me sumerjo en la penumbra de mi habitación con la televisión encendida y me decido a levantarme solo cuando los dolores han cesado. Son las nueve de la noche. El cielo ya está oscuro, las luces del jardín están encendidas desde el día anterior, las apago y me siento. El aire está fresco, me envuelvo con un fular que debe de haber dejado mi madre en el jardín en una de sus visitas. Mattia llega con una bandeja en la mano. Lo saludo con un gesto.

—¿Mal día? —me pregunta con tranquilidad.

—Sí.

—Giò ha cocinado demasiado —me dice señalando la bandeja.

Huelo el perfume de las verduras a la brasa que normalmente adoro, pero que esta noche, sin embargo, me producen una leve náusea.

Mattia coge una silla y espera a que le invite a sentarse. No lo hago.

—¿Dónde está ahora tu mujer?

—Está descansando, ha trabajado todo el día.

Siento frío y estoy cansada de esta conversación inútil. Paso al ataque.

—Y, mientras, ¿tú qué has hecho?

Él se sienta, deja la bandeja sobre la mesa e ignora mi pregunta.

—A propósito de tu perro —dice entre dientes.

—¿Hoy te interesa? —le pregunto con aspereza.

—Pensaba echarte una mano para encontrarlo.

Me levanto, cojo una cerveza del frigorífico y se la pongo delante. Él empieza a jugar con la etiqueta de la botella, he olvidado por completo que no toca el alcohol. Vuelvo a la cocina y cojo un vaso y una botella de agua.

—¿Cómo querrías ayudarme? —le pregunto con dureza.

Antes de responderme, su mirada recorre durante unos segundos mis gemelos arañados.

—Ponte un par de zapatos cómodos —me responde y, cuando vuelvo con las Adidas en los pies, él se ha bebido media botella y ya está en la verja.

Mientras camino a su lado, Mattia no para de hablar. Me explica que más allá de las caballerizas, dentro del bosque de abetos, hay un claro escondido por zarzas densas como muros. Un lugar desconocido para muchos. Se llega saltando entre arbustos con espinas de escaramujos, pero solo hay un camino, de lo contrario, te quedas enganchado. Me detengo.

—¿Por qué debería estar allí River?

—Es un lugar protegido, sin ruidos del hombre y, a menudo, los animales asustados encuentran refugio allí. A veces, están durante un tiempo; a veces, nunca lo abandonan. Se vuelven perros y gatos salvajes —me responde serio y yo vuelvo a caminar.

Por segunda noche consecutiva, estoy vagando por los bosques de la parte de arriba del pueblo a la luz de una linterna que esta vez no es el juguete de plástico que dejé caer la noche anterior, es una herramienta seria que Mattia ha sacado de sus bermudas. Bordeamos el bosque, pasamos las caballerizas, del establo llegan ráfagas calientes de estiércol mientras que las persianas de la casa del guarda están bajadas.

Estoy al lado de un expresidiario, de un marido infiel que quizá sabe que lo he descubierto, de un hombre que por poco no me arrancó un brazo en la salita del hotel. Y, sin embargo, ni por un segundo temo por mi vida. El miedo se halla en lo más profundo, y más abajo, más allá de las reglas de la ley, más allá de las bombas y de los rencores, yo tengo la certeza absoluta de que él nunca me haría daño.

En el lugar en el que se me cayó la linterna, me parece verle ralentizar el paso, pero el rostro no muestra ninguna expresión. Lo sigo, me abre camino entre la maleza de escaramujos que son tan altos como nosotros. Tras la última barrera espinosa, la vista se abre sobre un llano circular delimitado por pinos altísimos. A mis pies, una capa de pinaza que cubre toda la tierra; en el centro, un espejo de agua circundado por largas cañas. Entonces, esta es la poza, susurro, no a Mattia, ni siquiera a mí misma, sino directamente a Cristi aún niña, sentada en mi habitación radiante de placer con el pelo mojado. Entonces, es aquí donde te perdí la primera y la más definitiva de las veces.

—Siéntate y llama a River sin gritar —me sugiere Mattia.

Obedezco mientras él desaparece detrás de la barrera de los abetos. A mi lado hay una superficie de algas de agua dulce secadas por el sol, troceo algunas de ellas, las migajas marrones me caen encima.

—Nada —me dice cuando vuelve.

Se sienta cerca de mí, escucho mi respiración agotada mientras él no muestra señales de cansancio. Se da la vuelta para mirarme y mi mano, de repente, se lanza sobre la piel de su cabeza. Vuelvo a ver los cráteres ensangrentados, el pelo muerto como algas fuera del agua mientras él se deja acariciar. Cuatro años de cárcel son muchos para un muchacho.

—No consigo odiarte —susurro.

Me mira durante mucho tiempo. Parece casi disgustado por mí, ha entendido que lo sé.

—Te creo —me dice.

Su respuesta, tan íntegra, me sobresalta, y aparto la mano de golpe.

Él sonríe como cuando era niño.

—¿Ves?, han pasado más de veinte años y no ha cambiado nada —murmuro.

Mattia sacude fuerte la cabeza.

—No es verdad. Desde que Cristi volvió este verano, estoy intentando explicarle que las cosas han cambiado.

Extraña forma de hacerlo. Sonrío con amargura.

—Sabes que no puedo creerte.

—Sin embargo, no tengo motivos para mentirte.

Lo miro, no puedo contradecirle.

—Estoy intentando que entre en razón —sigue. Su voz ahora es débil—. Pero ella no quiere escuchar.

Y tú, fíjate qué casualidad, no puedes hacer otra cosa que desnudarla y follártela en el bosque, pienso. Estoy más desesperada que enfadada. Le dedico una media sonrisa para reiterarle que no le creo.

—Me estás diciendo que no eres capaz de decirle que no.

Mattia, sin embargo, no se rinde, niega otra vez con la cabeza.

—Eres tú la que nunca consigue decirle que no —dice, y solo yo sé cuánta razón tiene.

Durante unos minutos permanecemos sentados uno al lado del otro, extenuados por nuestra conversación. Yo sola no consigo levantarme y él no tiene intención de ayudarme. Miro el círculo de agua ante nosotros, en la oscuridad se vislumbra una maraña de vegetación sumergida, las cañas al borde de la superficie permanecen mudas. Un pájaro nocturno silba y después calla. Sé por qué no se levanta, estoy preparada, puede preguntar, tiene el

derecho.

—¿Sabías que estaba embarazada? —me pregunta sin la más leve vacilación.

Aquí arriba, en el lugar donde él le juró a Cristi que siempre estaría para ella, no tengo coartadas. Pienso en las criaturas salvajes que deciden no volver. En las criaturas especiales que sufren y hacen sufrir. A mi alrededor no hay sillas, ni bancos, ni jueces con un mal día ni objeciones. No tengo elección, no allí, donde solo cuenta la naturaleza de dos niños que se amaron de verdad.

—Sí, lo sabía.

Sí, pero hice una promesa. Sí, y debería habértelo dicho. Sí, y, aunque nunca me lo perdonaré, quizá volvería hacerlo.

—Sí —repito.

Intenta sonreír, esta vez los hoyuelos no responden a su voluntad.

—Es pasado —balbucea.

Después, me ofrece la mano, no es la paz, es una tregua, es como un dedo índice presionando mis labios y los suyos. Conteniendo la respiración se la aprieto, dejo que me ayude a levantarme y acepto no volver a escuchar nada más, a no hacer que me explique sus intenciones con ella.

La vuelta es larga, silenciosa, los caminos de la ida me parecen rutas desconocidas por las que nunca he pasado, en la puerta de casa no sé cómo despedirme.

—Mañana colgaré algunos carteles para encontrar al perro, quizá alguien lo haya visto —mascullo.

—Es una buena idea —me responde, y se aleja a paso ligero.

10

Durante los días siguientes, a pesar de las sensaciones que sentí en la noche de la poza, intento convencerme de que no ocurrirá una catástrofe. Como mucho, dos separaciones, quizá ni siquiera eso. Los compañeros de derecho civil mantienen que en los últimos tiempos los divorcios están a la orden del día y son una fuente inagotable de ingresos. Solo hay que mostrarse disponible con el cónyuge al que se representa y acostumbrarse a las discusiones furiosas en la sala, a las narraciones de las escenas hogareñas y al sufrimiento de los hijos. Que traducido, en este caso concreto, significa dolor para Arianna, pienso mientras busco un lugar tranquilo en el tren que me lleva a Bolonia. Han pasado cuatro días desde que hablé con Mattia, cuatro días en los que, encerrada en casa, me he sorprendido pensando, más de una vez, en Arianna y en su pelo entrelazado en las piernas de Cristi.

En cuanto bajo del tren, Linda, mi aspirante a amante, viene hacia mí. He sido yo la que le he propuesto vernos, aunque seguramente ella es la más entusiasta. Nos saludamos con un beso en la mejilla, después vamos a comer a la terraza de un hotel en Via Indipendenza.

—Generalmente se sobrevive a las separaciones —me dice.

Desde que nos han traído las ensaladas con el salmón, solo he hecho preguntas sobre divorcios.

—¿También cuando haya de por medio una traición con alguien conocido? —insisto.

Ella sonríe, coge un trozo de pan y lo agita delante de mí.

—Las relaciones extraconyugales entre amigos son el pan de cada día —sigue hablando con decisión.

—Vaya.

—Fíate de mí. He seguido decenas de casos. Se alargan durante años, todos lo saben más o menos de forma consciente. A veces alguien decide sacarlas al descubierto, a veces las traiciones

permanecen ocultas durante una vida. Quizá el sábado cenan todos juntos, con sus respectivas familias, y el lunes, en la pausa para comer, se ven a escondidas.

—Triste gestión —comento, y ella asiente.

En el momento de la cuenta, insisto en invitarla a comer con la férrea intención de no invitarla a nada más, mucho menos a una sobremesa en la cama de mi casa, aunque sé que Linda lo espera. De hecho, cuando nos despedimos, parece estar un poco abatida.

—No me has dicho por qué estás en Bolonia —me dice señalando la maleta que arrastro conmigo desde la estación.

—Me ha llamado Giannetti para una audiencia en la que no se siente seguro —respondo.

—Suerte. —Y fuerza una sonrisa.

Las audiencias importantes a principios de agosto son raras y el viejo abogado que me llama para que le ayude es poco creíble. Sabe perfectamente que le estoy mintiendo. Y, de hecho, no estoy en Bolonia por trabajo. Pero sus deseos de buena suerte me sirven de todas formas, ya que Alessio me ha convencido para que me pase los próximos tres días en una cama de hospital.

—Con la intervención, la situación puede mejorar —me dice cuando a la enésima ráfaga de dolores en el abdomen, al día siguiente del encuentro con Mattia en la poza, me decido a llamarlo. Ha sido suficiente un sí por mi parte para que organizara todo desde Alemania: la clínica privada, el cirujano perfecto y la hospitalización en una habitación individual. Yo solo he firmado documentos y encontrado un hotel en la zona para mi madre, que ha insistido en estar al menos el día de la intervención.

La tarde siguiente, puntual, está en Bolonia a mi lado.

—Pensaba que me encontraría con alguno de tus amigos —me dice en cuanto me despierto de la anestesia.

Resoplo.

—¿Los has avisado? —sigue ella.

—Mamá, tengo sed.

—Entonces, ¿tienes o no tienes amigos?

Me está preguntando si tengo ese tipo de amigos que esperan con ansia fuera de las salas de operaciones. Por el entumecimiento de la anestesia vuelvo a ver cómo bostezo con Linda cuando ya no sabemos qué decirnos.

—No los tengo.

—Me lo habría apostado —suspira y se decide a darme de beber agua con una cucharilla.

Cierro los ojos, pero ella me obliga a abrirlos otra vez con un golpe en el codo.

—El cirujano ha dicho que la intervención ha ido bien. Ya sabes, la historia de los hijos. He llamado enseguida a tu padre para decírselo.

Suspiro, por lo que parece ha conseguido hacer preguntas de más también en la clínica.

—¿Quieres saber lo que pensaba mientras estabas en el quirófano? —vuelve a empezar mientras me coloca la sábana.

—¿Qué?

—Que necesitarías un marido. Y si no te quieres casar, un compañero serio adecuado para ti.

—Adecuado —repito despacio.

—Sí, adecuado —insiste un poco molesta.

—Tienes razón —le digo a la velocidad de la luz.

—Me estás tomando el pelo —me responde poniéndose de morros.

Quizá. O quizá no. Será el dolor en el vientre, la habitación vacía de

la clínica o quizá el entusiasmo de Alessio, que me ha confesado al teléfono que cuenta los días que faltan para el nacimiento de su hijo, pero empiezo a pensar que quizá una persona, no cualquiera, sino una persona adecuada para mí, podría curarme más que un bisturí.

A la mañana siguiente ella vuelve con mi padre y mi convalecencia avanza tan bien que, para el fin de semana por la tarde, también yo puedo volver al pueblo. Mis padres insisten en que me quede con ellos al menos una noche, pero yo me niego, y para no arrastrar mi maleta hago que el taxista, Elmo, me lleve hasta casa. En cuanto bajo del coche, veo a Cristi junto a Arianna bajo una de las farolas de la iglesia de Santa Lucía y, a poca distancia de ellas, a Pierluigi. Caminan lentamente hacia mí. Si estuviese River, correría hacia Arianna.

—Hemos visto las lucecitas del taxi —dice la niña en cuanto se acercan. Está agarrada a Cristi, que está pálida y mal vestida. Miro consternada la camiseta agujereada y sus vaqueros un poco sucios.

—Unos se van y otros vuelven —dice Pierluigi.

—¿Quién se va? —pregunto con una sonrisa evitando cruzar la mirada con Cristi.

—Mattia y Giò se despidieron ayer y, justo después, se fueron para unas largas vacaciones —contesta Pierluigi.

Estoy estupefacta. No respondo, pero algún músculo debe de escaparse a mi control y Cristi se decide a hablar.

—¿No lo sabías?

Y tú, ¿lo sabías? Le respondería si estuviésemos a solas.

—¿Dónde han ido?

—No tenemos ni idea —dice Pierluigi.

—Tenían maletas enormes —interviene la vocecita aguda de Arianna—. En mi opinión, se iban muy lejos.

Le sonrío.

—Nos han pedido que te despidamos de su parte —añade.

Tengo unas extrañas ganas de abrazarla, pero eso significaría acercarme a su madre, que me está mirando inmóvil.

—Has sido muy amable al decírmelo —le respondo con solemnidad. Pierluigi me dedica una leve sonrisa.

—Ahora te dejamos entrar en casa —dice. Y los tres toman el camino hacia la suya.

Yo me entretengo en el jardín, enciendo las luces, compruebo que mi padre haya regado las plantas lo suficiente, recojo unas pocas verduras del huerto y después meto la llave en la puerta.

—Giulia, espera.

Me doy la vuelta. Cristi está al otro lado del cercado, en la oscuridad, quién sabe desde hace cuánto rato está mirando.

—Ha pasado mucho tiempo —le digo saltándome todo preámbulo—. Tu madre está muerta y tú piensas en volver a empezarlo todo de nuevo, pero las cosas han cambiado, no volverán a estar donde tú querrías.

Ella no se mueve, en la oscuridad que hay fuera de mi jardín no consigo ver su rostro.

—Él tiene una mujer que ha exigido irse de aquí.

En ese momento Cristi dice que no con el dedo, aún tengo un miedo insensato a que niegue la existencia de Giò.

Pero ella quiere decirme otra cosa.

—Ha sido él el que se ha querido ir.

Abro los ojos de par en par. No es posible que Mattia la haya abandonado. Después, sin embargo, pienso en él, que, sentado delante de la poza, me dice que lo está intentando, pero que ella no

quiere entrar en razón. Trago con dificultad.

—Cristi —susurro—, tienes a Arianna. ¿No es suficiente?

Ella avanza, cruza la verja y se detiene a un paso de mí. En torno a los ojos tiene dos círculos violetas y bajo la luz metálica de las farolas su cuerpo es un esqueleto escondido en ropa fea.

—Piensa en Pierluigi —le digo.

Finalmente responde.

—Pienso continuamente en él y en lo que ha hecho por mí desde el principio.

Querría preguntarle: ¿qué ha hecho exactamente?, ¿dónde os conocisteis?

Pero ella sigue:

—Giulia, ¿qué debo hacer? —me ruega, y la pregunta es un gancho que me tira hacia ella.

Doy un paso, la abrazo con fuerza y ella lo hace a su vez apoyando la cabeza en mi hombro.

—Recuerda, tú me lo dijiste hace años, intenta vivir el presente —murmuro.

Siento sus labios que se aprietan contra mi piel.

—¿Y tú lo has hecho durante estos años? —susurra con delicadeza.

Tomo aire.

—No cuenta. De todas formas, mi vida no ha dado para mucho.

Cristi se remueve, pero no se libera de mi abrazo.

—¿Has pensado o no en el presente? —insiste.

—No.

—Pero estás empezando a hacerlo.

—No creo.

Ella se separa, levanta la cabeza y me echa encima el gris de sus ojos.

—Sí que piensas en el presente —dice despacio.

Y otra vez, antes del tiempo, antes de las últimas decisiones, antes de los hechos del final de este verano, no soy yo, sino ella la que tiene razón.

11

El resto del mes de agosto que nos espera es el tiempo de una gran sequía como no se veía desde 1993, dice mi padre. Como no había vuelto a ocurrir desde el verano de los albaricoques, respondo yo. Es el tiempo del río que se retira a las montañas esperando la lluvia, de los arroyos fulminados por el calor de la tarde, del quiosco de la orilla obligado a cerrar por culpa del mal olor que se eleva desde los meandros limosos. Es también el tiempo de las deseadas confesiones, de las narraciones y de los testimonios. Y, sobre todo, es el tiempo de Cristi, que habla mientras yo escucho incrédula, y de mí, que hablo mientras ella lee mis movimientos antes de que yo los cumpla.

Cuando la tarde de mi vuelta al pueblo miro cómo Cristi se aleja de mi casa, rápidamente y atemorizada como en los tiempos en los que era la niña abandonada por Lilli, estoy convencida de que Mattia volverá pronto. Y, sin embargo, me equivoco, porque a la mañana siguiente mi madre me explica que el cartero ha conseguido una buena propina por entregarle su correo a una amiga de Giò durante un mes entero.

En ese momento, no me queda otra que evitar de todas las maneras posibles a Cristi y a su familia, con la esperanza de que se vayan pronto, antes de que ella acabe vagabundeando por el pueblo vestida con harapos. Cuando vuelvo a encontrármela está con Arianna y Pierluigi. La niña me saluda con un gesto de la mano, él murmura un hola; Cristi, como imaginaba, permanece en silencio. No lleva una camiseta agujereada, pero sí una camisa arrugada y pantuflas horribles en los pies.

Después de saludar, no sé qué decir.

—¿Tu perro no va a volver nunca? —me pregunta Arianna.

Le estoy agradecida por haber roto el hielo y por haber nombrado a River, que para mis padres, a raíz del sentimiento de culpa, se ha convertido en un tabú.

—Me temo que no —le respondo, porque desde que la he conocido

he empezado a recordar que los niños no toleran las mentiras.

Ella pone una cara aún más triste, Pierluigi le acaricia la mejilla. Está bien la sinceridad, pero ahora haz algo por ella, pienso por instinto.

—Pero si te apetece, y si a tus padres les parece bien, puedes venir a jugar a mi jardín.

—¿De verdad puedo?

Miro a Pierluigi, que indica que sí. No es suficiente, sé que tengo que mirar también a Cristi. Lo hago y ella tiene los ojos un poco velados, pero sonríe. Hace tiempo que no recibía una de sus sonrisas, casi había olvidado el efecto que producen. Me quedo embelesada durante unos segundos.

—Entonces, está hecho —dice la voz de Pierluigi, que me saca de mi ensoñación.

Diez minutos después, Arianna y yo nos dirigimos directamente a mi casa. La niña no solo me ha tomado la palabra, sino que tiene la intención de quedarse a cenar. Mientras caminamos, siempre con un poco de distancia, parece relajada. Me cuenta sobre sus amigos que, en su opinión, tienen más suerte que ella porque pasan sus veranos en la ciudad, en los campamentos urbanos.

—¿No te gusta ni siquiera un poquito estar aquí?

Duda.

—Te confieso un secreto —le digo entonces. Ella abre los ojos de par en par—. Tampoco a mí me gusta estar en el pueblo.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —me pregunta con curiosidad.

—Por culpa de un albaricoquero —le digo y, por increíble que parezca, ella acepta la respuesta.

En casa, después de haber observado a Arianna subir y bajar de los árboles constantemente, meto en el horno una pizza congelada. Después ignoramos la televisión y elegimos un juego de mesa de

una vieja caja que mi madre había olvidado junto a un par de álbumes de fotografías, y que Yannick nunca tiró. En la mochila tengo las medicinas para los casos de emergencia, pero la respiración de Arianna es fluida, tiene un ritmo absolutamente normal. Cuando, alrededor de las diez, la vuelvo a acompañar a casa, realiza todo el recorrido corriendo sin jadear, mientras que yo, para seguir su paso, renqueo y sudo.

Así termina la primera de muchas tardes que pasamos juntas. Después, está la tarde de la maratón de dibujos animados, la del desafío al Memory y también la de las viejas fotografías. En las cajas llenas de polvo encontramos también una de Cristi y yo de niñas. Yo llevo un traje plisado y Cristi, sus pantalones cortos. Tenemos los ojos medio cerrados, estamos sentadas a la sombra de los cipreses, detrás de nosotras, a lo lejos, se ve a Mattia. Los colores son esos anaranjados del atardecer y Cristi parece muy pequeña. Debe de ser una de las muchas tardes del verano que pasamos los tres, no recuerdo que mi padre sacara aquella foto.

—Somos mamá y yo —digo.

Arianna asiente.

—Yo también tengo una mejor amiga que me espera en Piacenza.

—¿Os divertís juntas?

—Mucho —responde. Hace una pausa, después me pregunta—: ¿Y el niño quién es?

—Mattia.

—¿Nuestro vecino?

—Sí, justo él.

—¿Y Giò dónde está?

—Oh, ella aún no estaba —respondo esforzándome por sonreír.

—Claro, es verdad —comenta Arianna seria y por su tono entiendo que en cierto sentido lo ha entendido todo, quizá más que Giò, que

ha esperado a que fuera Mattia el que decidiera irse.

Alguna vez, mientras estamos juntas, me viene la tentación de ceder a la curiosidad y preguntarle a Arianna cómo pasan las tardes de invierno en su casa, lejos de la ciudad vieja y de las ruinas del pasado. No lo hago, estaría feo, reprobable. En compensación, ella me cuenta todo sobre su clase, sobre las clases de natación que querría abandonar pero que no sabe cómo decírselo a Pierluigi.

—¿Papá se enfadaría?

—Oh, claro que no —me responde ofendida.

—Entonces, díselo —le sugiero.

—No puedo. Se disgustaría.

Y ella no quiere de ninguna manera que él se disguste, no quiere añadir pena a toda la pena que no conoce, pero que entiende.

En esos días tórridos Arianna es la persona que más veo. Y descubro que me hace bien. Si alguna urgencia en el bufete me convoca en Bolonia, intento resolverla por teléfono; si las amigas con las que el anterior verano pasaba las tardes en el mar me contactan, me invento excusas.

Después de Ferragosto, Arianna, con el permiso de sus padres, me pregunta si se puede quedar una noche a dormir en casa. Le preparo una cama en la habitación de invitados, la misma que le di a Pia. Durante la noche me despierto tres o cuatro veces para controlar que respira bien y para contemplarla tumbada bocarriba, el pelo esparcido sobre la almohada, las piernas ligeramente abiertas. Por la mañana me levanto temprano para preparar un panecillo, hago dos zumos de naranja, pongo a calentar la leche. Vemos dibujos animados, después la vuelvo a acompañar a casa a tiempo para una comida que tienen con amigos de Piancenza.

Pierluigi no está. Cristi está limpiando el suelo de la cocina. La miro. Tiene un aire descuidado, está descalza y con el pelo sucio. Deja de fregar durante unos segundos para abrazar a Arianna, después se vuelve a poner manos a la obra, sin decir una palabra ni

a mí ni a la niña.

—Me parece que ya está todo limpio —insinúo.

—Bastante.

—¿Pierluigi?

No responde. Con la excusa de no pisar el suelo mojado, doy dos pasos hacia la chimenea. Y desde allí echo un vistazo a la habitación de Cristi y Pierluigi. Las sábanas están arrugadas en los dos lados, aún duermen juntos, pienso. El aire en casa es irrespirable, una mezcla de lejía y alcohol, sin decir nada me uno a Arianna en el patio. Con ella ahora está su padre.

—¿Se ha vestido? —me pregunta con un hilo de voz.

Indico que no con la cabeza.

—¿Aún está limpiando?

—Sí.

—Nuestros invitados llegarán dentro de media hora y ella ni siquiera se ha preparado —susurra.

Parece más incómodo que molesto y yo no sé qué responderle. Me doy la vuelta, entro en casa, abro todas las ventanas y después saco un vestido del armario. Cristi no hace preguntas.

—Vístete, anda.

Espero de espaldas a que se decida a ponérselo. Cuando salgo al patio, Pierluigi está bromeando con Arianna.

—Mamá llega dentro de unos minutos —digo fingiendo un tono tranquilo.

Después les ayudo a poner la mesa, terminamos solo un momento antes de escuchar las voces chillonas de los invitados que llegan. Me despido de Arianna, le hago un gesto a su padre y me voy a casa, aliviada de que nadie se haya sentido en la obligación de invitarme.

La mañana del día siguiente Pierluigi me saca de la cama. Lleva una bandeja llena de pastas y se esfuerza por sonreír, pero son solo las ocho del domingo y no hay nada normal en su visita.

—¿Estás con Arianna? —le pregunto desde la ventana de la habitación.

Él me indica que no.

—Dame un minuto.

Me meto bajo la ducha, me visto y le hago entrar. Después, preparo café.

—¿Noticias sobre Mattia? —me pregunta.

Suspiro.

—¿Sabes cuándo vuelven? —insiste.

—No.

Se aclara la voz.

—¿Te molesta si vamos al jardín?

Lo miro, tiene el pelo despeinado y los ojos rojos de alguien que ha bebido demasiado la tarde anterior.

Coloco la mesa fuera, ninguno de los dos se decide a abrir la bandeja de los dulces. Las sillas están mojadas por la humedad, el cielo está encapotado, preparado para un día de bochorno; ambos estamos incómodos.

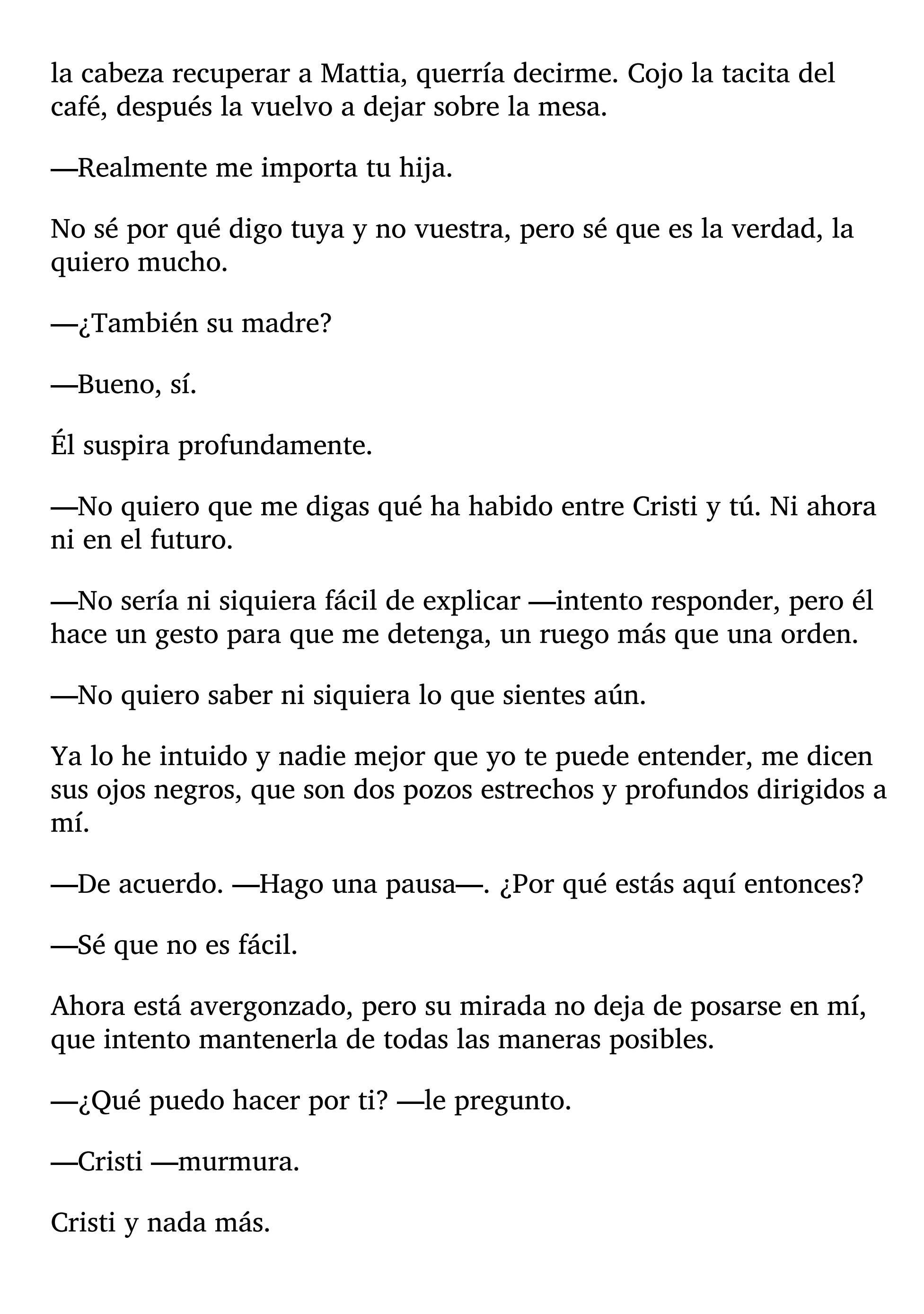
Empieza él.

—Te agradezco lo que estás haciendo por Arianna.

—Es una niña adorable.

—Está muy sola aquí.

Está muy sola allá donde vaya desde que a Cristi se le ha metido en



la cabeza recuperar a Mattia, querría decirme. Cojo la tacita del café, después la vuelvo a dejar sobre la mesa.

—Realmente me importa tu hija.

No sé por qué digo tuya y no vuestra, pero sé que es la verdad, la quiero mucho.

—¿También su madre?

—Bueno, sí.

Él suspira profundamente.

—No quiero que me digas qué ha habido entre Cristi y tú. Ni ahora ni en el futuro.

—No sería ni siquiera fácil de explicar —intento responder, pero él hace un gesto para que me detenga, un ruego más que una orden.

—No quiero saber ni siquiera lo que sientes aún.

Ya lo he intuido y nadie mejor que yo te puede entender, me dicen sus ojos negros, que son dos pozos estrechos y profundos dirigidos a mí.

—De acuerdo. —Hago una pausa—. ¿Por qué estás aquí entonces?

—Sé que no es fácil.

Ahora está avergonzado, pero su mirada no deja de posarse en mí, que intento mantenerla de todas las maneras posibles.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le pregunto.

—Cristi —murmura.

Cristi y nada más.

12

Así empiezan los largos paseos al atardecer con Cristi. Empiezan porque, como dijo Mattia, cuando se trata de ella no sé decir que no. Empiezan porque una tarde me tomo la molestia de subir sudando hasta su casa e invitarla a salir. Ella no solo acepta ese día y los siguientes, sino que mientras caminamos, una junto a otra, incluso habla. Normalmente esperamos a que el calor del día caiga y, después, bajamos al río, el olor estancado del cauce seco no nos molesta, y tampoco los cardos salvajes que infestan las orillas y que casi son tan altos como yo.

Solo necesito el primer paseo para comprender que son los días de los atardeceres a tres. Porque, para Cristi, Mattia no ha huido con Giò a una playa cualquiera. Para Cristi, él está siempre con ella, aunque nunca lo nombre. Está con ella cuando me dice que un río sin corriente es triste, cuando sigue con la mirada a una golondrina de mar que se libera de la bandada alineada, cuando me explica que nunca habría pensado vivir en Piacenza. O que en los tiempos de Génova estaba convencida de que se graduaría. Mattia está con Cristi incluso cuando el cielo empieza a oscurecerse y la hierba a bañarse en la noche, las familias ya están a la mesa, pero ella alarga el camino de vuelta lo máximo posible para no regresar.

Un día Arianna insiste en unirse a nosotras. En el río me quedo voluntariamente unos pasos atrás para observar a madre e hija caminando delante de mí con los mismos andares, la línea recta de las rodillas, el tronco largo ligeramente inclinado hacia delante.

Cada verano que pasa se parecen más y al verlas avanzar, la una la copia de la otra, me doy cuenta de que con esa conexión tendré que convivir para siempre.

—Giulia —me llama la niña dándose la vuelta—, ¿por qué te quedas atrás?

Le hago una señal para que continúen, para que vayan delante sin mí, ya que, a fuerza de mirarlas, me falta un poco la respiración.

—Os espero aquí —le digo señalando una gran roca plana bajo un

pino.

Cuando vuelven debo de haberme quedado dormida apoyada en el tronco porque me parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que he escuchado la voz de Cristi.

—Dormías —me dice sentándose a mi lado.

—¿Dónde está Arianna?

Cristi me señala a la niña, que está jugando a unos metros de nosotras con un gatito gris.

—¿Has comprobado que no tenga sarna? —Los gatos libres del pueblo, sobre todo los que están cerca del río, a menudo están enfermos. Fuerzo la vista para observar el pelo del animal—. ¿Lo has comprobado sí o no? —insisto.

Ella esboza una sonrisa y asiente. Permanecemos un rato en silencio mientras yo contemplo cómo juega Arianna. Por un momento pienso en cuando corría con River, quién sabe qué habrá sido de mi perro.

Cristi se gira ligeramente hacia mí.

—¿Te acuerdas de la tarde que te vimos bajar del taxi delante de casa? —me pregunta.

Habla de la tarde en la que me dijo que por primera vez en mi vida estaba empezando a pensar en el presente.

—Sí.

—¿De dónde venías?

—De operarme.

No le explico cuál, no es necesario.

—¿Con esa operación puedes tener hijos?

Los médicos de la clínica dicen que sí, Alessio tiene confianza, mi

madre está más que segura de ello. Miro su cabellera dorada, que roza con las puntas mis piernas. A cualquier otro le debería dar una respuesta, con ella puedo ir directamente a la pregunta que me aprieta el pecho desde hace tiempo.

—¿Crees que sería una buena madre?

—Lo serás.

Siento un escalofrío por la espalda. Busco a Arianna, está completamente en la sombra, con una ramita de avena salvaje está llamando al gatito hacia ella. Detrás, la orilla se ha integrado con la línea marrón de los árboles. Está oscureciendo, nos hemos entretenido demasiado y quizá el gato, en verdad, tenga la sarna. De repente, tengo prisa por volver a casa, por alejarme de las respuestas de Cristi que me hacen temblar y dejar de hablar de hijos. Me levanto. Pero ella no tiene ninguna intención de seguirme.

—Quédate —me dice.

Si ella no se quiere levantar, entonces yo, ahora, quiero saber.

—Cristi, hace años que te tengo que hacer una pregunta.

Ella estira las piernas, alza la punta de los pies. No me dice: «Entonces, pregunta», pero yo soy una con la urgencia de la tarde que cae sobre Arianna, sobre el recuerdo de dos niñas que se besan en la orilla y sobre lo que queda del río. No consigo contenerme más.

—¿Dónde estabas la tarde del atentado?

—En Bolonia —me responde sin titubear—. Fui yo la que insistí en ir allí.

Me inclino sobre ella, nuestras caras se rozan.

—¿Insististe tú también en la bomba?

—Sí.

Para escuchar lo siguiente debo agarrarme con las manos a la roca

sobre la que estoy sentada, tragar sin saliva más de una vez y fijar la vista en las piruetas de Arianna. Porque las vacaciones en Liguria son realmente el regalo de Mattia para Cristi, organizadas meses antes, cuando ella está empezando a elevar demasiado el tono. Manifestarse no le es suficiente, quiere más, discuten constantemente porque Mattia no quiere saber nada de sabotear trenes y destrozar escaparates. Son cosas que hizo en el pasado, pero que ya no le interesan. Con tal de no llevársela a una reunión en Roma, donde quizá ella podría entrar en cólera, la lleva a Bolonia conmigo. Con tal de no escuchar proclamas extrañas sobre lugares que según Cristi deberían ser quemados, le dice que sería mucho más bonito construir.

—¿Construir el qué? —balbuceo.

Cristi esboza una sonrisa.

—Una familia —respondo en su lugar.

Ella asiente y me sigue contando cómo las cosas empeoran. Porque Cristi empieza a separarse del grupo y a acercarse a los más violentos. Entonces él hace lo que haría un chico, le dice: «Dejemos de pensar en imbéciles como Fausto, vámonos de vacaciones con el dinero de mi trabajo, pensemos en el mar, que ese nadie nos lo puede quitar».

—¿Por qué no le dijiste que estabas embarazada?

Cristi sacude la cabeza. Por un momento pienso que quiere parar, sin embargo, sigue hablando.

Me dice que, cuando parten, Mattia no sabe que Cristi ha metido en su maleta todo lo que se necesita para fabricar una bomba, cosas viejas que encontró en el trastero de la casa. Durante un par de días son turistas, pero ella, en cierto momento, saca la historia de dejar huella. No un hijo, una huella de verdad. Tenemos la coartada, sigue repitiendo, entreguemos un poco del dinero que me pasa Fausto al portero de la pensión y demos un golpe en Bolonia. ¿Por qué en Bolonia?, le pregunta él. Porque todos allí son ricos, responde ella.

—Le dije justo eso —suspira Cristi ante el recuerdo.

Sé en qué está pensando. Sé que no fue ese el verdadero motivo. Bolonia está en sus genes, en la historia de un verdadero padre que la abandonó con una madre insensata. Lanzar una bomba allí fue lanzársela a él.

—¿Y Mattia? —pregunto.

Cristi suspira otra vez y sigue contando que él al principio se opone y al final cede. Elige la manera que le parece más simple y le propone a Cristi un pacto. Lanzo la bomba, pero después tú te olvidas de todas estas gilipolleces. Pero no la ha tenido en cuenta a ella que, cuando están a dos pasos del banco, quiere tirar la bomba con sus propias manos, por cómo la agarra parece que quiera saltar con ella encima. Entonces discuten, están muy cerca del banco, Cristi no se la da, Mattia está asustado, levanta la voz. Un chico, la única alma que está en la calle, se acerca, malinterpreta la escena, le pone la mano sobre el hombro como para decirle cálmate si tu novia no te quiere. Mattia, cuando se da la vuelta, piensa en las coincidencias de la vida, porque conoce a ese tipo. No bien, pero recuerda que ha visto su cara en alguna reunión del colectivo. Con un gesto rápido coge el artefacto, levanta a Cristi en vilo y se la pasa literalmente al chico. Quédatela, llévatela, grita Mattia fuera de sí y no tiene tiempo de ver si el otro obedece, si la tiene agarrada, porque ya no está lúcido, solo quiere terminar con eso de una vez. Y empieza a correr, comete la gilipollez, lanza la bomba.

—Entonces sabías de quién era la mano sobre el hombro de Mattia, pero no me lo dijiste.

A duras penas desempolvo los esfuerzos que hice para entender a quién pertenecía la mano inmortalizada en la foto que consiguió Giannetti. Y también Mattia lo sabía, pero me juró infatigablemente lo contrario.

Me levanto de golpe. Han pasado casi diez años, una pena ha sido cumplida, la otra, la de Cristi, esa no terminará nunca. Es suficiente. Señalo a Arianna.

—Es casi noche cerrada, es el momento de volver.

—Siéntate de nuevo —me conmina ella.

Se me escapa una risa grosera, nunca me ha hablado en ese tono.

—No recibo órdenes de ti, que siempre me has llenado de mentiras.

Cristi no se inmuta, parece unida a la roca sobre la que está sentada.

—Siéntate —me repite con decisión.

Con una sonrisa de desprecio, me vuelvo a sentar a su lado.

—¿Por qué no me lo dijiste?

No responde. Golpeo con los pies en la tierra, querría abofetearme. Es la pregunta equivocada.

—¿Quién era aquel chico? —le pregunto entonces.

—Pierluigi.

13

A la mañana siguiente de su confesión voy a Bolonia.

—¿Con este calor? —me pregunta mi madre.

—Necesito ir —le respondo cortante.

Necesito huir y tocar con la mano la mentira de Cristi y el caso al que he dedicado años de trabajo. En el tren, durante todo el viaje, vuelvo con la memoria a la primera cena del verano anterior, a la borrachera de Mattia. Esa que se cogió en el bar después de haberse encontrado con el padre de la hija de Cristi, el hombre al que solo le pidió que retuviera a su novia la noche del atentado. Debe de haberse sentido morir al verlo al lado de Cristi, pienso, aunque estoy realmente enfadada con él. Desde la estación central cojo el tranvía hasta el bufete, caminar me parece un esfuerzo imposible.

—Giulietta, tienes mala cara —me dice Giannetti en cuanto llego.

Tiene ya ochenta y siete años, pero no se salta un día de trabajo ni siquiera en verano.

—¿Se ha ofendido? —me pregunta con amabilidad.

—En absoluto, abogado. —Sonrío—. Entre otras cosas porque es la verdad.

Él también sonríe.

—¿Qué le trae por aquí en agosto? ¿Tenemos alguna audiencia?

—No, solo necesito echar un vistazo a algunos viejos documentos.

Giannetti me mira fijamente. Con los años sus ojos se han velado, pero su intuición la tiene intacta.

—¿Escrúpulos? ¿Remordimientos de conciencia?

—Un detalle. —Lo pienso por un segundo—. Uno de esos que no cambian el resultado, pero que cambian todo lo demás —añado.

Durante dos horas me sumerjo en el archivo, colgada de una escalera hojeo todas las carpetas hasta que encuentro la que busco. Dejo a un lado los papeles que conozco y cojo la foto en la mano. No creo que Cristi me haya mentido, solo quiero ver con mis propios ojos la mano sobre el hombro de Mattia. Quiero revolverme mientras reconozco los dedos largos y un poco cuadrados de Pierluigi y pienso en el imbécil de mi acusado que jura no saber de quién era la mano. Quiero sentir náuseas cuando recuerdo el tono con el que Cristi, en los días siguientes al arresto, atrincherada detrás de un teléfono, me dice que no tiene ni idea de quién es el hombre de la imagen. Al final de esa tortura, bajo de un salto de la escalera y, contra toda regla del bufete, me meto la fotografía en el bolso.

Por la tarde salgo con Linda y doy rienda suelta a mi vileza. Me invento una serie de noches que he pasado con un tipo que conocí en el mar y le cuento cuánto me gusta ir con hombres que apenas conozco. Al final de la cerveza, he terminado con las mentiras, desahogado sin descanso mi rabia y la cara de ella está a punto de petrificarse en un gesto de vergüenza.

A la mañana siguiente regreso al pueblo. La última persona a la que querría ver dando vueltas delante de mi jardín es precisamente a Pierluigi.

—Tengo una sorpresa para ti —me dice apoyado a la valla.

Yo también, en el bolso, pienso enfurecida.

—¿Otra sorpresa? —respondo con aspereza.

Por su expresión despistada deduzco que Cristi no le ha mencionado nuestra conversación. Ya no tiene conexión con él, no le cuenta sobre sus paseos, no discute.

—Perdona, estoy un poco cansada —digo entre dientes.

Él me indica que espere y toma corriendo el camino de la ciudad vieja. Entro en casa, solo me da tiempo a deshacer la maleta cuando vuelvo a escuchar su voz afuera. Me asomo, detrás de Pierluigi está Arianna, con ella, River.

Bajo corriendo al jardín y abrazo con alegría a la niña y al cachorrito. Ha pasado más de un mes desde su desaparición, tiene una herida mal curada en la cabeza, una pata un poco débil, pero por lo demás está bien.

—¿Dónde lo habéis encontrado?

—Vagaba por el campo —me responde enseguida Pierluigi.

—Le hemos dado un baño —añade Arianna.

Me acerco a la niña.

—Desde hoy, River es también tuyo.

Ella abre los ojos de par en par y mira en dirección a su padre.

—Es un gran regalo de nuestra amiga.

—Gracias —murmura ella.

Esta es la primera escena. La primera prueba de nuestra familia. Sin Cristi, sin el hilo que nos unió y que nunca desaparecerá.

Dejamos que Arianna juegue con el perro en el jardín y entramos de nuevo en casa.

—Lo encontré anoche —me dice. Le paso un vaso de agua fría, será por la penumbra de la cocina en contraste con la luz de fuera, pero parece estar muy pálido. Le sugiero que nos traslademos al salón, aún más lejos del jardín, de la niña.

—Encontré a River porque estaba siguiendo a Cristi —me dice sin reservas. Por unos segundos temo que Mattia y Cristi nos hayan mentido. Que él esté por el día con Giò en alguna playa cercana y venga a poseer a Cristi todas las noches. Pero la realidad que me cuenta Pierluigi es aún peor.

—Cuando está oscuro sale de casa, sube hasta el bosque, pasa la torre del reloj y las caballerizas y camina sola hasta un lugar que da escalofríos —sigue él.

La poza. Guardo mis palabras. Solo trato de escuchar las palabras de un hombre que en ropa interior sigue a una mujer hasta un claro con un espejo de agua. Mira cómo se desnuda, cómo se sumerge entre la salicor y los hierbajos. Cuenta los segundos mientras ella mete la cabeza debajo del agua, la espía mientras se tumba desnuda y tiembla de frío, sin encontrar la fuerza para acercarse.

—Creía que había logrado contenerla —solloza.

Te entiendo, querría decirle, pero la voz se me muere en la garganta. Es extraño ver desmoronarse delante de mí a un hombre tan grande, tan seguro, alguien que logró apartarse, a él y a su padre, de la vergüenza del juego.

Pierluigi se aclara la voz.

—Desde que hace años la detuve a un paso del desastre, no he hecho otra cosa que pensar en ella.

Quizá sabe que Cristi me ha contado lo del atentado o quizá está tan afectado por lo que me debe decir que no piensa que necesite una explicación.

—La seguí a Londres y, cuando quiso volver a Italia, hice por que me gustaran los mosquitos del valle del Po e incluso Lilli. Me emocioné cuando quiso un hijo y, tan pronto dejó la universidad, la ayudé a encontrar un trabajo.

Pierluigi hace una larga pausa.

Después, se abandona a una sonrisa de desprecio hacia sí mismo.

—Pensé que lo conseguiría. Al menos, hasta que murió Lilli. Desde ese momento, todo se fue a pique.

Sacude la cabeza un par de veces como diciendo que es inexplicable, y que el accidente de Lilli no tiene nada que ver con lo que pasó después.

Permanezco en silencio. Sé lo que quiere decir. Yo estaba con Cristi cuando de pequeña se pasaba los días de lluvia detrás de la ventana a la espera de Lilli. Yo la socorrí cuando su madre la envió a

Bolonia. Y yo siempre esperé sus noticias en vano durante los días en los que Lilli, en la villa de Fausto, la convencía para abortar.

Solo yo puedo entender la ilusión de Cristi al creer que, muerta Lilli, habría sido libre, y su obsesión de volver con Mattia a pesar de la cárcel, del aborto y del matrimonio.

Miro a Pierluigi, tiene los ojos enrojecidos. Imagino lo que está a punto de decirme, si quisiera podría adelantarme, esquivar su pregunta. No lo hago.

—Tú me entiendes, ¿verdad?

—Sí.

Un ruido nos sobresalta. Es un viejo globo terráqueo de madera que se le ha escurrido de las manos a Arianna.

—Mamá está en el jardín —susurra.

Pierluigi se pone rígido. Siento la tensión de la niña mientras la esfera sigue rodando. Me inclino para recogerla, después salgo. Arianna y Pierluigi me siguen.

Cristi está de pie cerca de la verja, la saludo, ella me sonríe. Arianna permanece muda, su padre también. Me toca a mí usar mis dotes de oradora, de profesional que afronta las dificultades, aunque la tierra no deje de girar.

—Entonces —digo dirigiéndome a Arianna—, ¿dónde ha estado todo este tiempo nuestro cachorrito?

—Buscaba la casa —responde la niña.

Vuelvo a pensar en los perros y en los gatos salvajes del claro del bosque que eligen no volver. En quien se desespera buscándolos en vano. Miro la hierba cortada bajo mis pies. Estoy en el jardín de la casa de mi infancia, un hombre me acaba de confesar la debilidad que poseemos los que amamos a quien por naturaleza no nos pertenece. Después está River, que está otra vez aquí, y una niña me está diciendo que no ha dejado nunca de buscar el camino a casa. Todo esto me conviene. Quizá es ordinario, pero es como yo. Nunca

aprenderé a columpiarme sobre las higueras, ni correré por las calles con la mochila llena de explosivos, ni haré promesas de amor en las aguas turbias de una poza. Por instinto, extiendo la mano y acaricio a Arianna en la cabeza. Es la primera vez que noto la tibieza de su pelo. Es maravilloso, me digo, después levanto los ojos hacia la única persona que siempre sabe lo que siento. Cristi me está mirando.

14

Que el verano se ha acabado lo entiendo por los días de lluvia ininterrumpida que mojan el inicio de septiembre y que restituyen el agua al río. Que mi historia y la de Cristi esté a punto de terminar lo siento como un latido de más del corazón cuando, por la noche, desde la ventana de la cocina la vislumbro en el jardín.

No hay luna en el cielo, está lloviendo tan fuerte que la luz de las farolas se disipa entre las gotas, pero yo tengo tanta familiaridad con su silueta que no me asusto ni siquiera por un segundo. Le abro. Su cabeza chorrea agua, sus hombros están empapados. No sé cómo hago, pero en medio de toda esa masa de pelo y ropa mojada distingo lágrimas. No la veo llorar desde los tiempos de la universidad, precisamente desde la noche antes del traslado a Génova.

La hago entrar y echo un poco de leña en la chimenea. La llama se inicia lentamente, las ramas son frescas, de vez en cuando hay un estallido. Me siento en el sillón, River se ovilla, ella permanece de pie. Después de unos minutos en silencio, siento ruidos en el jardín. El perro ladra. Miro a Cristi, que está mirando la puerta.

—Tranquilo, todo está bien —le digo al perro.

Conozco bien esa mirada extasiada de Cristi. Abro y en la entrada, bajo la lluvia torrencial, está Mattia cubierto por un impermeable negro. Es la primera vez que lo veo desde que sé quién es realmente Pierluigi.

—Perdona —me dice. No sé si me está pidiendo perdón por las mentiras o por el hecho de presentarse en mi casa de noche.

—Entra.

No se quita el impermeable, pero va directamente hacia Cristi, que se sienta en el suelo delante del fuego. Hago por subir a la planta de arriba, pero él me detiene.

—Quédate, te lo ruego —me implora, después se acerca a Cristi.

Es evidente que tienen que terminar una conversación ya empezada. Empezada quién sabe dónde y quién sabe cuándo, puesto que Giò y él aún están fuera del pueblo.

—Antes que verte volver, habría preferido que la casa de Ida se me cayera encima —le dice—. De todas formas, eso ya había ocurrido, cada una de las noches que pasé encerrado.

Cristi alarga la mano hacia él y Mattia casi se pone de rodillas.

—Cristi, por el amor de Dios, me pediste que te amara cuando no tenía edad para hacerlo y lo hice. Por ti cometí la mayor estupidez de mi vida y al hacerlo te entregué a otro que se apoderó de mi futuro. El año pasado me emborraché como un niño para conseguir sentarme al lado del padre de tu hija y este verano he aceptado volver contigo a los lugares que ya no existen.

Cristi se tapa los oídos con las manos, pero él, con una delicadeza de la que no le creía capaz, se las quita. Algún mechón se enreda en sus dedos, lo miro mientras los desanuda como haría yo.

—Escúchame bien —dice despacio—, esos lugares ya no existen. Y yo no voy a lanzar esta segunda bomba.

Por un momento temo que ella pueda derretirse por el fuego y que no queden ni siquiera sus cenizas, pero él la sostiene agarrándola de las manos.

—No lo haré —repite—. ¿Me has entendido?

Cristi, con los ojos dirigidos al suelo, asiente.

—Ahora me voy —le susurra, y me hace un gesto para que me acerque. Eres su tierra firme, me dijo hace muchos años. Doy unos pasos hacia Cristi y Mattia se levanta. Después, se va. Se va con su mujer, a la que, a pesar de que no es Cristi, ha decidido no dejar.

Cristi vuelve a llorar. Aún consternada por todo lo que acabo de escuchar, me siento en el sillón delante de ella.

—Escúchame —digo despacio, y cierro los ojos porque lo que estoy a punto de añadir me cuesta—. Tienes una hija que te quiere a su

lado. Tú también fuiste una niña, una niña que temblaba ante la idea de que Lilli se olvidara de ella. —Ante el nombre de Lilli, escucho un gemido—. ¿Por qué no estás en casa? Pierluigi estará preocupado.

—He dicho que venía a verte.

Abro los ojos, mi mentirosa incurable es un trapo abandonado en el suelo, tirita a pesar de que la chimenea arde.

—Ven —le digo y le abro paso hasta mi habitación.

Aún tiene la ropa mojada. La desnudo, siento sus huesos temblar entre mis manos que la sostienen. Es aún la persona más bella que mis dedos hayan rozado y, sin embargo, por primera vez, no me entretengo ante aquella imagen. No me estremezco con ella. No me ahogo por el deseo de llegar hasta donde solo ella sabe llevarme.

—Intenta descansar —murmuro mientras la ayudo a meterse en la cama. Después, bajo a prepararle una infusión caliente.

—¿Has llamado a Pierluigi? —me pregunta en cuanto vuelvo con ella.

Indico que no.

—Mañana te llevo a casa.

—Mañana —repite ella, después se acerca. Siento sus labios en mi pelo.

—Quédate aquí conmigo —me susurra.

—No. —Mi voz no tiembla—. No quiero.

—Sí que quieres.

Sí que quieres son las últimas palabras que me dedicó. Las palabras que me acompañaron lejos de ella, al sofá, después, al sueño. Las palabras que cubren su entrar y salir de casa sin que nadie se entere.

Cuando el sonido insistente del teléfono me obliga a abrir los ojos ya está amaneciendo. No voy a su habitación, en mi interior ya sé que ella no está. Dejo que suene sin parar. El teléfono no se detiene. Respondo. La voz de Pierluigi es una ducha de agua fría.

—¡Arianna! —grita.

Veo el pelo de Cristi y el de la niña flotando juntos en las aguas negras de la poza. Después, él vuelve a gritar.

—¡No respira!

En ese momento yo también grito.

—¡Voy!

Y descubro que, si quiero hacerlo, sé correr muy rápido. Me bastan pocos minutos y ya estoy con la niña, que está tumbada en la cama, en la vieja habitación de Ida. Tiene la cara tan pálida que da miedo. El aire de la habitación está tan cargado como el ronquido asmático de su respiración. Pierluigi está de pie, paralizado, con un inhalador en la mano. Sus ojos, dirigidos al suelo, parecen hipnotizados.

—Se ha ido para siempre, ¿verdad? —balbucea.

Yo le agarro de los brazos, lo sacudo lo más fuerte que puedo.

—¿Le has dado la medicina a Arianna?

Él no responde.

—Pierluigi, ¿se la has dado o no?

Él hace un gesto leve. Parece un no. Le arranco el inhalador de las manos, abro ligeramente los labios de Arianna y aprieto. Reviso las instrucciones y vuelvo a apretar. La respiración de la niña se alarga muy poco. La mía está prácticamente parada. Joder, Giulia, ¿no sabes hacer nada mejor? Otra vez, el ronquido. Miro a su padre, que aún está inmóvil, la cara amoratada, los ojos fuera de sus órbitas. Pienso en su madre, que ha desaparecido como solo ella sabe hacer. Esta vez, sin embargo, no solo me ha dejado a mí, también ha dejado a su hija, que del dolor se está ahogando. Te toca a ti,

Giulia, por el amor de Dios, te toca a ti. Sé hablar, eso es lo que sé hacer. Sé hacerlo desde que soy pequeña, me lo enseñó mi padre. Me siento y me agarro a ella.

—Arianna, escúchame —le digo intentando usar el tono más tranquilo posible—. Intenta respirar.

Me mira.

—Solo tienes que abrir los labios y después pensar en el aire que baja y provoca una especie de viento dentro de tu pecho. Venga, bonita, hazlo por mí.

La niña me aprieta la mano.

—Hazlo también por River.

Es la palabra adecuada. Poco a poco su respiración deja de chirriar como una máquina oxidada. Otra inhalación del fármaco y el rostro coge color.

—Quédate —me susurra sin soltarme la mano.

Pierluigi se arrastra hasta la cama y se sienta a mi lado. Su mejilla húmeda roza mi brazo. Nos quedamos así hasta que Arianna cierra los ojos y su pecho adquiere el ritmo normal de un sueño profundo.

En ese momento miro al hombre que está a mi lado, trastornado por el miedo que acaba de sentir, agradecido por haber superado el peligro. Nadie mejor que yo puede decirle qué ha sido de su amor.

—Sí, se ha ido.

Él me mira. Después, acaricia los dedos de Arianna. Otras dos lágrimas enormes le recorren las mejillas.

—¿Para siempre? —me pregunta.

Cristi es de Mattia, pero él ha elegido a Giò.

—Sí.

Permanecemos inmóviles, cercanos y en silencio por un tiempo que parece muy largo. Como largo es el hilo que nos une a Cristi.

El primero que se mueve es él. Se seca la cara con la muñeca, después se levanta y respira profundamente.

—Vamos allí —me dice y le sigo a la cocina, donde estaremos lejos de Arianna y más libres de hablar. Eso creo.

Pero él no habla, pasarán días hasta que vuelva a hacerlo. Tan solo prepara café, después abre un par de cajones y busca algo para comer también para mí. Esta noche he escuchado cómo Cristi se iba, ¿o no?, me pregunto mientras miro cómo corta el pan y mientras me cercioro de que Arianna siga durmiendo sin dificultad. Me lo pregunto también cuando, al volver a casa, me detengo delante de la pequeña iglesia y vuelvo a ver, como si el recuerdo lo proyectara delante de mí, a una niña rubia que salta y a otra, con la cara en llamas, que se esfuerza por seguirla. Si hubiera estado Cristi, a esa pregunta habría respondido enseguida, sin necesidad de pruebas, de evidencias, de hechos reales. Yo, sin embargo, para hacerlo he necesitado años. Pero ahora conozco la respuesta. Porque la verdad de mi historia con Cristi es que yo, la guardiana, la hermana, la chica enamorada, la traidora, la criatura ordinaria, la noche de su desaparición elegí el único modo que tenía para dejar de seguirla. Dejarla ir.

Epílogo

La noche pasó, Cristi. Las luces del alba ya empiezan a iluminar el pueblo, pero aquí, en el claro del bosque desconocido para todos, el cielo oscuro se mantiene escudándose en los abetos.

Aún tendría un poco de tiempo para contarte, en la tranquilidad de la oscuridad, lo que sucedió justo después de que desaparecieras. Tiempo para decirte que el albaricoquero murió, se secó de repente, lo hizo para no estar presente el primer verano sin ti. Tiempo para explicarte que Mattia se quedó un día entero delante de la poza. Lo hizo cuando le devolví la cadenita de oro que había escondido debajo del colchón de nuestra cama en Bolonia.

La Giulia que fui seguiría hablándote. Se quedaría aún aquí. Te contaría todo, sin importar el cansancio de la noche insomne y quien la espera. Y al hacerlo rezaría por una señal tuya. Una ráfaga de viento inesperada, el canto de un animal nocturno que huye a la mañana, un reflejo sobre el agua gris como tus ojos.

Pero ahora ya no soy la misma persona que era entonces y no puedo quedarme más tiempo. Debo encender el teléfono, bajar al pueblo, ir a la estación, volver a Bolonia con Pierluigi y Arianna. Debo hacerlo porque se lo prometí. Y debo hacerlo porque lo he querido. Sí que quieres, me dijiste antes de desaparecer y, de nuevo, lo entendiste antes que yo.

Quise confiar en Pierluigi, en su incansable y recíproca presencia, incluso cuando los hijos que buscamos se deslizaron hacia un mar de lágrimas y sangre. Quise casarme con él. Y quise a Arianna. Deseé curar sus heridas y entendí que no era capaz, incluso cuando aún era niña y temblaba ante el sonido del timbre. Incluso cuando sentí que, si ella no era feliz, yo tampoco lo sería. Incluso cuando se convirtió en una mujer increíblemente bonita como tú.

Ahora la mañana se está abriendo camino entre los abetos. Dentro de poco la tierra que está bajo mis pies se calentará, los rayos del sol ya buscan el espejo del agua y acarician todos mis recuerdos contigo, que no me abandonarán hasta el final. Aún tengo un par de meses para asistir cada mañana al espectáculo del día que amanece.

El alba de esta mañana se la dedico a quien me he convertido. A Giulia, que dejó ir al amor inalcanzable y quiso todo el amor que la vida había elegido para ella.

Agradecimientos

Gracias a Valeria Vaccari, sin ella ningún viaje narrativo habría comenzado.

Doy las gracias a Fiammetta Biancatelli, Walkabout Literary Agency, por haber creído en la astucia y la profesionalidad de mi pluma. Gracias a Lorenza Ghinelli, que escuchó cada palabra de este libro y me devolvió la esperanza.

Por último, un sentido agradecimiento se lo dedico a Monica Randi por haberme acogido en Guanda, a toda la editorial y a GeMS, que me abrieron las puertas de par en par a este trepidante recorrido.

TÍTULOS DE DOS BIGOTES

El armario de acero, Varios autores

Los deseos afines, Varios autores

Imre: una memoria íntima, Edward Prime-Stevenson

Lo que no se dice, Varios autores

Pasión, Brane Mozetič

Posiciones geográficas, Suzana Tratnik

49 goles espectaculares, Davide Martini

Suburbana, Claudio Mazza

Mañana hablarán de nosotros, Varios autores

La tierra de los abetos puntiagudos, Sarah Orne Jewett

El cielo en movimiento, Varios autores

Ábreme con cuidado, Varias autoras

Una barba para dos, Lawrence Schimel

La increíble boda de Gilbert y Moira, Joe Keenan

El sonido de los cuerpos, Nando López

A Virginia le gustaba Vita, Pilar Bellver

La vida de Kostas Venetis, Octavian Soviany

El santo al cielo, Carlos Ortega Vilas

Tan solo el fin del mundo, Jean-Luc Lagarce

El milagro, Ariel Kenig

El amante alemán, Julián Martínez Gómez

Mil mamíferos ciegos, Isabel González

La canción pop, Raúl Portero

La nueva mujer, Varias autoras

Manuel Bergman, Pablo Herrán de Viu

V y V Violación y Venganza, Pilar Bellver

Presentarse en forma grata, Joseph Salvatore

Trapicheos en la Segunda Avenida, Joyce Brabner y Mark Zingarelli

Relaciones enfermizas, Cecilia Ștefănescu

La geometría del trigo, Alberto Conejero

Bitch She's Madonna. La reina del pop en la cultura contemporánea,

Eduardo Viñuela (ed.)

Haz memoria, Gema Nieto

No pasar (Do Not Cross), Dora Pavel

Cómo acabar con la escritura de las mujeres, Joanna Russ

Todo es una mierda y eres una mala persona, Daniel Zomparelli

Hacia las luces del norte, Ángel Valenzuela

Vestidas de azul. Análisis social y cinematográfico de la mujer transexual

en los años de la Transición española, Valeria Vegas

Boy Erased (Identidad borrada), Garrard Conley

Nido de pájaros, Luis Maura

Los cuerpos que importan en Judith Butler, Silvia López

Los pequeños brotes, Abel Azcona

Fábula de un otoño romano, Bruno Ruiz-Nicoli

La política sexual en Kate Millett, Silvia López

Homintern. Cómo la cultura LGTB liberó al mundo moderno,

Gregory Woods

El hombre de hojalata, Sarah Winman

Asalto a Oz. Antología de relatos de la nueva narrativa queer,

Varios autores

Comando Malva, Pilar Bellver y Olga Carmona Peral

El devenir «mujer» en Simone de Beauvoir, Silvia López

Cruising. Historia íntima de un pasatiempo radical, Alex Espinoza

Ariel y los cuerpos, Sebastià Portell

Cómo entender tu género. Una guía práctica para explorar quién eres,

Alex Iantaffi y Meg-John Barker

Dilemas y cowboys, Cachorro Lozano

La calma luchada, Sergio Bero

Emilio y Octubre, David Uclés

Con la frente marchita, Dimas Prychyslyy

El ecofeminismo en Vandana Shiva, Silvia López

«Amigas». Relatos de amor entre mujeres, del siglo XVIII al XX,

Varias autoras

Libérate. La cultura LGTBQ que abrió camino en España,

Valeria Vegas

Todas mis palabras son azores salvajes, Gloria Fortún

Pronto seré de oro y carmín, Vanina Bruc

Cómo luchamos por nuestras vidas, Saeed Jones

Amor puro, Luisgé Martín

Bollo, Melani Penna Tosso

La herencia, Matthew López

Mayo del cuarenta y cinco, Boti García Rodrigo

Quien esté libre de culpa, Gema Nieto

Nadar en la oscuridad, Tomasz Jedrowski

Scream Queer. La representación LGTBIQ+ en el cine de terror,

Javier Parra

Corres como una niña. El género y la diversidad LGTBI en el deporte,

David Guerrero

Presente imperfecto, Nando López

Lodo, Julen Azcona

Historias de Dunnet Landing, Sarah Orne Jewett

Niño santo, Luis Maura

Águilas, Fló Guerin

Inhalación profunda. Historia del popper y futuros queer, Adam Zmith

¿Cómo puedo no ser Montgomery Clift?, Alberto Conejero

Cine Crush. El cine homoerótico involuntario en nuestro despertar sexual,

Popy Blasco

Roja catedral, Gloria Fortún

Otras flores, Xavi Reyes (ed.)

Mi autobiografía de Carson McCullers, Jenn Shapland

Beyoncé en la intersección. Pop, género, raza y clase, Elena Herrera Quintana

Ausencia y exceso. Lesbianas y bisexuales asesinas en el cine de Hollywood,Francina Ribes Pericàs

Después de Elías, Eddy Boudel Tan

Codicia, María Reimóndez

Flores para Lola. Una mirada queer y feminista sobre la Faraona,Carlos Barea (ed.)

Esta sí tenemos que bailarla, Nando López

Una mujer, Judith Juanhuix

Mamá, quiero ser Ziggy Stardust, Iria Misa y Alba Barreiro

El látigo y la pluma. Homosexuales en la España de Franco,Fernando Olmeda

Bonita Luxemburgo, Sebastián Suñé

El verano que nos queda, Giulia Baldelli

Te queremos dar las gracias por haber elegido el libro que tienes entre manos. Si has llegado hasta aquí, ¡esperamos que te haya gustado! Para no perderte ninguna de las novedades de Dos Bigotes, nos puedes escuchar en el pódcast Bigoteando, donde encontrarás recomendaciones, entrevistas exclusivas con autoras y autores y mucho más.



